

Sheila
Padilla

A stylized, graphic illustration of a woman's face in profile, facing right. She is wearing a wide-brimmed hat with a dark brown band. The background features a large, light brown circle with a white dot pattern, and a larger, light yellow circle with a white dot pattern. The woman's face is rendered in a light brown color with dark brown outlines for her eyes, nose, and lips. Her hair is dark brown and styled in a short, wavy bob. The overall style is reminiscent of mid-20th-century graphic design.

*Marietta
Gosa*

Dedicatoria:

A Iris, por todas las tardes de ausencia

I

Un hombre animalesco vislumbra un resplandor en el firmamento, se endereza articulando un sonido gutural. Apenas entonces la mandíbula de un saurio gigante aparece por entre el cañamolar para arrancarle la cabeza con una dentellada.

A efectos de no perder el hilo narrativo, conviene olvidar al cavernícola, mirar a lo lejos, a las alturas, retener la noción astronómica del evento, aquella luz súbita, intensa, concreta, irregular como una medusa inflamada cuyos contornos crecen hasta agotar el impulso primario. Luego entonces una estrella solar acaba de reventar. El fenómeno será cada vez más frecuente y molesto.

La extinción estelar como amenaza y enigma científico, ha sido abordada por universidades y cátedras, por expertas y sesudos, incluso durante las tertulias de andar por casa. Junto a los métodos tradicionales, los algoritmos de análisis estadístico separan variables y constantes, explican sucesos pasados, o anticipan ocurrencias futuras. Un puñado de ecuaciones describe el universo como un conjunto de materia y energía, una vez diseccionado por teoremas para hacerlo tratable. La realidad acotada puede ser predicha, simulada en laboratorio, simplificada sobre la pizarra, sometida a síntesis mediante una fórmula algebraica. Empero, cada conocimiento genera asimismo un volumen proporcional o mayor de ignorancia. Es una paradoja para la ciencia, que comprende y manipula la

fuerza que une los átomos para formar moléculas, y las fuerzas de la naturaleza, las cuatro o cinco fundamentales. En su contexto anticipa conjunciones planetarias, intuye los pozos cuya gravedad aprisiona todo cuanto llega a su dimensión oscura. La ciencia tiene claro el principio de exclusión de Pauli, el efecto mariposa, la evolución de las especies, la etimología de las palabras. Pese a todo, la extinción estelar en curso aún es un ovillo revuelto que nadie logra poner en orden, o deshilar fino más allá de las conjeturas y el aprovechamiento mercantil.

La gente ve lo que quiere, lo que necesita, lo que desea o le ordena su cerebro, un fulgor estocástico, una deflagración silenciosa, una miríada de estrías lucientes, una suerte de teatro circo festivo, un relumbrón, un efecto óptico creado por la luminotecnia, una cenefa y orlas de luminarias, dicho así por aprovechar el potencial lírico del lenguaje literario.

Otros días la sucesión de ocurrencias adquiere un ritmo rápido, la cadencia regular da paso a un frenesí repetitivo, un apagar y encender tizones, señales, estelas, un alumbrado cuyos filamentos obedecen a una lógica pendiente de interpretación. Llueve polvo lunar, aerolitos diminutos. Las reacciones en cadena empujan a los soles vivos hasta el espacio dejado por sus antecesores, parpadean al unísono, estallan uno tras otro.

Más abajo, en algunas latitudes la atmósfera distorsiona la luz aferente, produce auroras surrealistas, fuegos fatuos, como rúbricas, lineamientos, figuras geométricas abstractas. La bóveda celeste parece un artificio de pirotecnia, arte

experimental, un decorado a medio hacer, un punteo de titileos y fosforescencias, una gasa vibrante cuajada de minúsculos carbones encendidos.

Por esas fechas los datos registrados desbordan la capacidad del almacenaje de los sistemas informáticos, los poemas mencionan no se sabe qué llanto celestial, o dónde hallan tanta inspiración sublime. Los tremendistas auguran guerra, catástrofes, un cataclismo inminente. En los ámbitos financieros, cualquier novedad o circunstancia actualiza el ingenio especulativo, dando entrada a bienes cada vez menos naturales y necesarios.

Este repaso panorámico omite a la clase política, limitada a su dialéctica sempiterna. No menciona las tertulias de bar, en cuyo ambiente suenan voces a pleno pulmón, risotadas, silbidos al que marcó cuatro goles en propia meta, y alguna discusión sanguínea pero amistosa, promovida por el orujo, la partida de dominó, o lo emperifollada que he visto a tu mujer en la plaza.

Por economía narrativa, si es que tal cosa existe, no procede incluir a quienes se pierden buscándose a través del espejo, la amistad, la música o las novelas. Han descubierto la precariedad del lenguaje, la necesidad de absoluto, la angustia, las expectativas. Desean o quieren un rol, una identidad, una motivación para el día a día; evitan el esfuerzo que supone llegar al fondo de los asuntos serios o más graves, y explorar la verdad, porque su tiempo es instantáneo y sus valores, fungibles. Quieren o desean entretenimiento, fortuna rápida,

compartir, sobresalir, experimentar, llevar la razón sí o sí, gobernarse como persona adulta y entretanto aprovechar alguna oferta relámpago.

Los párrafos anteriores dan cuenta del trasfondo histórico por donde discurre la biografía novelada de Marietta Sosa. Entre los giros y novedades de última hora que afectan al clima social y producen efectos en la normalidad, procede mencionar la convocatoria de elecciones generales y anticipadas.

Por higiene democrática, los líderes deben pisar la calle, ver cómo está el percal, qué preocupa o inquieta a la gente. A continuación aprueban un paquete de soluciones y enmiendas legislativas. En dicho contexto la astronomía, el futurismo y la versión sensacionalista funcionan como aglomerante para potenciar las ventas, unificar titulares, culturas, mentalidades, peligros; la continuidad de la especie está amenazada, los mercados se retraen, el precio de las cosas aumenta: “...conque veremos a ver”, declaró la ministra con la misma expresión que sirve para vender un producto o notificar una bajada de impuestos.

Los boletines informativos y los decretos promulgados confieren carácter oficial y reglamentario a un asunto que ha sido el tópico del día durante muchos días de tertulia, radiodifusión, primera plana editorial, mensajes cortos, rumores; un imán para el sensacionalismo, la tesis doctoral o las series televisadas.

A manera de resumen, vimos una suerte de encantamiento durante el que pedir un deseo, vimos un cine enorme a la intemperie, tal vez una ensoñación multitudinaria y concurrente. Quizá un paso añadido a la línea de progresos circulares cuya terminación deja a los pueblos, a la gente, en el sitio de partida, aunque eso sí, más solitaria, más perdida en la banalidad efectista del espectáculo, hasta el nuevo siglo o la semana lunática en que sucederán al fin todos los cambios portentosos que desde siempre como ahora y para siempre están o parecen estar a punto de suceder.

La señora hojea la prensa, los horóscopos de *Piscis* y *Ofiuco* vienen tachados con una nota sobreimpresa que los excluye del recuento zodiacal. ¡Qué sola está la Luna! sentenció con lástima.

A primera hora el patio tiene una atmósfera mansa y limpia y fresca, la señora oye ladridos distantes, bisbiseos entre los árboles; la actividad de gobernantas, lavanderas, camareros, limpiadoras, oficiales, mozos, pinches y cocineros y guardianes; cuya actividad trasciende amortiguada por paredes, cortinajes y ventanales. Acaban de servirle un desayuno con el desglose nutricional impreso en una cartulina. El menú trae cereales, frutos secos, tofu, cuajada, yogur, una infusión, té marroquí con hierbabuena, un café turco.

El primer sorbo desata una tormenta de análisis, pondera el amargor, la sensación térmica, la idoneidad del recipiente elegido, la textura que se percibe con el tacto de la lengua, la consistencia cremosa y el grosor del estrato formado en la

superficie de la bebida. Entretanto, oyó jaleo al fondo de la galería, un avance confuso, voces broncas, un aullido, un orden militarizado. La presión del aire expandido por los guardias a su paso desalinea algunas macetas. La galería está cubierta por hiedras y rosales trepadores y un entramado de madera, a derecha e izquierda tiene una franja ajardinada, sostiene maceteros y urnas y flores raras, verbigracia, anémonas olorosas, pelargonios reflectantes.

El alboroto espanta a los gatos amodorrados sobre los poyos, excita a las plantas carroñeras que agitan sus apéndices articulados buscando chicha. La estridencia del dispositivo de seguridad cesa, el pelotón se cuadra, silencio, solo se escucha el tulipán fluido del surtidor de aguas en la fuente, desbordan la pila bautismal y caen a un embalse, entre la flora acuática y los nenúfares agigantados por la manipulación celular.

La comensal tiene la mirada expectante, el brazo flexionado sujeta la taza frente a los labios entreabiertos. Sabe por experiencia que su normalidad nunca le depara dos veces la misma suerte. Los agentes piden permiso, con la venia mi señora, sí claro, adelante; entraron y al moverse juntos el peso de sus moles producen un leve temblor sísmico.

Eran cinco mastodontes, un oficial y cuatro escoltas, traen en volandas a una persona joven: pelo oxigenado, unisex, con tirabuzones, cejas estilizadas por constitución o por una depilación creíble, pestañas largas, gruesas, curvas, bien definidas mediante cosmética o el diseño espontáneo. Tiene

facciones ambiguas, andróginas; ojos de animal sometido, mirada dura y triste. El aspecto del espécimen, los detalles, o el conjunto hace difícil identificar el género al que pertenece, los infiernos de dónde escapó, o la especie híbrida a la que representa.

Ha ido dejando un rastro de salpicaduras, patalea a intervalos entre los brazos hercúleos que lo transportan en vilo; balancea o sacude el cuerpo, se desespera intentando liberarse, pues su sitio está dos palmos por debajo, en la superficie de unión entre las baldosas y sus alpargatas, cuya funcionalidad no asegura por sí sola la capacidad ambulatoria hasta mejor proveer, como el sayo originariamente blanco tampoco permite describir al sujeto como cubierto por ropa adecuada, digamos para circular en el metropolitano.

Voltean al intruso, señalan unas alas de pavipollo que sobresalen, se estirazan y pliegan a su espalda. La señora repasa los patrones disponibles en su intelecto de trabajo, exprime su acervo, el bagaje, los vocablos, la noción intuitiva; solo después acepta una asociación de ideas compatible con sus pretensiones y deseos. Quizá sea un ángel —conviene para sus adentros—. Al menos una parodia, hay que decirlo, da pena.

Ha caído por la chimenea del salón gris, aclaró el oficial, mientras señala con el mentón al personaje suspendido aún sobre su reguero de calamidades. En la memoria de la señora, aquella frase avivó un escoldo acumulado a otros muchos sedimentos y esencias volátiles, inflama escenas antiguas, el

curso de lo cotidiano, su madre, Lucrecia, concreta y caliente y vívida, difunde a voces la teoría económica más simple y fundamental: “El dinero no cae por la chimenea”.

Desde aquellas fechas sin ropa nueva ni presupuesto para caprichos, no había atinado a descifrar el tono con que Lucrecia enunciaba el axioma. Así pues, aceptando una comprensión o empatía que llega con retraso, le replicó mentalmente: “Sí madre, tampoco los ángeles”.

La señora tiene la costumbre de ordenar el ambiente y adaptarlo a su voluntad, acostumbra a decidir por los demás, a mover el comportamiento de la gente, a condicionar los mercados o la cotización de las empresas, aunque ese alcance influyente no proviene de una actitud deliberada, una coacción verbal o un ego arrogante.

Por rutina y nivel en la cadena trófica, agarró el roncal de la situación. Modula una voz cálida, maternal, blandamente autoritaria, como si reprendiera cierta travesura infantil. Las preguntas son cortas, el estilo llano, el tono cordial, la mujer amable. Tal vez se arregle todo por las buenas, en privado, sin gendarmes ni calabozos. No pasa nada, por favor contesta, qué eres, cómo accediste a la finca.

Pese a todo, cerrará más adelante la entrevista, que en rigor ha sido un monólogo, una venta a puerta cerrada, una pretensión intentada sin un efecto distinto a la mansedumbre, la presencia taciturna e inofensiva. Por subsecuente, interrumpe la indagación, aún con el ánimo indeciso, dispone desinfectar y

bañar bien a esta cosa, animal, personaje, alienígena, o lo que sea ya se verá, lo primero es lo primero.

Permanece sentada junto a la fuente monumental, sigue con la vista al extraño arcangélico, lo ve alejarse por la galería, sometido, feo, sucio, con un algo postizo. Visto así, cuesta apreciar su naturaleza luminosa e intocable, conforme al arquetipo normalizado.

Dado un mundo compuesto de realidad y fantasía, la versión que prevalece está determinada por variables como el provecho esperado, las ideas preconcebidas o la estupidez. Aún las técnicas cinematográficas, ensueños, alucinaciones, sugestión, etcétera, proponen ficciones que sustituyen de modo interino a la verdad sensible o conceptual. Además la dueña del patio interpreta el mundo real a su antojo, sin dar explicaciones a nadie, tampoco sin entender cabalmente la novela o la película que solo transcurre en los circuitos de su mente.

La protagonista une lógica emocional, criterios razonados, interés propio, niveles de aburrimiento, tolerancia al desencanto, más las previsiones a corto plazo; en suma, siente curiosidad y lástima. A continuación apacigua esa tendencia del ego a verificar su importancia y superioridad respecto a otras mujeres, especialmente las míticas, célebres, revolucionarias, grandes mártires, las pioneras, la primera soldado, la primera astronauta, la primera medallista. En consonancia debe tratarse de un emisario enviado por altas instancias para anunciarle una tarea única, quizás un embarazo mesiánico.

Luego mientras argumenta a favor de dicha encomienda, pierde un poco la ilación, entre multitud de señales premonitorias e indicios cifrados y mensajes ocultos. Cada aserción respalda la subsiguiente y ha sido inferida del enunciado anterior, suma eslabones a una cadena de motivos razonados, pierde la última premisa por un lapsus, inicia otro alegato, otra línea persuasiva a propósito de su condición preternatural. En un plano objetivo, más realista, padece una ideación megalómana, un trastorno esporádico que nunca llegó a tratar con métodos clínicos.

Había perdido el apetito y aguardó pensativa dentro del edificio, buscándole la intención a un destino que mueve peones o reinas en el tablero ajedrezado de la vida, cuyos escaques están formados a su vez por otros muchos tableros, cada uno con sus propias piezas e interacciones, unidos por leyes cuya comprensión y manejo escapan al magisterio del poder terrenal.

La limpieza fue rigurosa, incluye una refriega con estropajo, pues el hollín o lo que fuera aquel tizne pegajoso, estaba adherido al pellejo del intruso como un tatuaje. Recién terminada la asepsia, trasladan al detenido con la cabellera resplandeciente, la sotana impoluta, e incluso sus alas parecen haber crecido con un plumaje luminoso.

La señora recibe al pelotón en la sala de lectura. Durante el examen ocular, una pluma salió desprendida y quedó a la deriva sobre las baldosas, hasta que una camarera con agilidad de gimnasta respondió a la orden gestual, y recoge el cálamo para

insertarlo, sin ningún criterio organizativo, dentro de un libro igual a otros muchos que forman una biblioteca cuya lectura requiere varios lustros de concentración y diccionario.

La dueña necesitó un momento para reconocer al extranjero. Era una criatura asexuada, hermafrodita, atrayente; por cuyo aura, el todo magnético, o por la distribución armónica de sus partes, resulta difícil apartar la vista y renunciar al goce estético que produce su presencia.

Como un holograma sólido, de tres dimensiones y tres fotogenias, la imagen visionada cambia según el enfoque. El ser angélico del plano frontal, apreciado desde un ángulo tiene aspecto de hombre, un varón, un macho, irradia masculinidad, un atractivo potente, una fuerza benigna y respetuosa ante la frontera corporal del prójimo. Según se mire, proyecta todas las notas sensoriales e intuitivas que definen a una mujer como tal, una fémica, una hembra; idealizada por la hermosura, como una fantasía hecha de materia lujurante y sofisticada, una majestad onírica que las palabras apenas consiguen esbozar.

Tiene una gota diamantina bajo un párpado, una lágrima a punto de resbalar, el aire desvalido, la expresión afligida, acaso por una condena, por un destierro, un exilio, una deuda, un tormento íntimo, una pérdida, la metamorfosis, o por retrasos, cancelaciones, una expulsión, o un rechazo, carencias, un castigo; aparte del exceso de casuística, del clima triste en derredor suyo, y el efecto alucinatorio que produce su contemplación, tal vez anhela ser un simple homínido mortal,

un gato callejero más, otro parroquiano o feligresa, levantador de vidrio y barra fija, dicho con la viveza expresiva usada por Niceta, una amiga de la señora.

Hilvanando impresiones, la señora intuye el agobio que acarrea no entender las palabras, el extravío, estar estigmatizada por las diferencias o la ambigüedad, la vergüenza de peregrinar sin resuello por entre manos y puños que te señalan y discriminan allí donde vayas. Recuerda el acoso pertinaz y los desprecios que una amiga había soportado durante un mes lectivo, por su apariencia varonil y sus progenitores del mismo sexo, que la criaron como si fuesen hombre y mujer.

Hay más criterios que dan coherencia a su decisión, sentir como propio el dolor ajeno, sea animal o persona o fábula; una inspiración de buena samaritana, la sensibilidad maternal, tener una mascota original con que sorprender a las amistades, también el capricho y superar la monotonía. Así pues, mediante un edicto publicado en el tablón de anuncios, hará saber que la criatura queda formalmente hospedada en régimen de acogida, similar a cualquier mascota, dispensen trato correcto.

Aquel talante compasivo en una mujer que vive en su caparazón, sin dejarse afectar por el resto de la sociedad, se había manifestado en tres ocasiones. Una, en los cuidados dispensados a una cigüeña que se estampó contra las cristalerías por una manga de viento y entró rodando al salón caoba, junto a una ventolera de plumas y vidrios. Dos, por la camada de gatos egipcios que hizo crecer a biberón. Tenían la costumbre de

trepar hasta su cama, para despertarla mordisqueándole el lóbulo de las orejas. Tres, por costear los cuidados intensivos a una recién nacida que encontraron en un basurero, con el cordón umbilical enroscado al cuello. La protegió como si fuese de su sangre, hasta que la dejó ir después reclamada por los servicios sociales del municipio.

En días posteriores la señora intenta dialogar con la mascota alada, desea comprobar si emite sonidos, pues resulta sensato atribuirle alguna suerte de aparato fonador o acústico. Recurrió al abecedario, a la mímica, a la repetición de vocablos, a las ilustraciones de los cuentos infantiles. Al final asume que se trata de una especie asexual, sin lenguaje perceptible ni inteligencia superior, que capta el significado de las cosas por instinto, pero no participa en la interacción verbal cualquiera que sea el idioma empleado. Ergo, en la práctica resulta imposible abrir un canal a la comunicación en un plazo razonable. Pese a la evidencia, no renuncia por completo a entenderse con su huésped, aun sorprendida por la máquina computadora que predice el azar puro, pero no tiene entradas para definir al espécimen.

Con tal suerte enigmática, la mascota deambula por la misma mansión que durante el otoño había sido ampliada a ciento cuatro habitaciones y catorce cuartos de baño, romanos, turcos, termales y otros con vaporarios o fango volcánico; tras las reformas en las caballerizas, la cochera y las casetas para los alanos; el ensanche del patio interior con forma ungular, los

lunetos afianzados en la capilla barroca, el entelar de los asientos aterciopelados en la sala cinematográfica con aforo para medio centenar de espectadores, y la diversificación por salas temáticas de su galería de arte. Estaba cumplido el encargo de vitrificar los ascensores exteriores, desde los que podía otear el océano artificial con su playa y su delfín juerguista y la pretina del bosque abigarrado de alerces y terebintos que envolvía la heredad hasta convertirse en una quimera para el alcance sensorial.

Desde la concesión del salvoconducto, el doncel aquejado de impericia para el manejo del habla, la seguía a una distancia respetuosa, dentro y fuera del palacio, mostrando un comportamiento sumiso, más acorde con un perro faldero que con un emisario celestial. Conforme se acostumbraron a ver su figura taciturna por doquier, aumentaron los lapsos en que permanecía ensimismado tras su cerco sobrenatural, observa a la señora con una expresión benigna, e irradia la misma calma del atardecer tras la cosecha.

Otra noche conquistó la confianza de la dueña, pudo dormir junto a su cama, acurrucado en el suelo como un lazarillo cuyos ojos fijos de lumbre ahuyentan el espanto que producen las leyes físicas, en forma de siseos, crujidos, golpes, rozamientos, chirridos, presencias audibles durante las noches alargadas por el sueño entrecortado.

Antes de la resolución del misterio, aquellos ojos habían adquirido una cualidad turbadora, su mirada parece horadar la

materia y escudriñar zonas recónditas del alma. Lee mi mente, pensó la señora cuando un desajuste en la planificación de tareas entre sus empleadas la dejó desasistida. Necesitó valerse tan solo de sus propios recursos para bañarse, en una tina sujeta al suelo por bronces cincelados como garras leoninas.

Entre la bruma y las burbujas ocasionales apareció la mascota, sin sandalias, con su sayo clerical y su ámbito fantástico. Atraviesa los raudales de luz que caen desde las claraboyas, permanece quieta, callado, incierta como una imagen especular.

La dama con un chapoteo brusco se incorpora por un acto reflejo, el movimiento arrastra arambeles espumosos y corolas de caléndula, eleva sin malicia una desnudez mojada y voluptuosa. Expuesta por la posición erguida, empieza a sentirse vulnerable, presiente una amenaza indeterminada, una bestia en celo. Mira con fijeza al extraño espécimen, nota un abultamiento progresivo tras su brial, bajo el abdomen, en la entrepierna, una protuberancia creciente y obscena. Solo al verlo aproximarse, la señora enarcó las cejas y alerta a su guardia de Amazonas. Entretanto, acuciada por la curiosidad y la irritación a partes iguales, sin temer un daño físico, alcanza a levantarle la vestidura, y apenas hacerlo reprochó: “No sabía que los ángeles la tienen de burro”.

El descubrimiento de la actividad eréctil del paje hizo que transitara por varios estados anímicos consecutivos: ansiedad, miedo, curiosidad, sorpresa, excitación y finalmente se sintió desilusionada, porque las creencias que había aceptado, las que

daban certeza al paraíso o la inmortalidad del alma, podían resumirse en aquel fraude torpemente ejecutado.

Los detectives incoan expediente investigador, tiran del dogal de las confesiones arrancadas mediante el suplicio, y llegan a la verdad. La epifanía de pelo áureo no ha caído desde un cirro, descartando una opinión mayoritaria; tampoco personifica al espíritu custodio que vela por la dama durmiente, como barajó el personal de cocina. La normalidad resulta menos novelesca y singular, más prosaica e insidiosa. Un admirador sin filiación virtuosa había urdido y ejecutado aquella representación fraudulenta.

“Soy un absoluto don nadie. Jamás hubiera atraído vuestro interés”, confesó derrotado. Comparte el mismo desencanto que su musa, pero por causas distintas, pues tantos esfuerzos y renunciaciones, tanto atrezo para conquistar una cercanía emocionante que al final le deja una sensación de brevedad en las entrañas. Sus quejas estaban motivadas.

Había perdido casi un trienio en los preparativos; había aceptado convertirse en una cobaya experimental bajo las artes técnicas de la hibridación. Tras varios intentos fallidos, su cuerpo integró unas alas orgánicas de garza pesquera. Tuvo que privarse del beneficio de la luz solar, para conseguir una piel albariza de doncella medieval. Soportó con rabia el escozor instilado en forma de colirio diario, para dotar de fotoluminiscencia a los ojos abiertos en la penumbra. Aún más severo y traumático fue el tratamiento hormonal con que dulcificó la voz, y los arreglos

de un taxidermista que bordó una segunda capa de grasas y pellejos a manera de braguero o injerto, consiguiendo un equilibrio entre elasticidad, disimulo, represión y funciones urinarias.

Pese al padecimiento y las dudas, completó la metamorfosis, se inventó una vida, una máscara, un rol; asume, de momento, que el amor justifica los medios, incluso las empresas temerarias o las acciones disparatadas: burlar centinelas, franquear portones, romper cerraduras, escalar muros, eludir fosos y garitas; imaginó un desenlace feliz en el palacio donde una modelo posa ante el pincel retratista, bajo un firmamento fabricado con papel charol, celofán y globos dorados que soltaron a la inmensidad para espantarle la aflicción del cielo claro y la luna huérfana.

¡Qué hombre más triste! suspiró la dama, mientras repasa aquel episodio esperpéntico y cómo los deseos mal encauzados pueden pervertir el sentido común y resabiar la voluntad más honesta. Con esa decepción en el ánimo, hace un gesto a los forzudos para que desalojen al impostor. Como despedida, un consejo de uso frecuente: “Cuídate”. Sobre la palma de la mano sopló un beso envenenado, que voló sobre la fragancia de marisco hervido del anochecer hasta la mejilla del pretendiente y llegó convertido en una devastación de nudillos duros, para derribarle hacia una espesura donde no hay ardor ni tragedia.

Salvio Iridio despertó y se vio a sí mismo convertido en una aberración, un degenerado que maltrecho renquea y andando

avanza por una vereda cuya prolongación sinuosa termina a lo lejos en una enorme puesta de sol. Murmura que qué pena madre, podrías haber cerrado las piernas antes de traerme a esta vida donde te muelen a golpes si no pisas con los pies en la tierra.

Otra mañana, durante el desayuno, la señora leyó que el ángel de andrómina había irrumpido en una iglesia durante unas exequias, en plena homilía encajó el cargador a un rifle de asalto con una palmada seca, y sin mediar palabra, justo cuando las asistentes se volvieron para ver quién entra con tanta arrogancia, Virgen María Santísima, que no respetan ni la casa de Dios, sonó un ajuste metálico y a continuación el traquido de los disparos multiplicados por la reverberación del templo.

Aturullado por los alaridos y la repetición ecoica, conserva suficiente rabia y munición para resolver de modo irrevocable sus aspiraciones idólatras mediante una plegaria a quemarropa.

¡Hideputa! musitó la señora, con un enfado propio de la psicología humana ante las tragedias provocadas. Tiene los sentimientos amarrados por un cordel de indolencia, y no le llega para comprometerse y amar con honradez pero tampoco para complacerse en la desdicha propia o el sufrimiento ajeno.

Dicha estrategia preventiva está vigente desde que un novio, Teobaldo Uve, otrora se marchó a pastorear olvidos y hacer requiebros a la mala suerte como frente a los toros. Así la condenó al resto de una vida con el reconcomio de saber que los

había separado un malentendido, un equívoco, un impulso visceral.

El suicidio romántico de Salvio Iridio apenas alteró los hábitos de la señora. Había marcado una franja horaria amplia para el desayuno, mantiene el ritmo lento, la medida, a propósito de tener una digestión saludable, como si ejecutara un ritual metódico. Mastica cada bocado hasta sentir la consistencia idónea, luego deglute mientras hojea la prensa, mira sus gráficos, lee los titulares y baja al detalle textual por un interés válido, para estar al día y tener criterios actualizados, por necesidad cultural y otros motivos relacionados con la utilidad práctica. Evita tratar la información como entretenimiento, los falsos reclamos, la morbidez, la truculencia, dejarse adoctrinar, defender una opinión a ciegas porque tenga voto mayoritario, consumir noticias rápidas como si fueran repostería industrial.

Por subsecuente, modera el caudal contemporáneo de estímulos y noticias y novedades que parece ir contrarreloj, desbordado por clichés, siglas, profecías. La información circulante llega, suscita o no una reacción, promueve un deseo, una necesidad, o refuerza un prejuicio, luego caduca por obsolescencia sustituida por la siguiente verdad que viaja hacia la civilización a la velocidad del pensamiento y en ocasiones resulta menos creíble que un arreglo de ficción.

Priscila, una mujer sin fervor hasta el miércoles aciago de la matanza, había entrado a la parroquia con el propósito de negociar una promesa o un trato con el santo, virgen o mártir

más desenvuelto en terapias de adelgazamiento. Mas al santiguarse con los dedos chorreando agua bendita, uno de los proyectiles usado por Salvio Iridio para espantar la cizaña del desaire, le perforó el cráneo y terminó alojado en su cerebro. Justo entonces sus deseos comenzaron a cumplirse, aunque eso sí, con una crueldad sarcástica.

II

El detritus interestelar esparcido por antiguas reacciones de fusión nuclear viaja con rumbo arbitrario, arrastra nebulosas, atraviesa cinturones de asteroides, elude campos magnéticos, bordea y en parte cae por entre la bóveda externa de incontables mundos secundarios. Una amalgama penetra la atmósfera, el roce sólido contra la resistencia aérea enciende aerolitos como brasas a fuego vivo seguidas por una traza humeante, la limadura reduce de forma progresiva los escombros, los tritura, los filtra en fracciones diminutas. A ras del suelo el fenómeno parece llovizna, parece niebla meona, parece un talco ceniciento.

La rareza sorprendió a la madrina en su jardín babilonio de tres microclimas simultáneos, envuelta por el aroma de las rosaledas y la floricultura experimental, entre puntales y armazones que garantizan estabilidad y equilibrio y protección.

En sus residencias oficiales la plantilla en nómina suele mentarla como madrina porque ha asistido al bautizo de todos los hijos y nietos de cada una de las doncellas y fámulas y asistentes fijos, replicando la misma naturalidad con que despliega la pañoleta o el chal a modo de paraguas, lo alza sobre su cabeza y se apresura a resguardarse. Entró con paso ligero al espacio cubierto del zaguán, entra al salón artístico, un recinto

acondicionado para escuchar música, inspirarse, estimular la creatividad, el refugio del borrajeo poético, la sala de lectura recreativa y el dibujo lapizado y otras actividades concomitantes.

Primero revisó su peinado: una melena corta trenzada en dos mitades y recogida hacia dentro, como dos manos de múltiples dedos entrelazados, tras un flequillo recto que traslapa su frente. A continuación, a través de la cristalera contempla el evento con arreboles apocalípticos. Por un momento se quedó a solas en su fotonovela, conmovida de súbito por una sensación de hondo desamparo frente a las incongruencias terrenales.

Con la parsimonia de una bisabuela recorre los anaqueles donde almacena una biblioteca creciente, revisa su conservación, abre volúmenes, trashedoja, comprueba la encuadernación, reordena folletos, un catálogo: “*Asisa*, cuerpo y mente”. Despide al doctor *Sendra* y su palmarés médico, para acariciar unas tapas de duramen, unas esquinas reforzadas, los remaches y aderezos metálicos, lee con la yema de los dedos un título en relieve, soldado a la portada, interpreta su tipografía, sus crestas y valles y huecos, el esfuerzo ornamental de algún artesano que quiso hacer filigranas desprovistas de utilidad, o tal vez quiso comunicar una experiencia estética.

Durante un lapso no planificado en su agenda, la madrina deja fluir los pensamientos improductivos y las ocurrencias metafísicas. Asume una búsqueda, una acción meditativa, un devenir, el tiempo no progresa ni gira ni existe aislado, nadie

envejece por el paso del tiempo, sino que pasa el tiempo porque envejecemos, luego permanece fijo mientras todo lo demás está en movimiento, evoluciona, se transforma, suscita indiferencia o un gesto, abrir al azar una reliquia encuadrada y hallar el retrato de un pretendiente repeinado, o unos pétalos que adornaron el cuerpo desnudo de Lucinda. Abre otro volumen, entre sus páginas hay un lepidóptero plastificado, un sello postal con la efigie nítida del aglomerante para concordias y freno a la avaricia, Felipe León de Dios, rey de oros en la baraja española. Encuentra un cromo con una mujer obrera exhibiendo el músculo de un bíceps turgente, no importa demasiado si era un montaje, pero movió su imaginación hacia la época en que Adalberto huía del arco iris embotellado.

La madrina funciona a impulsos del capricho, cuenta dos a la diestra, tres baldas arriba, cuatro tomos a la siniestra y extrae al fin un fetiche marcado con la impronta acarminada de un beso, que nadie reclama como suyo pero induce a pasar página, darle cuerda a los pensamientos regresivos y la tontedad de ir para atrás o poner orden a un pasado inmutable, a la pluma del arcángel en una mano servicial y el ocre aplanado por la presión, que se desmiga al intentar despegarlo del papel vetusto. Según los memorialistas menos especulativos, la dama ilustrada había superado los rigores de la senescencia con el privilegio de conservar el aspecto de una muchacha en flor a causa de una mutación molecular. Otros más audaces, aseguran que logró un trato ventajoso con el demonio y unos pocos atribuyen el

milagro al poder irresistible que confiere el haber dinerario. Desde cualquier perspectiva, es o aparenta ser apenas una colegiala tras los frunces en la falda de internado y la mano púdica que sujeta la canica del mundo y un repertorio de opciones sin explorar. Frota los dedos índice y pulgar entre sí para eliminar la impureza y cierra la cuestión mediante un mohín de guapa, que frisa una edad imprecisa entre diecisiete y veintitantos años.

Durante el progreso anómalo de su juventud, los cronistas e historiadores, los biógrafos y guionistas, las editoriales y las presentadoras del cotilleo televisado, mencionan a la protagonista con sobrenombres inventados al vuelo, aunque uno perduró a pesar de su resonancia anticuada: la dama del mediodía. En sí mismo contiene una historia completa, incluso adecuada al tratamiento musical de un tenor barítono, según mostró el singular *Plácido Domingo*.

El apodo, alias o mote, la etiqueta tiene su miga. Surgió en el clima llano y sofocante de los autobuses que cubren la línea regular entre San Fernando y Chiclana, donde un cantaor gitano se ganaba las habichuelas prodigando coplas y versos templados de arte mayor. Por esas fechas la turista verifica una ruta gastronómica por España. Llegó al sur geográfico. Se abandonó al torbellino de la juerga flamenca, entra y sale de casetas bulliciosas, aspira el verano ardiente, se deja cortejar mediante arrumacos y lisonjas por un novillero a punto de recibir la alternativa. Halló gente amable, de trato fácil y simpatía

espontánea, sintió el soplo cálido del sol, cuyo influjo llegaba sin esfuerzo a su alma, como los vinos amontillados a las copas. Vio animales hermosos, épicos, perfectos, en el desfile del Paseo de Caballistas y Enganches, caballos jerezanos con dinámicas majestuosas. Bailó sevillanas, entre mujeres que llevaban trajes folclóricos, salpicados por lunares rojo bandera y con vuelos de faralá sinuosa. En las barracas sirven frituras de pescado y gazpachos, tortilla de patatas y pimientos fritos y boquerones en vinagre. Falta una hora para ver torear a *Manuel Díaz*, a *Espartaco* y a *Jesulín de Ubrique*.

Durante la fiesta grande, el ambiente había logrado flechar a la mujer con besos y caricias como rosas y claveles, la cautivó con un olor denso y complejo, cuyos matices cambian al caminar, pues eran multitud de fragancias que se añadían y mezclaban por tramos a otra esencial y huidiza. Entre la bulla popular se sintió despierta, más viva e intensa, consciente del roce del vestido vaporoso contra su piel, de la ligera presión elástica de su tanga; percibe por cenestesia su cualidad física y a la vez su naturaleza anímica, advierte una emoción intensa revuelta con las sensaciones dinámicas, un algo contradictorio, un gozo súbito, perplejidad, una alegría por todo, una urgencia, una calma, la infantil locura derrite sus reparos como una llama hace con la cera; quiere reír, llorar, tembló un instante, le estorba la ropa, su propio cuerpo, la materia, el efluvio imperceptible desde su piel, la reacción levemente humectante en su oscuridad vaginal.

Durante el arrebató íntimo perdió la certeza del tiempo, se encontró a sí misma sometida por un devenir finito, por la fragilidad y la química del organismo. Supone primero que está un poco ebria, por tanto aperitivo y su pertinente caldo de crianza, tinto, rosado, dulce, seco, hasta con burbujas, acorde a la parrillada, al jamón ibérico, el queso manchego, las angulas en su punto picante, el lechal a la brasa.

Enseguida desestimó esa posibilidad, especialmente porque ha bebido con moderación. Necesita soltar amarres y esforzarse para admitir la verdad simple y las alteraciones de un enamoramiento atípico.

Sin cuestionarse o reflexionar aparte o decir al menos esta boca es mía, tiró del brazo del novillero que la festeja y enfiló a la parroquia más cercana. En la sacristía, encontraron a don Crispulo, un cura con melena, anorak de cuero, botas camperas y una guitarra eléctrica colgada al hombro, que celebra las misas dominicales a la intemperie, amenizadas por actuaciones solistas de rock sinfónico. Es una opción para atraer a las nuevas generaciones, argumenta cada vez que el obispo le aconseja retomar la liturgia convencional.

La pareja reparó en la quincalla de chapas y pegatinas que lleva prendidas a la altura del pecho, para ensalzar la virtud de la templanza y otras cuestiones teológicas. La turista, una donante potencial con que acelerar las reformas del templo, hace un conato de reverencia, declinó el moscatel ofrecido y soltó por fin la brasa ardorosa de su delirio: “Padre, quiero casarme

cuanto antes con el mediodía”. Don Crispulo, por sus ideas progresistas y su criterio poco dado al convencionalismo, pensó: “Franchutes”, pero respondió: “Veré qué puedo hacer, quilla”.

No hay constancia de que llegara a formalizar la unión mediante un rito religioso o un protocolo laico, pero al regresar del viaje comprendió que estaba atrapada entre los cendales de una querencia exclusiva, por cuanto que podrá admirar la luz, el color, los aromas y sabores de otros reinos o países, sentir el ambiente palpar como un animal vivo que reclama atenciones; podrá encariñarse con la buena gente, repetir sus costumbres y ceremonias, aprender el precio normal de las cosas. Empero, conforme al hechizo, desde entonces solo podrá amar como ahora y para siempre, a la tierra andaluza del mediodía.

Resumiendo las variables en una constante, el apelativo nació en la flama de una guagua que acarrea forasteras y vecinos, recorre la provincia de sol a sol y permite a un gitano músico entretener al pasaje sobre la marcha, improvisa coplas, romances y chascarrillos a granel, canta o recita con temple y buena sangre, con voz honda y desgarrada alude a una paya amante, o dama del mediodía.

Aunque para el argumento en desarrollo es una cuestión tangencial o anecdótica, determinar el origen de una leyenda, de un sobrenombre o de una moda exige un trabajo, investigar, acceder a documentación, hemerotecas, testimonios, archivos; entrevistar a testigos, cotejar versiones, ratificar el informe conclusivo.

Así pues, el apelativo viene dado por una excentricidad de nueva rica, la prensa rosa, estrategias publicitarias, la mercadotecnia, enfatizar la idealidad literaria de la persona, darle sudor y molestias y temperamento al personaje; aparte del afán mercantil, también necesitaron extender un guion cinematográfico que se había quedado corto. Definitivamente, la persona acabó suplantada por el artificio de representarse a sí misma como personaje popular.

En su familia nadie le llama Marietta, sino Dulce. Aquella referencia había surgido años atrás durante su infancia. Recién afianzada su capacidad ambulatoria, aunque con dificultades para controlar la micción, aprovechó la hora laxa de la siesta, y escapó del dormitorio con sigilo de ladrona profesional, atravesó el corredor, tuvo una contrariedad con la cortina de canutillos, resuelta con la debida prontitud y cautela. Ningún adulto detecta a la muñeca descalza que logra sortear las zonas críticas, los monstruos, la penumbra, supo orientarse y llegar a la despensa balanceando su pañal abultado. Inexplicablemente, logro alcanzar el anaquel superior donde reposaban alineados seis tarros grandes de loza, cada uno tapado con un recorte de tela del mantel a cuadros que antaño cubría la mesa de entre semana. Ningún frasco aguantó el entusiasmo de unas manos golosas, ávidas, que extraen, hienden, escurren, estrujan, escarban y masan la miel, la arrojan con desparpajo por los aires; exprimen la compota, la apretujan, se llena la boca con puñados de dulzor intenso hasta embarrar el espacio circundante con un

saqueo explosivo. A continuación la pequeña aventurera se siente amenazada bajo un chorro ambarino de esencias libadas en la alcarria, que caen desde los panales volcados y resbalan por sobre las baldas hasta encharcar el suelo. Confusa, restregándose los ojos, perdida en los confines resbaladizos de la fresquera, opta por escapar, elige una puerta entornada, avanza tanteando y desemboca en el patio trasero, ajena a los grumos de melaza que formaron un reguero a su paso.

Lucrecia pronto nota la ausencia de su hija. A gritos alertó a los parientes, iniciaron una búsqueda angustiada y confusa. El marido, un hombre poco dado a la expresión verbal, la cogió del brazo para inducirle a seguir un rastro de salpicaduras que conduce al huerto limonero. La vieron asomarse por detrás de una higuera, donde había permanecido acurrucada, pringosa y fulgente, sitiada por una marabunta de hormigas a punto de iniciar el asalto hacia su cuerpo trémulo y asustado.

Tanta miel engullida le provocó empacho. Lucrecia dispuso compresas calientes sobre su barriga para aliviarle los retortijones, Desiderio intentó encontrarle un sentido premonitorio al suceso y abrió al azar una biblia latina. Resumiendo las consecuencias, el atracón la dejó incapacitada para ver, oler o siquiera evocar aquella sustancia melosa sin padecer un calambre en las tripas y un amago de náusea.

Por esa aversión, para evitar los efectos adversos, timonea su pensamiento hacia el presente histórico. No antes ni después, escucha sonar el teléfono, un piano melodioso anuncia a Delia.

En el desplazamiento hasta la mesa, reflexiona sobre el poder tecnológico que anticipa el futuro mediante el recurso simple de asociar una melodía a una identidad. Atiende la llamada entrante.

Las generaciones se suceden e imbrican como las estaciones anuales. La última réplica genealógica de su difunta amiga Delia, había heredado el carácter turbulento y las ambiciones desmesuradas de la abuela, también el nombre.

—¡Qué tormenta surrealista! ¿No?

Su voz es aguda y aniñada.

—No tanto, en Java un volcán nos sorprendió a Lucinda y a mí, dijo pies para qué os quiero, echamos a correr al puerto, pudimos embarcar. Fue sobrecogedor, había arena ardiente por todas partes.

—El telediario explicó que los flashes provienen de supernovas, de antiguos soles. El astronauta ese... el Pedro Duque explicó algo sobre el hidrógeno o no sé qué, se agota y ¡bum! adiós estrellita.

—Hoy por ayer y la casa sin barrer, menudo hartazgo ministerial, dijo la señora a manera de reproche, mientras busca un espejo donde verificar sus mechas cobrizas recién teñidas.

—Del hollín que parece un trucaje de efectos especiales no saben demasiado. La portavoz gubernamental leyó un comunicado del gabinete de crisis a instancia del superior jerárquico, con el visto bueno de la directora general que acataba orden ministerial. Conque veremos a ver —dijo—, esta

casuística concentrará nuestro interés en la próxima reunión plenaria. Aporta cifras porcentuales, tablas estadísticas, comparativas. ¡Ja! Otra vez el Gobierno y sus marrullerías.

Corrige y alienta a Delia, dice no cariño la cosa parece seria, aunque siempre escampa, dando a entender que la paciencia vale como recurso contra la adversidad. Se despidieron hasta la próxima cita, cuya renovación era tácita desde varios años antes, un encuentro sin pretensiones utilitarias, orientado a compartir cercanía, experiencias, pensamientos; válido para reforzar la amistad y dejarse mover por el mecanismo incesante de lo cotidiano.

El celular suena ahora con la melodía asignada a Niceta. Es una mujer cuyo legado genético impuso simplicidad y extroversión a su carácter, rasgos nórdicos a su semblante y la rémora del infortunio. Apenas puede reprimir la excitación, casi farfulla: “¿Sabes la que está cayendo?”. Sí obviamente, cómo no enterarse. La gente se monta películas, que si el fin del mundo, que si los extraterrestres, que si tal o cual, da miedo mi amor. Habla deprisa, como si todas las frases fueran una sola, por momentos el sonido que transmite el auricular se distorsiona, quizá por interferencias electromagnéticas o saturación del cableado. A nivel subjetivo, la voz parece surgir del fondo de una dimensión paralela.

La dama neutralizó el alarmismo, el humor angustiado de Niceta, dijo: “San Pedro mandó quitar mierda en los cielos al tiparraco Salvio Iridio”. Empero con un repunte nihilista se

pregunta qué inteligencia coherente puede haber hecho germinar un cúmulo de galaxias sin explicación causal ni finalidad objetiva, donde nadie garantiza nada distinto a la muerte, sin contar el precio al alza de los comestibles o el repostaje y la imposibilidad de llegar a fin de mes sea cual fuere la nómina ingresada.

La señora nota el efecto calmante en Niceta, su risa dolida, la resignación mezclada con la esperanza; oye un cruce de voces incomprensibles, deformadas por el ruido parasitario o los fantasmas cuánticos; al final lo único corroborado fue el encuentro automático de cada viernes a la hora del café, como en una época anterior había hecho con la madre de Niceta, y mucho antes con la abuela homónima, a quien asocia al barrio de su niñez y el paseo hasta la catequesis.

La conversación no aportó novedades relevantes a ninguna de las dos, pero la amistad necesita nutrirse con regularidad, cada conversación proporciona tramas compartidas que dan significado a la relación humana, hace saber que el lunes comieron lentejas estofadas, que su niño es sonámbulo, que un pretendiente le escribe anónimos, que suplica perdón a Isabel, o que un día de estos le devolverá los viejos discos de vinilo a José María. Hay un intercambio de besos onomatopéyicos y cada una vuelve a sus circunstancias, a su inmediatez, a su presente continuo.

Atardece, una luz lívida se filtra por entre la materia edificada, como una figuración gaseosa que impregna los objetos visibles,

como un humor que fatiga el ánimo; quizá una fluctuación hormonal, un pico deficitario de glucosa. Químicamente atribulada, desconectó teléfonos y televisores y máquinas prescindibles, cerró la gaveta de la correspondencia atrasada, apagó los artilugios con pantalla y teclado, apestilló la entrada contra los rebuscamientos, con el mandato expreso de que no estoy para nadie, repito, no recibo a nadie. Enseguida revoca la orden, se contradice. Me parezco cada día más a los electoralistas —suspiró—, sin considerar la costumbre nacional de quejarse por todo y con frecuencia, de los males ciertos o figurados, atribuibles por descontado a la desidia o pereza, a la arrogancia o avaricia del estamento político o funcional.

Persiste sin variaciones la lluvia polvorienta, extiende un sedimento de ceniza y materia granulosa. También entretiene, tapiza la góndola de las campánulas, invade las corolas a los tulipanes tardíos, entorpece el vuelo de las aves que buscan refugio. A esas horas inspiran a la espectadora un criterio filosófico, una tendencia al descreimiento, a la pose teatral con el pañuelo mejicano anudado bajo el mentón. Sobre la cristalera observa su propio reflejo, las gafas grandes y oscuras de actriz viuda. Había encajado un volumen en el único hueco libre del estante y se quedó un momento a la deriva, convencida de haber experimentado la misma tormenta, el mismo hastío, la paradoja de ir aprisa por un círculo perfecto que no conduce al futuro, sino a un pretérito calcado del presente.

Hace un gesto en el aire y su dedo vertical dibuja un redondel, que alude al área de posibilidades abierta a su alrededor. Por ende, zanja la incidencia, el devenir abstracto, la actitud meditativa. Regresa al horario vespertino, al feudo controlado de su mansión; conviene aplazar todo avatar apocalíptico hasta el siglo entrante o mientras hayan fondos presupuestarios. Punto acápite.

Pintaré un mural, claro que sí, podrá ser apreciado desde la estratosfera, se acabó pensar como los pobres. Todo cambia, aunque en el fondo todo seguirá siendo parigual. Advierte la necesidad de síntesis, por higiene mental, por economía del intelecto, elige los vocablos o las acepciones para discurrir con propiedad y mínimo esfuerzo.

A continuación repasa flecos sueltos en su agenda, asuntos pendientes, proyectos a medio perfilar o parcialmente abocetados, le estorban las palabras inútiles o repetitivas, las ideas disociadas que lastran su pensamiento ejecutivo. Pasea por la red de pasillos sin un propósito concreto, entra a una sala similar a todas las demás en términos de amplitud o enormidad, como otras muchas estancias y tramos susceptibles de confundirse con un museo, una galería de arte o una exposición de antigüedades.

Encuentra abundantes objetos y mobiliario, cierto exceso decorativo, verbigracia, demasiados cuadros colgados en las paredes. Son muchos, una rendición donde jamás estuvo, un retrato con el reflejo especular del propio pintor, un fusilamiento

eternizado; sus réplicas falsas están expuestas en los museos locales e internacionales.

La armadura japonesa del guerrero samurái parece haber sido abandonada en el primer sitio disponible, incluso entorpece la marcha. También encuentra fuera de contexto una enorme gramola, y un artilugio que al pulsarlo replicó siete sonos escalados con el sonido ilusorio de una lira celestial. Camina once pasos, se detiene, endereza un cuadro, observa desde tres perspectivas diferentes la misma pintura, sin poder identificar la anomalía que le transmite.

Era un retrato enmarcado con madera cosmética, era un estilo artístico inventado sobre la marcha, un torzal de surcos y torcimientos ajenos a la mirada superficial; por ende, nada justifica esa disconformidad perfeccionista. Buscó mentalmente un término para expresar que una persona o un objeto está en un sitio diferente al que le corresponde.

Activó la máquina parlante de las respuestas, oyó: «Heterotopia», pero aparcó la duda porque no acostumbra a complicarse con soluciones más problemáticas que la cuestión a resolver, deja a la sabelotodo y escudriña con intención analítica el cuadro. Transmite una sensación añeja, a un nivel imperceptible para el ojo no entrenado encuentra el progreso del deterioro fulminante, como quien dice de un día para otro. Son ramificaciones estriadas por la superficie del lienzo, sobre la bailarina, rubrican una postura forzada, unos brazos verticales y atrasados a la referencia perpendicular con su cabeza altiva y

apoteósica, atenta a las ráfagas de la ovación final, como alevillas comunes y otras metáforas, puestas aquí y allá, junto a la postura de una pierna alerón extendida hacia atrás, mientras doblega la otra para darle equilibrio a su estampa de arco triunfal.

Priscila había aceptado que Marietta pintara el retrato a su antojo, abstrayendo toda imperfección y todo defecto natural o adquirido. Así, pues, no está embutida en una malla de ballet, que comprime las ondulaciones adiposas bajo el tutú; tampoco el edema hincha sus pies y no ha empezado a descoser por presión expansiva las zapatillas de punteras cuadradas.

La chispa alucinada del recuerdo prende la escena, de súbito exhibe movimiento, claridad, contrastes dinámicos, oye la risa estruendosa de la amiga, y su ruego por la Virgen Santísima y todos los clavos de Cristo, artista dame un respiro que me duelen las corvas, y la mano que mueve el pincel se detuvo en el halo de unas candilejas que hoy sirven para aluzar la memoria.

III

Con frecuencia irregular un dolor severo detiene la progresión del tiempo biográfico. Llegar un aviso repentino, duro, seco; un primer garrotazo, por abreviar con un símil, anuncia los infiernos acumulativos dentro del otro infierno sensible a la luz y al ruido. La señora tiene la impresión de que caerá a un vacío profundo, pues va pisando un tremedal que amenaza derrumbarse bajo sus pies, se le revuelven las tripas, percibe un taladro que perfora y resquebraja su cráneo. Quiere irse para no sabe dónde, huir del martilleo aberrante, empero, el problema es orgánico, del cuerpo, está encerrada en el problema.

Soporta mal admitir su naturaleza humana, al menos reconocer la parte menos favorecida, el lado animal, el automatismo despótico del hambre, la sed, el cansancio, el sueño fisiológico, las deposiciones; tener que luchar contra oleadas de invasores microscópicos, tener achaques, padecimientos, episodios de migraña o jaqueca o cefalea, neuralgia, vértigo, náusea, frío hiperbóreo, bochorno asfixiante.

Apaga luces, insonoriza la habitación, permanece recostada boca arriba en el regazo del diván, aspira el vaho mentolado del último remedio natural. La médico de cabecera, la doctora del servicio de urgencias privado propone la medicación según ciertos parámetros como el tipo de dolor, opresivo, lacerante, pulsátil, continuo, a ráfagas, sistémico, aislado, extendido a zonas adyacentes, creciente, regular, fluctuante; con fiebre, con

inflamación, con extravío, con afectación del lenguaje o el pensamiento. Por subsecuente, toma la prescripción, un ansiolítico, un calmante muscular, un analgésico. Aparte procura tener a mano algún remedio alternativo, y el talismán que le había regalado su hermana Elisenda, considerado más por su acción sugestiva y menos por su poder curativo.

Mucho después la bola del azar gira en su ruleta, busca la casilla pertinente, dividida a su vez por la lógica binaria, por el contraste o la oposición entre objetos, ideas, estados, fuerzas, cualidades, dos caras, dos expresiones antónimas, una dualidad de signos contrarios, como bueno y malo, listeza o tontuna, caos y orden, etcétera.

La suerte marca un rumbo favorable, la afección remite, no será diferente a un malestar pasajero, un regusto a naranja química y un botiquín con el arsenal terapéutico disponible. Ha renovado el impulso de explorar las últimas reformas hechas a la vivienda. Quiere salir hacia otra estancia, hall, auditorio, gabinete, cuarto de rarezas y curiosidades, pinacoteca, anfiteatro, museo doméstico o lo que encuentre primero durante una excursión guiada por la veleidad.

Inmediatamente antes avistó una telaraña incipiente en el umbral de salida. No pudo esperar a la gobernanta, no esperó a los celadores ni a las escoltas, prefiere arrollar un tríptico de celulosa y con un golpe blando resolver el imprevisto, superando su aversión al trabajo mecánico, a la violencia extrema y a los patógenos. Resuelta la contingencia, transforma

la afectación por un gesto fruncido y calculador, desestima una eventual detracción salarial en la nómina de los operarios.

Camina por una galería enmoquetada, llevando auestas un remordimiento absurdo, sin detenerse en cada uno de los ventanales consecutivos porque verá siempre la misma ceniza crepuscular, su hacienda atorada en la vasta extensión del artificio, verá el arbolado en reposo, la cordillera al fondo, levantada por escenógrafos para ahorrarle la monotonía de los músicos ambulantes, los campamentos acuartelados a las afueras, con activistas que vindican por turnos, cansan había dicho, quinto sexo, igualdad dentro de la diversidad, derecho a ser cibernético, a portar tetas y bigote, a la intimidad cuando se callejea por el orbe. Divaga, nunca llueve a gusto de todos, divaga sobre héroes y heroínas, sospecha que un acto considerado trivial, una acción con apariencia baladí puede acaso dar inicio a un tren de reacciones, efectos imprevistos, carambolas, retardos y sinergias; luego entonces la consecuencia última podría tener alcance planetario o involucrar a millones de personas.

Considerando tal juego de probabilidades, pero con una causalidad más limitada, traza una conexión entre la araña y un hombre. El conductor se ha incorporado tras una siesta de emergencia en carretera, retoma la conducción manual, gobierna su berlina, ahora mando yo —grita—, embriagado por el albedrío y la velocidad. Llama maldito lepidóptero a una mariposa que ha entrado y revolotea por el habitáculo. Intenta

desalojarla, da un manotazo, falla; enrabiado estira el brazo y ladea el cuerpo para lanzar otra ofensiva, golpea el aire, solo consigue desequilibrar su postura, la corrige y apoya la pierna de sostén contra el pedal acelerador. Vislumbra la floritura de colores difuminados en una nebulosa y la curva donde derrapa, va pensando no si aún llegaré tarde. Morirá a continuación por un destino que no le corresponde. En el supuesto correcto, la araña vive, procrea, su linaje suelta una depredadora por cuya seda radial el accidente no ocurre, pues captura y suprime a la misma mariposa que lo provocará.

La señora ha dejado atrás el reproche pueril, toda casuística que no admita prueba o refutación, la presencia emergente de Priscila, la amiga del retrato que la acompañó un trecho. En lo espiritual, por dentro, tantea el primer cabo suelto en el ñandutí de tiempos verbales y sucesos y perspectivas factibles, que se enredan y rompen y vuelven a juntarse, como las figuras imaginarias dibujadas por el vuelo de las golondrinas, o la sintaxis del lenguaje peruano de los anudamientos.

Pese a las opciones disponibles, de momento sigue abstraída, mantiene el tono introspectivo, planea pintar un cuadro, donde lo concreto y los motivos particulares expresen conceptos universales y sentimientos contemporáneos. Asocia la frustración con Cándida, la artista muerta de hambre, Priscila representa el tesón, Delia, el pragmatismo; prosigue el inventario que relaciona amigas con una cualidad, una aptitud o un defecto espiritual. Toma posesión de su mecedora ansiolítica.

Divaga. Un relámpago interior alumbra una visión premonitoria, imagina el mismo salón en un futuro remoto, radiografía la acción corrosiva de las termitas en los armazones y vigas, la porosidad de la madera usada por los insectos para acumular víveres, junto al tamo y los restos fosilizados de antiguos fantasmas. La herrumbre cruje como papel aluminio, las moscas nocturnas aletean como sílabas sobre la pátina enmohecida. Vio el óxido aferrado a los metales, vio las celosías cerradas, pero no pudo saber ni preguntar a nadie cuándo y por quién se abrieron una última vez, en qué tiempo fueron apagados los interruptores que hacen circular la corriente hasta el bastión de los arcones frigoríficos.

Se pone en pie, hace un croquis inspirado en esa realidad decadente y lo adjunta al cuaderno de bocetos a medio perfilar. Camina preguntándose si la miseria, la fealdad, lo vulgar, son susceptibles de tratamiento estético. Llega al final del pasillo, revisa los seis muebles metalíferos ubicados en hilera junto a la entrada de la biblioteca, unos armatostes industriales que contrastan mal con el aire decimonónico del entorno. Peor aún, parecen arrumbados en mitad de alguna mudanza precipitada, con su propio ámbito esterilizado, su eficiencia energética y su respiración inaudible. Están repartidos a los lados de un mostrador, frente al gabinete donde reaniman los libros congelados.

Rita, la bibliotecaria técnica, tiene asignadas las tareas de catálogo, el control de accesos, el registro de movimientos del

inventario. Organiza las tareas a los operarios, supervisa las remesas entrantes, las clasifica y distribuye por secciones y en orden alfanumérico de signaturas, encuentra libros enfermos y los repara según un protocolo basado en el frío extremo. El método funciona contra la carcoma y otras larvas capaces de convertir el diccionario en un mazapán que se pulverizó entre los dedos de una lectora disgustada.

La señora colecciona libros raros, ediciones antiquísimas, ejemplares únicos, enciclopedias temáticas, títulos prohibidos, elucidarios, manuales para comprender otros manuales, libretos, prontuarios, tesauros, misales, grimorios, poemarios, cartografía, códigos doctrinales, compilaciones especializadas, diccionarios, facsímiles de textos sagrados, cuadernos de bitácora, de campo, de bocetos notables; correspondencia epistolar, cartas magnas, cartas secretas, cartas a secas, idearios, informes, asuntos de Estado desclasificados, asignaturas universitarias, tesis doctorales, ensayos, instrucciones, recetarios, memoriales, guías prácticas, partituras, letras musicales, catálogos eróticos, álbumes, dietarios, diarios, almanaques, calendarios de adviento, *Vargas Llosa*, sùmulas, más breviarios, refraneros, digestos, productos de publicación periódica, revistas, agrupación encuadernada de historietas narradas en una serie de viñetas mediante dibujos pintados, cómics, cromos, callejeros, reseñas turísticas, libros de resúmenes, síntesis de un resumen previo, novelas gráficas,

filatelia, numismática en papel moneda, tarjetas postales, reportajes fotográficos.

La máquina omniscia tal vez sea la única inteligencia capaz de inventariar los registros en un solo acto exhaustivo. La dueña, sin llegar a la idolatría tecnócrata, vincula el control de los datos con el control del mundo. Además, el conocimiento no ocupa espacio, por supuesto que no, excepto cuando se refiere a tomos cifrados por lotes isotérmicos.

Saluda a Rita, la que maneja el cotarro en horario laboral, y dispensa un trato quirúrgico a determinados libros, los maneja con guantes de látex y una bata sanitaria, extrae cada atisbo de humedad detectada bajo el grafoscopio, elimina las partículas escarchadas, toda impureza de un código atribuido a *Hildegarda*, una profetisa teutónica, polímata y visionaria y humilde según Rita, que la considera su modelo arquetipo, aunque falta certificar de modo fehaciente la autoría.

Entre aquella fortuna bibliófila, manejada con adminículos y vidrio blindado, el tesoro más disputado y costoso era hasta entonces un cuaderno autógrafo cuyos textos y dibujos son atribuidos al renacentista *Leonardo da Vinci*. Para comprarlo en una subasta restringida al mejor postor, dilató una sucesión frenética de pujas y réplicas, a manera de duelo entre la magnate unida a un fondo inversor y el filántropo, visionario y tecnócrata, don *William Bill Gates III*.

La maga ilustrada desea aún comerse el mundo, por así decir en sus términos, acumula información, letra impresa, fetiches,

oráculos, la ciencia, las artes, la técnica. Alimenta de forma regular a su máquina sapiencial a quien solicitó una sugerencia de lectura recreativa, acepta la novela propuesta, pide a la máquina parlante que narre el texto de viva voz, luego que omita todos los capítulos de relleno necesario hasta la última página, para ver la cara de monos que se les pone a los terrícolas cuando ratifican el vuelo raso de las naves intergalácticas que invaden la Tierra y electrocutan con una centella láser a todo lo que se mueve y tiene consistencia orgánica, mientras otros habitantes escuchan la retransmisión del suceso por la radio y se tronchan de risa antes de salir a la intemperie.

El final catastrófico la deja un momento suspendida en sus pensamientos, asume que morirá, que está sola en un planeta aislado de una galaxia perdida en el infinito. Enseguida el contexto, las personas a su alrededor, el talante laborioso y cordial de Rita, en suma, el flujo de la normalidad interrumpe el soliloquio existencial de Marietta.

Para orientar su acción, repasa los asuntos a medio terminar, las citas, los compromisos, las reuniones, los proyectos vigentes, las compraventas, la renovación del decorado interior, los contratos, la documentación en trámite, los plazos próximos a expirar. Hace una anotación rápida en otra agenda, con un lápiz que permite la orientación vertical y satisface por ende su pragmatismo o esa manía de simplificar la vida corriente mientras subraya la fecha del encuentro con sus amigas.

Delia según dice, después de los veinticinco ha dejado de cumplir años. Hereda la inteligencia de la madre y tiene el vicio de imponer su parecer a los demás como la abuela; una inclinación natural por la que necesita dejar claro la estulticia, el error o la simple ignorancia de quienes no opinan como ella.

Esa propensión a crear y resolver litigios con la dialéctica, abarca casi cualquier materia, la política, lo religioso, el precio del bonobús, cuestiones públicas o privadas, los comentarios que circulan por los foros, los temas del día en los mentideros telemáticos, los asuntos tratados durante las charlas de familia o las tertulias entre amigas. Abreviando, sostiene una discusión eterna por todo y contra todos, aunque a su modo de ver las cosas, supone enriquecer y ayudar al prójimo. Un apunte a su favor, mantiene la pulcritud ética, el distanciamiento con el objeto conflictivo, y la cortesía, pues nunca confunde la libertad de expresión con la malicia vejatoria o el ánimo injurioso.

Suele corregir a economistas, matemáticos, biólogos, catedráticas, celadores, comunidad de vecinos, porteras a pie de escalera, a los informantes, a las del telediario, a columnistas y quienes escriben artículos en la prensa. Empieza el razonamiento con un perdona, tienes un error limitante, después no se calla una, rebate asuntos globales, la situación geopolítica, la recesión o las guerras, el problema del Estado elefantino, crisis migratorias, olas de calor, paradojas cuánticas, discrepa sobre si Cataluña es un país de mierda, y apenas logra responder a la avalancha de mensajes que se acumulan en la pizarra

digital. *Erika* está concienciada. *Hijosanta* explica la ética del pirata informático bueno. *Hombre-Duro* quiere legalizar los duelos de honor. *Flacucha* decide sobre su propio cuerpo y lo que haya dentro. *Cirugía-Estética* a favor de una mejora masiva de la fotogenia para la población vulnerable. *Bombonera* pide aborto gratuito sin permiso de nadie. *Furioso* aboga por la bebida isotónica de fabricación casera: agua, sal, azúcar, bicarbonato y limón. *Piolín* se caga en los muertos del antidisturbios que le sacó un ojo a su primo. *Masmenos* vuelve a los temas serios y asegura que todos somos Cataluña cuando aporrean a civiles indefensos.

La fascinación de Delia por el lenguaje retórico y persuasivo, su capacidad argumental, contradecir al mundo y salirse con la suya, son parte de su carga genética, como su voluntad templada o la manera de transmitir afecto y exponer el alma ante Marietta, que no recuerda cuándo ni dónde se quedó mirando a Delia con tanta atención que el contexto se ha borrado de la memoria. Explicaba su estreno como abogada durante un juicio de puertas abiertas. Había preparado el alegato frente a un espejo de cuerpo entero, a propósito de la inocencia relativa que argumento a las señoras y señores del jurado popular, no se trata de ganar un caso o encarecer la minuta, más allá de toda duda defendiendo la verdad, únicamente la verdad. Conforme al fiscal, mi representado apuñaló a su esposa, doña Filomena Braga, causándole heridas incompatibles con la vida. El dictamen forense afirma que el acusado presentaba altas concentraciones

de alcohol en sangre, y cito literalmente, lo raro es que no cayera en un coma etílico, sea como fuere, mezcló bebidas, mientras emparejaba la correspondencia, especialmente deudas tributarias, multas de tráfico, una providencia de embargo, facturas atrasadas, unos recibos devueltos, una resolución hipotecaria; recapitulando, era un empresario arruinado, mal bebedor desde luego, pero también padre paciente, trabajador honrado, ciudadano ejemplar, promotor de causas sociales y obras benéficas. Luego, resulta difícil atribuirle intencionalidad, premeditación, ensañamiento o alevosía. Dicho de otra manera, fue un acto repentino, una reacción contra la víctima, que le había dicho: “Eres muy seco con la clientela, a tomar por culo, yo me piro”. El acusado blandió un cuchillo admonitorio y durante el forcejeo lo clavó por accidente en el corazón de su víctima. A lo que íbamos, una prueba de inocencia. Mencione el cuchillo con que destaza la carne en su charcutería, me aclaro a continuación.

Son ustedes hábiles artesanos, listas ingenieras, eficientes mecánicos, prestigiosos arquitectos o tipógrafos; fueron seleccionados por sorteo para ejercer un derecho remunerado de rango constitucional. Ahora, aquí sustituyen a la magistratura y asimilan su potestad de juzgar, llegarán a un veredicto imparcial según su recta conciencia y su buena fe.

Respecto a su actividad profesional, la mayoría ama su vocación, su trabajo, lo que aporta a la sociedad, a sí mismos y a su familia. Mi pregunta es: ¿Las mismas herramientas que

llevan el sustento a casa, permiten acaso cometer un crimen atroz?

Don Caspio Llano obtuvo una sentencia sin cargos para el delito de asesinato y una condena más benigna por homicidio. El primer caso de Delia con un jurado popular estaba ganado de antemano —reconoce—, pero le inspiró un corolario que será su lema vital: “El código persuasivo gobierna el mundo”.

Estuvo meses practicando frente al espejo del dormitorio, inventaba debates, arengas, discusiones; atenta a los signos de la mentira en su cara, a la versión delatada por los gestos no voluntarios; supera a la abogada primeriza proponiendo el fallo absolutorio para *Vlad el Empalador*. Convencer es vencer por medios pacíficos, según su filosofía práctica, también aclara que la perfección referida a toda arte bella o técnica o destreza, cualquier excelencia y virtuosismo, hacer fácil lo imposible para la mayoría, requiere una predisposición innata y sobre todo mucho entrenamiento, un trabajo arduo y perseverante.

Contagió a las amigas de su amor por el conocimiento, un aglomerante del progreso, según sus ideas, la razón última de la existencia. Tal celo sobrevino por una deformación exagerada de su herencia genética, la madre discutía a gritos en el mercado la conveniencia de llamar a las cosas por su nombre, la abuela encabezaba protestas frente a los edificios oficiales, exigiendo escuelas públicas que enseñen sin injerencias ideológicas o mercantiles.

El deseo de reunir el caudal impreso, presente y pasado, y formar un biblioteca magnífica, había arraigado en Marietta como una de tantas aspiraciones desmedidas y difícilmente realizables. Para hacer posible el proyecto, costea una plantilla profesional de especialistas, técnicos, apoderados, editores, libreros, anticuarios, arqueólogas, subasteros, paleógrafos, agentes que rastrean los circuitos clandestinos del arte robado, las ferias itinerantes, los mercados de antigüedades.

En contraste a su pretensión de mujer culta y cosmopolita, Marietta tropieza a menudo contra sus limitaciones humanas, comete faltas de ortografía, gazapos semánticos, calificó de reaccionaria a Delia creyendo que expresaba lo contrario de conservadora. La amiga le corrigió: “Querida tienes un error de conceptos...”, apenas entonces atisba las consecuencias materiales que entraña conocer una cuestión a ciencia cierta, versus aceptar la ignorancia sobre el particular, y el peor caso, creer saber algo y evitarse las comprobaciones pertinentes; el tomate como la uva son bayas, la palmera es una planta arborescente, el pingüino es un ave, los cacahuets son legumbres como el garbanzo y las alubias.

Intuye la atalaya panorámica por donde transita la letrada, a dos palmos por encima de la élite, excepto presidentes de tribunal y premios fin de carrera universitaria puntuados con nota máxima en todas las asignaturas.

El estilo apabullante, el vocabulario extenso, el dominio sobre la voz y la gesticulación, la retentiva poliédrica, el modo en que

manipula el lenguaje para distorsionar la verdad, los enunciados enriquecidos con latinismos, citas literales, fechas exactas y referencias a los autores clásicos; en conjunto o por separado convienen a su desempeño de la abogacía, aunque fuera del horario laboral acarreen una dinámica no deseable, alimenta la soberbia de su ego, transforma la posición dominante en autoritaria, justifica el desprecio a los demás, promueve una mentalidad cerebral estricta que tiende a deshumanizarse.

La jurisperita con frecuencia funciona de contrapeso a la fantasía emocional que aflora durante los encuentros entre amigas. Ninguna advierte los defectos y manías de quienes aman e idealizan, ni Delia se ofende al notar que la madrina acaba de pincharle con los alfileres de la ironía blanda, tras aconsejarle dejar el café o anunciar que la muñeca jurista incluye baterías inagotables marca *Elon Musk*.

Es verdad que a ratos parece reprimir a duras penas una energía excedente, un azogue, una urgencia que la mueve a descruzar las piernas, levantarse con brusquedad, aprieta los labios mientras hace una reverencia teatral para conceder el turno a sus interlocutoras. A veces el tamborileo de sus uñas contra la mesa acristalada delata su serenidad nerviosa, como quien espera un tren rezagado. Parpadea apretando los párpados con fuerza para lubricar la vista, resopla, transpira lo suficiente para humedecer una frente amplia.

Otras veces anda y respira y habla como una mala actriz, con movimientos rígidos y conscientes, quizá por el estímulo de la

corriente eléctrica o la dinamo o lo que fuera que tuviese bajo el traje de ejecutiva. Lleva el pelo corto, tipo militar, para acudir de inmediato a un requerimiento del juzgado de guardia sin demorarse en alisar greñas, peinar remolinos y resolver encrespaduras. También porque dar coherencia y continuidad a un estilo de peinado exige un horario que aplica mejor a su aprendizaje permanente.

Estudia para su formación legal, para entender e interpretar el mundo circundante, para saciar una curiosidad recursiva. Cada materia o lección aprendida realimenta una suerte de necesidad orgánica, que apacigua y enardece a partes iguales, con mementos de jurisprudencia y doctrina consolidada y novedades legislativas; siempre voraz e insaciable, entre medias, prefiere la tesis doctoral, el ensayo, la literatura científica, las enciclopedias generalistas.

Pese a la disciplina y el aprovechamiento, en los primeros meses de su carrera colegiada apenas logra mantenerse a flote con las misérrimas minutas que recibe del turno de oficio. Irán a menos por las continuas promociones de recién licenciados o graduados o como quiera que llamen en el futuro a esa masa de competidores y despachos profesionales que atomizan la potencial clientela. Otrora necesitó trampear para subsistir, tras gastar los ahorros, los anticipos y una línea de crédito; apenas ingresa lo suficiente para afrontar el alquiler del despacho, los recibos mensuales, los impuestos y tasas y gastos corrientes.

La abogada se hartó de la indefensión que impone la ley de la demanda y la oferta. Otra mañana rellenó un formulario para inscribirse en unas pruebas selectivas de acceso a una plaza de abogada defensora del interés público. Estudió el programa, resolvió los exámenes, obtuvo, a la primera, la mejor nota entre las tres mejores notas históricas de las oposiciones a la abogacía estatal. Desde entonces, la letrada supuso por soberbia que era infalible, dada su facilidad cronometrada para evocar y poner en orden los datos memorizados, y a continuación expresarlos a una velocidad de dicción irritante.

Durante las tertulias y las reuniones de recreo, pese a las diferencias educativas, las amigas se comunican y entienden sin dificultad, ratifican la atracción que ocasiona el reflejo de sí mismas al mirarse en las demás, se destraban, ríen, hablan sin eufemismos ni rebuscamiento. Aprendieron a sintonizar sus esencias vibrantes mediante un desenfado espontáneo, ajenas por unas horas a los presupuestos ceñidos y la problemática hogareña, como adolescentes que dejan su cuarto para entrevistarse con un mundo amplio y bullicioso, abandonan el tempo al que sucede lo cotidiano, unánimes en el voto para improvisar y salir a medianoche, visitarán un tablao flamenco, por ahora apuran el bienestar compartido, beben licor digestivo, combinados de hierbas y especias, intercambian confidencias y pocas veces unas lagrimean sobre el hombro de las otras, por un desengaño, una revelación, un novio ausente, por las aspiraciones estrelladas de actriz, astronauta, o futbolista. Oyen

un canción traducida de *Bob Dylan*, las recoge en un mutismo repentino, para seguir la literatura desgarrada y deshacer el nudo íntimo que las inquieta. Así, pues, la cita semanal les permite estañar los vínculos cuya aleación es más resistente a la mezquindad que otras aplicadas por cada una de las amigas a sus maridos, novios y amantes.

Dulce o Marietta a secas, se puso en pie durante la última velada en su mansión, chocó dos veces la palma de las manos con blandura, atended por favor, niñas, quiero mostraros mi último cuadro. He conseguido colorear partes del espíritu, con franqueza, me dije nada de zarandajas alegóricas, esto no es para críticos sesudos. Aviso: la obra se ofrece tal cual, sin garantía de ningún tipo, no incluye la promesa de experiencias sublimes, ni contiene un mensaje encajado entre líneas, tampoco pretende aclarar el sentido de la existencia vulgar o la de ultratumba. Bromeo, obviamente quise decir otra cosa. En fin, según la máquina parlante y sus reseñas a granel, lo importante aquí son los trazos simples, partir de siete colores y verificar cómo la totalidad narrativa surge sin tanto arcoíris ni complicación perfeccionista ¡Ea!

Enseñó una tela que claramente concuerda con la intencionalidad recién expuesta. Está enmarcada según una proporción matemática entre unos bordes prominentes de aspecto vidriado. En el futuro cambiará el marco por otros muchos provisorios, traslúcidos, opalescentes, de bronce, de plexiglás, futuristas, con sensores de presencia o que simulan un

resbalar de aguas acristaladas. Un mes quitó uno de madera que era como una trenza húmeda y dejó la tela sin enmarcar.

La dama pictórica suele mostrarse impaciente a la hora de mostrar una primera versión de sus creaciones, por eso casi arrancó el objeto de entre los guantes del ordenanza, convocado mediante un tintineo de campanillas. Entró y recorrió la sala con andares fingidos, de robot, sin doblar las rodillas ni los supuestos brazos biónicos, mientras transporta el óleo. Conforme al personaje contractual alquilado a la agencia en la que trabaja, moverá su desnudez bajo el atavío de una pajarita al cuello y un delantal exiguo. Solo cuando se aproxime debe anunciar: “Obra nueva: Bailarina sobre fondo caleidoscópico”, se detuvo e inquirió: “¿o era estrambótico? Disculpe, *sorry*...”.

La señora zanjó las dudas: “Cambio de tercio, señor ciborg”, dando a entender que nadie esperaba a un *Antonio Banderas*. Punto acápite. El empleado entregó el cuadro y se dispuso a salir sin nuevos alardes mnemotécnicos. Al mostrar un primer plano de sus posaderas provocó un estallido de risa, las invitadas sueltan lastre y liberan sin pudor sus ganas de jolgorio. Todas han perdido el hilo académico y lamen con la vista el cuerpo esculpido mediante el cincel de las repeticiones culturistas. La más resuelta se levantó, entre pícara y jocosa, para propinarle un cachete en los glúteos, después corrió a sentarse con aire ingenuo.

El ambiente estructurado hasta un minuto antes se convirtió en una algazara de verbena, las mujeres silban, ríen a carcajadas,

sueltan los toros de las emociones curativas, piropean o hacen propuestas obscenas, con bailoteos y chillidos guturales, que dejaron afónica a Niceta. “Chicas calma, luego volverá Simón”, amonestó con blandura la dueña, pero debió esperar unos minutos hasta que se dispersaran las últimas trazas de colonia del animador.

Solo cuando la velada recupera el ritmo dialogado, Dulce está de pie y menciona la técnica que ha estado ensayando, las veladuras o capas superpuestas de un tal *Rembrandt*, un flamenco listo de cojones, dice, entre humilde y altiva, según expresa su mirada regia y el gesto llano de la sonrisa coloquial; alarga los brazos hacia arriba, hace un movimiento oscilante, deliberado y lento, como si mostrase una pancarta, deja que el auditorio aprecie los quilates de su talento, intenta decir: “Admiradme, soy excepcional”.

Era la presunción propia de una madre primeriza mostrando su extraordinario bebé, que únicamente se manifiesta con las amigas durante las presentaciones domésticas de sus pinturas. Luego a solas con su alumbramiento, repara en detalles e imperfecciones que favorecen el descreimiento y transforman el producto grandioso en un simple boceto eterno, sometido desde entonces a un sinfín de retoques, añadidos, borrados y refinamientos sucesivos, cuyo remate, en todos los casos, nunca reflejará la intención primaria.

Durante cualquier tertulia inaugural, por costumbre, espera las valoraciones y comentarios de las invitadas, que examinan el

retrato con actitud circumspecta, relegando a Simón, el Guapo, a la categoría de las expectativas hedonistas, traducen sus sensaciones a vocablos, la crítica más frecuente suele corresponder a un me gusta, es muy bonita.

Delia, mujer erudita, mujer de mundo, mujer elocuente, dijo: “Un momento...”, hace una pausa estratégica y clavó en las circunstantes una sentencia lapidaria, articulada como si fuera una verdad tan evidente que cuestiona la inteligencia de las espectadoras: “Es una metáfora sobre la mediocridad”.

Niceta, aunque espabilada para resolver asuntos prácticos, no ha rebasado el último curso de la educación primaria y estuvo pensando qué quiere decir metáfora. La señora dilató la intriga, se entretuvo en pedir una ronda, más ajeno cimarrón y moscatel y vasos pequeños escarchados, añade delicias culinarias cuyo interior acaso esconde un diamante o una pepita de oro. Previene a las amigas sobre tal eventualidad y aconseja una masticación a la defensiva. Niceta y Delia proponen al unísono un brindis, de modo que las circunstantes se levantan y entrechocan los vidrios del afecto, por nosotras, porque lluevan hombres, por todo, por nuestra vulva. Apuran el aperitivo y vuelven a los asientos de felpa y terciopelo, atentas al relato que las convierte en musas coloquiales atraídas por la voz de la emperatriz artífice y la idealidad del mundo donde existió una vez Priscila, la bailarina rutilante que elude su condición terrestre para gravitar por sobre las leyes físicas.

La prensa jamás mencionó el sacrificio constante, la disciplina tenaz, las dietas espartanas, los horarios estrictos, que la mujer del retrato había iniciado en la pubertad, para pulir la técnica, depurar el instinto y favorecer la apariencia natural del artificio. Pude verla en la compañía nacional de danza, durante la barahúnda del ensayo general para la ceremonia con que darán recibimiento a un Papa cristiano. Desde el anfiteatro observé a los partiquinos y danzarines dando trompicones por los nervios, pero Priscila, protagonista por antonomasia, continuó ajena a las vacilaciones del entorno, inventa paraísos, islas, epifanías, con su presencia circulante sugiere plegarias, serenatas, sortilegios, alza los astrágalos entre las manos expresivas, gira los basamentos de las piernas elevadas entre hiedras líricas y astrágalos, siluetea cornisamentos, frisos de acanto, capiteles coronados, volutas y obeliscos quiméricos, que acabarán derruidos por una glándula tiroides.

La insuficiencia hormonal alteró su metabolismo, no excreta ni asimila cierta cantidad de alimentos, su organismo los convierte en energía excedente y los acumula en el tejido graso. Pese a restringir la ingesta calórica gana peso y volumen cada día, hasta deformar a la espiga de silueta imposible.

La fecha en que posó para el retrato, la obesidad mórbida había ganado todas las batallas. Priscila era entonces una mujer paquidérmica con dificultades ambulatorias, que no pudo deleitar al mundo con el acto de bienvenida al máximo pontífice

católico. Poco antes le rescindieron el contrato y presencié el evento sentada en una silla frente al televisor.

Durante meses malgastó los ahorros con dietas, suplementos milagrosos y métodos de adelgazamiento sin eficacia ni provecho. Al final del intervalo se encontró a sí misma mordisqueando una hoja de lechuga con el humor agrio y las finanzas malparadas, tenía que ganarse el condomio y aceptó un empleo de costurera a tiempo parcial, zurcirá los mismos atuendos con que antaño la entronizaron en la leyenda del hada de los movimientos.

Día a día durante todos los días del resto de una vida difícil, soportó mal el suplicio de acarrear una colcha sebosa que se opone a la movilidad funcional del cuerpo. Aunque conservó intacta la tozudez por revertir la patología, hace ejercicio aeróbico, simula danzas, quiere demostrar que la gracia no está en las carnes sino en el dinamismo del espíritu.

Un sábado llegó a la ciudad el circo de los portentos, cargado de espantos bicéfalos, pólvora fulminante, animales mitológicos, forzudas y el taumaturgo que primero descuartiza un ganso y luego lo recompone y lo deja trotar entero sobre el escenario. En el pase de las cuatro, un tigre que hace genuflexiones o se yergue a dos patas al restallar un látigo, recuperó su instinto atávico y saltó a las gradas como un demonio arrollador, como un relámpago homicida, como un cepo de cuchillas simétricas. El proyectil atigrado alcanza la huida de una multitud a la carrera, reclama su reino legítimo mediante zarpazos y

dentelladas. Solo cuando la carpa se vació, un payaso narigudo hizo el amago de iniciar el recuento de bajas y heridos, pero encontró a un peluche grande y cansado de orejas gachas, que no había causado siquiera un rasguño entre el aforo.

Paralelo en el tiempo, una bailarina intenta una cabriola clásica pero cae al suelo, desparramada como una manatí sin asideros con que enderezarse, agoniza bajo el lastre de su propio cuerpo. Habíamos acordado que pasaría a recogerla e irnos juntas a conocer las extravagancias, la musculatura, las rarezas y los récords de las gentes del circo. A la hora convenida pulsé el timbre conforme al código convenido, dos toques breves y uno largo; nadie contestó al interfono. Subí hasta el piso y frente a la puerta percibí la fatiga de su respiración asmática y el hilo vocal que suplicaba ayuda. Descerrajamos la entrada y fue necesario el concurso de cuatro hombres para moverla. Tenía el rostro lívido, los labios amoratados. Solamente quería bailar —musitó—.

Desde aquel rescate providencial, Priscila muestra una gratitud fervorosa, gracias por salvarme pero te quedaste sin circo, reitera, su agradecimiento apunta a la opitulación que le había ahorrado una muerte probable, pero también a la paciencia con que atiende sus pesares, o el modo de infundirle ánimos para que prosiga empujando una humanidad atascada entre las grasas del desencanto.

Mucho después, casada y madre de tres niños, mantuvo la costumbre de visitar a su redentora una vez al mes, llevándole

algún regalo a modo de ofrenda y una efusión de besos ligeramente ensalivados. La dueña terminó los antecedentes del retrato buscando la mirada de la letrada Delia y remató: “Representa la voluntad inquebrantable”.

IV

Marietta se parece a Priscila en la obstinación por seguir su propio instinto, comparte con Delia la misma incapacidad para soportar las torceduras del destino. A semejanza de Cándida, tiende a llenar los vacíos existenciales con la imaginación.

La ventolera de ser pintora llegó antes que su menarquía. Era una vocación repentina, un impulso compulsivo, una necesidad vital, un modo de interactuar con su entorno. Lleva consigo una libreta grande y en cualquier momento está como ausente, con la mirada fija en sus bosquejos, mientras intenta discriminar la esencia de las cosas evidentes o abstractas, tan reconcentrada y seria que sus mayores pensaron llevarla al médico para curarle una posible dolencia nerviosa.

Después de una comida anunció el verdadero motivo de su conducta: “Voy a ser pintora de cuadros famosos”. Su voz, como perturbación del aire, atravesó el ámbito de la estancia y rebotó contra las paredes para quedar vibrando en las entendederas del padrastro. Entretanto la madre, su hermana, hasta un par de periquitos en la jaula, parecen solidificados bajo un cemento de expectación. Nada se mueve, nadie respira, el mundo contiene el aliento, espera, hasta que dos puños paralelos golpean fuerte sobre la mesa, y un trueno marcial increpó: “Tú harás lo que se te diga”. A continuación el padre putativo soltó una ráfaga de moralina a voces: “Los artistas sois gente de mal

vivir, degenerados, miserables, proscritos. *Poe* un borracho, *Hemingway* un suicida, *Van Gogh* de manicomio, *Bécquer* tísico, *Modigliani* vicioso, *Lorca* acribillado a balazos”.

El padrastro hizo una pausa, dando a entender que dispone de material probatorio para extenderse indefinidamente, pero en realidad era incapaz de continuar aquel obituario sobre genios malogrados que había leído en el suplemento dominical. *Virginia Woolf*, *Salvador Dalí*, *Robert Schuman*..., tal vez la creatividad sea una forma de locura, la hermana divaga para sus adentros, los dementes y los artistas establecen las mismas conexiones extrañas y originales con sus ideas.

Arsenio había sido un militar de baja graduación, jubilado prematuramente por una hernia mal curada, que por temperamento ejercía sobre toda la familia una dictadura dentro de esa otra dictadura nacional que solo existe en su añoranza. El orden jerárquico instaurado en la casa no admite razonamiento, conformidad o negociaciones, pues se impone a voluntad del más fuerte.

La madre, Lucrecia, inicia su llantito resignado, aferra el pañuelo con las dos manos, en una reacción previsible, dada su tendencia a llorar por cualquier nimiedad o aprieto. Elisenda, la hermana, permanece tensa sin meter baza, pero entabla comunicación mediante la mirada y le expresa su apoyo incondicional. En su semiótica pactada, guiñar dos veces el ojo izquierdo significa: “Te quiero, ese ñiquiñaque me pone de los nervios”.

Poco después de aquel domingo de choques generacionales, asistió a la inauguración del semestre académico y regresó con las manos llenas de bocetos y cromatismos, alcanza pronto la zona segura de su habitación, abre la puerta e ilumina la estancia, permanece un momento atónita, confundida por la sorpresa. En las horas previas, alguien había empapelado las paredes del cuarto con folios usados y cuartillas y notas adhesivas, para formar una amalgama irregular de colores superpuestos, blanco, marrón, ocre o beige, café aguado, canela, sepia, vainilla, amarillo orín, verde hiel; impresos con garabatos e incontables símbolos y guarismos, que permitieron a un conferenciante matemático desarrollar planteamientos y proponer soluciones.

En verdad aquel papelerio adherido a las paredes era una variedad subrepticia de castigo, un recordatorio del valor de las ciencias exactas y del camino hacia ninguna parte emprendido por Marietta; aunque Arsenio expuso ante Lucrecia una confusa argumentación, lo justificó sobre todo por la gangrena del moho, me dije espabila tú, vísteme despacio si tengo prisa, cogí la cinta métrica y medí de punta a punta, y de lado a lado, juraría que eché por lo alto y medí a mano suelta, total el ferretero empieza a tirar del rollo del papel floreado, como quien dice el bonito y bien para la niña, pero se juntó el hambre con las ganas de comer. Venga mañana, me dice, se queda corto, encima no me devuelven las pesetas si saco el rollo de la tienda, quita, quita, va a ser que el dormitorio tendrá lo suyo, por lo pronto con el

lavado de cara se tapan las paredes, ya veremos, de momento yo soy músico y a las ocho me levanto.

Por tal inquina, Dulce amanece rodeada por las conjeturas de *Fermat* y las trepaderas newtonianas, entre series y progresiones numéricas y signos universales, más menos, logaritmos, integrales y tachaduras a propósito del número pi, todo revuelto con los destellos fosforito del papel satinado y la constancia de su frontera académica.

El dueño de los jeroglíficos era un algebrista itinerante llamado Heliogábalo Luna, que armó un modelo especulativo tomando nociones de la termodinámica y la teoría del control óptimo que permite orbitar los satélites artificiales. Como paradoja, el estudio pretende medir la resistencia a la ruptura de una relación sentimental que atañe a personas, hombre y mujer, dos hombres, dos mujeres.

Una vez superada la reticencia de resumir la conducta psicológica con una ecuación, halló un símil entre la convivencia en pareja y una cacerola cuyas aguas hierven. Al retirarla del fuego, el contenido tiende a enfriarse si no recibe atención e interés con el acercamiento a un foco cálido. Propone que la duración del amor es directamente proporcional al esmero aplicado en su mantenimiento.

Elisenda encontró por casualidad la manera de interpretar la simbología. Había despegado uno de los muchos folios punitivos y dejó visible una tabla con las incógnitas traducidas. Empero, la proposición de Heliogábalo Luna, pese a su lógica

evidente, no resulta aplicable a todos los casos posibles. Seguro que no ha conocido a nuestra madre, aseveró Elisenda.

Lucrecia reproduce una actitud servil frente a un esposo habituado a tratarla con aspereza. La mujer cazuela soporta la frialdad, la violencia verbal, los modos vejatorios, el desinterés. Pese al despotismo el matrimonio tiende a perdurar y rebate las inferencias que junto a las fórmulas sobre el comportamiento interior del organismo convirtieron la habitación en una cripta alucinada de señales alienígenas.

Lucrecia desde que firmó el acta matrimonial, había asumido las desatenciones frecuentes y el temperamento hosco de su segundo marido, como una carga inherente a su condición de mujer, similar a la regla o el parto. Ni siquiera las ofensas a mano abierta consiguen resentir el candor con que trata a su macho, le lava entre las nalgas para ahorrarle la afrenta de recrearse en el albañal de sus incontinencias seniles en la cama. “Mi tormento, tan grandote y aún con el culillo suelto”, ha cambiado las sábanas y le espolvorea talco perfumado con una dedicación encomiable, se acerca y susurra que a dormir, machote, mañana será otro día si Dios quiere, dándole un cachete blando en el glúteo, como si aquel hombre áspero y viejo fuera un bebé grande y poco antes no propiciara con sus modales furibundos un accidente. Había zarandeado a Lucrecia, que perdió el equilibrio y cayó contra el borde de la bañera; había comenzado a sangrar y se quejó una sola vez, no por la contundencia del golpe, sino por el quebranto en su orgullo.

Arsenio, muerto de miedo en sentido figurado, tuvo que llevarla al ambulatorio para que dieran varios puntos de sutura y cegaran una herida abierta en la frente.

Durante otra sobremesa, que solo era posible los domingos, pues entre semana las hermanas salían corriendo a sus habitaciones casi sin terminar el postre; aquel sexagenario deshizo el nudo de mariposa hecho con la cinta roja que facilita el transporte desde la confitería, abrió la envoltura de la bandeja, inspecciona los pasteles, entretanto, por una convicción invencible cree estar poniendo las cosas en su sitio y declara con perfidia machista: “La peor calidad de las mujeres, como apunta el filósofo, os hace tener menos dientes que un hombre”. Sonrió congratulado, como si hubiera puesto en orden una entropía que abrumara a la familia desde siempre. Ni siquiera se molesta en confirmar la hipótesis aristotélica mediante una simple inspección ocular.

Con esa torpeza de miras y el rigor de un militar, convirtió la tutela de Marietta en un asedio permanente. Para inducirle a considerar la vía académica como la única manera sensata de salir adelante, se limpiaba el culo con los bocetos que intercepta, de manera que los alelíos, la inflorescencia, la fúlgida alborada, el duende cultor, desaparecen embarrados de mierda.

La estrategia de fondo, que implementa múltiples tácticas, consiste en corroer la moral de la hijastra. Marietta acostumbra a encoger los hombros, apretar los labios y los puños, para reprimir su rabia y no derramar el acíbar recalentado a fuego lento en los anafes del rencor. Acumula malos ratos y

berrinches y tantas llantinas sin porvenir, e interminables causas perdidas incluso antes de formalizarse en una petición verbal: “¿A las once en casa?”, pues llega desde el otro lado de la casa un bramido de sargento acuartelado: “Quiero que vuelvas a las diez”.

Entre semana, junto a Griselda, una amiga desde el parvulario, asiste a las aulas del liceo público, sin vocación ni interés, especialmente para evitarle a su madre el apuro de tener que mediar en otro conflicto familiar. Apenas dispensa atención a las asignaturas, permanece en el pupitre cariacontecida, oyendo chispazos que no existen en el mundo real, por cuanto que son las señales de la energía irresistible que genera su alma orgánica al pugnar por atraerla hacia los atolones del arte pintado, hacia los trazos de acuarela y la colina sinuosa y las cruces para los pájaros y la orladura cetrina sobre los palotes marrón, dibujados en el cuaderno que con disimulo apoya sobre sus rodillas durante las clases más tediosas.

Su compañera de pupitre, Griselda, había sido concebida a las bravas por el encelamiento de un padre con quien nunca pudo relacionarse. Abundio, por tener al hermano en la cárcel, había sucumbido a la actitud deliberadamente provocativa de Georgina, su única cuñada. La pareja, tras la primera falta menstrual, evitó la afrenta y las habladurías usando un recurso burdo pero efectivo, inspirados en una novela de *Blasco Ibañez*, de modo que imitan a la ficción con su realismo de advenedizos, ocultan o disimulan una infidelidad cada vez más

evidente con una faja elástica y dura y regulable, apretada alrededor de la barriga.

Parió en el retrete averiado de un tren que llegaba con retraso a Valencia. Con la expresión dolida, la tez lívida, el rímel restregado alrededor de los ojos llorosos, y un remordimiento que le perseguirá hasta más allá de la muerte, abandonó a su diminuta Griselda sobre el lavabo, envuelta con aderezos de papel higiénico y páginas de periódico, junto a una estampa pía de Santa Gema, para que tuviera a bien otorgarle protección frente a la desgracia y el desamparo.

En el tiempo histórico presente, en el espacio del liceo, se observa una tradición al inaugurar el nuevo curso. Uno a uno el alumnado se pone en pie y hace saber su filiación, nombre y apellidos, lugar de nacimiento, asignatura favorita y eventualmente responde a las preguntas de la tutoría, en concreto, de la profesora doña Consuelo.

Reguló el protocolo de cortesía, marcó el turno hasta Griselda, que se levanta de la silla para presentarse. La alumna entonces tuvo una corazonada acidulante; los brazos caídos juntan y yuxtaponen las manos bajo la cintura frente a su falda plisada, está tensa, a la defensiva.

— ¿Cómo se llama tu padre?

— Hugo

— ¿Y tu madre?

— José

— Querrás decir Josefa...

— No, José: es un hombre.

Había conseguido desarrollar una habilidad específica para evitarse reaccionar a la depredación de la cadena trófica. Erguida, sin agachar la cabeza, aparenta ser impasible al ruido en torno suyo. Son risotadas, murmullos, cuchicheos, algún apelativo despectivo anónimo, ese dolo consciente que intenta hasta el límite de sus posibilidades infligirle un daño traumático y desproporcionado.

Doña Consuelo, tiene una hija miope y por comparación envidia la salud ocular, y la mirada de crisopacio jaspeado por la viveza azul de Griselda; por ende, participa en el oprobio y lo consiente con su desempeño pasivo y su sonrisa maliciosa.

Dulce le coge la mano para transmitirle apoyo e inducirle a sentarse. La alumna con la mirada ausente piensa: “Ya ajustaremos cuentas, hijos de puta”.

Era una mujer que encierra una emotividad frágil en una apariencia dura y un carácter áspero, como muchos hombres. Posee un cuerpo robusto y fuerza suficiente para resolver el acoso de dos bachilleres a los que vapuleó y llevó arrastrando hasta el patio tras una discusión en los lavabos del instituto.

Años atrás había contenido su atracción por las mujeres, para no herir a la familia tradicional, se casó pronto con un varón corriente, aceptó la censura del qué dirán y un maridaje imperfecto. En mitad de aquella escenificación de la normalidad, encontró a Lucinda, una mujer tan perfecta e idealizada que parece una muñeca artificial: labios sanguinos,

delicados como pétalos acorazonados, ojos de cielo claro, párpados cosméticos, violados, cutis de lirio, pómulos sonrosados, pelo lacio con efecto mojado.

Una mujer con la virtud o la maldición de enamorar a primera vista, sensible, suave, espontánea, pero también un fluir de aguas mansas cuya corriente profunda arrastra todo cuanto entorpece su evolución. Impulsiva, acostumbra a tomar decisiones sin entretenerse en sopesar con cuidado y precaución. Influyente, cede a los requerimientos y deseos del entorno, más por razones emotivas, humanitarias o sentimentales. Necesita alguien en su vida con una personalidad fuerte y resolutiva, que la proteja contra las personas maliciosas y dañinas, y aporte sensatez y criterio a la elección de opciones vitales.

Los ademanes hombrunos de Griselda contrastan con los modales discretos y la transpiración femenina de Lucinda. Nada más verla padeció una alteración fisiológica, un flechazo como una cuchillada contra el músculo cardíaco, una sensación ardiente en las entrañas, un cosquilleo en la vulva, un deseo de abandonarse al llanto y reír y correr hacia la bella Lucinda. Luego cada vez que coincide en los sitios de paso con la maniquí, cree percibir o en verdad aspira el hálito a bergamota de su cuerpo tibio recién bañado, lo observa mientras se aleja, oye el taconeo de sus zapatos contra las baldosas, un metrónomo que marca la ausencia, abandonada a la deriva como un satélite expulsado de la órbita de su estrella mítica.

Una fecha sin presagios renunció al rol asignado por los reparos y la biología, a mantener la farsa, a sujetar al animal en celo que le atormenta por dentro y hace que mire a otra mujer con el apetito ansioso de un macho. A medianoche salió del matrimonio llevando un equipaje ligero.

Esa tarde la biblioteca municipal había quedado convertida en una trampa llameante de libros y queroseno en combustión, iniciada por un psicópata pirómano desde dos orígenes o focos previstos para cerrar las salidas.

Entre las llamas y el humo avistó a Lucinda, como una estatua confundida por el pánico, aferrada a un poemario de *Bécquer* que apretaba contra su pecho. La levantó y apoyó sobre su tórax y antebrazos, a tientas halló una branquia de ventilación por donde escaparon milagrosamente.

Otro año Griselda se abandonará adormecida, envuelta por ornatos suntuarios, por las figuraciones mitológicas de un tapiz que cubre por completo una pared en la suite del hotel. Tiene las venas del antebrazo seccionadas por tres tajos perpendiculares porque no pudo soportar la angustia de saberse engañada. Antes había prolongado una jarana sin reglas ni freno, durante la que dejó inconsciente a puñetazos a un camionero, cató toda la oferta de prostitutas disponibles en los lupanares, vació botellas de bourbon y vodka hasta caer en un paroxismo etílico que no le permitió sentir una luxación tras participar en un torneo de pulsos feroces. Terminó encontrándose a sí misma en las imágenes promiscuas de una

alcoba que emulaba el infinito por la ilusión óptica de los espejos simétricos; goteando adioses a nadie en la resaca de una vida ingrata y con la duda de no saber si en verdad había escapado a las llamas una tarde remota en la biblioteca, o quizás el amor sea un fuego y te consume y duele tanto, Lucinda.

Aquellas circunstancias y el remate trágico aún son meros respuntes en la urdimbre de una bordadura que relaciona las tramas con el hilván de lo contingente. Entretanto, el devenir y su casuística hila el inconformismo de una muchacha que pinta pájaros y flores con acuarelas en la clandestinidad, pues Arsenio había promulgado un mandato por el cual tengo a bien disponer la prohibición de todo acto ejecutado por acción u omisión o por encomienda a terceros, del que resulte un objeto artístico directo o que requiera ulterior refinamiento, o aporte la materia germinal o la inspiración para nuevas propuestas y composiciones. La noción abarca toda cosa original sin existencia previa, fabricada, compuesta, elaborada, escrita, creada mediante el talento, el dominio de los recursos plásticos pertinentes, el trabajo técnico, y el afán de comunicar un mensaje que no requiere intermediarios para su entendimiento o que se expresa por sí solo, susceptible de transmitir un sentimiento, una emoción, o un conjunto de sensaciones genuinas, en conjunto captadas mediante la sensibilidad, el intelecto, el bagaje cultural y la actitud contemplativa. Expresamente declaro persona ruin y no admitida por mis lares a toda artista, rica o pobre, cuerda o loca, actual y venidera.

Así, pues, Dulce será el último bastión del arte contrariado, en una casa donde publican bandos en el perchero del recibidor. Esconde sus carboncillos entre el somier y el colchón para que no acaben en el retrete, cruza rápido el pasillo hasta el cuarto de su hermana menor Elisenda; accede a un santuario desmontable en segundos, sujeto a las paredes con chinchetas para exhibir los carteles y afiches y el póster con que Elisenda idolatra a *Xavi, Iniesta, Villa*: un ramillete de atletas sincronizados por un sabio, en una voluntad incansable de humillar al adversario, tan vehemente que llevó a la selección nacional de fútbol a conquistar el campeonato del mundo. Entre los favoritos, reconoció el semblante y el mirar euclidiano del tenista *Nadal*, un gladiador olímpico cuya fortaleza pulveriza el granito. No siguió con el recuento de campeones, pues en realidad había entrado para enardecer y animar una sublevación contra el orden impuesto. Rogó a su hermana que aceptase posar para un cartel revolucionario aún pendiente de concretar. Una ocasión única de pasar a la historia convertida en el icono viviente de las clases oprimidas, enfatizó.

En verano con las primeras luces callejeras, las hermanas salen al balcón a refrescarse. Trazan pronósticos sobre un destino inminente, platican, ríen, golosean regalicia, paloduz; intercambian confidencias o pulen, fijan y dan lustre a su léxico gesticular. Un tema frecuente en sus conversaciones alude a la internet, una red informática cuyos cableados se desgriñan y ramifican por sobre la sandía terrestre, por bajo los océanos; atraviesan el vacío, lo sólido, todo obstáculo e impedimento legal, material, logístico, con una resolución dinámica que avanza hacia todos los sentidos geográficos y se expande con el mismo nervio por cualquier plano o dimensión o parcela de la realidad, combinando manojos de fibra óptica, ondas de radio, pulsos electromagnéticos, infrarrojos, electricidad, telefonía, satélites espaciales.

Con tales términos describe Elisenda a la internet, una hidra tecnológica que reproduce y extiende cien tentáculos por cada cabello cortado, se regula y repara a sí misma para volverse irreversible a semejanza del progreso, o mejor dicho, la tecnología de la que hablo es el progreso, cada vez más diferenciado de la ciencia ficción. El internet une a la gente y la separa, crea oportunidades de negocio y arruina comercios, instruye e idiotiza.

Digamos que es una enredadera —confirma Marietta—, dejando claro que comprende la terminología vertida por su hermana.

A esa hora el calor acumulado en los tiestos de las flores revierte a la atmósfera con su aliento fragante. Elisenda hace notar la llegada del verano, lo bien que huelen las plantas de Lucrecia; luego retoma el asunto del ciberespacio y prosigue su reseña o el informe descriptivo, aclaratorio y entusiasta, aporta el historial de actividades como internauta que justifica tantas horas encerrada en su cuarto frente al ordenador.

Abre una libreta y le muestra una tabla de emoticonos. Son ideogramas hechos con signos ortográficos, comunican un estado emocional. Por ejemplo, punto y coma y paréntesis de cierre significa guiño, complicidad. Basta con girarlo hasta las seis en punto y apreciarás mejor la sugerencia gráfica.

Desde cualquier perspectiva, Marietta no comparte la fascinación entusiasta que comunica la hermana a propósito del espacio mundial interconectado por los dispositivos electrónicos, aunque admite su eficacia para solucionar ciertos inconvenientes del mundo físico.

Elisenda ha conseguido salir del aislamiento provinciano, puede relacionarse más allá de su circunscripción. Las redes sociales son el único sitio donde atrae seguidores y se siente protagonista, con un perfil que puede abrir o cerrar a voluntad, conoce gente interesante, se deja conocer, conversa, entabla relaciones a distancia, añade significado a su malla virtual de amistades, participa en debates y charlas de grupo, firma vía electrónica manifiestos y peticiones colectivas, procura estar al

corriente de la actualidad y de los asuntos privados de sus contactos, cuyos mensajes consulta a diario.

Separa las palmas de las manos que había juntado para rogarle a Marietta prestar atención a la historia insólita pero verídica que le confesó una de sus contactos, rogándole no divulgar sus identidades. Resumiendo, M y H son un matrimonio que tras el enamoramiento y el ardor genitourinario inicial encuentra exasperante la convivencia. Ninguno sabe que su pareja está usando en secreto la computadora para tener flirteos y romances telemáticos con otras personas.

Aparte repiten la misma discusión, los reproches, los portazos y hasta el plato que M lanza contra los estucados parece siempre el mismo. Por tal acritud, se dejaron encaprichar por sus respectivos ligues, quienes también aborrecen a sus correspondientes parejas y eligieron pretextos similares para justificar un encuentro presencial en el vestíbulo de un hostel discreto. Al cumplirse la fecha convenida, el hombre con el ramillete de margaritas y la mujer del vestido estampado asisten a la cita a ciegas bajo el letrero de neón. Conforme avanzan por el último tramo que los separa, empiezan a distinguir mejor la mendacidad e hipocresía recíprocas, sin entender por completo la paradoja de haber idealizado a la misma persona insoportable con quien conviven.

Un culebrón de telenovela, concluye Marietta. No importa si era cierto o inventando, el melodrama anticipó el periodo existencial que iniciará Elisenda.

Poco después aceptó un noviazgo no presencial con uno que se había alistado al servicio militar y pronto deberá incorporarse a un batallón en Mérida. Estaba convencida de haber encontrado un amor verdadero, entre los cuatro a seis que por estadística surgen en una vida corriente. Así, pues, preparó una epístola en cuyos márgenes dispuso pétalos, arena rectilínea, diminutas caracolas marinas, semillas de manzana, y una impronta labial de carmín; enmarcan un letra florida con que declara estar dispuesta a subir otro peldaño en la escalera del romance y quién sabe, tal vez formar una familia y tener muchos hijos.

El mozo desea responder enseguida pero lo traba su impericia para acometer una redacción clara y exponer sus sentimientos y deseos. Durante semanas intentó componer una declaración de amor y una propuesta formal de noviazgo.

Había improvisado: “Amada mía”, revisa el único reglón producido, tacha el adjetivo posesivo, añade una primera frase, la relee, le disgusta, descontento inutiliza con garabatos y tachones el papel y lo estruja en un burujo. Permanece agitado ante las dificultades del género epistolar, hasta que una brisa estival refresca su inspiración y lo inclina a manuscibir un introito necesario: “Cumbre imposible”.

Hace un esfuerzo como para devanarse los sesos, si pudiera distanciarse de sí mismo conseguiría tal vez una perspectiva mejorada ante el plano textual. Pondera el rechazo al estilo literario que no acepta disfrazarse o disimularse con lenguaje

coloquial, sincopado, empobrecido, no lírico, no culto, no transgresor.

Qué propósito anima su escritura, quizá uno conquistador, pero lo cierto es que ya tiene a la chica en el bote, pensó, vaciló, imaginó, vio el redondel lunar encendido y creyó imposible que su lumbre alcanzara también a Elisenda, situada en otro confín del cosmos.

Consternado rompe las declaraciones de folletín, trocea cada fragmento en trozos que vuelve a romper hasta reducirlos a una gravilla de papeles menudos. Con las manos llenas, arroja sus penas de recluta enamorado al aire. Empero, una racha de viento mueve los puñados del confeti para estamparlos contra el rostro de un cabo furriel que apareció de improviso por la esquina.

Sin atender disculpas ni explicaciones, traslada el agravio al sargento, que informó a un alférez, quien notifica a su teniente. La denuncia asciende por el escalafón, motiva un expediente disciplinario por conducta vejatoria hacia un superior. El capitán firmó un parte sancionador que anula y deniega todo permiso y pase de pernocta hasta la jura de bandera.

Durante la última imaginaria el recluta apretó el gatillo a su fusil reglamentario. Cayó de espaldas con la expresión del poeta enamorado y la mirada sin vida abierta a un satélite que a esa hora clareaba la ventana con visillos de Elisenda.

Había sucumbido a la nostalgia, apoyada contra el vano abierto a la intemperie, sobre los brazos cruzados y los pies en el suelo, se pregunta qué habrá sido de aquel soldadito que tanto extraño.

Más adelante consideró la falta de respuesta como una negativa, tuvo un acceso de enfado y tristeza. Arrancó algunas cartulinas y fetiches de su habitación, los despedazó con una violencia ruidosa, luego se echó sobre la cama boca abajo a llorar, por una sensación de pérdida, de inutilidad, de menosprecio.

Aquel desengaño le hizo plantearse pedir plaza en un convento de monjas, por mediación y consejo de la amiga Viridiana. Pese a todo, entre Dulce y Niceta la persuadieron para que renunciara a sus intenciones, sobre todo porque carece de vocación religiosa. Un clavo saca a otro, niña, nada de quedarse a verlas venir y tira a arreglarte que nos vamos de fiesta.

Pusieron en marcha su plan y la manejaron del derecho y del revés como a una bebé grande, que bañaron, vistieron, atusaron y peinaron; estrenó vestido, zapatos y perfume, más una expresión sofisticada en el semblante mediante una aplicación distributiva y armónica del maquillaje, el colorete y el carmín.

Con el desenfado empezaron a aliviarse los disgustos que duelen como alcayatas, se fueron enroscando los tirafondos que sujetan los goznes de la esperanza, cuya articulación permite que corra el aire y circulen los avatares de lo cotidiano, entre los que llegó un hombre de modales amables, cuya edad lo asemejaba a su padre. Tiene los cabellos entrecanos, el porte distinguido y una dicción de raigambre argentina que induce a escuchar sus reparos de pedagogo contra las políticas acostumbradas a introducir esos cambios drásticos en el sistema educativo tras cada relevo ministerial.

Desde el primer abrazo acordaron reunirse cada viernes junto a la fuente monumental con la escultura marmórea de las cuatro ninfas protectoras. En la siguiente cita el profesor no llegó hasta el parque, pues a mitad del trayecto, caminando por una acera escuchó el rasponazo de unos neumáticos contra el pavimento al detenerse un automóvil por sus frenos pisados a fondo, dos forcejados saltan fuera, uno noquea el escorzo del objetivo con un puñetazo contundente, ambos arrastran a la víctima al interior del coche que inicia la marcha con un acelerón.

Recupera la consciencia en un cuarto cerrado y con poca iluminación. Entiende que lo han secuestrado, pero no consigue adivinar el motivo. Nunca sabrá que la operación había sido planeada desde un despacho gubernamental, dado un cruce de datos del servicio secreto que lo considera ideólogo de una célula terrorista.

Durante el confinamiento respira con desespero en un cubículo opresivo, sin posibilidad de explicarle a Elisenda todo cuanto necesita saber, su situación rocambolesca, la fatalidad, cuánto la extraña, sobre todo que la quiere, la desea, la necesita; que el destino puede ser absurdo y cruel, pero no tanto.

La novia sedente contempla caer lo que será hojarasca, aguarda hasta el alumbrado de las farolas. Al anochecer padeció una nueva decepción y vuelve a casa con un caminar pensativo. No imagina la suerte del pretendiente, retenido contra su voluntad, en un cautiverio que alarga las horas hasta enfangar el tiempo en una espera sin porvenir. Crece su necesidad orgánica de

sentir a Elisenda, respirar su aroma a tierra mojada, escuchar su voz tierna, interpretar la metáfora de su cuerpo mediante un abrazo, con ansia, el ansia, las ansias; sufre un síndrome de abstinencia severo, un agobio, una sed, un infierno íntimo menos soportable que el otro encierro físico donde muere un poco cada minuto sin llegar nunca a morir por entero.

Una tarde experimenta un pico hormonal deficitario, los recuerdos le duelen con una propiedad punzante y reiterada, el ambiente se oscureció al paso de una gigantesca masa de estorninos. Mantuvo la compostura al colocar un taburete bajo sus pies y alzar la sogá de una sábana retorcida, la sujetó a una escarpia del techo y el otro extremo lo amarró a su cuello, mirando a un pájaro que estaba mirándole desde el reborde del único ventano con vistas al cielo. Aún le alcanzó el aguante para ver cómo alzaba el vuelo y se perdía en el horizonte.

Con un batir de alas incesante llegó a la barriada obrera, para posarse sobre las macetas de petunias del alfeizar. Elisenda consumida por las esperas baldías, se alisó la melena trigueña frente al tocador, estiró la vista hasta más allá de los reflejos cambiantes del ave cromática y suspiró: “Papá se ha ido”.

No tardó en poner en práctica el mecanismo por el que un clavo saca a otro anterior, un poco harta de tanto fantasma, según dijo a su hermana confidente en las veladas del balcón. El tercer amigo especial era un capataz de obra fornido, de piel aceitunada, sonrisa diáfana y ojos vegetales, por el que sintió una atracción especial, más al sondear su interior sensible y su

propensión humanitaria disimulados bajo un caparazón rudo y varonil.

Elisenda discurre por otro círculo concéntrico de su destino, sin darse cuenta ni creerlo posible, pues estima que la suerte no puede repetir una y otra vez el mismo desaire, la misma desaparición o huida inexplicable. Había encontrado a un candidato idóneo para convertirlo en el padre de todos sus hijos, confesó a Marietta. Ignora que el hombre estuvo laborando entre el encofrado y los armazones de un edificio en construcción, abstraído por la química del enamoramiento y las expectativas de encontrarse pronto con Elisenda. Pisó en falso y resbaló por un terraplén hasta chocar contra un puntal sacado de quicio; la reacción en cadena movió la estructura, empujó un andamio mal atarugado para derrumbarlo sobre el albañil.

Milagrosamente sobrevive y llega despierto a la unidad de cuidados intensivos, dolido menos por el accidente que por la imposibilidad de acudir a la cita con su amada. Está sentada en un banco del parque, revisa una y otra vez el reloj de pulsera, reprime el nerviosismo imaginando que la tardanza está justificada y en todo caso es una falta de puntualidad forzosa.

El hombre permanece aferrado a la supervivencia por un fuelle mecánico que suplanta los bombeos de un corazón letárgico, un respirador suple el intercambio gaseoso asignado a los pulmones, entre manojos de cables y sensores que registran la métrica de la vida biológica. Esporádicamente su conciencia se hunde en una fantasmagoría, luego reflota a la lucidez solo para

acordarse de la lobezo que había temblando una vez contra su pecho, y seguirá haciéndolo en su memoria por siempre.

En uno de los despertares se exasperó al verse enredado en una maraña de cánulas y electrodos y vendas, arrancó aquella parafernalia restrictiva y cayó como un fardo desde la yacija, incapacitado para la bipedación tuvo que arrastrarse, arrastrar el politraumatismo por un suelo de baldosas blancas y un olor a ozono y amoníaco. Todavía cree posible recuperar su alma de entre los dedos de Elisenda. Va dejando un rastro sanguíneo y el pitido secuencial del electrocardiograma se transforma en un zumbido semejante al silbido de una cafetera en ebullición que en esos momentos prepara Elisenda.

Había interpretado la incomparecencia del solador como un vilipendio grosero. Por un efecto acumulativo, el desprecio y los abandonos repentinos han endurecido una costra alrededor de su afectividad que la previene del hastío, la desilusión y la incertidumbre.

“Te quedarás para vestir santos”, vaticinó su madre. Era una verdad relativa. Había colocado una estatuilla de san Valentín en su dormitorio, y encontró su utilidad como método ansiolítico, empezó a tejerle ropa, la viste o desviste con frecuencia, solicitándole el favor de interceder por su causa. Luego comprobó que la rogativa no daba resultado y dispuso en la estantería a san Judas Tadeo, patrón de las causas arduas, por lo que entonces tuvo que coser el doble de ropa.

Apenas sin darse cuenta, animada por el consejo de Secundina y Viridiana fue ampliando la capilla, con reproducciones en escayola de mártires y santas, estampas piadosas, votos en cuyo reverso manuscrite ruegos, memoriales y promesas rubricadas con una gota de sangre. Llenó la estantería con dinastías de vírgenes polícromas, de madera, de yeso o terracota esmaltada. Cada una tiene un nombre propio que Elisenda tiende a olvidar o confundir, dado el rápido aumento del repertorio, así que los unificó en una sola advocación, después de todo cada uno de los nombres con que se rinde pleitesía mariana refieren la misma identidad. Virgen de la Fuensanta, porque había inaugurado el sagrario doméstico tras recibirla de Viridiana. Al sacarla del envoltorio, causó una primera impresión a la devota: “Más que santa parece una emperatriz”.

La dispuso con santos patronos y beatos distinguidos, estampas con jaculatorias, utensilios de lumbre, candelas, un platillo con un asa para sostener un cirio o una vela. Había sobre el velador un recipiente con aceite donde flota una mecha prendida; consiguió un lábaro de cartón duro con el signo cruciforme del sufrimiento cristiano, sugerido con el mismo aerosol acrílico que vale para pintarrajear las superficies del callejero urbano.

A impulsos estocásticos, sin cuestionar su adecuación al sentido común, o su utilidad cierta, fabrica un talismán arrollando un rosario a las notas de súplica y las condiciones contractuales más algún versículo recortado de su libro matriz, para conferirle al producto una función petitoria persistente.

Aparte acumula amuletos y fetiches relacionados con la suerte, una herradura grande, un trébol raro de ocho hojas, tres runas grabadas en piedra, un vaporizador de agua bendecida, una bala funcional de pequeño calibre, un arcano del tarot, un colmillo de tiburón, cromos misioneros, un ingenio de alambres y soldaduras cruzados, que cohesiona fragmentos de hule y esparto, botones y hojalata y vidrios de colores, unidos para sintetizar un mensaje universal, una noción abstracta con volumen y peso, cuyos componentes o la suma de sus partes no son lo mismo que el todo monolítico, además el artefacto muestra su significado a simple vista, la crucifixión. Punto acápite.

La campaña con que Elisenda solicita un cónyuge mantiene su cabeza ocupada. Por el efecto acumulativo del afán coleccionista, busca la manera de reordenar la habitación de manera que haya espacio para nuevos antidotos contra la ojeriza de la mala ventura. El objeto más voluminoso y proclive a ser confiscado era un talismán que oculta bajo la cama, el santo provenzal don Cipote, adquirido en el mercado de los encantos por la convicción de que el tocamiento frecuente de su apéndice viril atraerá la fertilidad y por antecedente al padre capaz de procurarla y mantener a una familia numerosa.

A medianoche soñó que flotaba por sobre un mar ondulante como los tejados de uralita. En lontananza vislumbró un aire sublimado, un contraste de luces y sombras, un caballo, una gualdrapa trufada de filigranas y gemas preciosas, las

nervaduras hinchadas por el azogue de pura sangre. Avistó un jinete silueteado contra la luz de berilo del horizonte, vio su aura montaraz, la barba escrupulosamente desaliñada, la mercadotecnia interpretada con el atrezo de un anuncio publicitario que había visto días antes. Creyó despertar, aunque sigue dormida en su habitación de soltera.

Desde las aguas donde flota observa cómo el cid esperanzador deja la cabalgadura, progresa nítido sin más utillaje, abalorio o arma que su atractivo insolente y el atuendo hecho con hojas grandes de vid. El adalid sin mediar palabra ni solicitar permiso se inclinó hacia la bañista y la besó a bocajarro en los labios entreabiertos.

Justo entonces Elisenda arriba a una vigilia que da continuidad a su efervescencia hormonal, siente una descarga placentera recorrer su cuerpo, una sensación deliciosa y caliente unida a otras muchas metáforas simultáneas y consecutivas, latidos, caricias, aleteos, rozamientos, pulsos; siempre disruptiva, holística, vibrante. Brota en la línea divisoria entre lo onírico y lo cotidiano, la estremece, se sorprende tendida en decúbito supino sobre el tremedal del colchón, se aferra al tafetán, arquea la espalda y escucha los gemidos de su ansia incontinente. Un prelude escalonado la llena de estrógenos, confunde su naturaleza entre orgánica e inmaterial, la inflama con cada eclosión, en sucesivos simulacros de una eternidad en miniatura. Entre sus muslos estalla una ringlera de notas líquidas, un aguazal le roba el aliento y después la trae de vuelta

para que renazca desde el principio y para siempre en un cuerpo trémulo.

Llega su momento, un rumor de crisálidas semovientes y arenas movedizas, separa las piernas y amortigua un gemido explosivo contra la almohada, mientras una alfaguara salobre emerge a propulsión por entre las grietas de su castidad, atraviesa su braga, y le empapa el camisón basto, parcheado con simbología supersticiosa. Termina derrengada, jadeando y preguntándose qué idioma hablará el hombre apolíneo que habita en los humedales del ensueño.

A la mañana siguiente, Marietta como acuarelista ilegalizada, tuvo que esconder bajo la camisola una obra a medio hacer, ante la visita de la virgulilla hirsuta sobre una boca admonitoria y el gesto torcido, que las dejó paralizadas bajo el peso coloquial de quien avisa no es traicionero, andad con cuidado; mientras en un plano sensible su aliento esparce un tufo acre a coñac. Tras sobreponerse al paso del censor, abanicaron la estancia con las hojas de la ventana para renovar la atmósfera. A continuación retoman la interpretación de los sueños, en particular el de Elisenda, cuyo despiece no resulta trivial por su propiedad íntima y su contenido turbador.

Las conclusiones preliminares de Marietta excluyen el vaticinio, la alegoría, el tono paternalista y orientador, y zarandajas similares con que el orden cósmico estampa un marbete y da el visto bueno a la instancia casamentera, sugiriendo el aspecto del candidato a tener en cuenta.

La represión estricta contraviene la salud —aclara Marietta—, a decir verdad, noto un posible trauma soterrado, frustraciones, poca o ninguna estima propia, propensión al victimismo, astenia o flojera; en otras palabras, tienes hambre de macho. Deja de soñar, hermanita, vive.

Las conclusiones propuestas por Dulce, metida en camisa de once varas, no influyeron sobre la virgen soñadora, empecinada en hallar a un varón físicamente idéntico al retrato anticipado por los sueños.

A media mañana hubo un principio de acuerdo, refrendado con un abrazo, convinieron visitar a una amiga común, poseedora de ciencias arcaicas y facilidades de arúspice y dones impropios del advenedizo, los diletantes o las simples cofrades sin trato con la sangre y la inflación. Es una mujer lista, subrayó Marietta, nos ayudará a interpretar esta jerigonza.

VI

Bajo la realidad reportada por los cinco sentidos y los instrumentos científicos subyacen otros universos, aún más abajo está la antesala abismal, la dimensión vacía. Solo contiene lo que cada cual interpreta como verdadero o falso, sólido o abstracto, banal o importante. Dicho de otro modo, la conciencia cataliza y construye cada intervalo, episodio, escena, contexto, cada entorno, trama, devenir, escenario: su inmediatez, la realidad presente. Nada existe si la mente no lo piensa, no lo siente, no lo imagina o recuerda o describe o reproduce mediante sensaciones o palabras.

Aún falta inventariar el censo de quienes caen o llegan a ese vacío del inframundo. Está poblado por humanoides, entidades anónimas, entes amorfos, ectoplasmas, ánimas en pena, en tránsito, en lista de espera; licuefactibles, transformativas, se evaporan, subliman, condensan, solidifican. Hay espíritus cuyo purgatorio es repetir una y otra vez un acto entre vivos, un acto irrevocable, sacrílego, resolutivo, aberrante, genocida, opresor, suicida, corrupto, fraudulento o lo que sea la infracción adjunta a culpa y merecedora de castigo. Cumplen hasta que saldan deudas, reparan daños, resarcen el perjuicio a las víctimas, revierten el sufrimiento ajeno con el propio, y solo después su arrepentimiento certificará su redención y el visado hacia otras circunstancias.

Secundina, la médium, tiene trato frecuente con los seres incorpóreos que todavía no han superado el periodo de pruebas hasta la siguiente vida. Hay malos y buenos, asegura, unos pocos ociosos, sin oficio ni beneficio, otros recién llegados por muerte fulminante, que incluso ignoran de momento su fisonomía espectral.

Todos los espíritus de que hablo saltan de vez en cuando a la orilla terrenal, atraídos por el amasijo de vísceras arúspice, la invocación espiritista, los sortilegios del cuarzo, el reclamo nigromante. Al deambular por el ámbito mundano contradicen las leyes naturales, acumulan un historial de ocurrencias fantásticas e inexplicadas.

Años atrás Secundina se había mudado varias veces de domicilio, porque atribuyó a enclaves malditos o encantados los sucesos anómalos que la involucran allí donde viviera, luego asumió ser ella misma la mujer encantada.

En este contexto, la señal horaria de las tres en punto puede desencadenar una serie arbitraria de anomalías, oye voces apagadas, susurros por el pasillo, un arrastrar de pies pesados, crujidos, algún chasquido, siseos, un portazo, el sonido de la cisterna vaciándose sola, el chorro del agua de un grifo abierto sin intervención humana.

La mujer cuenta experiencias horripilantes, quedar paralizada en la penumbra de su dormitorio al notar una presencia no reconocible, con peso y volumen, que hunde el colchón a un lado de la cama donde está tumbada. Tiene un reflejo

involuntario, la piel de gallina, el vello erizado, una piloerección en términos médicos; un estremecimiento según su relato, un escalofrío por el descenso brusco de temperatura en el cuarto.

Pronto revisó su salud mental en el consultorio del psiquiatra, habló con un cura católico, entrevistó a divulgadores e investigadoras de lo paranormal, buscó testimonios, experiencias de personas corrientes, al menos una explicación fiable; nada, no encuentra respuestas.

Un sueño le reveló la verdad. Quiera o no posee dones extraordinarios, la facultad de entender el dialecto de los espíritus, está urgida al desempeño de lo que entiende como altruismo esotérico, procurar ayuda al prójimo, vivo o muerto.

Por esta comprensión alucinada de la normalidad, atiende a los descarnados, dicho con sus palabras, a las gentes del limbo teológico, a los del purgatorio, a quienes no se enteran o no se dan por aludidos respecto a su estado fúnebre, peregrinan por entre los vivientes limosneando una aclaración, un consejo, una guía práctica. Desde antaño merodean las cercanías de la médium, se hacen los contradizos, a su manera piden el favor de dispensarles atención, comprender su problemática, orientarles para decidirse hacia dónde tirar.

Secundina como si fuera una sindicalista tomando nota de las vindicaciones y quejas obreras, escucha los padecimientos de que informan los espectros menos favorecidos, pues afirman en sentido hiperbólico que están descuajaringados, por tantas jornadas intensivas sin vacaciones ni recesos, en una cadena de

producción donde nada está permitido excepto el trabajo monótono, contabilizar gotas para los aguaceros, afilar centellas, dar colorante a las puestas de sol, amoldar los corpúsculos de las nevadas.

Aparte de su compromiso con la justicia social y la redistribución no confiscatoria de la riqueza, Secundina puede anticiparse a los desarreglos del porvenir, examina los posos cifrados del café, el alfabeto rúnico, la geometría radiante de las gemas arrojadas sobre el tapete; despanzurra conejos para hundir las manos adivinatorias en las vísceras palpitantes, aun emula el alcance de una ecografía, al poner la palma de su mano sobre la barriga de una mujer detecta si está encinta y pronostica el sexo del neonato.

Secundina, la bruja buena, entorpece los conjuros maléficos de las meigas, anula el mal de ojo y las maldiciones, a través de una labor discreta, no reconocida y peor pagada. Elisenda oye su timbre de voz profundamente sedativo e hipnótico. Es una buena mujer —pensó—, algo rara eso sí, pero comprensiva y humana, ayuda en lo que puede, a los que están en la base de la pirámide, a su manera lucha contra la injusticia, los abusos, la desigualdad jurídica, las leyes corruptas, la destrucción del hábitat, el empobrecimiento controlado, la inferioridad del ser humano frente a los conceptos, las metas ilusorias, la hipocresía que apuñala mientras hace creer que no va en serio. Otra cosa no, puntualiza, pero aquí quien no corre, vuela.

Marietta y Elisenda visitan a Secundina, entraron a su consultorio, la sala de estar del domicilio, con algunos biombos desplegados frente al mobiliario disonante, una sábana corrediza extendida como un mural cuyas pinturas creaban la ilusión óptica de la profundidad, un pebetero esférico sostenido en un bípode, por cuyas aberturas salen espirales de humo fragante, regulado por un mecanismo automático que repone los cartuchos de combustión, huele a trementina de Quío, a resina y madera caliente de sierra, a limones y naranjas, a iglesia. Huele bien, en conjunto la estancia resulta acogedora, confortable, hogareña, cálida; Elisenda no encuentra el vocablo adecuado para referirse a esa atmósfera familiar con la mujer encantada que transmite intimidad, simpatía y sensación de refugio.

Aún no está al corriente de su relación especial con los difuntos, Marietta olvidó avisarle, por ende, conforme a un juicio sensato, creyó que estaba un poco chiflada al verla hablar sola a ratos. Para complicar la impresión subjetiva, lleva un audífono insertado en la oreja, y en cualquier momento ruega un inciso, perdonad chicas, tengo una llamada importante, pero en total fueron cinco interrupciones. Una asociación civil que le propone un ciclo de conferencias, una clienta, un publicista, un visitador comercial y una ejecutiva que quiere contratarla para promocionar sus tiendas de esoterismo y productos afines.

En otro intervalo negocia con un interlocutor no detectado por ninguno de los cinco sentidos duplicados al considerar a Dulce y Elisenda, solo oyen la voz coherente de la amiga pitonisa

enumerar las tres condiciones relacionadas con el inquilinato: silencio, higiene, respeto. Hasta una hora después no llegan al fondo de la cuestión que motiva la visita.

Como paradoja o ironía existencial, la prognosis o el conocimiento anticipado de los hechos futuros no previno a Secundina de su propia suerte: ingresará en una secta, entrega su patrimonio íntegro y la capacidad de gobernarse a sí misma y siete años, dos meses y cuatro días más adelante estará sumida en una devoción servil, como marioneta de una doctrina que le obliga a yacer con varones impúberes, rociar de líquido inflamable a los símbolos aviarios de la libertad y de la paz, gaviotas y palomas blancas, prenderles fuego y echarlas a volar; confunde señales de tráfico rodado y provoca caos circulatorio, accidentes de chapa; defecará en los cementerios, echará estiércol a la entrada de los colegios, pintarrajea el mobiliario urbano con aerosoles y símbolos ideológicos, cruces satánicas, cruces gamadas, caricaturas fálicas, la vara vertical con la serpiente enrollada más el signo igual y el del dólar. En resumen, aceptará un ideario destructivo, quiere infringir la legislación, la moral, los códigos de conducta, la congruencia civilizada, los valores sagrados, la propiedad solemne del boato institucional; como una ofrenda a la perversión del abominable dios demonio y su coro jerárquico de ángeles diablo. Aún peor, creará por una convicción invencible que todos sus actos son lícitos y afectuosos, pues crean malestar y descontento, como un

paso previo al cambio social más conveniente para los que tiran del carro.

A media tarde, entre los resplandores de varias lámparas amortajadas con un velo, la sibila ataviada como si fuera a ejecutar una danza del vientre, colocó un escorpión en su muslo y entró en trance. Entorna los ojos, bisbisea al ritmo de los signos locomotores del alacrán, “Cándida salta del iceberg”, “Débora beberá un dulce elixir ardiente”, “Niceta acepta los espejismos de un oasis incierto”.

Mas no pudo concluir el rosario de predicciones que anunciaba en tono concluyente o apodíctico, pues sonó el timbre del portero y a la vez el teléfono; además le reclaman atención dos espectros lenguaraces que andaban preguntando por los barrios de tolerancia, la zona de bares, dónde hay un bingo, club de alterne o sala de espectáculos. Un aguijonazo sacó de su arrebato a la mujer encantada, mientras acicatea la curiosidad de las consultantes con un pronóstico que en realidad define el presente: “Elisenda está soltera”.

La visita, en términos formales, concluye según la vidente sin otra novedad o contingencia reseñable y útil para el relato narrado. Secundina se desprende del audífono, acompaña a las amigas hasta la puerta principal. Acaba de cubrirse y laza una bata oriental, asalmonada, con inscripciones e ideogramas de origen chino mandarín. Despide a las hermanas, con una amabilidad natural desde el rellano, hasta que advierte el escrutinio a través de la mirilla de una vecina fisgona, que

chismorrea y se deja oír adrede. “Qué desvergüenza de juventud, no hay decencia —farfulla—, si Paco levantase la cabeza”.

La médium, como si atravesara una racha de frío, encogió el cuerpo y cruzó los brazos contra el pecho: “A ver si pasa pronto la otoñada”. Un deseo referido al cambio estacional pero también a toda clase de personas importantes que pueden estimular el progreso a pasos de gigante, pero siguen obcecadas en sus quimeras, yendo hacia atrás como cangrejos e incapaces de entender que los contextos históricos cambian, el pasado es inmutable, la verdad no se confunde pues son las personas quienes toman decisiones erradas, aunque añadió: “Cuidaos chicas, quedamos un día”.

Las hermanas hacen cábalas en el camino de regreso a la rutina montadas en un tranvía. La interpretación del sueño continúa pendiente, la incertidumbre añade nuevas hebras con alusión a tres amigas, formando un gurbión de líneas argumentales y arcanos propuestos por el oráculo animal y la entonación nominativa de la mujer vidente.

Había señalado las muescas hechas en el anverso de una baraja aleatoria, durante una ronda sin reglas vinculantes ni segundas oportunidades. Empero, tal conocimiento no entrega asimismo la facultad de alterar la cadena continua de encartes, abstenciones y envites, como un juego de causas y efectos impulsado por la fatalidad, la ternura o la ambición sobre el tapete inmenso de la existencia, que asigna a Débora una ingesta

tóxica en estado líquido, a Cándida un promontorio de aguas sólidas y a Niceta otorga la paz de aceptar como cierta la fantasía gaseosa de lo cotidiano.

VII

Cándida, con su pequeña nariz gatuna, sus ojos de lumbre verdemar y sus uñas cortantes, más su aprensión a sumergirse en el agua, y su gusto por el atún enlatado que come a todas horas, conforman el resultado evolutivo de algún ancestro félico. El exotismo de Cándida, que atrae por igual a hombres y mujeres, esconde una vida interior propensa al retiro meditativo, los debates encarnizados consigo misma y la reflexión generativa.

El año escolar en que aprendió a leer con provecho y a escribir con una caligrafía metódica, pasó dos días sola en su domicilio, porque adelantaron un oficio de difuntos a causa de un tormenta que amenazaba con desfondar el techo de una parroquia sin presupuesto, y apretujó a los padres y familiares adultos en el único coche disponible para emprender el viaje por carretera hasta otra provincia. Las prisas impidieron dejar a la pequeña Cándida en compañía de una cuidadora.

No importa, declaró con una solemnidad impropia de sus doce años, nada de canguelo, aquí les aguardaré sin provocar un estropicio ni tener sustos. Horas después, aburrida de parlamentar con la amiga invisible, sacó un libro grueso de las estanterías, hojea un diccionario a cuyas entradas dispuestas en orden alfabético acompaña una o varias definiciones, enriquecidas con términos afines, análogos o semejantes, casi

nunca equivalentes; más los términos opuestos, concomitantes o antagónicos.

Estuvo muchas horas concentrada, aprende palabras, pero también asume dudas. Primera, estimó que las combinaciones y permutaciones del abecedario permiten asignar un nombre único a cada cosa. Segunda, atañe a que varias entradas aluden a la misma cosa. Piensas mucho, se reconvino, pese a que tal redundancia fomenta un gasto extra durante la tesitura de escoger entre pena o tristeza para decir ese algo que duele cuando la casa está silenciosa y quienes la habitaron jamás volverán.

A duras penas logró superar el duelo, aclimatarse a la convivencia con unos parientes que la adoptaron. Como vía de escape sigue explorando el vocabulario impreso. Hace un esfuerzo por hallar un contexto favorable al uso de ciertas palabras, pernituerto, desporrondingarse, espantavillanos.

Desde entonces, cada día de todos los días previos al desencanto, colecta vocablos como fruta directa del árbol que cuidan los académicos mediante injertos y podas. Cándida, aparte de inventarse la norma gramatical durante el ralenti de las dudas cuando ejercita la redacción fluida, quiere entender y memorizar todos los preceptos que determinan el uso correcto del idioma, pues no tiene claro muchas nociones: desinencia, hiato, transitividad, cópula. Observa que la precisión semántica contraviene el estilo llano y la fuerza expresiva del tono

coloquial, hasta puede que desaliente la lectura del texto a que se refiera la antedicha corrección forzada.

Por su tendencia subjetiva había empezado a borrajear sobre el papel, primero garabatos, trazos poco legibles, después forma una caligrafía parcialmente coherente, ensaya florituras y remata del tirón una serie de rimas que consideradas en su totalidad caracterizan la estructura del soneto. Seré poetisa, se dijo para sus adentros.

Por una vena maniática quiere ejercitarse a todas horas y en todas partes, quiere traducir sus pensamientos a oraciones bien construidas, hablar o escribir con palabras pertinentes. Así pues, en mitad de cualquier charla trivial pide a la interlocutora que aguarde, será solo un momento, saca un diccionario pequeño y se demora en localizar el término adecuado a lo que intenta expresar. Aunque al final perdiesen el hilo de la conversación, y casi nadie atinara a comprender de qué carajo habla esta finolis con tanto remilgo y eufemismo que se abstiene de hablar claro y decir: “Tira con tu puta madre, maltratador”.

Entró a estudiar en la misma escuela industrial de arte y oficios que Marietta. Para reforzar su retentiva, pronto cogió la costumbre de anotarse en un papel plegado las palabras menos frecuentes, factótum, céfiro, cárbaso; una manera de poner hitos hasta donde llegar o desde donde partir, que siempre lleva encima, sujetos con un imperdible al pololo, la bombacha o las bragas.

Con el superávit hormonal de la edad adolescente, su curiosidad literaria se intensificó hasta minimizar la distancia a un polígono de las afueras, donde se había instalado una feria itinerante relacionada con el idioma y las materias afines.

Los juglares cantan odas y florilegios, los instrumentos de cuerda acompasados amenizan el ambiente con su lírica sonora. Gente curiosa va o viene preguntándose dónde estará firmando sus libros *Eduardo Mendoza*.

En la extensión de la explanada, las casetas prefabricadas están dispuestas en dos hileras enfrentadas, que forman calles y pasajes a los escenarios montados sobre tarimas. Hay un sinfín de concursos, pruebas cronometradas, exhibición de proezas, retos, lectura rápida pero comprensiva, charlatanes, memoriosos, calculistas; subirán el listón con récords que aparecerán en alguna línea del periódico comarcal.

Un auditorio escucha la oratoria del enciclopedista *Obdulio Varela*, repleta de erudición y puntos sobre las íes. Amigos, sabed que canoa es el primer americanismo que desembarcó en nuestro idioma, según el diario del almirante; sabed que un semillero de lenguas autóctonas, como el quechua, han enriquecido el castellano de uso diario: chocolate, patata, tomate, jaguar, hamaca...

Cuesta refrenar el deseo de abarcarlo todo, de verificar toda la oferta lúdica, de andar aprisa hacia las ráfagas de flautines, caramillos y zampoñas que amenizan a la echadora de buenaventura. Vivaz y sonriente, resopla con disimulo, tiene

una mano dolorida de tanto repetir un acto formulario contra la mala suerte. Manuscrite una letra parcialmente legible, casi de médico, con el algoritmo secreto, sobre un prospecto que el paje dobla en dos partes iguales, lo ensobra, lacra el sobre cerrado con un tampón de ceras calientes y lo entrega a quien pagará en efectivo porque el datáfono está averiado.

Cándida recorre aquel laberinto de múltiples arterias y olor a cuero crudo y azúcar tostado, encuentra entretenimiento, un duelo cronometrado de palíndromos: amo la pacífica paloma, Anita lava la tina. En otra calle encontró una tribuna, un entoldado bajo cuyos flecos vio tres hombres idénticos, tres jueces que tasan los quilates del talento humano. Encontró las gafas con espejuelos amarillos, el pelo de corte militar, el rostro con una barba naciente y la expresión de labios justicieros, unidos en el mecanismo cuya sincronía induce a pensar que los trillizos siguen un guion ensayado, pero un análisis más atento confirma que solo es una extravagancia, una veleidad o un azar permanente de la naturaleza.

En una calle del recorrido, los orfebres envueltos por un aire fantástico muestran o exhiben —a gusto del lector—, la maestría de entallar fábulas y parábolas y brevedades rioplatenses en el camafeo unido a una gargantilla. Antecedan en el espacio a dos miniaturistas que apresan sus lupas monoculares con un guiño, para escudriñar la maquinaria intrincada de un instrumento similar al reloj, que permite a los

hombres y un poco también a las mujeres medir la belleza de las cosas artificiales.

Asociado al gremio, un artesano saca del horno con unas tenazas largas unos artefactos similares a huevos enormes, que nadie entre la concurrencia agolpada por mimetismo, atina a otorgarle una utilidad más allá del esfuerzo estético o entretenedor. Cierran los ojos cegados por un foco o un candil recién encendido, que alumbra el resquebrajamiento repentino de las cáscaras, los diminutos riachuelos estriados avanzan por el óvalo, hasta que el instinto empuja y pugna y se desespera por abrirse camino a través de las fárfaras; consigue romperlas y apenas entonces asoma al mundo una extirpe diferente de fábulas y pensamientos. El público aplaude, saca fotos, pide un primer plano con el artista o el artesano o lo que sea aquel mago ilusionista.

Cándida, aturdida por la fantasía del entorno, recorre las casetas, los tenderetes, las tiendas, a impulsos de su impaciencia. Llega a un recodo cuyo ámbito parece fondeado en una época anterior, por su olor añejo, su calor envolvente y la voz arcaica que advierte del misterio no resuelto de la Santa Compañía. Zacarías se anuncia a sí mismo como profeta, un agente evangelizador, un cuentero cuyo discurso sin pies ni cabeza mezcla la desigualdad, los viajes interplanetarios o el voto de promiscuidad. Además, el nivel avanzado de sus enseñanzas solo resulta asequible a mujer joven o varón con patrimonio rico. Doy noticia del advenimiento, qué importa su

credo si el eco de su acción resonará hasta el final de los tiempos. Regocijaos, he aquí a Zoroastro, conoced la revelación, los misterios del amor, la muerte y la soledad, todo bien explicado en un libro disponible a cien de las antiguas pesetas.

El pregón atrajo a Cándida, acercaos doncella, daré noticia del origen de las cosas, cómo un gobernante asaz cansino signó con su sello de emperador cósmico una convocatoria urgente para reunir al alto mando y a sus consiliarios, lo mejor de cada casa. Propone que las eminencias discurran, diseñen y pongan en producción algún quehacer lúdico, un divertimento con que aliviarse el peso del cetro y la corona, el tedio abrumador del trono, el hastío de las audiencias, las ceremonias regladas. Por extensión, debe hacer llevadero el aislamiento de tener únicamente a los dioses plenipotenciarios como semejantes. El sabio ganador, de modo discrecional, podrá desposar a su primera hija dada por la décima esposa, que responde al vocativo de Prímula. Un erudito concibió el globo terráqueo, las bestias y las plantas. Otro ideó la poesía, los enigmas y la prosa. El ministro de los asuntos imaginarios ideó al hombre, mas al verlo aburrido añadió a las mujeres, preferentemente para que decidan cuánto, cuándo, cómo y con quién habrá cópula, asegurando así la perpetuación fuerte de la especie.

Zacarías prosigue su retórica populista dirigida a captar acólitas. Redime tu condición de hembra cosificada, descubre la valía de tu misión, tu cometido en el mundo, tu mensaje verdadero. No importa cuántos descreimientos superarás. No

malogres la aventura de vivir el presente por los frutos prometidos del futuro. Había terminado por dirigirse con la vista y el ademán hacia los catorce a dieciséis años de Cándida, soslayando al resto del auditorio.

Estaba excitada, había sobresalido entre la muchedumbre y se sintió protagonista. Aparte, malinterpretó la arenga y la filtró a través de sus obsesiones literarias. En consonancia a su equívoco, decide recomenzar y transmitir su mensaje al mundo en forma prosaica. Abandona sobre un escaño del parque los poemarios, que un barrendero municipal lanzó al triturador del camión de basura, sin dar tiempo al mendigo buscavidas de atraparlas para acrecentar los papelorios que vende a peso en la chatarrería.

Las jornadas posteriores aguanta en vela toda la noche, enfrascada en su universo textual, iluminada bajo las sábanas con el haz de una linterna para no ser reprendida por sus tutores.

En abril regresó la feria, coincidiendo con la terminación de un cuento que para la novela era lo mismo que una fotografía para las películas de cine, pero no pudo dejárselo leer a Zacarías, el visionario cuentero y nadie le aclaró que el símil anterior estaba dicho por el platero de los alumbramientos del óvalo.

Según el rumor tremendista, el feriante se había disuelto en el fuego tras incinerarse en mitad de la plaza consistorial, para manifestar la tristeza que le causó un abandono afectivo. Un final incierto para un personaje dudoso.

Cándida estuvo presentando su mejor relato a un certamen promovido con frecuencia anual por el consistorio, cuyas cláusulas no permiten declararlo desierto, ni omitir su publicación en la comarca. Nunca había logrado un premio ni siquiera un accésit.

Por el automatismo de la costumbre, escribe sus datos personales en una cartulina y la introduce en lo que llaman plica, cuya parte frontal le permite rotular un seudónimo y un lema con caligrafía bien legible. Ha fotocopiado tres veces el original y mete todo en el mismo sobre acolchado, lo cierra con cinta adhesiva y franquea el paquete para su envío postal. Como lo considera un relato ejemplar no pierde el tiempo refinando la obra, conserva el mismo estilo saturado e idéntica trama con la venganza del avaro cabildante de Almendralejo y sus pedanías serranas, la de Santiago y los Ocho Valles del Moyobamba, donde mezclaron churras con merinas en la dote de la primogénita, tarda al casamiento por estar separando ovejas.

La cuentista aprovechó una errata tipográfica sobre los plazos de la convocatoria, el milagro sonó por megafonía anunciando su nombre y la cuantía del premio grande: tres mil pesetas. Para evaluar la magnitud del logro conseguido, indagó sobre el número de competidoras y la calidad de las obras, imaginando maestros, periodistas, eruditos, autores experimentados e incluso alguna futura celebridad que firmará ventas masivas. Interceptó a una edil entre el público que va saliendo al exterior. No entiende su fruncimiento ni las sonrisas entre compasivas y

socarronas de los acompañantes. Un administrativo trajeado que había participado en la apertura de las plicas, le espetó a bocajarro: “Fuiste la única participante”.

VIII

Junto a Cándida los designios del alacrán mencionaron a la amiga Débora. Una mujer perteneciente a una clase económicamente superior a la media e inferior al nivel potentado, que posee una tendencia connatural a los modales refinados, la actitud comedida, la pose afectada, el vestuario de etiqueta, los ambientes reglados, las fórmulas de cortesía. En síntesis, observa la conducta normalizada para cada evento, ceremonia, acontecimiento, recepción, visita oficial y acto protocolario, adonde intuye que irá a medio plazo. Imagina ágapes, besamanos, almuerzos o cenas de gala, audiencia presidencial, reuniones diplomáticas, homenajes, conmemoraciones, inauguraciones, entrega de distinciones honoríficas y premios notables, galas benéficas.

Así pues, anhela un estilo de vida idealizado por su imaginación, que practica en cuanto puede, a semejanza de Cándida y sus ejercicios de dicción. Ergo, cualquier comida espléndida en el ámbito familiar resulta idónea para repasar directrices y consejos a propósito de la organización del banquete. Una preeminente anfitriona adscrita a la nobleza, puede en primer término desaprobador y corregir una distribución anárquica de los elementos propios del servicio de mesa, debe ratificar el orden de prelación de izquierda a derecha para la cristalería que contendrá las bebidas, en sentido descendente los platos superpuestos según el orden de las remesas, pero sobre

todo conviene evitar las montoneras con tres o más piezas. La cubertería a los lados del plato, colocada de afuera a adentro según la mano que manejará el utensilio y el orden consecutivo del menú servido. Asimismo centra la posición de los adornos florales, las servilletas redondeadas en forma de mitra, observa la simetría, la equidistancia, la pulcritud, la opción de alargar el brazo y coger una jarra, un bol, el lavafrutas sin necesidad de levantarse o pedirlo a otro comensal.

Una vez que Débora ha dado su visto bueno, procede a calmar el apetito con moderación. Entretanto las plazas adyacentes sonríen al ver los escrúpulos con que maneja cada gamba, langostino, galera, o como quiera que se llame la pieza de marisco o el crustáceo que está siendo diseccionado con una precisión quirúrgica, mediante el oportuno cuchillo, un tenedor y otro utensilio del que nadie sabe cómo nombrarlo. Tampoco importa a los comensales que se embarran las manos por inmediatez y celeridad, prescinden de adminículos para ciertos platos, como mariscada, sardinas a la brasa, lonchas de jamón y queso, chuletas de lechal, durante el acto de comer de bien a bien, hablar con la boca llena como hacen las personas normales, conforme explica su padre, que tiene la servilleta prendida igual que un babero y salpicada de churretes, y parodia el refinamiento con un eructo sonoro.

Seré dama primera de la reina Sofía de España y Cataluña, o mejor duquesa de *Pompadour*, por decir un título rimbombante. Bromea para sus adentros, aunque a un nivel más íntimo no

entiende ese fallo genealógico que confundió su linaje. En el internado religioso de señoritas, practicaba la verticalidad solemne y el porte majestuoso por los pasillos tras el toque de queda, llevando el Quijote en equilibrio sobre la cabeza, según entiende, prepara la compostura y la voluntad para encajar su persona en un porvenir que vislumbró siendo niña durante un sueño premonitorio. Al frisar los once años dio los buenos días a mamá, besó a papá, frotó el lomo del caniche, apenas entonces anunció con una solemnidad propia de la persona adulta: “Me casaré con un caballero noble, de sangre azul... turquesa”. Todos rieron la ocurrencia, aunque en el fondo quedaron impresionados por el tono con que expresó el vaticinio.

Hay sucesos irrepetibles que alteran el curso natural de una existencia, la impulsan, la estancan, la empujan hacia el paroxismo, la poesía o el vacío. Por tal horizonte de probabilidades, cualquier logro puede convertirse en una tarea titánica, en concreto, subir todos los peldaños hacia el propósito que da sentido a todo lo demás exige confiar en el equilibrio nervioso de una muchacha de clase media, que asegura conocer de antemano el porvenir y su propiedad nobiliaria, conforme a un conjunto de ideas fijas, en cuya génesis no participa la obsesión patológica, por supuesto que no, dada la fuerza imbatible de sus certezas. Planificó tácticas con que salir airoso de situaciones incómodas, alargó los ensayos, las horas de estudio para extender su formación a múltiples saberes y disciplinas.

Otro día aprovecha una salida de sus progenitores y organiza un simulacro genérico, temple como Delia su dominio corporal frente al espejo de doble hoja situado en el vestidor de la madre, ratifica los encuadres más fotogénicos para el posado que repetirán todas las portadas de la prensa sentimental, la expresión altiva requiere una corrección, se inventa una sonrisa humanitaria, la sostiene durante el evento a que se refiere esa afluencia de estamentos elitistas, realeza, plana mayor del ejército, una misión rastafari, los reporteros internacionales, la clase política. La mujer no admite el rol meramente decorativo como figurín o esposa del archiduque, quiere respirar, saber moverse durante el cóctel, la recepción diplomática o la entrega de medallas, debe saludar sin rigidez ni automatismo, pero tampoco excederse con el tono coloquial. Resumiendo: debe representarse a sí misma e irradiar normalidad institucional.

Fin o principio de una cuestión que suscita la siguiente a un ritmo en ocasiones exasperante, por lentitud o aceleramiento, dado el cariz impaciente de una juventud llena de expectativas y aspiraciones, propensa a tener una vida propia, y buscarse una biografía que puede haber caducado mucho antes junto a otras pretensiones y otras esperas carentes de sentido cabal.

Débora, reacia a estar conforme, a la desidia y las personas que tienen más cuenta que *Callejas*, aplicó los cinco sentidos, las horas excedentes, la ilusión afectiva y la energía fisiológica hasta el límite de su capacidad, para aprender y asimilar un fondo cultural actualizado, una temática amplia, guerras

vigentes, conflictividad internacional, el talante de los dignatarios, nociones de política, economía, política económica, formas de estado, órganos de gobierno de un país soberano, el reparto clásico de poderes, diferencias y similitudes entre democracia, autoritarismo, dictadura y totalitarismo, peso de los grupos de presión, qué está a la derecha, qué a la izquierda, dónde gobierna quién y el porqué, etcétera.

Entretanto, continúa superando los cursos lectivos de sus estudios oficiales, con un esfuerzo relativo y buen aprovechamiento. Amplía su bagaje con adendas sobre ocio, aficiones y tiempo libre. Navegación en yate, buceo, reglas que observar en partidos de tenis, golf, hípica, directores de cine, *Almodóvar* y otros magos narrativos de lo audiovisual, embarranca en náutica elemental, nudos a kilómetros, babor y estribor, requisitos para capitanear palacios flotantes.

Renuncia a la cualidad exhaustiva, frente a la inmediatez de lo que tiene a mano, la enciclopedia, los catálogos, las revistas del cotilleo, los enredos por capítulos de las telenovelas, *Ana Rosa Quintana*, los cines, más cada tique de compra que le permiten barruntar la presión fiscal y discriminar el precio de las cosas. Elige materias conforme a una decisión reflexiva, o también por sugerencias de sus amistades y por corazonadas. Un estudio justificado por motivos puramente utilitarios, en contraste a la motivación de Delia, para quien el conocimiento resulta valioso por sí mismo, abstraído de toda praxis.

La extensión y riqueza de matices del material hizo aconsejable ir resumiendo los epígrafes, con preferencia por la forma escrita, diferenciando las cuestiones como necesarias, discrecionales, las dudosas y aquellas otras pendientes de clasificación. Indaga sobre cómo transmitir un pésame fingido, o la chispa con que proseguir o iniciar una conversación durante un acto protocolario o una reunión formal, que excluye el argumento frívolo, el trascendente y lo morboso. Prepara citas o frases atribuidas o dichas en verdad por un personaje histórico. *Santa Teresa*: La imaginación es la loca de la casa. Dicho cien veces, por el vicio de memorizar.

Consumió parte de su juventud preparando el resto, sin considerar lapsos no productivos, esperas frente a semáforos o dispensarios o comercios, las colas públicas, los tiempos muertos hasta encontrar taxi o esperando el autobús, el minutaje aplicado a buscar cosas perdidas o que no están en el sitio que corresponde, el tiempo consumido en los probadores, frente a los escaparates, o gestionando la devolución de un producto claramente inadecuado; una retahíla normal a su edad y tampoco hay que apretarle querida, la niña vale tanto para un roto como para un descosido. Era cierto sin objeciones.

Por esa progresión educativa, minimiza las fugas de la memoria con tisanas de una miel que esconde con las manos a la espalda, si alguien entraba a la cocina de improviso, explicándose que nudo náutico es tal o cual cosa relativa a la navegación, mientras necesita volver al escritorio con su flexo de luz diáfana, repasar,

añadir y concatenar más hilos a la miscelánea que prevé necesaria para refrendar su futura posición aristócrata y relacionarse mejor en sociedad, un aprendizaje adicional a sus estudios en la escuela de empresariales.

Nadie próximo a su entorno había advertido aquel esfuerzo constante, las compañeras, las amigas, los cuarzos videntes de Secundina, el padre o la madre, ni siquiera la reportera de cuarto curso, entrometida y dinámica como las bacterias; abreviando, nadie ni nada detectó fatiga, somnolencia, falta de nutrientes o privación solar, o siquiera un botón fuera de su ojal en el uniforme escolar que entre semana viste Débora.

Quizás estaba dotada de una claridad intelectual que excede la media estadística del alumnado y la sitúa entre las notables, sin llegar a la minoría sobresaliente. A consecuencia de su tesón, al margen de valoraciones y comparativas, con determinación de hormiga y ardores de novicia, acabó la carrera universitaria.

Por entonces no pisaba fuerte ni había empezado a ser ella misma cantando con la voz de *Alejandro Sanz*, desnuda bajo el chorro de venas líquidas del agua en la ducha, nunca había besado con lengua a un chico, de modo que salvo excepciones, estaba preparada para convertir sus ínfulas en hechos rutinarios y desempeñar el rango de consorte vitalicia.

Entretanto, el rigor realista del día a día puso a remojo el cuento de ranas y príncipes hasta mejor suerte, a instancia de su padre y del contrato de becario que firmó para trabajar en la industria familiar, aunque en la práctica comparte la gerencia y la

administración financiera y asume responsabilidades por delegación del director ejecutivo, su padre, cuyos viajes dentro y fuera de la región situaron a la codirectora en la cúspide de la intendencia, con poder pleno para hacer y deshacer, contratar, despedir, inspeccionar, asir con una firmeza que a ella misma le sorprendió, las riendas, bridas y la fusta en casos particulares, de la empresa matriz y sus filiales, mostrando un talento pionero en una saga dedicada desde principios de siglo al vidrio y la cerámica.

El primer semestre dobló el beneficio contable, debido a casualidades y como quien dice por la suerte del principiante, por instinto, en parte por tener clara la teoría asimilada en la escuela, también por conocer a fondo la política fiscal más ventajosa, las estrategias de expansión que elimina competencia pero refuta toda acusación de monopolizar los mercados sectoriales. Había ampliado la cartera de clientes, redujo costes y optimizó ciertos aspectos de la logística.

El empresario recibió los datos del departamento de contabilidad mientras regresaba al polígono, la triple cuenta de resultados con nota de excelencia. Llegó apurado porque de un momento a otro debía atender a unos inversores asiáticos con una visita guiada por las instalaciones y una comida de negocios. Así que cruzó la fábrica como una exhalación humeante por la combustión de un enorme puro habano que aromatizaba el aire con su olor a brandy quemado. Subió los escalones de dos en dos hasta las oficinas. Entró al despacho sin

llamar por supuesto, era el jefe, la besó en la frente, exclamó: “Eres lista, para los negocios. Nombrada subdirectora titular”. No espera una respuesta, un asentimiento o vindicación sobre mejoras contractuales. Atiende su celular, la delegación llegará en pocos minutos, sale mientras se centra el nudo de la corbata y hace un gesto con el mentón a modo de despedida. Desde la nave industrial le vocea un halago, traducible como invicta en las arenas financieras, más experiencia que añadir a lo que será rutina, culminar objetivos, subir, escalar, ganar confianza, aprender rápido, remontar los varapalos, caer, en sentido figurado, levantarse, nunca mejor dicho, imantar el lucro incesante, hacerse implacable, peligrosa, e ingresar más capital del que gasta o abona. Si la suerte está a favor, lo demás viene solo.

En los asuntos del corazón, pese a su lógica cerebral y su ciencias numéricas, resultará frágil y torpe, cargada de postulados infantiles y nociones idealistas, cuando experimente el primer envite o embate, conforme decida la lectora, de un enamoramiento que podría no serlo, pues hasta entonces no posee referencias claras ni elementos de contraste.

Un día ordinario, sin presagios ni cambios drásticos en la atmósfera, un cliente subió a las oficinas a ultimar un pedido discreto. Por razones pendientes de dilucidar, la primera impresión que causó a Débora fue negativa, pese a sus maneras educadas y su distanciamiento cortés le resultó arrogante. Apenas cerrar la contratación, hablan sobre materiales sintéticos

que al suplir determinadas materias primas evitarán el agotamiento de los recursos naturales. La empresaria nota un cambio de paradigma, una extraña familiaridad o confianza que otorga el trato prolongado. Luego su corazón empezó a latir con prisa cuando supo que conversaba con un noble.

En pocas palabras, hubo una cita, un cine, un paseo, mirada opalina, voz grave de capataz, un atractivo sutil y a veces imponente, un palacete de los de antes, dedos virtuosos contra el clavicordio dieciochesco y el piano elegante, más la estela poética de los duendes que asperjan colonia por sobre la presencia que se expande allí donde respira el conde duque y archiduque, siete veces depositario de las llaves del Condado de Shakira y sus provincias aledañas.

Débora ahonda en la persona convertida en personaje por la narrativa emocional, más allá del idealismo literario, audita al candidato en los términos informales de las abuelas, pues la viabilidad de cualquier proyecto, aventura o asociación, más si contiene promesa vitalicia o casamiento, también está condicionada por variables financieras.

Al parecer gestiona unos caudales de supervivencia, tras perder créditos y herencias por ciertas discrepancias con el fisco. Empero, no menciona el verdadero motivo de sus cuantiosas deudas: el vicio ludópata. Tómbolas, chinchón, póquer de naipes, de dados, veintiuna, bingo, casinos, apuestas doble o nada, incluso una ruleta suicida con el resultado de un muerto por herida penetrante, que no dejó testigo presencial, conforme

al código apalabrado con el clan mafioso que organiza los torneos, con autoridad para representar a la banca y recoger las apuestas en sacas, diciendo solo dinero de verdad, papel moneda, caballeros y señoras; mientras apartan el cadáver del jugador al que le estalló el cráneo como una calabaza confitera y van echando los fajos de billetes al interior del furgón blindado.

Ajena al código deontológico de los tahúres, a la fortuna que va o viene, aprovecha una víspera para cuestionarse los amores primerizos, y entra al mismo cine con varias carteleras donde había estado días atrás.

El público accede según el modo ordenado por la posición espacial en la cola, entrega el resguardo adquirido, rebasa el torniquete de entrada y se derrama por las bifurcaciones de pasillos, urgida a localizar su asiento numerado, poner en pausa el discurrir de un sábado cualquiera, para dar fe del privilegio de simplemente contemplar desde fuera la vida simulada en la pantalla, tan verosímil que es indistinguible de la auténtica.

Débora había comprado el pase a un musical, supongamos para la sala uno, pero absorta en su rumiar consintió el empuje de la marea humana, digamos hasta la sala dos. Significa que durante un intervalo arbitrario estuvo mirando a través de la visión cruda de *Quentin Tarantino*, violencia espectacular, exageración desmesurada, embrollos y sangre a borbotones. La espectadora dice estoy harta, me marchó, no me cuadra tanta testosterona en un organismo con vulva y glándulas mamarias, o lo que convenga en sentido despectivo, normalizar la barbarie,

la regla del más fuerte, etcétera. Camina enérgica, cruza los pasillos. No se conforma con su laberinto interior ni el olor limonero nebulizado a intervalos por los dispositivos ambientadores. A medio camino reconsidera el dilema. A ver, he pagado por una película clásica, señorita, vuelve a entrar —se amonesta—.

El portero le impide el tránsito, técnicamente ha consumido su entrada y necesita nuevo resguardo, previo pago de su importe. Mejor otro día, me marchó. Abandona el local, escucha a un marinero silbar el estribillo de una banda sonora. Cambia de rumbo, retrocede hasta la taquilla correcta. Paga. Entra. Sigue las indicaciones, la numeración no resulta confusa desde el pasillo enmoquetado, recalca en la entrada correcta desde un principio.

Accede al patio de butacas en penumbra, y recuerda una vez y olvida para siempre que la maldición de Howard C. es juntar datos inconsistentes y proponer una versión de los hechos más interesante y creíble que la propia verdad aburrida. Toma posesión de su cómodo asiento mullido, se relaja, cesa el debate interior, el deshojar una margarita ponderativa, tal vez le quiero, pero no tanto, pero sí. Consigue destensar los nervios, relajarse. Enfrente una avenida en su tránsito hacia el crepúsculo, la pátina sensorial de humedad sobre el asfalto y las aceras, sobre el atrezo de las bellasombras y los chopos perlados, conforme a la especificación escénica. El camarógrafo enfoca a un talento emergente que da pasos de bailarín por sobre los adoquines,

contra los charcos de lluvia. Acumula carácter para imponer su estilo coreográfico, zascandilea; según la prensa especializada, conforma una alegoría sobre la problemática asociada al rechazo sentimental, más el efecto psicossomático del desamor.

No importa, de momento entra y sale por entre la marquesina, los voladizos, el portal, el pretil, las figurantes de cintura imposible. Evita el diálogo circular consigo mismo, el drama, la tragedia, recordar en exceso. La nostalgia o el anhelo no tienen género, clase, raza o posición económica. El protagonista viste una chaqueta americana empapada, un sombrero pasado de moda, un paraguas anticuado. Sabe bailar: baila, sabe cantar: canta, sabe sonreír y sonríe calidez sin ver a la espectadora regalarle a su vez otra sonrisa espontánea, pues ha elevado la comisura de los labios, las mejillas, arruga la piel alrededor de los ojos, por la contracción de ciertos músculos cuyo número y complejidad, especialmente la del músculo orbicular, hacen muy difícil o imposible sin entrenamiento suplantar una emoción genuina mediante el fingimiento.

Los artilugios modernos permiten editar la vida, cada fotograma que fue nuestro, ralentizar la velocidad de reproducción, incluso pausar los adioses, el beso discreto, las ondulaciones en los riachuelos de la memoria; rebobinar e ir hacia atrás por el celuloide hasta indicar cuál fue nuestro error. Más allá, la vida sigue racheada, por carambolas, repeticiones, coincidencias y retrasos, el músico deja su corazón latir melodías y como antaño

a esa hora de sábado por la tarde, aguarda cantando bajo la lluvia.

La pantalla de la vida, enorme y tridimensional, gana consistencia mientras pierde brillo la superficie del vidrio que muestra los créditos de justificación centrada. La muchedumbre, que obviamente son los demás, está accediendo a la normalidad de los planos cartesianos, las hileras de butacas han ido plegándose hasta que la sala se vacía y el mundo suspira despacio y regresa y solo quedas tú para siempre.

La señal horaria en el reloj de pulsera marca la línea histórica del presente vulgar, que en definitiva se postula como el único tiempo verbal válido, pues amar, morir, correr, escribir, y toda acción ocurre aquí y ahora, lo demás son ideas, proyecciones, remembranza, puro cuento. La dinámica sempiterna del celuloide, le hizo pensar en la fugacidad de su vida, en las probabilidades de encontrar a un hombre con título nobiliario. Debe ser mi destino, lo aceptaré aunque no posea grandes fortunas, asintió con una sensación vívida en el ánimo, una urgencia por amar y ser amada, por asegurarse el bienestar junto al aristócrata anunciado por el presagio y las corazonadas.

Débora anduvo sonriente e indecisa hasta mucho después, arrepentida de haber renunciado al primer film, extendido durante más de dos horas de goce cinéfilo y hostias como panes, en palabras de la amiga Niceta.

Había pagado dos veces para no presenciar ninguna película entera, aunque no arrastra intriga, reconcomio o trauma grave.

Ir al cine ha servido para descansar la mente y dejar que las ideas se asienten. La tensión analítica ha ido resolviendo el dilema, las dudas sobre la autenticidad del romance, los reparos sobre el pretendiente elegido. En consonancia, ha puesto en orden su pensamiento y llama a las cosas por su nombre.

Más adelante cruzan la línea meridiana hacia un noviazgo formal que impone su coherencia, ese tanteo previo similar al que hacen los púgiles en el primer asalto. En el futuro recordará trazos esenciales, el galanteo de las rimas improvisadas sobre papel higiénico, los bailes de salón ante la mirada taciturna del mayordomo añoso, el castillo de cuento gótico, la cercanía durante las conversaciones telefónicas. Así presintió la inminencia de un destino cuyo desenlace conoce de antemano y para el que estaba preparada con disciplina de comandante a soldado raso.

IX

El círculo de amigas había convencido a las tres novias, Antonina, Priscila y Débora, para celebrar todas las bodas con un solo acto sacramental oficiado por el obispo. La planificación del evento incluye lista de bodas e invitados, composición del menú, sitios para las celebraciones, vestuario, trajes entallados de cisne nupcial, flota de vehículos para traslados, personal de seguridad, música, banda limitada o ampliación sinfónica, tenores, divas, espectáculo adicional, duración, contratas, subcontratas, cuestiones legales, pirotecnia, mascotas admitidas o no, duración de la juerga a deshoras, pólizas de responsabilidad civil suscritas, más toda la casuística inherente a la unión sentimental de duración vitalicia basada en el amor y el respeto mutuo, entre un hombre y otro, una mujer y un hombre, mujer más mujer, así hasta agotar por permutación todas las opciones posibles en un conjunto binario o ternario, para el caso de referencia únicamente se considera mujer más hombre. Punto y seguido. Intervienen peritos, juristas, personal de cocina, camareros, guardas, empleados eventuales, mozos. Otra cuestión conflictiva: qué pareja entra primero al templo y cómo se justifica tal ordenación.

El reloj apremia, es crucial mantener un ritmo regular, no correr ni pararse en mitad del pasillo como pasmarotes, tampoco procede hacer reverencias e intentar besar el anillo del obispo. Con tal previsión asimilada y siguiendo el orden narrativo de la

jornada, los asistentes contemplan la solemnidad del casamiento ante el director oficiante, la espalda del tríptico de novias enfundadas en sus vestidos de merengue, bajo peinados laboriosos y un adorno de joyería sin ostentación, junto al frac y la chistera de los novios.

La liturgia se interrumpe por un disparo que sonó magnificado por un recinto favorable a la propagación del sonido. La alineación de las hileras de feligreses se disgregó en una estampida frenética, la ceremonia reglada se vuelve un mercado callejero sin dioses ni sosiego, la gente espantada sale hacia la calle o para no saben dónde ni qué está pasando aquí, carajo, Virgen de Guadalupe, danos protección.

Un mes después del incidente, Débora se casó sin boato en una ermita sencilla, con olor a sitio cerrado e incienso. Así culmina el ascenso a las cumbres oxigenadas del deseo cumplido, olvida la incertidumbre y los temores de antes, las jornadas estresantes previas al embarque para un crucero de recién casados.

Conforme a su intuición, atraviesa una racha alcista, una suerte plenaria. Los síntomas son de manual y corresponden al enamoramiento, ese estado que *Ortega y Gasset* definió como imbecilidad transitoria, empero, la vertiente idealista de la mujer está satisfecha, sin minusvalorar por entero la felicidad que otorga la solvencia patrimonial.

Se dejó llevar por el hechizo durante el primer vals en la cubierta del transatlántico. No captó ningún sentido

preocupante en la caricia acústica del esposo cuando le susurró pegado a su oído: “Disfruta de tu luna de miel, será la única que tendrás”, abrazados bajo la hilada de flores ornamentales y luces amortiguadas por los filtros, que merced a la posición y los ángulos, creaban refulgencias y destellos argénteos en su vestido de glasé ceñido.

En el dormitorio, la recién casada, tras muchas repeticiones amoratorias, reparó en el abismo que separa la teoría y los actos, la lección estudiada en la asignatura de biología sobre el aparato genital y la actividad reproductiva humana: Cópula, coito, concúbiteo, ayuntamiento, unión carnal, acto sexual, apareamiento mamífero, son términos análogos para designar el acto sexual. Es la introducción del pene erecto en la vagina urinaria —¿hay otras?—, continúa un movimiento pendular en sentido frontal hacia la hembra, con que producir la estimulación de las terminaciones nerviosas, durante un lapso de duración arbitraria, a continuación el órgano viril entrega el fluido seminal, etcétera. Antaño supuso que el sexo era un acto o tarea aburrido y mecánico.

Las primeras semanas disfrutaban un amor propio del romanticismo, las telenovelas, los videos sin censura, el cuento de la plebeya convertida en archiduquesa, el idealismo sin ambages, lo ratifican a cualquier hora, vestidos o desnudos, dentro y fuera del domicilio. En los intervalos de calma chicha, los cónyuges como náufragos aislados en su hedonismo asumen de modo tácito la perspectiva del embarazo. Mas después, la

idealidad, el amor abstracto y lo novedoso acaban relegados por la frustración. Intercambian pareceres, esta vez de forma explícita hablan sobre prioridades y familia, traer vida nueva a este mundo, en concreto, deciden recurrir a un método natural y sistemático, que monitoriza ciertos parámetros de la fisiología femenina.

La planificación transformó el dormitorio en un centro de operaciones tácticas. Había termómetros, almanaques clavados a las paredes llenos de señales e indicaciones hechas con rotuladores de distinto color para ciclos, ovulación, días fértiles, menstruaciones. Había cuadernos, historiales, papeles sueltos donde registran temperaturas, regularidad del ovario, intentos fallidos. Anotaron recordatorios, advertencias, instrucciones prácticas, echan cuentas, determinan la hora feliz, el horario óptimo, corrigen cálculos de probabilidad, añaden un calendario de fases lunares, porsiacaso, y un manual erótico con ilustraciones y primeros planos, conveniente en casos de tedio o inapetencia.

Pese a toda la parafernalia planificadora logran el mismo efecto nulo, de modo que su proyecto vital permanece en punto muerto, sin arrancar. Están frustrados. Débora se harta del amor esterilizado, renuncia a prolongar el automatismo, el varón tiene un acceso colérico y destroza el papelorio que enrarece la alcoba.

Los problemas humanos pueden tener una o varias soluciones, por consiguiente, acuerdan probar cualquier opción a su alcance,

por ejemplo, la reproducción asistida o las clínicas de fertilidad. Piden cita con el especialista, tras la primera entrevista, el análisis se centra en la mujer. El estudio obliga a visitar con frecuencia el centro médico, hay un rosario de reconocimientos, exploraciones, análisis, muestras de sangre, de orina, de flujo vaginal, extraídas en vivo y entregadas con precinto al laboratorio, que las convierte en datos e indicadores.

El estado actual de la medicina permite un diagnóstico rápido, el sistema sanitario privado añade pruebas complementarias basadas en imagen obtenida con aparatos de visión avanzada, emplean ultrasonidos guiados, hacen test de alergia, pruebas de anatomía patológica, análisis de tejido orgánico, biopsia epitelial, citología, laparoscopia, evalúan sospecha de quiste o presencia de bacterias, virus, oclusión, trauma, crecimiento tumoral, inflamación, etcétera. A su término, un segundo especialista revisa y corrobora el expediente, firmando un dictamen sucinto y claro, pero mentalmente insoportable para la paciente.

El informe llega en un sobre lacrado. Son varias páginas, tamaño folio, llenas de terminología. Trashoja el jeroglífico hasta saltar al final, al párrafo leído por su destinataria una y otra vez, muchas veces, como si al hacerlo pudiera modificar su significado y el dolor que le transmite.

En el silencio del ático hasta donde no sabe cómo llegó de pura rabia, mira sin ver el documento, cede a un llanto de lágrimas calladas, sabe de memoria las palabras que articulan la

diagnosis, el diseño geométrico de cada una de las letras, el espaciado, la ligazón; hasta que el lenguaje acabó por perder sentido, como su existencia en general, o su vocación aristócrata. El humor acuoso cae sobre el papel, empapa la celulosa, consigue desleír la tinta, difumina la tipografía con salpicaduras y manchas húmedas, con cráteres minúsculos y huecos irreparables: Anomalía no susceptible de tratamiento, que asimismo impide prosperar toda inseminación asistida, dentro y fuera del organismo. La etiología ratificada corresponde a una respuesta inmunitaria del gameto hembra que rechaza o disuade al gameto entrante, sea cual fuere el emisor del espermatozoide.

El marido recibe la noticia como quién encaja un puñetazo en la barriga. En días sucesivos dejó aflorar la parte oculta de su personalidad, muestra un semblante serio y ceñudo, apenas habla y cuando lo hace tiene un tono cortante y malhumorado. La ternura y las fantasías quedaron atrás, Débora acumula sorpresa, inseguridad, fracaso, ninguna esperanza; carece de recursos con que afrontar los cambios de conducta del esposo, que conforme pasan las jornadas parece más imprevisible y distante, se ausenta a medianoche forzado por repentinos negocios o por reuniones de índole comercial, y regresa al amanecer estragado por pasar la noche despierto.

El mundo de la esposa se descompone en pedazos, el amor correspondido, la convivencia marital, el hijo que nunca tendrá, el progreso, las experiencias en sociedad, en suma, todo ha

caído por los sumideros de la fatalidad o la suerte mezquina. Al malestar psíquico se une otro que abarca todo su organismo.

Está indispuesta, con un sabor metálico persistente que ni siquiera las gárgaras con resolí logran disipar, padece ataques de hipo que le dejan el costillar magullado, con moraduras o hematomas que siguieron extendiéndose por su anatomía con andares de reina reclinada por la fatiga y el dame un segundo que recupere el aliento. Dejaba caer los inventarios encuadrados cuando la insensibilidad o el impulso nervioso a las extremidades se interrumpe por la misma causa que sus manos padecen una parálisis repentina y una insensibilidad pasajera. Luego reaparecen las dos manos con sus cinco dedos justo en el momento en que sujeta el pañuelo bordado con el anagrama comercial, intentando cegar la tremenda hemorragia desde los desaguaderos de su nariz helénica.

El padre acabó tocado de los nervios, tras un peregrinaje por los gabinetes clínicos, los hospitales especializados, los consultorios de eminencias, donde analizaron sus humores, el tamiz de los riñones, la fragua de su hígado, el tuétano de la osamenta, el arborescente ventalle de los pulmones, para obtener siempre como la primera vez un tope a la ciencia humana, de modo que el facultativo les acompaña hasta el recibidor y la despide emplazándola a un próximo chequeo para la semana entrante a la misma hora, ahorrando el perjuicio de manifestar o reconocer que todo tiene un límite, menos la arrogancia, que la ciencia y

la medicina actual carecen de solución para una enfermedad con tanta perfidia mutante.

Secundina está de obras, amplía el gabinete, reutiliza materiales, tira las antiguallas y los objetos inservibles, para dar cabida a lo nuevo, aunque eso sí, con un presupuesto limitado. Había pasado tres meses conviviendo con un clan indígena, aislada en las selvas, para aprender los rudimentos ancestrales de la sanación. Durante esa corriente de ampliaciones, vio la oportunidad de experimentar y poner en práctica lo aprendido, intervino contra las dolencias de su amiga Débora.

Ensayó con el santoral y la fórmula clásica de la concesión a cambio de la promesa sometida a condicionante. Desde que advirtió las fallas e insuficiencias de la medicina científica para tratar las enfermedades, asumió una búsqueda de alternativas terapéuticas y métodos curativos, que incluyen fitoterapia, magia espiritista, fe pura o rezo repetitivo.

Secundina debutó como curandera con imposición de manos cargadas de magnetismo, por ensalmo druida, con yerbas y engrudos masticables preparados en el herbario. La primera refutación de la ignorancia académica sobrevino cuando detectó la causa del padecimiento. Tienes mal de ojo, tú; está causado en ocasiones por los ojos bizcos o las miradas coléricas sin voluntad dolosa, aunque el desencadenante más usual son los demonios, que se meten en el cuerpo como microbios, por golpes, pinchazos, transfusiones y otras formas invasivas; salen después por la mirada iguales a dardos invisibles y deletéreos.

Secundina habla más que hace, porque es primeriza y no está acostumbrada al trato directo con la enfermedad grave: “Me creo que nada más escupiendo a una embarazada o pisando los zapatos nuevos de un pariente se puede prevenir el mal de ojo”. Expuso la sencillez del procedimiento que ahora no resulta pertinente. Como alternativa preparó un ritual difícil de justificarse en criterios médicos convencionales.

Cortó un mechón de pelo a Débora, lo puso en un vaso lleno de agua que antes trató mediante fórmulas milenarias de acceso restringido, vertió aceite, echó especias y un amuleto, removió todo y pasó el líquido a través de un colador a otro recipiente. Ahí hunde las manos y a continuación opera en el cuerpo contra la energía mala, o como quiera que llamase Secundina al acto de restregar las manos por la barriga de la paciente. Fue inútil como las anteriores estrategias curativas convocadas mediante negociación o ruego, cruces de Caravaca, compromiso de hacer el Camino de Santiago, Vudú, amuletos africanos, polvo de momia sobre la cabeza doliente, pero en suma, no logró recuperarle la salud a una amiga cada vez más hundida en la consunción.

Entretanto, la hermana de Dulce mantiene la obstinación de llegar virgen al matrimonio, para entregarse al hombre que cumpla las exigencias maniáticas previstas por su mentalidad, salir una vez y para siempre del atroz aislamiento biológico, cuyos efectos perniciosos se agravan por la contención carnal.

Elisenda entiende oportuno resolver su relación con el mundo, quiere definir su rol en el discurso global de la existencia, por subsecuente visitó la trápala ambulante del mercadillo que llega los sábados. En una parcela rodeada por un cerco de olores profusos, halló el puesto de las sanaciones, donde un oriental con la cabeza envuelta en un turbante, dispensa linimentos tonificantes, pócimas untuosas y plantas preparadas sabiamente para someter cualquier dolencia del cuerpo o del espíritu. Preparó un conjuro infalible para atajar los desastres del celibato, que también vale para las hemorroides.

A instancias del sabio, una noche de luna llena colocó bajo la cama una jofaina conteniendo agua bendecida, un nidal troceado de colibrí, siete gotas de siete colonias distintas, más una alianza de oro; respetando la advertencia expresa de no tocar el sortilegio durante los días en que tenga la regla. No sabe bien si fueron los filtros amorios o la repetición obsesiva del devocionario, pero antes de acabar el ciclo lunar por el que regía su cualidad femenina encontró al último galanteador.

Aunque como mujer resabiada aprovechó la ocasión y desplegó una táctica activa para no dejar los asuntos serios al arbitrio de la adversidad, además previene los desplantes ante la loriga impenetrable de su ropa interior. Asumió ser la parte dinámica o el zapato que encaja en el pie derecho con que empezaba a subir las escaleras del hostel donde se citó con el hombre, convertido por momentos en el sentido único de su existencia. Eran adultos, con un horizonte de oportunidades finito, están

limitados por los horarios, la edad, las obligaciones. Hay que considerar además que todo el mundo anda emparejado y en el bombo del flirteo solo quedan las bolas devueltas, fallidas, con sus conflictos, traumas, insuficiencias, desengaños, prejuicios, con su frigidez o impotencia ocasional; tal vez personas que perdieron la capacidad para sentir ternura y afecto. Por tales antecedentes, una sola cita de amigos fue suficiente para vencer la vacilación y las dudas.

El escaso conocimiento dado por un encuentro se completará sobre la marcha, de momento las partes implicadas tienen claro que sobra la lírica, el montaje teatral propio de las telenovelas. Buscan el lado por el que ensamblar una relación formal, etiquetada como pareja de hecho, subidos al vagón de las modas y la superficialidad para todo aquello sin valor fiduciario de mercado, esa tendencia a banalizar el amor y disponer todo para la ruptura choca con el regalo de un sentimiento puro que nace para morir con la persona misma.

Elisenda al final del verano se marchó a experimentar una vida propia sin saber exactamente en qué consiste o qué derechos, libertades y obligaciones asume. Vivirá con un estibador que apenas conoce, sin estar segura de quererlo o entregarse por completo hasta que la muerte los separe, había pensado: “soltera no me quedo”. La convivencia y la elección fueron un error supino, causado por un mal que consideró transitorio, aunque más adelante comprueba que en verdad era definitivo y se puede convertir en su mortaja. Negado al principio, irritada

después, metida en la celada del chantaje emocional tras cada puñetazo que la noqueaba, lloró con amargura al reconocer su desamparo. Era un hombre pendenciero, inclinado a los excesos, las entropiernas de pago y la brutalidad, más la celotipia, el malhumor y las deudas acumulativas. Antes del primer año, marcó la numeración telefónica para acogerse al programa de protección a la mujer víctima de maltrato. Llegaron cuatro bucelarios membrudos con aperos y fornituras militares, se interpusieron delante del cónyuge alterado, que recibió una amonestación física, preventiva, sin llegar al arresto hasta la denuncia penal o la acusación directa de Elisenda, que renuncia y prefirió seguir adelante sin mas pleito ni contienda.

Volvió con un ojo amoratado, una costilla rota y el ánimo desmigado por la mala vida. Su madre al verla aparecer con las maletas sentenció: “Es lo que tienen las decisiones apresuradas”.

Con el último descalabro se volvió recelosa y desarrolló un talante reflexivo para las cuestión marital. Por esas fechas no pudo desahogar su lástima de recental en el pecho de Marietta, como siempre había hecho al regresar de una batalla derrotada.

Arsenio, el padre putativo, había envejecido yendo a peor, era más intransigente, duro y cortante. Carece de alma o sentimiento, como armazón óseo recubierto de carnes y pellejo, regido por una voluntad y tres valores: “Dios, Patria, Familia”. Impone su criterio, marca directrices de conducta, leyes restrictivas, prohibiciones y censura; sobre todo orden, respeto a

un superior. Con mentalidad castrense ejerce una tutela asfixiante en sus dominios domésticos; nada de lloriqueos Lucre, el comandante está al mando. Luego extiende el fisgoneo hasta más allá de la privacidad supuestamente inviolable, husmea en los armarios, en los cajones, entre las pertenencias, intenta encender un cachivache que ni los rusos, copón, allana incluso la dimensión sentimental y las vicisitudes espirituales de la hijastra a la que tiene ojeriza. Aplauda a *Donald Trump*, a quien copia las ideas más el gesto expresivo: “Os diré algo que nadie ha considerado antes”.

Marietta no pudo aguantar más el desastre íntimo ni consiente ser dirigida por una voluntad extraña y acabó por alejarse de los alardes machistas, el autoritarismo y la sensación de que puede ocurrir una desgracia de un momento a otro. Compró un billete para la guagua con destino al norte peninsular, a una localidad entre aldea, pueblo, escenario de filmografía italiana con escopetas de caza, honras perdidas, vendettas; más un balneario donde será lícito recuperar la cordura, compartir la lumbre invernal o las mecedoras bajo los soportales veraniegos, más querer, dejarse querer y convivir con la tía Dorotea y el primo Romualdo.

Elisenda sin refugio frente al martilleo de todos los días, cogió el ómnibus hasta el barrio que llaman de los malabares porque la clase obrera debe hacer acrobacias para estirar el jornal hasta fin de mes. La cuestión resulta baladí entonces, necesita con urgencia un cobijo en otro ser cálido y envolvente, por ejemplo

Niceta, con quien aliviarse la angustia de cumplir cien años a los veinte, y desahogar su tribulación hablando.

La recibió con alegría, benditos los ojos, cuánto tiempo, pero no te quedes ahí como una pasmarote. La llevó de la mano para sentarla en el sillón presidencial como le digo yo al sofá, lo tenemos desde que nos casamos, es de los buenos. Niceta habla a gritos desde la cocina, asomándose por el vano a intervalos, prepara una infusión de hierbas relajantes. Tranquila mujer, no te levantes, no vaya a ser que tengas un mareo, déjate, enseguida estoy contigo. Aparece al minuto, triunfante, con la sonrisa de madre y esposa y persona satisfecha del trato dispensado por las personas, agradecida por la suerte genérica, por una vida regular sin metas elevadas, valles deprimidos, estridencias o picaduras del resentimiento. Ofrece la taza con la tisana ideada por Secundina contra los enojos y la mala sangre; como muchas otras evidencias de su influencia en la vida cotidiana de las personas, que suele ser impactante e inductora de cambios en cuanto a ideas, creencias o hábitos.

Beben a pequeños sorbos, hasta reconciliarse consigo mismas y encontrar la manera de no aturullarse o sermonear, aún menos soltar de golpe la carga insoportable de su congoja y llorar sin pudor como diciendo mira qué desgraciada soy. Nada de escenas emocionalmente intensas, nada de dramas, repite Elisenda, aguantando el nudo en la garganta pero confortada por la mera cercanía de una amiga afectuosa. La anfitriona comenta

lo agorera que se ha vuelto Secundina últimamente, y cómo estaba de bonita tu Marietta.

Aquella mujer taheña, de piel lechosa y la tez moteada de pecas como salpicaduras de bronce ornamental, tiene ese rasgo que la vuelve singular y diferente a todas las mujeres rubias, morenas, castañas: pelirroja natural, una cuestión irrelevante para la portadora del fenotipo, pero que confiere a su imagen una fuerza atractiva comparable a la que irradian las modelos de las revistas o la pasarela.

A un nivel menos superficial, mira con descreimiento o recelo todo aquello que no sea subsumible en la materia sólida, con peso, sustancia, densidad; todo cuanto no sea reproducible por televisión o radio, y lo que contradiga su sentido común. Si no puede palpar una cosa, por así decir, prefiere inhibirse, guiada por un criterio realista, por el flujo informativo aportado por sus cinco sentidos y su intuición o corazonadas. Propende a la analogía y a simplificar. Resuelve los problemas cotidianos aplicando principios heurísticos, de modo que ahorra tiempo y dinero con un único esfuerzo; imagina mediante una acción única el remedio, la forma de conseguirlo y los medios con que poner en práctica la solución.

El trajín diario de gobernar una familia numerosa ha consolidado un juicio basado en la fórmula de ver para creer, evitando las entelequias sin pies ni cabeza vertidas en los discursos solemnes. Con frecuencia halla una solución práctica

sin abarcar todas las variables en juego ni entender los casos particulares del problema.

Había parido seis hijos más otra bebé que vino predestinada a morir siete días después. El colapso abortivo de su organismo frustró tres alumbramientos al final de su capacidad gestante. La fecundidad dentro del matrimonio no había sido promovida por una educación religiosa, o una preferencia exagerada hacia la maternidad; la prole tampoco está justificada por la unión de una mujer lista y un hombre tonto, como puntualiza el marido con su talante coloquial, Niceta está a punto de explicar porqué ha tenido muchos hijos pese a su modesta economía. Son un castigo, o una bendición, según el humor del momento, en cualquier supuesto demuestra que la vida lucha y tiene a perpetuarse.

Entre las amigas no hay zonas reservadas, temas tabú, temas censurados, todo está abierto al diálogo y la comunicación. Tratan y comparten cuestiones de dominio público, las de ámbito personal y privado, información sensible, lo estrictamente confidencial y reservado, secretos de alcoba, el poliedro de su intimidad.

Por tal confianza Niceta reconoce que había probado todos los métodos ambulatorios a su alcance para evitarse los embarazos no deseados por recomendación del ginecólogo: profilácticos, píldoras, dispositivos uterinos, espermicida en ungüento vaginal, interrupción y marcha atrás sin aguar el momento con la maniobra. Nada funcionó a medio plazo, por alguna suerte de

atracción irresistible entre sus gametos, de modo que la diversión erótica acabó siendo una actividad de riesgo. El amor tiene sus cosas, comenta un marido erotizado por la simple proximidad de una esposa en lencería. Lo llamo el misterio de la virgen de la Concepción porque nació ese día del santoral, mejor hubiera nacido el día de san Dinero.

Queda claro su intención de bromear. Era un hombre rudo, iletrado, pero fiel y voluntarioso, un animal infatigable para el trabajo, siempre esforzado y pendiente de que nada le falte a los suyos. Diligente en las tareas auxiliares y puntual mes a mes para ingresarle el salario en el bolsillo del delantal, recordándole llenar la despensa, renovar la ropa en los armarios y dar algún capricho a sus pebetes, más lo que disponga mi queridísima esposa.

Diosa humilde como antaño y para siempre, pero diosa después de todo, a quien coronó reina vitalicia con la diadema de papel gualdo incluida en la caja de un roscón comprado en la tienda del barrio que hoy es un centro comercial con radiofrecuencia y etiquetas inalámbricas. Luego al rememorar unas navidades antiguas confirma cómo pasa el tiempo, que parece anteayer cuando me hicieron tan dichosa con un simple trozo de cartón. La vida es cambiante, aclaró Elisenda.

Niceta no encontró la piel hidratada y saludable, el cutis perfecto, la mirada franca y la expresión entre maliciosa y cálida e iluminativa, y el cuerpo armónico de la amiga a quien los hombres lamían con la mirada imaginando la voluptuosidad

oculta bajo el vestido floreado con que paseó la última noche de verbená. En menos de un año se había transformado en una muchacha enjuta, de mejillas hundidas, párpados entornados y con los estigmas del dolor en la expresión. Al verla aparecer solo atinó a preguntarle: ¿Pero qué te ha pasado, mi amor?

Cada persona tiene una historia, quiera o no, provista de un ordenación temporal, inicio, antecedentes, planteamientos, consecuencias, el epílogo. Los biógrafos y noveladoras que se mencionan a sí mismos en una narración escrita de antemano por sus protagonistas, mencionan lo vivido por Niceta años atrás, durante la época en que las jóvenes se desposaban con precocidad aun siendo menores.

Había regresado de festejar con un novio medio formal, más allá de la hora fijada como decente y obligatoria para recogerse impuesta por el padre custodio, guardián moral de la progenie. Estaba esperando en el quicio de la entrada. Apartó a la madre con un empujón de macho alfa y vuelto hacia Niceta sin mediar palabra le estampó una bofetada con el envés de la mano abierta y únicamente después le espetó: “Márchate por donde has venido”.

Según su parecer fue una expulsión moralizante, que le obligó a abandonar los estudios básicos y a casarse con prisas, para evitarles el disgusto de una deshonra pública, a pesar de jurar con la mano en la Biblia y los ojos llenos de lágrimas, que no me ha tocado mamá, por la Virgen Santísima, lo mío sigue cerrado con llave.

Al menos tiene el consuelo de no haber errado al elegir marido, ni equivocó el rumbo hacia su realización como persona que progresa por los cauces de esta vida, que en definitiva es la única contrastable y que hace felices o desdichadas a las personas.

Niceta sin formación académica ni interés por libros ni estudiantado, supo construirse una modalidad de plenitud personal. La felicidad te sale al paso, eso sí, aduce al esposo, que mira sus labios carnosos mientras reprime el impulso grosero de darle un morreo a la vista de todas. Empero, era un hombre excepcional, sin duda, trabajador, honrado, detallista, pacífico, un ejemplar único, padre de todos mis hijos. Que no fueron pocos, la obligan a bregar desde primera hora, intentando contener los bultos de ropa sucia, debe planificar presupuestos, confeccionar el menú semanal, la lista de la compra. Un quehacer abnegado y polifacético que incluye cocinar, planchar, limpiar, tender, fregar, comprar, contratar, gestionar, asesorar, asistir, apoyar, representar, ordenar, criar, copular, atender, servir y en abril teje palmas fervorosas para las procesiones de Semana Santa. Por lo que llega al término de la jornada y cae sobre la cama con un lamento de huesos y un suspiro profundo, siempre reacia a martingalas filosóficas. Al enterarse del pronóstico de Secundina zanjó el asunto: “Qué oasis ilusorio ni qué ocho cuartos”. Nada perturba su ajarafe de paz, auspiciado por una familia cuyas ocupaciones subrepticias entierran las arenas áridas y la erosión del desierto.

X

Un lunes equinoccial con tantas esporas por los aires que fatigan la respiración aunque no medie sensibilidad alérgica, la pintora despidió el cuarto de los enigmas algebraicos, la terraza con olor a regaliz, la gaveta donde dormitan revueltas las hadas, los bodegones y las inflorescencias. Comprobó los herrajes y el refuerzo de una maleta repleta de brochas, rollos de cartulina y baratijas, que eran valiosas por su propiedad de retener el tiempo finito en que habitaron sus seres queridos.

En la cocina entrecruzó unas frases con la madre, como jaculatorias o espinas envenenadas, como un reproche superpuesto a otros muchos mezclados por la acción acumulativa del resentimiento, especialmente por esa intermediación y defensa encarnizada del viejo ogro, tierno y emotivo para Lucrecia, perverso e inhumano para las nuevas generaciones.

A través de la cristalera del patio interior, a espaldas de la mujer, percibió o imaginó la luz ambiental diluida por un gradiente crepuscular en el horizonte del cascarón planetario. La barriada a esa hora adquiere e incorpora a las calles la iluminación de las farolas fernandinas, revuelta con luces y sombras y la claridad remanente del horno solar. La luminotecnia estimula la imaginación de Marietta, asume un pulso creativo, quiere pintar la esencia atardecida, quiere la lucidez dada por un sueño reparador, quiere el barniz

melancólico de las despedidas extendido sobre la cubierta del mundo por la mano que mueve el pincel, que mueve la vida.

La pintora había dejado de prestar atención a Lucrecia, oye apenas una letanía, un murmullo, un pasado en el pasado, una retahíla ininteligible. No cede al chantaje emocional, al drama o el melodrama o cualquier otra denominación con que referir el discurso donde abundan las emociones lacrimógenas, la tensión y los sucesos previsiblemente infortunados. Está atenta al devenir, desocupada del pasado, ocupada en su presente, preocupada por el futuro inmediato; da un primer paso del resto de pasos que la llevarán lejos, a la emancipación. Antes quiere despedirse de las amigas.

Baja un tramo de las escaleras, en la planta inferior toma el ascensor hasta el entresuelo. Piensa: “Ligera de equipaje, pero no tanto”. Brinca a la calle como si estuviera incluida en una carrera de sacos y hubiese dado el salto final a la meta precintada. El ritmo de su respiración se normaliza, aspira el aire callejero, aire mundano, una bocanada de expectativas en estado gaseoso. La recibe Elisenda, se abrazan, no saben bien si se despiden o es un saludo de bienvenida, la cuestión resulta trivial para las implicadas, en cualquier supuesto tiene eficacia terapéutica, además funciona como un contrapeso al automatismo de las estaciones anuales y los procesos fisiológicos.

La primavera inunda la metrópolis, luego según se mire, resulta una noticia ingrata para alérgicas, un cariz inspirador para los

músicos, temporada floja e indeseada por los hosteleros; ni frío ni caliente aducen los turistas pensionados. Marietta tiene una reactividad concreta al buen tiempo, dado que es especialmente sensible al influjo telúrico, padece o goza un síndrome contrario a la astenia, que revoluciona su ánimo y sus deseos de hacer cosas y vivir experiencias significativas. La terapeuta le diagnosticará un estado de fortaleza mental y física, propio del exceso de energía aportado por el sueño de calidad, la dieta mediterránea, el ejercicio aeróbico, la meditación budista, y la acumulación de entusiasmo ante lo nuevo, lo favorable, la mayoría de edad y los viajes emotivos.

Cogidas de la mano las hermanas avanzan por entre la arboleda fotovoltaica, la calle mayor, el barrio comercial, caminan a través de avenidas concéntricas. El diseño urbano visto desde las alturas representa un disco de vinilo de los de antes. Elisenda no habla, condenada a una vida sin sentido al separarse de Marietta, que no sabe qué decir para procurarle ánimos. Va encontrando recuerdos en movimiento, gente que había visto en fechas recientes, nuevos transeúntes con ropa de abrigo, con una rebeca o en bermudas y camiseta para afrontar la canícula, ergo, ni siquiera concuerdan en el tiempo que hace. Vio más gente anónima, no conocida, más tráfico rodado y polución acústica conforme se acercan al núcleo urbano.

Marietta dijo: “Parece un pueblo con ínfulas cosmopolitas”, más cuando ha crecido aprisa, ordenado por un único criterio urbanístico, mezcla callejones empedrados e hileras chatas de

arquitectura castellana y una plaza céntrica que permanece sin reformas desde cuatro siglos atrás. Aparece en las guías turísticas como el corazón mismo del casco antiguo, aunque nadie menciona que detrás existe una fuerza legal con capacidad para dificultar lo simple y torcer lo puramente lineal. Aplica técnicas de marketing, interpretación escénica, lenguaje intrincado o paternalista; ignora cuánto cuesta un café en la barra del bar, aunque sabe predecir el colapso de la civilización occidental, o aporta informes refrendados sobre el volumen cuantitativo expresado en litros a propósito del agua contenida en los océanos. Requiere el apoyo popular de modo que inventa sus argumentos emocionales, recesivos, altruistas, a favor de las minorías, en aras de la seguridad, para promocionar los derechos y libertades personales, tanto en cuanto los parroquianos se queden en casa y paguen de su bolsillo los gastos extraordinarios, sin remover demasiado la miel, convencidos de estar de lo más bien, por así decir, merced a un ideario insertado mediante bisturí.

Por tal consentimiento, la fuerza pensante levanta una manzana de rascacielos entre calles y desniveles y anchuras limitadas, entre casas unifamiliares de una sola planta y terrenos trufados de yacimientos con paso restringido, acordonados para su análisis forense y su catalogación arqueológica, entre ermitas populares y pequeñas parroquias desvencijadas por falta de donativos y mantenimiento. Resumiendo, reconocen el olor a pueblo de antaño, del que los clichés copian los símiles

aromáticos, huele a tahona, pan caliente, leña quemada, mejillones hervidos, salitre, tierra recién regada. No ven solo rostros conocidos porque la población crece y se expande como puede, por la afluencia de turistas mayores que han decidido afincarse en el lugar y dejaron como segunda residencia su país de origen.

En cuanto el capital inversor compre los solares ocupados y las licencias de obra pertinentes, la comarca se transformará en una ciudad genuina, con su extrarradio, sus pedanías, las poblaciones dormitorio, el tráfico marítimo internacional. Hasta mejor proveer, según lo visto, se asemeja a una tarjeta postal recién pintada por el poeta *Rafael Alberti*, un pueblo pesquero y agropecuario. Otrosí resulta una ciudad creciente, ratificada por el censo, por sus edificios modernistas y por el flujo empresarial de los negocios abiertos al público, restaurantes, tascas, mesones, bodegas, bares de tapas, bocadillería, pizzería, pastelería, merenderos, marisquerías, asadores, heladerías, cabarés, tablaos flamencos, cafeterías, café cantante, parque infantil, parque acuático, parque de atracciones, ludotecas, churrerías, ferias y comparsas y verbenas, casinos, bingos, teatros, cines, salas de espectáculos, discotecas, locales de alterne.

Las coordenadas sobre las que pisan son el centro geográfico verdadero para toda la demarcación administrativa. Andan a través de la rambla del puerto sobre la única extensión o franja equidistante a los cuatro puntos cardinales, a los dieciséis picos

de cuatro estrellas superpuestas y giradas unos grados sexagesimales; equidistante a los treinta y dos rumbos repartidos por los cuadrantes imaginarios de la rosa náutica y adyacentes al norte magnético de la brújula terrestre.

Las hermanas entonces como hitos que marcan el centro de interés arbitrario conforme a la narración que protagonizan, pueden dirigirse hacia cualquier dirección aplicando un esfuerzo similar, porque desde su punto de partida y hasta las líneas limítrofes existe la misma distancia teórica.

Primer cuadrante. Norte. Una ciénaga con plantas de raíces aéreas, de olor hediondo y flores atípicas que se alimentan a mordiscos, comen sapos, insectos, roedores; una musaraña se precipitó en un tubo digestivo después de esquivar la trituración, estuvo debatiéndose en un pozo gelatinoso que le intentaba estrujar a presión. La planta depredadora colapsó cuando la sabandija mordisqueó las paredes para escapar y horadó el cepo tubular. Ningún ser humano consigue orientarse en aquel laberinto de manglares y torreones de bromeliáceas, que propende a devorarse a sí mismo en cada latido con eficacia centrífuga hacia el bosque tropical.

Segundo cuadrante. Este. Un páramo de tierras cuarteadas por la sequedad y la radiación asfixiante del estío perpetuo, que ninguna máquina, herramienta o ingenio tecnológico ha conseguido excavar, perforar, urbanizar, o sembrar. Hasta la fecha ningún pionero, buscavidas, empresaria, ha logrado atribuirle utilidad o aprovechamiento mediante la explotación

agraria, comercial, turística, urbanística, prospectiva. Los díceres locales y los libros de viaje refieren colinas rocosas, valles y hondonadas, cauces estériles de antiguos ríos donde giran y rulan y levitan los rastros y las siluetas globosas obtenidas por la acumulación de elementos muertos e inorgánicos, broza, polvo mineral, aditamentos. El secarral y su panorámica alienígena bajo los novilunios parece albergar o en verdad alberga un tipo de vida demoniaca, dicho esto sin ánimo de polémica. Habrá que verlo. Más allá serpentea el serrucho dentado de la cordillera.

Tercer cuadrante. Sur. Un inmenso roquedal de arrecifes casi impenetrable, erizado de salientes y aristas afilados y punzantes como espadas, soportan el embate del oleaje violento, y una llovizna que no cesa. Hay cerca un semillero de pagos marinos con sus puertos que enlazan con las principales rutas comerciales del tráfico internacional.

Cuarto cuadrante. Oeste. Un escenario de arenas similares a minúsculas gotas de nácar arrojadas por la madreperla del mar y blanqueadas a fuego vivo por el astro solar. Vista de lejos, la playa arenosa parece nieve por una ilusión óptica. A última hora de la tarde, contra el gradiente violeta, malva, magenta, se siluetean las gruesas sombrillas plegadas en posición vertical. La mirada ambliope fácilmente podrá confundirlas con una muchedumbre meditativa, una pantomima, una poda salvaje de árboles flacos. Empero, entre las figuraciones solo pervive una paseante solitaria, que andando sujeta un libro a medio leer,

repara en la intencionalidad de la autora, en su ánimo obsesivo por caer bien y contentar a todo el mundo. Es la única manera de generar ventas masivas, declaró a las tertulianas, que al unísono enunciaron la réplica: Es la única manera de hacer el ridículo y firmar una narrativa que nadie entiende, desea, necesita, reclama, o paga por leer, al margen de cuestiones técnicas o de valoraciones puramente literarias.

XI

En la explanada saludan a otra amiga de siempre, Viridiana trae pintado a la sonrisa un carmín discreto, ceñida al cuerpo una dimensión humana. Lleva un vestido de escote recatado, con el cierre de botones a la espalda, y un bolso pequeño de tela a juego con el estilo gris y las flores violetas sobre fondo blanco del estampado textil.

Hay un detalle sutil en su forma de andar, como si evitara apoyarse por completo en el pie que impulsa y sostiene cada paso, quizá tuviera ampollas o estrena zapatos. Junto al signo doliente, sobresale una luz serena en torno suyo, una claridad sedante adherida a su contorno corporal. Para entendernos con un ejemplo: el amanecer visto desde la playa contiene esa propiedad ansiolítica. Dicho con otras palabras, un aura o manifestación del espíritu que impresiona la retina del espectador predispuesto a la belleza, por llamar de algún modo a una cualidad íntima que solo puede manifestarse a través de la materia, aunque no identifica rasgos físicos particulares y su descripción rebasa el alcance de los vocabularios disponibles, y promueve un exceso de retórica, sustantivos, adjetivos, símiles, hipérboles, sinestesia. Aunque cerrar la cuestión que se intenta comunicar por escrito asumiendo que más vale una imagen que mil palabras puede resultar irritante y reducir las pretensiones editoriales del producto, aunque según se mire, promociona la modalidad audiovisual en la transmisión de mensajes inéditos.

Viridiana irradia un halo amable, cuando sonrío entorna los ojos y por la base de sus párpados inferiores aflora una suerte de ojeras saludables. Aquella tarde caminaba deprisa pero sin arrebato, a solas con su dualidad contradictoria. Al encontrarse de repente con las dos amigas le cambió la expresión pensativa del semblante.

Hay decisiones fáciles e inmediatas, la consumición en el bar, la ropa del día, el canal televisado. Mas otras requieren un tratamiento sosegado, mayor rigor y valorar cada elemento involucrado y las consecuencias finales, verbigracia, someter a litigio de autenticidad la potencia irrevocable de su vocación religiosa.

Estuvo a punto de asumir un compromiso vitalicio en un monasterio de monjas. Había entrado al recibidor, pulsó el timbre y esperó, vio girar el torno sobre el mostrador, cada vez más indecisa, nota el aroma caliente a pan recién horneado que exhala la cabina abierta, oye el saludo de la novicia desde la clausura. La inseguridad le hace posponer la petición de ingreso, disculpe, hermana, vendré mañana.

Está confusa y tiene remordimientos porque algunas tardes miraba a los pimpollos precoces del colegio cercano y luego tendida en su cama sentía un hormiguillo cálido al apretar los muslos mientras los recordaba.

Viridiana sigue en parte consagrada al Padre Creador con quien medita su eventual apartamiento del género mundano, por discreción bondadosa prefiere guardarse sus reparos y agobios y

no preocupar a las amigas. El voto monástico implica a su vez el voto de pobreza, el de obediencia y el voto de castidad, en suma facilitan la salvación eterna mediante la renuncia a los placeres sensuales. He aquí el intrínquilis de sus dudas, no está segura de poder refrenar por siempre los instintos atávicos, aunque tiene claro que sabrá reprimir su naturaleza primigenia o demoniaca, la propensión a pecar, a delinquir, falsear, engañar, robar, usurpar, herir, matar, mentir, prejuzgar, meterse en camisa de once varas, cometer falso testimonio, arruinar, intoxicar.

Para adquirir la categoría de novicia debe revisar su fortaleza en términos de perseverancia, motivación y continuidad. Pronto consideró pertinente aplicar un tratamiento de choque precautorio contra la dispersión y para reconducir su castidad.

Ha decidido mortificarse con un alfiler en cuanto sienta que los recuerdos y el deseo malean su abstinencia y motivan el rocío íntimo que resbala por entre sus muslos.

Con el tiempo la sensación aflictiva de los aguijonazos incorpora un amago placentero sin degenerar al grado masoquista, de modo que ensaya otras modalidades represivas. A falta de ocurrencias más elaboradas, decide hacerse pequeños cortes en el cuerpo, arañazos, rasguños, incisiones superficiales, procurados mediante un abrecartas en las axilas, la cara interna de los muslos y sobre la planta del pie. La mayoría de los cortes apenas inciden más allá de la capa externa de su piel, alguna excepción rebasa el tejido subcutáneo, secciona pequeños capilares, y ocasiona un leve sangrado sin riesgo vital.

En todo supuesto las lesiones requieren un intervalo para curarse, conque el acto simple de andar suele remover las postillas y abre las heridas, confiriendo al castigo cierta redundancia ejemplar. El método pese a su simplicidad funciona bien en todo lugar y tiempo; allí donde vaya con su vocación y continencia aquel recordatorio refresca sus ideales y justifica un ritmo inusitado a su modo de andar.

Viridiana dobla una esquina y atisba de repente una escena perdida de su infancia, el mismo tropiezo blando contra las dos niñas que le proponen jugar a la rayuela en el patio del colegio. Así empezaron a conocerse, para replicar la escena años después. El tren de casualidades que se agota en ese momento les infunde sorpresa, confianza, sensación de pertenencia a un mundo empequeñecido por las coincidencias montadas en cadena; añade notas de alegría al gozo abstracto que proporciona el buen tiempo, la cálida luz latina encendida en las tiendas.

Las tres mujeres intercambian saludos, simpatía, risas, ternura, frases hechas, como una sola mujer que habla e interpreta por turnos. El mundo es una aldea —totalmente de acuerdo—. Elisenda matiza: es una aldea por el conocimiento ignorante que ignora serlo, pero además se cree dueño de la verdad.

No aporta datos probatorios sobre el particular. El tema queda pospuesto como una cuestión apropiada al debate y la mesa redonda.

La mujer formada por tres cabezas, tres corazones, tres personalidades, merced a la empatía profunda, avanza por unas callejas empedradas y un aire arcaico, progresa hacia adelante en el sentido único impuesto por el convenio del tiempo universal, declina inventarse tópicos sobre la fatalidad, o trocear las palabras escritas del profeta que no sabía escribir ni escribió jamás, quien aseguraba que el acceso al mismísimo Padre Todopoderoso solo es factible a través suyo. Viridiana comenta el pasaje conforme a su parecer. Nadie sirve en abstracto o en vivo a los dioses, sino mediante actos de amor al prójimo. Eres una buenaza, dice Marietta, mientras la maquinaria de acoples y circunferencias dentadas que gobierna el funcionamiento del universo encuentra la secuencia lineal de causas y efectos que promueve impulsos, constantes, plegarias, renglones, mecanismos, la fatalidad caótica que desencadena una posibilidad entre un cuatrillón, un móvil sin pies ni cabeza señala a su víctima y sale a buscarla.

Será la primera amiga en morir, durante un desenlace tan azaroso y anómalo que ni siquiera las entrañas palpitantes de una liebre abierta en canal por Secundina ha logrado anticipar.

La muchacha por gusto personal adorna su cabello con diminutas flores de muselina ensartadas en una horquilla, a juego con las telas del vestido sin escote que lleva puesto, como otros muchos de los que se cierran por detrás con una cremallera. Su vestuario incluye pantalones vaqueros con peto, blusas de color vivo, faldas amplias y ondulantes; más la ropa

de aquel día, un pantalón beige de perneras anchas, unos zapatos planos de puntera redondeada, una blusa camisera.

Así recuerdan a Viridiana en el taller ocupacional donde pasa las tardes moldeando figuras de escayola, con los pies resentidos y las manos virtuosas. Era un miércoles de cuaresma en el tiempo argumental anticipado por la omnisciencia de la narración en curso.

Ha terminado la jornada en el taller y camina unas manzanas bajo un cielo agrisado, hasta que llega a la marquesina de la parada del autobús y se queda esperando en pie. Dos minutos y treinta segundos después empieza a impacientarse, aguardará en el peor supuesto un cuarto de hora hasta el siguiente bus. El problema radica en su manera de percibir el paso del tiempo ralentizado por la ansiedad.

Mamá se preguntará que dónde estoy —piensa a manera de reproche—. Un todoterreno pasa acelerado por el carril contiguo a la acera, lo mira alejarse unos metros, ve su frenazo brusco y cómo inicia la marcha atrás, hasta parar en seco a su altura. Alguien baja la ventanilla y le pregunta por unas señas, con el rostro parcialmente cubierto por la humareda que efluye del habitáculo. Otra bocanada la envuelve como una anaconda gaseosa, y antes de apercibirse del peligro se encontró en la otra orilla de la realidad, bregando contra un cepo de varias tenazas y un tufo pegajoso a tabaco y alcohol y ropa sudada.

El secuestro ha sido improvisado por un golfo al volante más otros dos compinches, que manosean el cuerpo de la chica, le

aplican algún correctivo en forma de bofetada, le asquean con besos audibles, si no estás calladita vamos a meterte en el cadáver de una vaca y te enterraremos viva.

Entran a un camino sin asfaltar, indicado por los desniveles de la suspensión en las cuatro ruedas, hasta que llegan a ninguna parte, a un andurrial poblado de matorrales. Los atacantes empujan a Viridiana fuera del vehículo, ajenos a sus ruegos, indiferentes a sus sollozos; para el predador la presa carece de valor humano, está asimilada a las cosas o los animales comestibles.

Recibe una andanada de puñetazos, yace aturdida, sangra, tiene moraduras, está dolorida, aterrada. La jauría aprovecha la indefensión de la víctima y le golpea, escupe, arrastra, veja, daña, muerde, zarandea, lastima, con un ensañamiento exclusivo de la especie homínida, la clase psicópata y el subtipo demoniaco.

El macho alfa se abalanza sobre un cuerpo de mujer rendido, para arrancarle a empellones la rosa no dehiscente de su inocencia, mientras los secuaces vitorean y aplauden la delincuencia machista. Luego la sensación de dominio y la sangre enloquece aún más a la bestia. Vapulea a una chica exánime, tendida, medio desnuda por la ropa hecha jirones. Desde arriba apenas es un juguete fungible con que desfogar la rabia. Como no se mueve la creen muerta y celebran tal coyuntura con risotadas sardónicas para regresar al fumadero del coche.

La muchacha recobra el conocimiento, su cuerpo tiembla al pretender incorporarse a un mundo que se marcha para siempre con su madre, las amigas, los compañeros del taller ocupacional. Confunde el ruido de un motor con el rugido de una bestia infernal, oye una aceleración violenta, el bisonte metalífero embiste a la muchacha sentada en el suelo; tras arrollarla da marcha atrás y repite la acometida. Empuja a Viridiana a un estado crítico: huesos rotos, daño severo en órganos esenciales, reventazón del bazo, hemorragias internas, respiración irregular, pulso anormal. Agoniza involucrada en un destello de lucidez terminal.

Definitivamente ha perdido la esperanza de hallar a Dios en el corazón de los hombres, renuncia a sus ideales, recuerda a su madre, la imagina en sus quehaceres. Por la tradición asociada a esa fecha, prepara cada año el mismo menú diligente, mirando de reojo el reloj analógico pegado a la pared, como si el dispositivo tuviera las respuestas que explican la tardanza de su hija. Encomienda a todos los santos y vírgenes y mártires que hagan el favor de amparar a su pequeña, para tenerla pronto en la casa, porque está la cosa muy liada, todo muy revuelto, sí señor, mejor no fiarse, que hay mucho vicio y mucho degenerado como perro en celo. Mi Viridiana es buena, buenísima, con decir que nunca me hizo pasar una mala noche. La mujer no vocaliza, murmura como en un rezo dirigido a buen entendedor y a las interlocutoras imaginarios, mientras

hierva agua para el potaje y redondea las croquetas, imagina a su hija subida al autobús, pero no la crudeza de la verdad.

En esos momentos su niña muere ajena a los monstruos que regresan dispuestos a regar con queroseno y prender fuego a una muchacha cuyo único pecado ha sido moldear vírgenes de escayola imperfectas. Empero, según lo entiende el matemático Heliogábalo Luna, conforme a un principio de la termodinámica y la ley de conservación de la energía, toda vida transciende, considerando la energía cuántica que mueve las caricias, el parpadeo, la regeneración celular o los estornudos; una esencia que no nace, que no muere, solo transmuta, en concreto, una parte de su alma encendió una estrella solar que será adorada como deidad por los trogloditas del principio de los tiempos venideros. Nada de eso importa a quien ahora está confortada por un encantamiento, un estado indoloro, una levedad orgánica; tras la estela de un colibrí fulgurante que roza con los dedos en la envoltura de una calma sobrenatural, justo al intuir que su vida había sido apenas un instante atómico en el espacio sin término de la eternidad.

En aquella época una demoscopia concluyó que la monarquía de entonces y el ejército de siempre eran las instituciones más confiables. Los sondeos relegaron a los cuerpos policiales por antipatía, porque en el turno de noche algún que otro patrullero obtiene rédito del proxenetismo y las putas callejeras; porque los antidisturbios arremeten con dureza contra la ciudadanía manifestante que pide democracia; o tal vez por el hedor de las

letrinas portátiles y la inmundicia alrededor de las oficinas de extranjeros, donde los migrantes guardan turno en filas kilométricas y duermen a la intemperie para no perder la vez.

Objetivamente, la exclusión en los primeros puestos de las preferencias no abarca a toda la nómina policial. También dispone de hombres y mujeres eficientes y honrados, que hicieron su trabajo en un plazo excepcional, completaron la investigación y enviaron el expediente con la documentación y las diligencias previas al decanato que a su vez lo remitirá al juzgado de guardia.

El sumario fue absorbido por los engranajes judiciales. Crece día a día por los formalismos y la ordenación burócrata, a semejanza de otros muchos expedientes de contenido dinámico, trasegados de acá para acullá con cada trámite necesario o exigido, que añade más papel de oficio, más folio timbrado, verjurado, de tina, de quita y pon; añade documentos pertinentes, peritajes, careos, certificados, testificales, declaraciones, la denuncia o la querella, la habilitación del abogado defensor o la concesión de la asistencia jurídica gratuita, el dictamen del ministerio fiscal, de la médico forense. Son expedientes ordenados según su cronología y unidos por hilos de enfardelar o por el conveniente grapado, cerrados al exterior por una carpeta simple y una nomenclatura formal, modificados folio a folio por adiciones, renglonaduras, rubricas tras el corondel, sellos oficiales, firmas y antefirmas, el fedatario, su señoría, la abogada, una vecina, los procuradores,

el agente intermediario. Una funcionaria ha recibido el expediente desde un trámite anterior, completa lo necesario conforme a las tareas asignadas, lo entrega a quien lo custodia y portea hasta la mesa de un fiscal con dificultades para obtener una segunda hipoteca inmobiliaria.

Resumiendo, esa sobrecarga material convierte los juzgados en un maremagno de documentos y comunicaciones y edictos y notas traspapeladas y carpetas alineadas, donde los funcionarios de nuevo ingreso se irritan o desesperan en ocasiones porque será posible ¿alguien ha visto la carpeta de las comparecencias?

En el peor supuesto, sortean los obstáculos y la saturación, sacan faena a destajo o se evitan el estropicio de las goteras que salpican los expedientes de papel y cartulina. Por tal complejidad ambiental, funcional, reglamentaria y técnica, en el contexto anterior o en otro que admita extrapolar la mencionada problemática, resulta milagroso que consiguieran dar término a la tramitación preceptiva, celebraron la vista oral y la magistrado dictó una sentencia consistente con la doctrina, la legislación y la jurisprudencia.

Conforme a los datos acreditados, la ley absuelve a los encausados de los delitos de asesinato y violación, en consecuencia, por ilusionismo jurídico los crímenes no se cometieron o no son punibles, en atención a la minoría de edad de los inculpadados, sirva el presente inciso como recordatorio del derecho inalienable a la reinserción social efectiva, fundamento que orienta toda pena privativa de libertad, junto al

interés superior relativo a la protección de la infancia. Dispongo para los inculpados su internamiento en centro habilitado por un plazo no inferior a cuatro años y un día.

XII

La tarde de los encuentros necesarios la vida era un conjunto de expectativas a medio y largo plazo, como el tiempo propende a ser lineal y continuo, no resulta posible suprimir el presente o adelantar el futuro, por ende, hasta encontrar una identidad propia, un rol válido, un sentido general y múltiples sentidos particulares a la propia existencia, hasta asumir una escala de valores concretos, un concepto del bien y el mal, un equilibrio entre objetivos, metas asequibles y aspiraciones coherentes con las propias fuerzas, hasta un momento indeterminado en que se asume un yo y unas circunstancias y una cronología definitiva, hasta entonces todo está escrito en una lista de tareas pendientes, por así decir, el amor, los ideales, la felicidad.

La fuerza del sentimiento juntó a cinco amigas comunes, que una detrás de otra entrarán al domicilio de Alma. Está en el vano de la puerta y saluda a la cáfila con dos besos en las mejillas, las acomoda como puede en su dormitorio, bromea: “Pasad a mi reino, es sala de estudio, patio de esparcimiento, salón de lectura, hostel para invitados”.

Alma trabaja en un proyecto de investigación relacionado con su vocación filológica. Tiene en mente difundir el conocimiento en el mercado popular publicando un libro técnico pero fácil de entender. Los últimos meses ha renunciado a divertirse con las amigas, salir a comprar, ver películas, todo cuanto rompa su rutina y signifique ocio, esparcimiento, interacción social.

Asegura que pierde un poco el hilo de la cuestión, la pertinencia de la bibliografía anotada para consultar un matiz que puede llegar a ser irrelevante, además desperdicia mucho tiempo en volver a concentrarse.

Así pues, Alma estructura su vida con la disciplina de un cenobita, solo estudia, investiga, redacta el ensayo, desoyendo los consejos y sugerencias maternas, debes salir más, boba, echarte un novio, que el tiempo pasa volando. Pese a las recomendaciones, sobran dedos en las manos para contar las ocasiones en que aplazó su trabajo por distraerse o para un receso y airear la mente. Consigue estar sentada muchas horas seguidas, preferentemente en horario de tarde y noche pues las distracciones son menos frecuentes: timbre del portero, visitas, notificaciones, requerimientos del entorno; hasta cronometra los intervalos entre cada pausa que necesita para estiramientos corporales, una paseo hasta el baño o beber agua que mantiene fresca con un botijo talismán de los de antes. Con ese criterio tenaz, escribe sobre la escritura —la manera gráfica del habla—, orígenes, evolución, sistemas, finalidad, patologías, estado actual de la cuestión.

Varios meses después hará las últimas correcciones al libro. No tiene claro si reír o llorar, o hacer ambas cosas y liberar de golpe el nudo emotivo del alivio, la satisfacción de conseguir un logro en un plazo sensato, y por tantas renunciaciones y esfuerzos sostenidos. La versión optimista y triunfal de Alma irá diluyéndose en las próximas semanas, conforme acumula

rechazos y negativas en el mercado editorial. Está enojada por la escasa o nula atención dispensada y por la posibilidad que le propusieron de pagar con su dinero la publicación del libro.

Por una convicción personal cree que la sociedad necesita más acceso informal a la ciencia y menos literatura fantástica, cosmología en vez de astrología, documentales divulgativos en lugar de series delirantes, educación universal mejor que asignaturas esotéricas. Considerando el tema de otro modo, quiere un retorno lucrativo del capital invertido: su tiempo, su trabajo y un préstamo sin interés que recibió de un familiar.

En parte por contribuir de algún modo a mejorar la civilización, además de la motivación materialista, continúa cavilando. “En todos lados cuecen habas”, se dijo, decidida a costear con sus propios caudales una edición barata de imprenta. Encargó una tirada reducida, que no incluye corrector de estilo, diseño de portada ni otras características como la calidad suprema en los materiales. “Quien la sigue, la consigue”, pensó, observando un primer lote de ejemplares sobre la mesa.

Otro día salió a recorrer la ruta trazada en un callejero que une todos los kioscos y las librerías y puntos de venta más próximos a su domicilio. Arrastra una enorme maleta con sus pensamientos académicos impresos, resoplando, pero conserva la voluntad necesaria para pedirle al encargado del establecimiento que por favor tenga a bien distribuir esta primicia entre la clientela. Piénselo, divulgar el saber científico es una labor social positiva y también un acto de altruismo.

Niceta durante la visita se sorprendió de ver tantas hojas manuscritas, sueltas o unidas con grapas, dispuestas por todas partes en la habitación. Tiene de repente una duda relacionada con páginas y libros, pregunta a su anfitriona cuántas palabras necesita un libro para explicar las cosas.

Alma, siempre con un talante humilde y profesoral, respondió con precisión, aunque la consultante, especialmente suspicaz por estar a punto de bajarle la regla, encontró un tono pedante en la respuesta: “Tantas como permitan cincuenta páginas, si tiene menos la Unesco lo denomina folleto”.

A continuación delimitaron el propósito de la visita. Conviene que vayamos todas a despedir a mi hermana, dijo Elisenda. Alma intenta declinar el ofrecimiento, replicó que la agenda me lo impide, tengo mucha faena atrasada. Necesitaron insistir más, rogar, reprochar, por turnos o todas a la vez; con una petición que también obtuvo anuencia de la madre, sí, hijas, que tome el aire, lleva semanas sin pisar la acera. A fin de cuentas apenas será una hora.

Con un trabajo en equipo consiguen vencer los reparos de Alma y la fraternidad sale a la intemperie, unidas por un cendal no visible de experiencias compartidas y previsiones de futuro. Débora sin darse cuenta las obligó a caminar deprisa, la anchura de las aceras obligó a que progresaran en formación de a dos, una algazara a cuyo paso los transeúntes vuelven la cabeza extrañados de ver tanta mujer junta por el barrio. Las trenzas vikingas y el cutis moteado de Niceta, la voz

aguardentosa de Griselda, Lucinda y su hálito, Antonina, la rubia platino que protege la retaguardia de la hermandad.

En la terminal toman posesión del andén. Hacen ruido, bromean, ríen, suscitan simpatía, una amiga da instrucciones, el ramillete se estructura alrededor de un centro imaginario, obedece a las gesticulaciones de la fotógrafa, poneos juntas, inclínate un poco, tú aparta la cabeza, esperadme que llamo a un voluntario, hacen poses, esbozan ademanes, muecas, sacan la lengua con desenfado.

Justo entonces pasaba por la estación después de cumplir mi jornada fregando platos en el restaurante, y oigo como que intentan decirme algo a gritos, entre interjecciones, me pidieron el favor de sacarles una fotografía. Todas apretadas unas contra otras para salir enteras en el encuadre de la lente. La vidente, la filóloga y la letrada detrás, la bailarina y la literata posan a los lados, el resto se arremolinó en torno a la protagonista. Una instantánea nítida que la misma cámara revela en el acto, sobre una lámina cuché de tamaño cuartilla.

Fue la segunda vez que el club se reunió al completo. Hubo una tercera ocasión durante una celebración de trasfondo religioso, intercambiaron regalos personalizados por el amigo invisible, aunque nadie adivinó la preferencia de Dulce, que esperaba una guitarra española y recibió en su lugar un autómatas jugador de ajedrez, que había sido programado con el vicio de ganar a los campeones, y fue construido para sorprender a una emperatriz bizantina que reinó con el título masculino de emperador.

Marietta durante el viaje estrena una primera libertad de hacer o deshacer sin permiso de nadie, voluntad decisoria, autonomía personal, albedrío; gobierna su destino junto al azar y la fatalidad, aunque no ha sopesado todas las posibilidades vinculadas a la emancipación.

Por la tarde había advertido a Lucrecia: “Yo me marchó”. La expresión grave y dura y su mirada desafiante corroboran la propiedad irrevocable de su determinación. La madre contestó: “Si sales por esa puerta mejor no vuelvas, estás a tiempo de rectificar”. La muchacha todavía con la tobera expulsando los tóxicos del resentimiento le espetó: “Sí todavía puedo hacerlo, pero tú te pudrirás sin saber qué es la felicidad junto a ese tiparraco”.

Nada más terminar llegó una palma abierta que le golpea la mejilla, añadiendo al olor a guiso otro fuerte de ropa mojada y lejía. El castigo no le dolió tanto como ver a su madre enterrada en vida, mortificada por el sudario de una dignidad ridícula y un sentimentalismo anticuado. Una mujer cosificada por la dominación de un militar retirado, que llegó a romperle el espinazo con un mal golpe para añadir otra prueba irrefutable, el mismo hombre que tiene accesos atrabiliarios y somete a la familia a un rigor sacado de contexto.

Aún resuena en su imaginación el aleteo desesperado de dos palomas mensajeras, el chasquido de vértebras rotas entre las manos de Arsenio que les había retorcido el cuello, luego ordenó a Lucrecia: “Lucre, échalas al estofado”, sin disimular

la sorna triunfalista. Fue la gota de hiel definitiva que colma el límite benedictino de la paciencia. El instinto de aquellas aves había permitido amaestrarlas como carteros alados, e intercambiar mensajes con un pueblo cercano. El destinatario se llamaba Teobaldo Uve, a quien conoció durante unas fiestas populares donde soltaban toros por las calles y la gente iba por delante a la carrera.

Dulce había resbalado desde una valla hecha con tablones mientras se aproximaba la torada tras los cabestros, un mozo la levantó en volandas con una fuerza impropia de un hombre corriente, para sentarla sobre una tarima, luego dijo: “Ten cuidado, por aquí los toros cornean a muerte”.

Un día posterior, en un tiempo medido por cataclismos y júbilos, por tormentas minerales y oropeles, cuando su improvisado redentor estaba muerto y todo lo demás resulta absurdo, atinó con la respuesta: “Peores son las cornadas del amor”.

Al anochecer bailaron canciones lentas en la verbena, bajo guirnaldas de flores y farolillos mecidos por una brisa que mezcla y confunde los olores, sándalo, colonia, sudor, vaharadas marinas, el aroma carnoso de los puestos ambulantes con parrillas donde asan embutidos y sardinas.

Entre el bullicio de la fiesta, la última balada había dejado de oírse hace media hora, sustituida por el ritmo comercial y pegadizo más acorde a un ambiente popular. Pese al contraste, la pareja continúa su baile ensimismado, sincronizados por la

cadencia de amantes primerizos, se susurran confidencias que nadie escuchó, cedieron a la vehemencia del enamoramiento con un primer beso, como un castillo de naipes desbaratado hacia una pasión que tendrá consecuencias trágicas.

Los novios idearon la mensajería rápida con unas aves adiestradas, toda vez que vivían en provincias limítrofes y necesitaban conjurar la distancia geográfica y las ausencias mutuas; enlazados por un andarivel de promesas y celajes con la aparición de las alcahuetas prodigiosas, durante un romance a distancia que no les dejaba conciliar el sueño ni centrarse en el potaje del almuerzo.

Durante aquel ir y venir de palomas con el breviario de su desvelo, Teobaldo había preguntado si aceptaba ser su novia formal y luego su esposa. Quedó en suspenso a la espera de respuesta, deseando ponerse un pañuelo rojo anudado al cuello y casarse mañana mismo o mejor dicho en cuanto lo permita el párroco. No llegará a saber que el suboficial había matado a las recaderas y en consecuencia las cruces celestiales de alas batientes jamás traerán una respuesta. Aguardó mirando el horizonte hasta mucho después de medianoche, interpretó la ausencia de mensajes como un rechazo, una negativa, un desaire, luego llevado por un arrebató pasional, se guadañó la yugular y murió desangrado.

Con la madrugada la luz granulosa entró al establo como una novicia asustada, removiendo lentamente la oscuridad sobre los fardos de heno y las vacas. Su madre le encontró tumbado boca

arriba sobre un jergón, con palidez cadavérica y la mirada vacía, escarchado por el relente y la mano cerrada alrededor de una nota autógrafa: “No olvides a quien tanto te ama”.

La pretendida al conocer la tragedia se mantuvo seria y callada, sin mostrar indicios del duelo que se estaba gestando en su interior. A continuación se encerró en su cuarto durante tres días y tres noches, para llorar sin consuelo por Teobaldo Uve, por ella misma, por tanta mala hora en una existencia que no había elegido. Tampoco se conforma con el amor malogrado, no acepta el estereotipo del tren que pasa sin detenerse, la humareda del recuerdo, el tremolar del pañuelo asomado por una ventana corrediza que esparce o imparte saludos de lástima para abandonarla con un rimero de epístolas furtivas, dos plumas de palomo y un regusto salobre en el paladar.

XIII

Un autocar la transportó por caminos rurales cubiertos de una pátina húmeda llena de plantas criptógamas o de verdín vulgar, y empedrado a sus flancos por minúsculas conchas de nautilo y de diminutos caracoles marinos fosilizados. Llegó a una aldea de pueblo, no esa tan conocida y global de la que tanto habla Elisenda. En realidad el conglomerado de aldeas que da unidad al pueblo está en vías de extinción, cada vez nacen menos oriundos, la gente sana y fuerte y joven tiende a emigrar a las capitales de provincia. Aquí somos cuatro gatos, asegura su tía.

Marietta encontró un lugar estancado en una época remota, caseríos de piedra brava y argamasa, establos con hedentina animal, olor a hoguera, leña quemada, cieno, cítricos, castañas asadas, olores silvestres, calabobos. Un tractor como evidencia del progreso, y los redondeles metálicos de frontal concavo de las antenas parabólicas entre chimeneas que expelen bocanadas o columnas de humo lácteo.

Llegó durante la temporada de cosecha, todas las aldeas andaban recolectando hortalizas y uva, así que tras la víspera aceptó acompañarles a la vendimia. Primero tomó posesión de su dormitorio, uno espacioso, bien aireado y lleno de antiguallas del siglo de Maricastaña. En la cocina abrió el fanal de sus ilusiones rotas, desclavó sobre el regazo de Dorotea todos los rehiletes, por así decir, de la humillación diaria, el talante sumiso y resignado de la mama, las tácticas casamenteras de

Elisenda, las doce amigas, el galanteo de las notas crepusculares arrolladas sobre las patas de unas palomas amaestradas. Rememoró a un novio incierto del que ahora no sabe si existió en verdad o quizás fue uno que leía prosa, que terminó saltando al otro lado del libro, y desde entonces no halla ninguna salida, fijo en una acuarela de contraportada: pañuelo escarlata anudado al cuello, camisa de lino crudo sin cuello vuelto y cierre frontal con cuatro botones, ojos de aguamarina, rostro solar, sonrisa pertinente, la inminencia de la aventura estimulada por su sola presencia del género masculino y cortés. Teobaldo Uve, muera en paz pero deje mi vida continuar.

Marietta se levanta temprano y cumple sus jornadas de sol a sol llenando cuévanos. Pronto acabara con agujetas y desriñonada. La primera noche, tiritando por las calenturas, sintió que formaba parte de una comunidad, una aldea, una nación, un todo anónimo e indeterminado que siembra, cosecha, pesca, edifica, administra, repara, transporta, parlamenta, diagnostica, asesora, protege, vigila, dispara, enseña, limpia, cuida, estampa sellos entintados tras la ventanilla corporativa, construye infraestructuras colosales, codifica programas informáticos que recursivamente escriben código fuente resolutivo, la savia de la servidumbre en las casas endomingadas, el humor de la ciencia en las pipetas y los morteros, la impresión a demanda. En conjunto producen la riqueza volátil de un país, por

extracción, procesado, mediación o lo que sea su actividad sobre las cosas, las circunstancias, la materia y la energía.

No importa demasiado, según Delia las leyes son el aglutinante de la civilización, tienen una ordenación jerárquica, cuya cúspide posee rango constitucional, ergo, solo puede cuestionarla un tratado internacional suscrito. En este contexto el poder se articula en normas homogéneas, que diferencian claramente entre derechos y obligaciones, con su correspondiente efecto sobre la voluntad, expansivo o restrictivo. Delia está seria, quizá solo sea un mal día, lo tiene cualquiera, quizá la disertación le permite desfogar su humor tenso. Entiende el supuesto problema e intenta aclararlo a las circunstancias.

En pocas palabras, nadie le explica cómo se puede sustanciar un derecho y una obligación en un solo acto al que se tiene derecho a hacer o abstenerse de hacer y se está obligado a hacer. No concreta o da un ejemplo de lo que quiere decir, por ende, termina su queja, un derecho tiene aparejado el derecho a no ejercerlo, y esta abstención colisiona con el deber de acción estipulado sobre la cosa a que se refiera el artículo. Niceta resumió la paradoja: “Hecha la ley, hecha la trampa”.

Elisenda había estado atenta al modo sintético de razonar con que Delia expresaba sus quejas e ideas. Por consecuente, no tiene claro cómo el trabajo se polariza en derecho y obligación, y cómo se puede ejercer un derecho y cumplir un deber mediante un acto único e indivisible.

Secundina participó en la charla, piensa en el trabajador por cuenta ajena, invierte muchas horas bajo el dominio jurídico de una voluntad externa y con una autonomía personal restringida. El progreso industrial supo refinar y asalarar la esclavitud a jornada completa. Por tal consideración o cualesquier otras similares, las leyes superiores deberían corroborar los valores universales, libertad, igualdad, etcétera; toda vez que los deberes y las obligaciones suelen detallarse con un registro pormenorizado en leyes, decretos, leyes, decretos, leyes orgánicas, estatutos, normativa, códigos, órdenes, directivas, reglamentos, convenios, contratos, edictos, protocolos, actas, deontología, bandos, tratados, acuerdos, doctrina, jurisprudencia, mandamientos, políticas.

Una ley diferenciada por ocho niveles de jurisdicción y cincuenta ramas de especialización, cuyos tecnicismos y enmarañamiento motiva un duelo desigual entre la élite minoritaria y el pueblo grueso o los figurantes en el teatro de la vida civilizada.

La tía Dorotea era grande, sólida, con andares mansos. Lleva el pelo recogido en la nuca con un rodete grisáceo; sobre el luto estricto de sus vestidos resalta una cadena de oro, con dos medallas cristianas que tintinean al moverse. Por dentro se le habían endurecido los rencores atrasados, formando una costra defensiva que la incapacita para el llanto.

Muchos años antes un alzamiento militar urdido por dos generales descontentos prendió la mecha desde un regimiento

de legionarios, propaga la chispa que inflamó la yesca de otros cuarteles nacionales; esperaban dinamitar los cimientos del régimen republicano con un efecto rápido, pero se encontraron con un pabilo humeante en la mano y las mazorcas explosivas sin detonar. El alzamiento inició una guerra civil histórica que dividió a la patria en dos, enrarecida por una revolución popular dentro de la zona republicana y un turbión de asesinatos, destrucciones y saqueos contra cualquiera que fuese rico, poeta, sospechoso, conservador o clérigo.

El terror miliciano llegó un amanecer, mezclando socialistas, comunistas, republicanos y anarquistas en un camión para transportar ganado. Sacaron de su vivienda a rastras al padre de Dorotea, confundido con un alcalde pedáneo de ideales reaccionarios, junto a tres vecinos que eran acaudalados o falangistas. Entretanto, otros de la milicia popular quemaban la pequeña iglesia, cuyo párroco había emigrado horas antes en un carromato. Llevaron a los prisioneros frente a una tapia, con unas tarjetas granates sujetas con imperdibles a la altura del corazón y los fusilaron al grito de muerte a los fascistas.

Solo tras marcharse la turbamulta, los familiares empezaron a llegar lamentándose a gritos, para envolver en una sábana el cadáver y llevarlo a pulso entre cuatro o cinco portadores, como un fardo calado por la sangre.

La tía Dorotea había visto como su madre embarazada no conseguía ayuda de nadie, así que tuvo que arrastrar sola el cadáver del marido en una carretilla, de las que utilizan para

transportar estiércol, por un camino bordeado de plantaciones y calabazas gigantes, mientras los vecinos desconfiados cerraban puertas y ventanas al paso de una viuda que murmuraba: “Mal nacidos, nos abandonáis como a perros”.

Al acabar la guerra las lugareñas con un cesto sobre la cabeza, acudían a cambiar pescado seco por alubias, verdura o arroz en las aldeas limítrofes. Por la carestía de alimentos, consumen algarrobas dejadas en vinagre para espantarles los gorgojos. La desesperación del hambre y los retortijones empuja a muchos a comer cualquier cosa, el pienso con larvas que guardan en los establos vacíos. Pronto se diseminó la enfermedad de la miseria, un tráfico continuo de carros y carretas recalaba en los portales de los dispensarios para apeaar su carga de tísicos, desnutridos, moribundos con disentería.

En los tiempos del hastío, la autocracia había repartido cartillas de racionamiento entre la población civil, concediéndole una vitualla de alimentos básicos que era imposible racionar hasta el mes siguiente. Aunque durante la noche las patrullas secretas y paramilitares requisaban sacos de arroz, garrafas de aceite, todo cuanto excediera la ración estipulada en las papeletas, que Dorotea veía agitarse como follaje entre una hilera de esperanzas famélicas mientras guarda turno delante del negociado de abastos.

Con la dieta descompensada y el orgullo escaldado, los compatriotas agudizaron el ingenio para buscarse la vida. Una salida fue el estraperlo de tocino y de harina. El contrabando

recorren rutas escarpadas a través de la sierra, ayudado por los venteros y los montañeses; viaja tirando del ronzal de sus jamelgos para burlar a los centinelas fronterizos, a quienes sobornan, o con más frecuencia les rehuyen a la carrera entre algún silbido ocasional de proyectiles disparados.

Mucho después, el país comenzó a levantar cabeza con las cosechas de fruta, legumbres y hortalizas, los potajes a la leña, y el carboneo. Las costas playeras de una patria grande y libre recibió una marea de turistas, atraídos por el clima benigno, la gastronomía española y la relación calidad y precio.

Como una bendita invasión bíblica arrasaba la oferta disponible. En contraprestación llenó con papel moneda las cajas registradoras y depósitos bancarios. Llegó un embajador plenipotenciario para tender la mano al general caudillo, entre el jolgorio de las castañuelas y las guitarras y el taconeo de las bailaoras durante la recepción oficial.

La tía Dorotea saltaba de un tema a otro a impulsos de la nostalgia. Aún me acuerdo cuando tu tío Avelino desembaló una caja grande, cortó el cordel de esparto con una navaja y sin poder esperar abrió el paquete arrancando pedazos del cartón. Vimos un armatoste que era como otra caja, la colocó sobre un anaquel del mueble bar, después de embarullarse con los cables y estar a punto de volcar el artilugio accidentalmente mientras reniega de no sé cuáles mercachifles extranjeros. No entiendo cómo pero encontró el botón y accionó un interruptor e hizo sonar un eructo desde las vísceras de la máquina —por el

chorro de electrones a través del tubo catódico—, y unas imágenes en movimiento se iluminaron en el frontal del televisor. Apenas entonces el tío Avelino, con un expresión triunfante exclamó: “Ya somos europeos”.

Avelino era un caporal enjuto y nervioso que no podía estar muchas horas entre cuatro paredes, por lo que algunas noches pernocta al raso sobre el suelo y amanece acribillado por las picaduras de los mosquitos. La última vez que durmió fuera del lecho conyugal junto a la corraliza de las ocas, entreabrió los ojos para vislumbrar entre la bruma de la somnolencia un ascua diminuta destrizarse contra el infinito y pensó: “Mañana llueve”. Durante el desayuno rebana una hogaza caliente y trocea los chorizos, miró sobre el hule la cadena con el colgante que había llevado desde la primera comunión como amuleto, después fijó la mirada en las nalgas ajamonadas de Dorotea y dijo: “Tengo oro escondido bajo el comedero de los pavos”, pero aquella revelación apenas alteró el movimiento de caderas diligente de la mujer con las rodillas apoyadas contra un suelo a medio fregar. Contestó: “Tú sabrás qué hacer”.

Avelino salió temprano a ganarse un jornal en la alquería de un terrateniente, suele cruzar una dehesa con vacas tristes que añoran una vida anterior como reinas de la belleza. Había partido sin su talismán amarillo, para no regresar jamás ni dejar pistas sobre su paradero. Las malas lenguas cotorrearon que estaba fugado con una pendona, otras más medrosas aseguran haber visto a la Doncella Barbuda portando a un hombre que

parecía Avelino, las menos imaginativas proponen que se perdió en el enrevesado de túneles y galerías de la antigua mina de oro y lapislázuli. Entre tantas versiones ninguna prevaleció ni fue aceptada por las autoridades para esclarecer la ausencia del tío Avelino. La búsqueda con perros y patrullas se suspendió, su expediente policial quedó revuelto entre otros muchos etiquetados con una pegatina de letras carmesí que los clasifica como desaparición inquietante; apilado bajo el caso de Asunción Gracia, una adolescente con trastornos melancólicos, recluida en una clínica de reposo donde evoluciona con un tratamiento intensivo. Una madrugada, según la versión del centro, escapa de la habitación, atontada por los fármacos sedativos, descalza y desnuda bajo su camión hospitalario, elude la vigilancia de los conserjes, escala un muro y completa su fuga saltando fuera del recinto. Desde entonces permanece en un lugar inaccesible a la imaginación, a los perros rastreadores y al péndulo mágico que los videntes colocaron sobre un mapa.

El comisario quiere infundir ánimos a Dorotea. Veamos, quizá tuvo un ramalazo y se marchó por ahí a gastarse los cuartos, la denunciante niega con la cabeza. Mire seguro que volverá a casa, tenemos casos que parecen inventados para el cine. El comisario empieza a sacar expedientes de entre los mamotretos que tiene apilados sobre la mesa.

Sevilla: Joel, trece años, montado en su bicicleta pedalea para reunirse con un amigo, pero nunca llegó. Durante la

investigación abierta apareció un enigma dentro del misterio, el padre de Joel desaparece sin dejar pistas. Somosierra: un niño se desintegra en un limbo de conjeturas, tras un accidente que mató a sus padres. Palencia: Inés y Virginia, Virginia e Inés, cenicientas sin tiempo para seguir la diversión en una discoteca, por el camino de regreso les ocurrió algo terrible, desaparecen para siempre. Señora, no es la primera vez que alguien se desorienta hasta perderse, concluye el comisario, tenga fe, tarde o temprano tendrá a su marido, ahora procure descansar o enfermará.

Desde entonces repite la costumbre de asomarse al portal cada tarde mientras se alisa el pelo con las manos y se centra el delantal, a la hora incierta en que los recuerdos se hacen tangibles y retornan del limbo. Alza la vista intentando reconocer una silueta espigada surgir de entre el dorondón del pasado. Tras unos instantes mira a su hijo y con un gesto de resignación confirma: “Tampoco hoy volverá”.

En las veladas del balcón con Elisenda, mencionan a Romualdo con el apelativo genérico del parentesco, primo, el primo, sin posibilidad de confusión pues no conocen otro en ninguna rama de su linaje. Había sido un niño callado y pensativo que siempre estaba apartado del grupo y jugaba con seres imaginarios. Al frisar los nueve años se acercó a su madre y con una expresión fruncida y una gravedad impropia planteó un interrogante meditado: ¿Dónde está mi padre? Dorotea entristecida bajo el luto vitalicio contestó: “Quizás venga a cenar”.

El niño activado por los cilios de la curiosidad prosiguió indagando: Pero ¿dónde está? Era como si hubiera leído el pensamiento a una madre que se mortifica repitiéndose la pregunta una y otra vez, gira la manija de un organillo que siempre desgrana una tabarra de pistas desafinadas y conjeturas chirriantes. Vencida pero discreta improvisó una excusa: “Está haciendo un viaje muy largo”. Romualdo permaneció serio, sin hablar, rumiando su incertidumbre, convencido de que cualquier viaje, por largo que sea, no puede durar eternamente.

El primo había crecido bajo las influencias femeninas de su abuela, sus primas, la madre, la tía Lucrecia, y una aya buena que lo mimó casi con devoción y estuvo bañándolo como a un pebete hasta la pubertad, de modo que había adquirido cierta afectación afeminada en los modales.

La tarde que soplaba dieciocho velas clavadas sobre una tarta de galletas y flan, celebrando su cumpleaños, durante un flash imaginativo apreció la espectacularidad que exhibirá al mundo si introduce algunos cambios en su imagen. Por subsecuente se dejó crecer un fino bigote de galán cinematográfico, con el que enfatiza su rol de seductor, se engominó el pelo y empezó a vestir blusas estampadas de solapas espumosas y bocamangas con fleco, más unos pantalones ceñidos y unos zapatos con punteras alargadas y curvas como la proa de una góndola: el vestuario que imaginó conveniente para un poeta cantor.

En el pueblo flirtea con todo lo que lleve faldas, enamoradizo e incompatible con las cuestiones prácticas. Compró una cítara

por correo y entonaba serenatas a cuanta muchacha estuviera en edad de merecer, siempre idealista y como traspasado por una daga lírica no visible. Improvisa sonatinas y cantinelas que desgrana al viento bajo el ajimez para la hija del pregonero, para la hija del charcutero, para todas las hijas de buen ver por cuya delicadeza había empezado a enamoriscarse un día antes. Aterrizo con un clavel sobre la oreja, su camisa de bolero con chorreras y floripondios y su instrumento poético que no llegó a dominar por completo. Maúlla: ¡Oh beldad! vivo muriendo por vos, dulce aflicción, triste alegría, envidioso del vuelo de la alondra... Pero en ocasiones sus trovas tienen un desenlace abrupto, pues el padre de la idolatrada perturbado en su descanso sale a la ventana: “Como baje te piso el pescuezo, gandul”.

Antes de acabar la temporada cayó enfermo, postrado en cama con calenturas que le hacen delirar y asir con fuerza la mano de su prima. Un médico domiciliario llegó para auscultarle, medir su temperatura y evaluar el címbalo de su garganta, finalizó la visita prescribiéndole un paliativo a base de aspirinas. Aunque Dulce, pensando en la afección producida por los noviazgos rotos, inquirió: ¿Es mal de amores? Tuvo que poner los pies en la tierra y recuperar la sensatez realista, contuvo la risa cuando oyó el dictamen: “Es un catarro común”.

Asume que la vida de todos los días carece de idealidad romántica, no verá muchos trovadores trastornados por un romance imposible. El arte considerado como una propuesta de

belleza y verdad no depende de sus rasgos concretos tanto como del ojo sensible que lo aprecie. Desestimó una insuficiencia mental en su estrafalario Romualdo, también reforzó su vena artística y no renunciará a su vocación de pintora famosa, dilucida en consecuencia una opción mejor que laborar en la huerta. El destino será torpe, pero no tanto, concluyó.

Romualdo no ha conocido el mar y supo convencerla con una presión silenciosa e inmaterial hasta obtener un juramento a mano alzada que la compromete a gestionar los trámites para incinerar su cuerpo insepulto y después debe arrojar sus cenizas al mar, que así sea pesado.

Años después, una jauría de perros salvajes despedaza al coplero en mitad de una actuación y entra en vigor el testamento de últimas voluntades. Los agentes funerarios extraen la camilla deslizante del horno crematorio, comprueban entonces que el cadáver está pulverizado en un médano granuloso, pero el corazón agrisado continúa íntegro. La señora conserva aquel órgano en un recipiente hermético lleno de formol, más adelante uno de sus biógrafos le atribuye propiedades sobrenaturales relacionadas con la longevidad.

En lo alto de un acantilado mientras implementa su promesa funeraria, recordó una conversación con Romualdo, quería saber a qué huele el mar.

—Buena pregunta... como a pescado crudo guarnecido con sal gorda y arena mojada y algas. Por la noche huele un poco a metal frío y animal en celo. Al mediodía se mezcla con los

olores artificiales liberados por los bañistas. Fragancias untuosas, dulzonas, afrutadas, a coco, aguacate, sandía. El intervalo vespertino está impregnado de esencias simples, huele a marisco, madera mojada y vegetales machacados, por decir algo que entiendas.

Durante los días de asedio postulante recibió correo de una compañera del colegio comunicándole su próximo destino en una universidad americana, donde continuará su formación científica. Está invitada al viaje, con un billete pagado de ida y vuelta. Conocerás la meca del arte —añade—, allí los cuadros se venden a granel mediante máquinas expendedoras como los refrescos en lata.

Dulce reflexiona sobre las dificultades e impedimentos, el manejo del idioma foráneo sigue siendo una asignatura pendiente. Antaño el plan de estudios exigía el francés como lengua extranjera, luego al finalizar su etapa escolar no ha necesitado manejarse entre anglosajones. Así que empezó un aprendizaje rápido con lecciones autodidactas: “*Hello, my name is Dulce*”, inicia los ejercicios para solventar situaciones cotidianas. Tiene enfrente a su primo que la mira perplejo, ataviado con un aguamanil a modo de morrión, un saco de patatas para dar presteza a la capa y una escoba como espingarda, nombrado alguacil traductor en el Condado de la Florida.

La causante de aquel repentino interés por la expresión bilingüe había sido Eunice, la amiga invernal que retorna con la nieve

precoz de agosto, llevando un muestrario informal y cambiante con su idea del progreso, trae tecnología no probada en la dimensión real, prototipos mecánicos, tendencias en farmacopea milagrosa y sustancias inverosímiles, artilugios electrónicos e invenciones de ciencia ficción no incorporados a la producción en serie, también recetas de cocina.

Eunice enseña unos garbanzos recubiertos por una película de polen blanquecino, un laboratorio hindú quiere patentarlo si consigue abaratar costes. El producto suprime la exigencia de dormir tantas horas no productivas, la fórmula evita las consecuencias perniciosas del insomnio y de la química estimulante. Mi pregunta es: ¿Doble o nada a que llevó semanas sin acostarme?

Está convencida de que la imposición del sueño fisiológico ha sido un fallo evolutivo de las especies, en términos cuantitativos supone un tercio más o menos del tiempo total disponible para vivir. Eunice pondera las ventajas prácticas de no tener que dormir, verbigracia, la lista de asuntos pendientes será una pesadilla del pasado.

Un año ulterior la tecnóloga llevó los comprimidos que permiten soñar a voluntad con cualquier temática deseada. Por tal propiedad un éxodo de noctámbulos elude su frustración diurna, el tedio de la ordinariez o el desempleo crónico, ingiriendo el medicamento onírico.

En particular está dirigido a quien desea el protagonismo, una existencia plena y con significado, gobernar un mundo feliz de

fantasía, departir con princesas y genios, agarrarse a la falda del primer cometa que pase y cruzar el cosmos, experimentar verbos de acción y aventura, tener poderes hiperbólicos. Empero más adelante se descubre que el consumo diario de esta sustancia medicamentosa acarrea un efecto nocivo.

Los durmientes, hombre o mujer, pierden el control de su privacidad, quedan expuestos a la manipulación inconsciente, no saben qué, quién, cuándo, cómo ni porqué, ni siquiera Eunice entiende por completo los métodos de control y dominación implantados por la droga en el cerebro, aunque lo cierto es que día a día induce un registro minucioso del realismo vivido, rastrea, registra y acumula datos obligatorios, exhaustivos y persistentes, a semejanza de un régimen disciplinario. En consecuencia, durante la puesta en escena de la ambientación ilusiva, el soñador, la soñadora, quienes despiertan mientras duermen están condenados a perpetuar la servidumbre, a evadirse hacia una segunda existencia peor que la vida originaria de la que reniegan.

Por la toxicidad a que se refiere Eunice, el cerebro tiende a reproducir por su orden y con exactitud cada uno de los momentos experimentados durante la vigilia, por subsecuente, padece dos veces la misma condición y avatares no deseados. En el peor supuesto, la persona que interviene en su película mental como figurante onírico evoluciona hasta caer a un bucle recursivo, pues dentro del contexto duplicado repetirá el último acto consciente que fue ingerir el antídoto contra la

mediocridad, a continuación revive todo lo anterior y como una marioneta dirigida por la voluntad ajena consume un comprimido, de modo que la lógica iterativa lo mantiene hundido en ensoñaciones cada vez más abstractas y profundas, si no recibe asistencia médica fallece por inanición o colapso nervioso.

Entre los chapurreos, las charlas con Romualdo, las jornadas agrícolas y las veladas junto a Dorotea, apenas tuvo tiempo para la pintura, dejó terminada una acuarela, un maizal abandonado con un espantajo en cuyo brazo tieso reposa un cuervo. Con unas pocas frases transliteradas del inglés y el impulso inconformista de todos los días, despidió a la tía y al primo. Te echaremos de menos. Sí, yo también, dijo Marietta con los ojos humedecidos por una emotividad saludable.

Emigró con su ambición de pintora célebre y sus expectativas grandiosas al paraíso de las oportunidades de las Américas, con el atril plegable, los cuadros que burlaron la censura escatológica y la maleta cuyas ruedas giratorias se traban a intervalos y parece que anda renqueando.

XIV

El trayecto en un buque enorme como una ciudad flotante tuvo tramos irregulares que ralentizaban el avance, hasta que una de las turbinas se partió, dejándoles varados en una noche sin firmamento, en mitad de un océano inquietante, por cuyo silencio escuchan el lamento sin paliativo de una mujer o una criatura o un demonio distante.

Dulce perdió a Eunice entre los pasajeros aglomerados en cubierta. Espera encontrarla de un momento a otro, y se queda apoyada en la baranda de estribor. Avista una línea de fósforo encendida y apagada en las alturas, formula un deseo emulando a Niceta cuando ve una estrella fugaz, aunque no tiene claro que se trate del mismo fenómeno celeste.

Un viajero desgarrado de piel aceitunada y gracejo andaluz comentó: “También se les funden los plomos”, señalando con el mentón al cielo. Exhibe una labia seseante y un repertorio de ocurrencias ingeniosas que siempre remata con una muletilla: “ya te digo”. A continuación se presentó haciendo una reverencia teatral, dijo ser el increíble y nunca bien pagado prestidigitador de las mil magias, capaz de domesticar el metal, extraer gansos de una chistera o aserrar el tronco de una sílfide para dar un tirón a la capa y desvelar dos ninfas idénticas, sobre las que espolvorea sales mágicas y tras una detonación de fanfarria exhibe a cuatro amebas en bañador. Así extiende la mitosis hasta saturar el escenario de ilusiones calcadas durante

los alumbramientos de humo del espectáculo, luego se dirige al patio con las brazos en cruz y anuncia: “Puedo llenar el mundo con estas beldades”.

El andaluz abandonó el apoyo del barandal, inclinando la cabeza ligeramente hacia el hombro, con la mirada fija en el mar de alquitrán donde había encallado un barco tan inmenso como un país en miniatura, con sus conflictos civiles, su monarquía, sus índices económicos deficitarios, su jerarquía ministerial y corruptelas. No necesitaron seis mandos, ocho consejeros, tres secretarías, dos contratadas externas y un plantel de administrativos para accionar el pistolete que catapultó una bengala cuyo resplandor iluminó un instante el panorama y al mago sin chistera.

Asegura que donde piensa llegar quien trabaja duro puede salir y sale del tajo, en mi tierra el trabajador trabaja para que ganen más dineros los ricos, ya te digo. Hablaba sin ánimo hostil ni resentimiento, pero convencido del lema que había visto grabado a buril contra un dintel soldado a la cerca enrejada, cuyos barrotes gruesos, ásperos y recalentados rozó uno a uno con los dedos mientras dejaba atrás la fachada de un cortijo: «*Homo homini lupus*». La oyente asintió sin considerar la traducción de aquel latinismo. Preguntó: “¿Tienes más trucos?”.

El ilusionista volvió a trincarse un trago alzando la botella de orujo que guarda en el bolsillo de su chaqueta. A continuación extrajo una cuchara sopera del bolsillo, la mostró al público

buscando aprobación notarial con el gesto de las cejas levantadas y los ojos muy abiertos, mientras atrae un arrebozar de pasajeros bajo los entoldados con gallardetes de colores. Desplegó su abracadabra teatral, salpica una propiedad intrigante sobre el utensilio, que expone sujeto por un extremo mientras el índice y el pulgar de su diestra frotan la intersección entre el mango y la parte cóncava, da a entender que ablanda el metal poco a poco y en consecuencia resulta trivial terminar doblando una cuchara de acero inoxidable; enseguida alienta a la concurrencia a que compruebe con sus manos la dureza del material doblegado. La espectadora aplaudió blandamente, con un guiño crédulo y el ánimo festivo y desenfadado.

El hombre quedó a la deriva en la cubierta, hasta mucho después de que la gente se retirase a los camarotes y la muchacha del vestido amarillo riendo divertida con sus chistes, de repente dijera: ¡Dios, que me meo! Como despedida un ademán con la mano en alto.

El andaluz creyó que era una manera coloquial de hablar, pero la exhalación que bajó las escaleras, recorrió un pasillo angosto y tomó por asalto el camarote casi se muere de vergüenza cuando verifica los regueros deslizantes sobre sus muslos y la braga mojada por la limonada tibia de su propio orín.

Por entonces el buque había reanudado la navegación tras el mugido del silbato que rodó por la oscuridad hasta perderse en la lejanía. El andaluz apuró el orujo e intenta ver mejor el mascarón de proa, asomando medio cuerpo hasta que perdió el

equilibrio y se precipitó hacia una zambullida impactante. Chapalea, bracea hacia la nave en movimiento, confundido por una sobriedad abrupta y la sensación térmica gélida y el sabor del agua gruesa que se cuela por su boca, a duras penas logra salir a flote, pierde la referencia de los puntos cardinales, sucumbe al pánico y la desesperación y el cansancio; hastiado del patético quiero y no puedo, siente escozor en los ojos, intuye que no volverá a pisar tierra firme.

Una ondulación sepultó su cabeza bajo la línea de flotación, la primera bocanada de oxígeno licuado anegó sus pulmones, desfallece, convulsiona y expira y se hunde en un elíseo de silencio. Un enjambre de arenques espantados cambia de rumbo al unísono, el muerto desciende por entre conglomerados de medusas y resbala sobre un galeón con la arboladura recubierta de caracoles, rozó una pilastra de bolas de munición cuyo volumen no corresponde al calibre de los cañones expuestos, saluda a un oficial insurgente atado con maromas a la quilla y a un marinero ahorcado por sedición en una verga; casi se enreda con un pendón hecho jirones que había señoreado la *Felicísima Armada*, pero continúa hundiéndose como un ancla, frente al estupor de los calamares y la aprensión de una familia de gambas, levita por sobre un campo de mejillones y entre columnas de burbujas, alcanza una cornisa profunda donde el cuerpo se balancea al borde del precipicio abisal fuera del alcance de los rayos solares, una oscuridad habitada por peces transparentes con un farolillo de luz en el lomo que los orienta.

Merced a tal destino, el emigrante era entonces el ahogado más solitario del mundo.

Entre los mentideros del pasaje regular surgió el relato del andaluz errante, un espectro marítimo que aborda los barcos nocturnos con sigilo, extiende un rastro de pisadas acuosas hasta elegir una presa, luego la arrastra consigo hasta la fosa oceánica para tener un animal de compañía, pues no halla otro modo de aliviarse la pesadumbre.

La emigrante no encontró al mago espiritoso durante el desembarco. Eunice cogió su mano y tirando con un ronزال de ofertas fascinantes la condujo hasta el taxi, pronto con ánimo jocoso dice: No te preocupes, habrá venido a nado.

Cruzan una avenida flanqueada por rascacielos cuya azotea carece de oxígeno. Marietta contempla el puerto a través del retrovisor, cómo se empequeñece el transatlántico hasta convertirse en una miniatura de papel que transitará por los riachuelos de su memoria muchos lustros después.

En la gigantesca metrópoli unida por urbes que a su vez contienen ciudades, se sintió abrumada tras entrar, preguntar y salir con viento lánguido de todas las galerías de arte, pinacotecas y tiendas de objetos ornamentales que había marcado con una equis en el callejero, agrupados por distancia geográfica. A última hora decidió extender un toalla y desplegar un tenderete de compra directa en el porche de la estación ferroviaria, pues lo importante son las ventas y darle salida a mis lienzos —pensó—, cerca del violinista clásico de las cinco

de la tarde cuyo talento tampoco atrae multitudes. Tras el último recital frente a las columnas horizontales de transeúntes como hormigas apuradas saludó a Marietta; durante la charla reveló su identidad y el verdadero motivo de sus conciertos solistas a cielo abierto. Era *Joshua Bell*, un virtuoso endiosado por la crítica, proclive a suscitar aplausos de horas. Participa en un experimento sociológico diseñado por el periódico *The Washington Post*. A continuación le enseña la palma de la mano con varias monedas: “Ni para pipas, tú; pero podría comer de esto”. No queda claro si Dulce contestó: “Algo es algo” o quizás dijera que menos da una piedra. Dicha recaudación no encaja bien como tributo público al virtuosismo interpretativo, sino que corresponde a esa caridad indiferente asociada a los lugares de tránsito masivo.

Aquel experimento inspiró un razonamiento a manera de corolario o epílogo: “Si un genio consagrado pasa inadvertido, yo seré como un grafito sobre la acera”. Era una verdad no deseable pero arrolladora. Echando cuentas en la sección presupuestaria de una libreta que lleva siempre consigo, deduce la dificultad para cubrir los gastos esenciales sin un ingreso extra. En consecuencia muchas noches omite la cena o prepara un menú frugal basado en cantidades significativas de agua del grifo y una magdalena, alimentada entonces por la savia anímica con que el censo de artistas silenciados o no reconocidos irriga su creatividad.

En arte todo proyecto suscrito por una firma desconocida requiere darse a conocer mediante el respaldo de un premio fuerte o de un interés extraordinario anotado por la crítica solvente. Entretanto, la obra en su conjunto o una porción relevante termina en el fondo de un cajón o en el trastero, reducida al estrellato efímero de exponerse a las visitas de ocasión: “Mira pintaba pero no sé porqué lo dejé”.

Empero, la artista del hambre no se amedrentó por la adversidad ni pensó resignarse y volver derrotada al punto de origen. Prefiere examinar las ofertas de trabajo a su alcance, prensa, tabloneros de anuncios, pegatinas callejeras, preguntando aquí y allá. Empezó con buen pie: “Se necesita trebejo para partida viviente de ajedrez”. Transpone. Recibió un disfraz de gomaespuma y velcro para representar un peón, le enseñaron a moverse por las coordenadas del tablero, conforme a la nomenclatura publicada por el megáfono y consistente con la notación algebraica de uso unánime. La acompañan hasta su posición inicial, no logró hacerse entender por el coordinador, tiene calor, está incómoda, necesita distribuir el peso voluminoso del traje para no derribarse, además cree oportuno refrescar la terminología, verbigracia, comer al paso.

El juego ha comenzado. Distingue sobre un promontorio a *Magnus Carlsen*, aglutina la precocidad de *Kasparov*, el pulso invicto de *Capablanca*, el cambio de paradigma de *Fisher*, el puntaje nunca antes logrado por un ajedrecista contrapuesto a la ambición agresiva del aspirante a campeón. Durante el

desarrollo táctico y posicional de la partida, una celada la mueve como peón, la locución electrificada termina con una estridencia aguda que aporta estrés secundario y la empuja a derribarse contra un alfil. Cae boca arriba, bambolea el cuerpo intentando recuperar la posición erguida, aplastada como una morsa bajo el escrutinio generalizado. Aborrece mentar aquella coyuntura espermática.

Ha tenido más trabajos precarios. Asistió a una entrevista, la contrataron, por mercadotecnia responderá con monosílabos a un cuestionario mientras examina un producto: ¿Te gusta el colgante? Sigue la oscilación de una pequeña herradura prendida al collar, una platino por una cara y oro brillante en la parte opuesta, en ambos lados copia el lineamiento principal incrustando migas diminutas de cornalina como pespuntos. Dijo que sí conforme a lo estipulado, el contrato se extingue, firma los papeles del despido, aunque le conforta oír que un día de estos te llamaremos. Habrá que verlo.

Aparte de aguantar una etapa de penuria reversible, ha depurado su habilidad pictórica, acumula infinidad de bocetos y proyectos intentados sin efecto, guarda todo en cuadernos y hojas sueltas que amontona sobre cualquier superficie disponible del cuarto donde está alojada. Por su precio reserva la cartulina para implementar diseños ensayados, bodegones con claroscuros y presas de caza menor abatidas sobre un mesón rústico, bufones, locos y payasos de mueca sonriente contra el pretil del puente iluminado; pomelos oficiando una extraña

ceremonia druida, barcazas cargadas de ojivas nucleares dispuestas sobre un lecho de muérdago.

Con la despensa vacía y calambres en la barriga logró persuadir al dueño de la fonda para que comprara una de sus creaciones, donde pintó con siete colores una escuadrilla de jilgueros acosando a un águila en pleno vuelo. Aunque pagarás un precio simbólico, aseguró, cuando sea famosa valdrá una fortuna, ya te digo.

Siempre conservó intacta esa entereza que ahora llaman resiliencia, aunque adelgazó eso sí, subsiste abaratando precios, hace retratos por encargo, deja pendiente de pago una deuda acumulativa con la factura del alojamiento. Otra mañana recibió un telegrama, un tipo de comunicación que suele estar asociado a noticia importante, novedad trascendente, imprevistos, asunto grave, urgencia elativa; de cuya lectura deduce que la suerte impone una lógica imprevisible a la existencia.

El remitente se llamaba Beltrán Sampedro. Nieto directo del hombre que asumió una deuda de gratitud, refrendada por cada generación de la línea paterna desde los tiempos en que un antepasado de Marietta y el primer Beltrán eran compadres hermanados por un vínculo más férreo que la relación de parentesco sanguínea.

Aquella amistad debió comenzar una tarde en la escuela primaria, cuando Sempronio Sosa rescató a Beltrán Sampedro de una muchachada violenta que le acosaba por una discrepancia de opinión. Desde entonces jugaron juntos,

comparten recreo, escondrijos y caza de merlas. Sus viviendas estaban unidas por una pared medianera donde abrieron un atajo con autorización de sus mayores, para que ambas familias pasasen de una casa a otra como si en realidad fueran una sola.

En la edad adulta competían por la chica guapa mediante desafíos basados en la velocidad para tumbar a un burro mediante una llave de lucha marcial o con un puñetazo certero. Aunque prefirieron y tuvieron a mejor intercambiar o compartir las amigas de cama, aprovechando que la pretendida suele ver una sola atracción polarizada entre los dos hombres, sin plantearse reparo moral o escarbar sobre la causa profunda de su tolerancia.

Aficionados al jolgorio, el buen yantar y la entrepierna de mujer aseada, los compadres juntan los días con las noches para saciarse de manducatoria, vino de crianza, bebida fuerte y féminas amorosas. En la ciudad calcularon sobre un mapa la mejor ruta para jaraneros, trazada con tanto acierto que permite acortar distancias y evita rodeos innecesarios, cuando visitan merenderos, mesones, cabarés, locales de alterne y prostíbulos, donde queman mazos de billetes una vez al año.

En sus casas como medida precautoria inventan alguna historia verosímil para justificarse la tardanza, dejando medio convencidas a las esposas. Mira mujer, hay menos demanda que oferta, esperaremos a recibir la puja más generosa en la lonja, nada de sacar cuatro pesetas por las reses, dicen que por mucho madrugar no amanece antes.

Durante la parranda anual en la provincia no quedó mujer de vida licenciosa que no catasen por turnos como hermanos con sus juguetes en la confusión de las resacas étlicas, ni jugador científico de naipes al que no ganaran para hacer escala en el siguiente destino pautado.

En la aldea de cincuenta casas y trescientos parroquianos, Beltrán Sampedro había sido elegido alcalde pedáneo por una asamblea vecinal de ideas conservadoras. Demostró siempre buen juicio en la administración de los asuntos públicos, una simpatía benevolente hacia quienes concede audiencia en el acto, para enterarse de la problemática comunitaria y de los asuntos que generan conflicto, preocupación, quejas, peticiones, denuncias, una reclamación, una sugerencia, malestar o disputas, o que implican un gasto o suponen una amenaza.

Inició un programa bienal que no pudo culminar, durante el que construyó un abrevadero en el sitio estratégico para que los toros sementales regresaran del prado sin los belfos llenos de espuma seca por tanta sed acumulada. Encargó una gramola a unos comerciantes diligentes que traen encomiendas desde la capital, para animar el ambiente del baile de los sábados, toda vez que los más añosos terminan cabeceando sobre sus asientos de esparto a causa del repertorio invariable promocionado por el entretenedor ambulante que los visita con sus pliegos de cordel, sus pregones y chanzas y una bandurria sin templar.

Entre las mejoras, mandó sembrar plantas de badeas para que los zagales pudieran desfogarse el día memorable de la fiesta

patronal, con una batalla fingida pero inclemente, que consiste en lanzarse melones unos a otros y quien resista, gana.

Una madrugada sin presagios mientras se caldeaba la guerra civil con el estallido de una revolución popular, vieron aproximarse los camiones milicianos. El alcalde fue a casa de su compadre: “Vienen a por nosotros”. El camarada le tranquilizó: “Yo me encargo”, con la misma serenidad con que años atrás le había salvado de un linchamiento y en otra ocasión evitó que pereciera ahogado en un pozo subterráneo. Ordenó: “Tú métete aquí”, señalando un cajón secreto construido bajo un armario que al abrirlo exhaló una vaharada de tomillo y espliego. Pese a las previsiones, no pudo salvar su propia vida y fue la última vez que protegió a su compadre. Beltrán estuvo escondido, tiritando de hambre y curiosidad, bajo una mantelería guardada en el mueble clandestino. Al segundo día la viuda destapó el cubículo, levantó las telas y le dijo: “Ven, tenemos que ocuparnos de nuestros muertos”. Todavía aguardó unas horas más en la penumbra, porque llegó una patrulla de falangistas y hombres uniformados para desalojar y quemar alguno de los edificios chatos y encalados que rodeaban la plaza consistorial.

Un día radiaron el último parte de guerra, la caballería dejó de pisotear cosechas y aperos de labranza, los carros de combate pararon la demolición de fábricas, la infantería detuvo la clausura de molinos y talleres. La nación vacilante acaba de cerrar un trienio asolador e inaugura un nuevo periodo histórico. Obviamente, en el tiempo inmediato aún subsisten las miserias y

perturbaciones ocasionadas por la acción destructiva de la guerra. Apenas hay qué comer, era forzoso sobrevivir con lo que se tuviera a mano, Sampedro como tantos otros, recurrió al estraperlo, manejaba tabaco y chocolate, harina y arroz. Con los beneficios empezó a criar cerdos, a los que cebaba con una combinación secreta de ingredientes naturales. Otro año mejoró su perspectiva comercial, ofrece lotes de jamones curados a un socio americano que los adquiere sin regatear precios.

Una tarde encontró su buen fario mientras cazaba conejos tras un chaparrón que había dejado alfombrada la arboleda de renacuajos. Su perro labrador ha estado espabilado y sin perder una sola presa, pero de súbito parece que lo atraviesa un mal aire, se quedó inmóvil, tenso, con las orejas erguidas y un aullido lastimoso. Luego brinca a la sombra de una encina como impulsado por un mecanismo de muelles, empieza a hozar y remover la tierra en un frenesí de layas perforadoras y ladridos ansiosos, hasta que extrae y entrega con el hocico una ciruela grande y achatada, como un trozo irregular de carbón.

El cazador todavía no valora ni adivina la consecuencia patrimonial de aquel hallazgo y solo dijo: “Parece mierda de cabra”. Empero, eran trufas y su lebel las olfatea y desentierra en un santiamén, como perlas segregadas por la extensa concha del encinar y los robledales. Primero acarreó las remesas en un morral, después utiliza un carretoncillo y al final transporta sus mercancías en furgones isotérmicos para entregarlas al socio americano, que acostumbra a pagar con fajos de papel moneda.

Durante aquellas bienandanzas de Beltrán, el reloj grande y viejo de la dictadura se quedó sin cuerda. El boletín informativo del suceso fue comunicado por un ministro con el brazal doliente: “Españoles, el caudillo ha muerto”. Tras el interregno, transmiten el cetro del poder al heredero legal de una dinastía monárquica, durante una gala o ceremonia con un primer plano del pasillo enmoquetado y paladines de uniforme tricolor que portan firmes una alabarda medieval.

Carlos I, el Campechano, asumió la jefatura como una circunstancia natural a la que estaba predestinado. En el almuerzo fuera del protocolo palaciego, pidió un par de huevos fritos y unas torrijas en una tasca familiar de la que era asiduo, mientras los servicios de seguridad revisan su intercomunicación dando golpecitos al auricular e inspeccionan los vehículos aparcados, mirando hacia todas partes por el aprieto de tener al jefe expuesto en las calles, y no haberse anticipado siquiera para revisar el perímetro.

Tras una siesta refrescante el capitán general continúa unido al suelo por el peso de su condición humana, aunque dispone de un caudillaje legítimo que autoriza el mando supremo del ejército aéreo, terrestre y naval, más la potestad legislativa de promulgar y derogar y elegir el objeto y la redacción de la ley, dictada en persona de viva voz o por escrito. Más la facultad irrecusable de juzgar en todo orden jurisdiccional y hacer ejecutar lo juzgado. Más el privilegio que administra las arcas públicas sin rendir cuentas a nadie. Resumiendo, posee todos los poderes del

aparato estatal, concentrados y permitidos por uno solo: la fuerza legítima.

El monarca ordenó que abrieran puertas y ventanas, y quitaran cortinajes para renovar los aires rancios de la casona, la noción geminada de la patria, su inercia de prejuicios inveterados. En la transición al nuevo orden teórico que llamaron democracia, separan la función institucional en tres núcleos: ejecutivo, judicial y legislativo; con un sistema de contrapesos y frenos con que asegurar el equilibrio y la cooperación entre poderes constitucionales.

Luego en la práctica quienes hacen las leyes son los mismos senadores y diputados adscritos al gobierno ejecutivo, son quienes definen al Tribunal de Cuentas, el Consejo de Estado, Tribunal Constitucional, la Fiscalía General del Estado y al Defensor del Pueblo. La ley fundamental incorporó nuevos entes jurídicos en el panorama político, ejemplo: un órgano de gobierno del poder judicial. Por un vacío burocrático no está definido quien preside el acto de inauguración solemne del año judicial. Los intervinientes parlamentan de bien a bien y acuerdan designar al propio monarca, investido de un aura alegórica: toga, insignia, collar, toisón, broche. Desde entonces el protocolo improvisado persiste como una tradición no escrita ni reglada.

En otro capítulo la ley fragmenta el rompecabezas nacional en piezas autónomas, que aglutinan provincias formadas por municipios. Cada nivel administrativo genera sus partidas

presupuestarias, su carga impositiva, sus redundancias, una suerte de Estado a escala repetido diecisiete veces.

Beltrán murió apuñalado durante el forcejeo contra unos ladrones que entraron a medianoche buscando la caja de caudales. La digresión viene a cuento de un telegrama que será decisivo en el quehacer de Marietta. La herencia de Sampedro incluye una cláusula de disposición testamentaria que se repite en la misma línea paterna de parentesco hasta el segundo grado, luego el continuador y último Beltrán Sampedro, el nieto, ha sido el signatario del mensaje cuya importancia conviene aclarar en los siguientes términos.

En cada generación el primogénito suele repetir el nombre de pila del antecesor. Beltrán hijo parece el resultado de una clonación minuciosa, siempre hambriento, insatisfecho, genuino; posee una cualidad connatural que detecta tendencias de mercado y anticipa necesidades y deseos de compra entre la población. Quiere ver mundo, inspirarse, valorar negocios potenciales; por subsecuente, decidió viajar a la capital para estudiar los recursos de la industria del ocio y el entretenimiento.

Tardará semanas en organizar la puesta en marcha del proyecto empresarial que consideró más lucrativo. Preparó un memorando con todo lo necesario: insumos, distribución, inmuebles, contratación, proveedores, aspecto legal, tributario, financiero; cartera de clientes, logística. Luego fabrica e instala unas primeras máquinas tragaperras en los establecimientos

apropiados. Pronto aumentó la producción, la plantilla, los beneficios; sigue explotando los juegos de azar, inauguró una sala donde la gente compraba cartones para ir tachando cada número impreso según corresponda a la cifra dada en pequeñas bolas que un operador extrae del bombo giratorio. Al completar la matriz numérica el cliente debe anunciarlo y entregar la cartulina para su comprobación, después un altavoz lo confirma: “Han cantado bingo”.

Además de trabajar como un mulo, comer sin hartarse, tontear con toda la que lleva faldas, usa carmín y contonea la cintura al andar; también practica la cetrería, hace largas caminatas antes de cenar, y con especial dedicación atiende a su familia y cuida de su único vástago, a quien habla como si fuera un hombre adulto, no un niño que intercambia cromos en el recreo. Quiere inculcarle su escala de valores, la familia, la honradez, no hacer daño al prójimo; que sea luchador, que no se deje amedrentar por los abusos. Espabila, los listos no piensan dos veces lo que deben hacer; mira hijo, los buenos negocios son igual que un grande barco —aclaró—, cuesta botarlo, cuesta ponerlo en alta mar, aunque avante con las velas desplegadas suele progresar por sí solo y luego navega solo sin mayores sacrificios.

Pese a que trabajaba todos los días del año, murió más adelante en horario no laborable. En su finca de verano cabalgaba al trote sobre un pura sangre cartujano al que tantea el nervio, la obediencia, quiere ver cómo respira. Entre los árboles a un lado del camino, un repunte del calor a la hora de la siesta detona un

ruido seco, un chasquido, un crepitar, sobreviene un revoloteo de abejorros alrededor del caballo, lo encabrita, el cuadrúpedo apoya el peso sobre sus cascos traseros mientras levanta el resto del cuerpo y patalea con las pezuñas en el aire. La consecuencia cinética derriba al jinete. Muere en el acto por dislocación cervical dejando inconclusa la frase con que desaprueba la reacción del caballo: “la madre que te parió, a tomar por...”.

El último Beltrán Sampedro recibió la cláusula autenticada mediante protocolo notarial con el encargo de tener a bien procurar auxilio material o lo que convenga al deudo de Sempronio Sosa, que estuviera oprimido por la desesperanza, las injusticias o la indigencia. En otro supuesto, por causa de extinción prematura, vida disoluta o respuesta desabrida, tenga a mejor dispensar asistencia a la parentela afín.

En este contexto, asumió como propia una deuda de gratitud, pero reflexiona y pensándolo mejor le resulta raro involucrarse en cuerpo y alma con un vínculo afectivo tan intenso hacia una persona que en realidad no ha conocido; aunque según se mire, ha nacido gracias a Sempronio. Antaño había intercedido a favor del abuelo Beltrán, en ocasiones críticas, a vida o muerte, no uno ni dos sino tres rescates: los navajeros, el pozo, los civiles militarizados. Dicen que a la tercera va la vencida, pues no, quien pereció entonces fue el amigo.

Quizás la misma intensidad de aquel amor fraternal haya permeado hasta el código genético que guardan las células, e insertó un mensaje absoluto en los genes transmitidos de una

generación a otra. El fenotipo indica cómo se manifiestan los rasgos y aptitudes asociados a la información hereditaria. Referido a Beltrán y la propensión a emprender negocios inventados, especuló hasta el límite de la legalidad, la fantasía rentable y el presupuesto que puede asumir como pérdida financiera, descontada la parte alícuota del impuesto previsto a la actividad económica lucrativa.

El sector de las artes escénicas está en auge, dijo mientras revisa el dossier con un estudio de mercado que mandó elaborar a un auditor independiente. La gente quiere ocio, entretenimiento y espectáculo, deduce observando la evolución visual de una línea gráfica con tendencia alcista para cada área sectorial.

Orientado al público adulto, abrió un local novedoso que llamó teatro cabaré. Diversifica su oferta por sesiones horarias, uniendo en un solo edificio la actuación musical en vivo, concursos de baile, monólogos, magia de salón que involucra al público, coreografías sensuales con vedettes y adonis y efectos especiales. Los domingos, desfile de moda con maniqués vivientes y muñecos humanos, comedia musical, el teatro cantado que emula lo maravilloso. Dispone de un servicio de restauración profesional, la clientela selecciona platos y bebidas combinadas a la carta, puede comer, beber y charlar durante las actuaciones sin abandonar su mesa.

A medianoche en víspera de cualquier festivo, hay una función erótica, una pareja en el escenario irá quitándose todas las ropas, adornos y complementos que llevan encima, insertando

intervalos interpretativos entre cada prenda, de tal suerte que el espectáculo se dilate en el tiempo, y refuerce una tensión emocional inducida por la necesidad psicológica de ver la desnudez íntegra de una mujer o de un hombre. En cuanto a género, en algún momento del número podrá apreciarse a simple vista el trampantojo y el equívoco. El hombre se ha quitado bufanda, gorro, abrigo, chaqueta, se arrancó la peluca con entradas, el postizo de la barba de tres días, el relleno de la musculatura, todo el vestuario hasta quedar medio vestida por sujetador y bombacha, que se quitará para mostrarse en culote, luego en bragas, abajo aparece un tanga, y a espaldas del público lo desliza piernas abajo, a continuación se da la vuelta y aún su desnudez no es total, falta desprenderse de la hoja de parra que enseña adherida al pubis. La compañera se desviste y muestra su musculatura de varón.

En el contexto recreativo, abrió una tienda del deseo, un eufemismo con que inhibir la vulgaridad del término sexo. Importó materiales de la Conchinchina, lencería, juguetes, potenciadores, afrodisiacos, un bibliografía otrora escabrosa, prohibida o parcialmente censurada, definida por libros de contenido explícito y temática asociada a tabú, perversión o indecencia. Incluye manuales gráficos de posturas amoratorias, capítulos didácticos que enseñan a localizar ciertas zonas sensibles en la anatomía, a inducir el flujo sanguíneo eferente hacia el tejido eréctil del órgano terminal en que desemboca el tracto genitourinario masculino; otro ejemplo educativo explica

cómo procurar éxtasis repetitivos a la mujer moderna. En el mismo conjunto del papel y la chica desnuda, hay calendarios de bolsillo, barajas, una revista con desplegados entre sus páginas para usarlos de póster.

En otro espacio de la tienda dispuso cabinas privadas de uso individual. Cada una está provista de un visor cuadrangular que ocupa media pared, y un mecanismo alimentado por monedas o billetes controla el minutaje tarifado, enciende o apaga la pantalla a cuyo través el usufructuario mira el cuerpo de una mujer con poca o ninguna ropa, que expone un mensaje, una disposición receptiva, una promesa hedonista, mediante movimientos, poses, un guiño, unos labios humedecidos con el ápice de la lengua. Es mayor de edad, sana, sin patología manifiesta o latente o que sea transmisible por un vector de su cuerpo; responsable, sensible, sobria, dotada de todos los rasgos que identifican la dignidad de una persona como tal, con dominio consciente de sus actos no impelidos por coacción, chantaje, proxenetismo, tráfico humano, amenazas, extorsión; que se denomina trabajadora desiderativa y promueve una acción social y humanitaria paralela a su desempeño laboral. La definición antedicha viene a cuento de lo que preparó Beltrán a manera de argumentación para rebatir críticas del bando feminista o los grupos de presión no laicos.

En cualquier caso, más cuando el deseo termina siendo acuciante, el cliente previa satisfacción del importe a través del cajero mecánico, encontrará factible mitigar la ardentía con la

inserción de su apéndice fálico por entre la oquedad abierta a tal efecto por un resorte deslizante.

Otro año, inspirado en un fonógrafo que vio en la enciclopedia, diseñó y mandó fabricar un aparato de diálogo con los espíritus, que aprovecha los avances en la manipulación de la energía electromagnética. Había barruntado que la terrible mortandad de las guerras recientes dejan infinitos duelos entre los familiares vivos que no pudieron despedir a sus muertos siquiera con un lacónico adiós, recuerda que te amo.

En una de sus caminatas aeróbicas improvisó el trayecto, altera el rumbo una y otra vez de modo arbitrario, aunque luego con visión retrospectiva pensó que le animaba una potencia ineluctable, la misma fuerza que une los átomos para formar moléculas, por así decir según ha leído en la enciclopedia. No tiene claro qué está buscando en el puerto, quizás necesite hallar la solución y luego definir el problema —se dijo con sorna—, burla burlando al astillero vine andando.

Obviamente, está enojado consigo mismo, primero porque ha llegado exhausto, hambriento, incómodo y se amonesta por responder a una corazonada irracional; en parte también porque solo tiene ciento de pájaros o gaviotas volando y ninguno en mano. Tampoco acostumbra a perderse con la divagación metafísica de intuir un objeto o un propósito cuya realización dará sentido coherente a todo cuanto ha vivido hasta entonces y aun lo que está por llegar. A continuación cesa la ideación superflua bajo un cielo voluble de ágata azul, frente al mar

acotado en la bahía, y el dominio de uso privativo del taller naviero, donde fondea un cementerio de barcos con daños estructurales severos, amarrados en lista de espera para su desguace y reciclaje.

Entre los aparejos avistó un barco que dada su envergadura y el diseño de a bordo resulta adecuado denominarlo buque. Está torcido hacia un lado en el sentido de la anchura, a estribor el forro que lo recubre tiene desconchones. Apreciado en sentido longitudinal, de proa a popa, de punta a punta no resulta homogénea su línea de flotación, la que distingue el fondo sumergido del casco y la estructura emergente, y permite conservar el plano horizontal más o menos estable arriba en cubierta. Acaso tenga rota la quilla, la base donde se asienta el armazón, la viga que vertebra los costillares. Un análisis provisorio indica que arrancaron el ancla, un cabrestante, la chimenea, tramos del barandal; tiene puntales rotos, partes oxidadas, escotillas inservibles. Beltrán compendia su peritaje en dos palabras: grande y destartalado.

Empero, en un plano ideal coexisten cuentos de hadas, lotería millonaria o quimeras resistentes, imaginó una versión alternativa de la realidad, un buque rutilante, con un tendido transversal de fámulas colgantes y una banderola encima del puente de mando, con el tablazón de ambos laterales barnizado de amarillo gualda y rojo bandera. Superficies cromadas, embellecedores en pasamanos y agarraderas. Un leviatán mecanizado, eficiente y tan versátil que soportará volumen y

tonelaje sólido, líquido, a granel o empaquetado, mediante cisternas extraíbles, más una bodega de carga que conserva el ambiente según los parámetros configurados. Con esa imagen prospectiva en su imaginación, vio una oportunidad de hacer negocio y dijo: “Véndame esa bañera flotante”.

Tuvo que invertir el triple de la previsión inicial, traer piezas de Italia y Portugal, pedir consejo a un armador gallego, pero completó la reconstrucción, resolvió la burocracia agregada: tasas, licencia, permisos, registro, contrataciones, depósitos, formularios. El amigo de un amigo favoreció el primer flete marítimo y el semestre posterior transportó bidones de bencina desde un emirato árabe a la península.

Por una causa compleja, el tesón del abuelo, la sagacidad de su padre, el nervio comerciante, la red de influencias y contactos, el auspicio de su buena estrella congénita, o por lo que fuera, mucho más tarde Beltrán Sampedro gestiona la primera mayor flota de transporte comercial de su época puesta en circulación por los cinco océanos y los cien mares de la rosa náutica.

Un evento crucial en la biografía de Beltrán Sampedro fue su casamiento con María Angélica, su novia de toda la vida. Con antelación había comprado una isla desierta para el viaje de recién casados. Estuvieron semanas en su edén nupcial, ataviados con una prenda exigua que podría denominarse taparrabo si fueran dos salvajes o pertenecieran a una tribu primitiva; «calembé» en un contexto cubano, o guayuco si no exigiera verificar la pertinencia del término. Digamos que visten

un slip bañador y un escueto bikini, y que el propósito de sus vidas entonces era simple: dar y recibir amor. Triscan como párvulos, se persiguen a la carrera, caen y ruedan a orillas del mar cuya transparencia permite contemplar el fondo marino desde la balandra. Pasean en el joyel de la playa, por el borde donde las aguas lamen la tierra, y la marea arrastra migas nacaradas, madreperlas, tesoros antiguos desbaratados por la corriente, hipocampos, pequeños fósiles de especies exóticas. Juegan al escondite entre los árboles frutales, se abrazan, se besan, retozan unidos como una sola persona en las charcas de almíbar hasta cansarse impregnados de dulzor, que al momento convienen limpiarse con lameduras mutuas. Siempre inflamados por una emoción intensa, un deseo atávico, un celo animal, arrancan de las ramas algún fruto carnoso que muerden, chorrea jugos de sabor cuando la elipse de sus mordiscos alrededor de la fruta compartida junta sus bocas llenas de ambrosía.

El paraíso donde habitan tiene un verano primaveral que dura un semestre, la luz intensa perdura incluso hasta bien entrada la noche, hace que la luna parezca un segundo sol. A mediodía, la claridad solar crea ilusiones ópticas, acristala y azula los cielos, induce a creer que saltando lo suficiente se podría tocar el celaje esporádico.

A la hora del almuerzo, el macho edénico inserta una langosta grande del vivero con una lanzada certera del tridente, comen, ríen, beben agua refrescante de coco. Comparten la siesta en la intimidad de una tienda de campaña cuya lona tiene forma

cónica y está circundada por varias cuerdas que la sujetan al suelo con estacas. En ese pabellón donde el tiempo no se cuantifica con la métrica del reloj sino por el conteo de latidos inspirados por la plenitud y los intervalos en que la felicidad alcanza el alma; un ámbito envolvente por cuya entrada asoman el hocico los unicornios pávidos, rodea a los amantes con la cáscara tibia de su aire hialino y su olor agropecuario, luego junto al huerto bíblico la vida tiende a perpetuarse con un estallido de polen, en sentido metafórico, comienza a circunvolar hacia pistilos compatibles con la florescencia, el instante repite el milagro del encuentro entre dos células fundidas por una lógica germinal.

Entramos dos y salimos tres, concluye Beltrán a propósito del embarazo de María Angélica. Meses después de un parto natural sin imprevistos, deciden disfrutar del buen tiempo, entremezclarse con el ambiente, dar un primer paseo como familia clásica, integrada en la normalidad de las calles por cohesión mimética con la población civil, en una urbe mercantilizada que podrían comprar palmo a palmo, con sus crónicas, su santoral, el pasado histórico y los tiempos en que contaban reales, unas monedas emitidas con un orificio en su centro.

El matrimonio lleva a su bebé recostada en un moisés, dispuesto sobre un chasis con cuatro ruedas y la capota plegada. La vista del cielo abierto y las novedades que van entrando en su campo de visión la mantienen en un estado continuo de asombro y

curiosidad, con los ojos muy abiertos. Beltrán quiere enseñarle la cara benigna del mundo.

Había observado la evolución de su lenguaje fonético. Primero un rango de sonidos, unos inventados, otros no tienen un significado unívoco más allá de ejercitar sus habilidades fonológicas, algunos son repetitivos, la señorita se inicia en la técnica del balbuceo, aunque en casos urgentes, por necesidad perentoria, hambruna, irritación cutánea, comunica la cuestión a que se refiera de forma más expresiva y rotunda mediante el llanto o la rabieta.

En fechas recientes incorporó cuatro consonantes y cinco vocales, para articular una palabra inteligible, un monosílabo repetido dos veces: “Mama”. Ha ido extendiendo su léxico con el mismo diseño morfológico. Retiene mejor vocablos que aluden a un animal o una cosa mediante sus sonidos característicos: “el miau”. Además compensa limitaciones con la polisemia y una sola palabra tiene varios significados extendidos a toda una frase, cuya interpretación requiere considerar el contexto en que se produce. Ejemplo: para expresar “hola tata, me alegra verte”, dice “tata”. Al marcharse la niñera, dice “tata” cuando quiere decirle: “hasta pronto, lo he pasado muy bien contigo”. En fecha aún más reciente al ampliar su léxico aumentaron las dificultades fonéticas o de pronunciación, omite, confunde o permuta sílabas: “te ero” es su versión de “te quiero”.

Mira, princesa, un lago, hierba. Extienden un mantel sobre el césped, miraron en derredor, vieron la estatua viviente del hombre con bombín, grueso bigote acortado y un bastón, inmóvil bajo el barniz que le confiere apariencia de hojalata. Vieron un tenderete de cotufas y manzanas caramelizadas y apenas entonces sintieron el olor endulzado y festivo que emana del puesto.

Han extraído del canastillo al pompón rosa de tez rubicunda, protegida de los últimos rayos solares por una mantilla envolvente y un cubrecabezas a juego. El padre como si manejara una cristalería de extrema fragilidad, trasladó a la bebé hasta una colcha plegada en una franja sombreada del suelo. Al abrir su envoltorio de lana, brotó un efluvio de primaveras infinitesimales y agua de colonia y ropa limpia y polvo de talco, como mariposas sutiles y odorantes revolotean una fracción y se disgregan por el entorno circunscrito del parque.

Pasó un vehículo impulsado a pedales, con dos sillines y un solo ciclista sobre el tándem, que parece ir buscado algo entre el pedregal de cuerpos tumbados. Una turista encendió un transistor y a partir de esa referencia el tiempo escénico avanza como ralentizado, su influjo lentifica el susurro al oído de una esposa embellecida por la maternidad, decelera el caminar de los paseantes y el progreso de las barcas con los remos alzados, silencia murmullos de almas errantes entre la frondosidad de la arboleda.

Ha salido desde el transistor una melodía antigua, se oye de fondo, a lo lejos, en un punto indeterminado; ondea como enroscada a una piola que serpentea entre los surcos del cerebro, deja un eco en la memoria, un sinsabor en el ánimo, un roce en la piel, durante el tránsito sensible hacia el atardecer.

Hay un pájaro carpintero con el pico clavado en la madera, hay unas aves en disposición de arranque, un lago estancado, una calma sobrenatural, se escucha un chapoteo en el estanque, como un redoble, un siseo, un sonido visceral. Emerge una bestia, el enorme reptil antediluviano cubierto de escamas rebufa, corre a cuatro patas tan rápido como un mal pensamiento con un retumbar de pezuñas sobre la caleta de tierra dura, una apisonadora imparable trae las fauces de doble sierra entreabiertas para atrapar a la nube de algodón rosa. El leviatán atenazó las promesas bordadas en los lanares que visten el cuerpo de la bebé, apretó el mandril del hocico y giró bruscamente apoyándose en sus patas traseras. Su cola de lagarto grande fue desbaratando la cuna portátil, el neceser, la cesta de doble hoja donde guardaban los canapés, hasta restallar contra la pierna de una madre absorta. Despertó de su embeleso y empieza a chillar hasta enronquecer.

La vida recupera su ritmo ordinario, la desbandada explosiva de aves, el desequilibrio de una bicicleta a punto de agotar su inercia, la estatua metalizada que se mueve y gesticula. El equinoccio terminó disipado para siempre tras un remolino de aguas lacustres. Beltrán había corrido tras el ladrón, se lanzó de

cabeza, pero casi parece ahogado mientras buceaba a tientas entre un laberinto de tinieblas. María Angélica tiene una herida abierta en la pierna que sangra, está desesperada, histérica, muda, mantuvo la mirada fija en la ciénaga, luego se despidió vencida: “Cuida bien de mi rorro”.

La pesquisa policial enseguida localizó y capturó a un cocodrilo. Había sido abandonado en los cañaverales, quizá por un aficionado a las mascotas exóticas, que al medrar suelen convertirse en un problema intratable.

El matrimonio no entiende ni acepta un destino al que con frecuencia se le enmarañan los hilos. La relación marital como un edificio decadente va cayendo a trozos, derruido por los mazazos del remordimiento o la idea obsesiva de culpa, demolido por un duelo insoluble, además la presión del reproche mutuo pandea las vigas y columnas del edificio espiritual y afectivo donde habitan.

Eran dos residentes huidizos, que duermen separados y coinciden como mucho tres veces diarias en su domicilio familiar, distanciados y unidos por la misma soledad carcelaria, por una dialéctica similar acerca del vacío dentro de la opulencia, acerca de un mundo sin alma. Notan una carencia, que les falta algo entre las manos, que no sienten entre los brazos el cálido peso corporal de la vida balbuceante, que no oyen la dicción de su “guau guau” o la resonancia del “pío pío”, apelando al perro caniche o al pollito de los dibujos animados. En fin, todo se ha ido al garete, dicho así por

claridad y concisión. El realismo hace ilusorias las promesas de amor eterno ratificadas por la época en que desayunaban ternasco asado a la leña y una fruta jugosa como parte del juego amatorio agregado a la luna de miel en un lugar que bautizaron «Isla de los Dos Soles».

María Angélica empeoró de golpe, recorre los pasillos una y otra vez tarareando canciones de cuna mientras repite el ademán de ir meciendo a una criatura que solo existe en su imaginación. Tal vez simula la segunda oportunidad que la cordura no le concederá jamás, un remedio con que mitigar la perversión de sus demonios interiores. Pronto evoluciona hacia una patología más severa. Habla sola, se queda en vela toda la noche con un trasiego permanente de cosas que retorna a la cocina y trae hasta la cuna, apósitos y biberones y febrífugos: “mire usted, tengo a mi cosita ahí con calenturas”.

Aparte del extravío, abandonó sus hábitos de higiene, el sentido del orden y la limpieza de los que antes había sido tan escrupulosa. Tiene un horario caótico, mejor dicho, no tiene horarios, desayuna a medianoche, se levanta a las cuatro de la tarde o no se levanta de la cama para nada durante al menos cuarenta horas; más allá de la simple extravagancia o veleidad, su comportamiento denota un trastorno neurasténico, múltiples anomalías incompatibles con la salud mental.

Conforme a los certificados oficiales y el historial aportado por el especialista que la trató cada vez que era ingresada en un centro psiquiátrico, queda acreditado que padece un cuadro

clínico asociado a una enfermedad bien documentada, en consecuencia, recibe un diagnóstico y un protocolo terapéutico. Hasta aquí todo resulta congruente, mas su cuadro clínico remite de modo fulminante sustituido por otro conjunto de síntomas único o adicionado al anterior.

A instancias del asesor médico legal, tramitó el último internamiento que la retendrá en una clínica residencial privada hasta que por mejoría o curación pueda y quiera gobernarse a sí misma y muestre capacidad para discernir entre realidad y fantasía, lo posible de lo imposible, la muerte contrapuesta a la vida. Una vez aprendidas las estrategias de tolerancia a la frustración, manejo del duelo, control de su ideación y de sus actos, a través de la voluntad consciente, la inteligencia práctica, y la contención de los impulsos no racionales ni necesarios.

El director médico del pabellón psiquiátrico anotó lo antedicho en el informe de nuevo ingreso, que Beltrán resumió: borrón y cuenta nueva, tirar para delante. Luego el doctor jefe había esperado para revelarle un hecho confidencial: la paciente sufre una enfermedad crónica y degenerativa, de origen nervioso quizás psicosomático. A medio plazo, digamos antes de un año, su cerebro habrá extinguido la red de conexiones neuronales que ordenan la cognición, la sensibilidad, el procesamiento de los estímulos ambientales, en la fase terminal su cerebro tendrá dedicación exclusiva a una sola tarea, evocar o revivir la escena traumática en un bucle infinito. Alguno de los cortocircuitos en su entramado nervioso afectará a sus funciones vitales

autónomas, sin señales eléctricas la homeostasis será inviable, olvidará respirar o hacer latir el corazón, en todos los casos se producirá un estado incompatible con la vida biológica.

Beltrán Sampedro tras resolver los aspectos legales y administrativos y firmar el papeleo regresó al domicilio con la cabeza llena de escenas e imágenes de María Angélica. Por un momento, sin plena consciencia, ha proyectado un plan para el fin de semana, quiere llevarlas a un balneario, a un parque de atracciones, a un pueblo de los de antes, a una ludoteca infantil, a un teatro de guiñol, con marionetas y títeres de cachiporra, las llevará a un parque acuático, a un carnaval callejero, a un jardín botánico, a un museo de Historia Natural donde exhiben esqueletos gigantes de animales extintos.

Solo cuando cruzó el umbral del casón recupera la sensatez y se reprochó su estilo delirante. La narración que lo involucra tiene una sola línea argumental, obedece a las leyes físicas ineluctables, la fuerza de la gravedad permite a Beltrán caminar por el suelo enlosado, la subjetividad emocional hace que sienta su cuerpo pesado, como si llevara un fardo a la espalda; la ausencia de luz produce penumbras y oscuridad que va encontrando por entre las habitaciones con la puerta entornada, la inexistencia de cuerpos dinámicos que emitan vibraciones y ondas sonoras justifica esa calma sobrenatural y ese silencio inducido que invade el caserón.

El dueño revisa una a una las nueve estancias, como si en realidad fuera posible encontrarlas de repente y reanudar la

normalidad y cada mochuelo a su olivo, pero involuciona extraviado en un aire de novela barata, donde no encuentra a un compadre legítimo, medio hermano, como tuvo su abuelo, que necesita para contarle penas e irse de parranda, a quemar mazos de billetes en lo de las putas, descorchar botellas bien agitadas y dirigir el chorro dorado a las bragas de la chica modelo. Quizá, juergas aparte, debe insuflar energía a un ánimo estancado, por así decir, necesita tirar adelante, acallar el ruido infiltrado en el silencio: voces, risas, silabeos. La mala suerte siempre pincha donde más duele, pensó el magnate.

Luego mandó construir una bicicleta de tres sillines, se juró voto de pobreza, formalizó su última voluntad testamentaria, que genera derechos y obligaciones a terceros y posee fuerza jurídica vinculante. Empezó un viaje en solitario a ninguna parte, acaso hacia la ruta jacobea, o estar en movimiento sin otro propósito que el propio movimiento, o recorrer los circuitos del cicloturismo internacional. En cualquier caso acomete un viaje sin regreso, convertido en un vagabundo peregrino que circula por el mundo impulsado por la fuerza cinética. Otro día cambió el rumbo, vencido por el desaliento y la melancolía y el hambre. Bajo un puente se deja morir de sed y melancolía, mientras rememora qué bien lo pasamos aquella vez en nuestra isla de los dos soles, María Angélica.

Quien gestiona un fideicomiso del potentado Beltrán Sampedro, había investigado las líneas sucesorias y los grados de parentesco del apellido Sosa, identificó a la última primogénita viva: Marietta. El telegrama anuncia que cuando acepte la donación o el legado a que se refiere tendrá pleno dominio sobre un cuantioso patrimonio, aunque sin precisar el contenido sustantivo. Entre los bienes y activos no especificados hay un archipiélago mítico, un título que certifica la propiedad de una estrella celeste, o la concesión reciente de un servicio público privatizado relativo al canon sobre el uso del lexicón.

Marietta Sosa desembarcó, arriba a la capital, llega al distrito indicado, conserva el telegrama en la mano como una banderola, encuentra la calle cuyo nombre le recuerda a un novio que perdió. Entra a un despacho con olor afrutado, ruego tome asiento, se sienta. Intervendrá en un acto formal como donataria, deberá aceptar de manera expresa, verbal y por escrito, y firmar aquí y aquí, firmará. Era un abogado afable, con anteojos de media circunferencia, menciona una añadidura a la letra impresa de últimas voluntades: “Tiene una condición”.

La beneficiaria frunció el entrecejo una vez, acopia la energía con que desentrañar y retener la previsible complejidad oratoria del letrado. Aunque no fue para tanto, la explicación excluye tecnicismos, giros ambiguos, locuciones, densidad informativa. En compendio, el derecho civil admite la

liberalidad o transmisión gratuita de riqueza entre particulares, la donación condicional entre personas físicas, usted es una persona física —alza la mirada por sobre las lentes—, veamos, su benefactor dispuso un gravamen, una obligación lícita de hacer, en referencia al supuesto que nos concierne... Hace una pausa para enfocar mejor a través de unos lentes que remedian la presbicia, lee en voz alta la cláusula suspensiva: “Favorecer la perpetuación de la especie humana mediante actos positivos guiados por la voluntad de prevenir, evitar o revertir un mínimo de tres supuestos de óbito inminente, causado por una fuerza contra la que se puede luchar”. Dicho con llaneza, redimir a tres personas en peligro de muerte.

Solo después de las aclaraciones y añadidos legales, acepta participar en el negocio jurídico de la donación supeditada, por cuyo cumplimiento habrá una transferencia de riqueza neta multimillonaria desde el limbo a su bolsillo. Estampa su firma y rúbrica conforme le indica el letrado, luego por romper el formalismo incómodo de la reunión, soltó por su boca lo primero que se le ocurre, me quedo con las ganas de conocer al rey mago que ha dejado tantos juguetes en mi calcetín. Sonríe mientras en su cabeza completa la apreciación: “El último arlequín, un idealista de manda huevos”.

Por consiguiente ha descifrado el sentido completo del mensaje unido letra a letra en el cablegrama; dando por terminada su influencia sobre el estado de ánimo de la destinataria. Primero curiosidad, sensación de urgencia, necesidad de inmediatez,

sigue una vena ansiosa, un nervio especulativo, nervios a secas, luego asombro, admiración y al fin júbilo, mucho contento.

Dado el entorno actual, dentro de un autobús en marcha, resulta inadecuado exteriorizar tal alegría explosiva, especialmente por su pertenencia a una comunidad racional, por hipocresía inclusiva, porque hay gente ahogándose en la mierda y la ministra celebrando no sé qué día internacional del follón padre. Total, después de la verborrea nada justifica que una usuaria corra por el pasillo, haga esos movimientos afectados con hombros y caderas que llaman contoneo, baile, aplauda, dé saltos con los pies juntos, pregone que qué potra, voy a ser multimillonaria, chitón gente.

Regresa al barrio de los atardeceres a cielo abierto junto a Elisenda, guardados en su memoria como una sola tarde monolítica. A través del ventanal vidriado contempla el paisaje fugitivo, por entretenerse imagina que su punto de vista está fijo mientras la decoración escénica se mueve como un artificio pelicular, desplaza aglomerados de casas diminutas, fotogramas bucólicos, siluetas montañosas, relieves ondulantes, ciudades que anhelan ser nación.

Había avisado por carta de su llegada, pero el sobre apareció en el buzón que no había sido revisado las últimas semanas. Lucrecia esperaba en el vano con la puerta abierta para no pisar los suelos recién fregados.

Madre e hija se reconocen, con las miradas se saludan, ninguna requiere la forma explícita para pedir y conceder disculpas,

exoneradas del rencor y la enemistad, cada una ha perdonado las ofensas e injusticias a su parte contraria, ergo, hubo reconciliación y se abrazan con los ojos acuosos y un nudo salado en la garganta. Marietta había vuelto con la maleta llena de buenas intenciones y cartulinas pictóricas por las que nadie ha mostrado intención de compra; trajo queso del pueblo, unos pañuelos bordados por la tía Dorotea y bisutería internacional para regalar a las amistades.

En el salón se distribuyen y acomodan, Lucrecia sentada en un sillón, con las piernas alzadas y los pies descansando en un escabel mullido. Elisenda recostada en el sofá apoya las piernas en una mesita bajera, contraviene las indicaciones de la madre. A su lado Marietta quiere contar la experiencia, explicarlo todo de golpe, habla deprisa. Su hermana la interrumpe, hermanita piano piano, que no dejas meter baza, pareces una metralleta.

El relato agrega episodios, ocurrencias y percances sin una cronología lineal, a impulsos de la emoción. En palabras suyas, fue una auténtica odisea, una travesía sin fin a bordo del barco, menciona al ilusionista andaluz, las malas horas, el hambre, al menos he conseguido un autógrafo de uno famoso, dicen que toca el violín con precisión matemática y que escucha su propia música con el oído sensible, también por vía percutánea.

En términos cuantitativos —un modo de hablar copiado a Delia—, buscarse la vida en el extranjero supone una doble dificultad, triple si hay animadversión a lo latino, cuádruple cuando la gente evita perder su tiempo con florituras y

productos inútiles, como escuchar o contemplar arte; en todos lados cuecen habas, allí como aquí escasea el trabajo, además de precario pagan una miseria. Eso sí, mucha máquina expendedora por doquier, te venden lo que quieras, refrescos, pisolabis, profilácticos, libros de bolsillo, amuletos, bibelots; Eunice no, una amiga suya asegura que venderán juguetes eróticos, fetiches, bragas usadas con la foto de quien las llevó puestas... ver para creer. Ahora viene lo mejor, extrae del bolso el abracadabrante mensaje remitido por un tal Beltrán Sampedro: "Asista al despacho de don Celedonio Quiles...blablablá...formalizar y recibir una cuantiosa donación". Elisenda se retracta, pide disculpas por el símil de la metralleta. Lucrecia, con buen criterio advierte: "El cuento de la lechera, aquí la gente se muere sin avisar". El comentario descolgó a Marietta de las guiraldas frívolas y las serpentinas del optimismo, anula el chaparrón eufórico de confeti con que celebra un logro ni siquiera intentado.

Tras normalizar su humor y el sentido práctico, pone en marcha una misión a cielo abierto, junto a Elisenda y tres testigos fedatarios. En días sucesivos el grupo aumenta con amistades y conocidos y gente curiosa que en particular intenta rebajar el tedio dominical, otros acompañantes tienen ideas claras y quieren ayudar al prójimo, una minoría acompaña al grupo sin preguntarse a santo de qué participan involucrados en una empresa solidaria, que apreciada con criterio racional resulta un disparate.

Los objetivos son uno solo, distinto a la utopía, impropio del arte comercial, definido por verbos de acción: reanimar moribundos, redimir marginados, disuadir al suicida, abrigar, nutrir e hidratar al anciano desahuciado; persuadir al sicario para que desista del tiro de gracia contra la víctima superviviente, inocular el antídoto que contrarresta la sobredosis del drogadicto. Pese a la variedad de supuestos válidos, la operación no logró computar ni siquiera un rescate o salvamento, pues atender a una mujer que se mareó en la plaza no cuenta como supuesto legal. En resumen, con sentido figurado, Marietta naufraga en las escolleras del desaliento.

Otro día Alma está al teléfono, le sugiere atajar por el charcal de pobreza severa que todavía existe dentro y fuera del continente. En sociedades avanzadas el exceso alimentario servido a la carta, la glotonería, los empachos, causan patologías y mortandad. Otras regiones de tierras áridas carecen de agua potable, medicamentos, salubridad, comida; los pobres son pobres rigurosos, sin oportunidad de progreso y mueren de hambruna, en sentido literal.

En un primer momento Marietta no sabe si entristecerse o sonreír, el mismo hervidero de personas que mueren por la miseria, aparte de intolerable e inhumano, tal vez sea la tecla a pulsar en el teclado condicional, así que con una sola operación o un solo movimiento parece factible ganarse unos dineros y salvar vidas, sin la obligación de pertenecer a los del gremio cuya labor diaria tiende a proteger el bien jurídico supremo de la

vida, son policías, bomberos, socorristas, profesionales vinculados a la sanidad y la medicina.

El dilema termina equilibrado en un punto intermedio que neutraliza los extremos y la indecisión. Aun necesitó pedir dinero prestado para afrontar su nuevo proyecto humanitario, que implica un gasto cuantioso en manutención, alojamiento, transporte, personal contratado, guías locales, imprevistos.

Ultimados los preparativos, Marietta fija la fecha de salida para el insólito apostolado contra las premuras de la Parca, ese esqueleto antropoide cubierto con un hábito andrajoso y la capucha subida, que porta una enorme guadaña oxidada. La empresa intentará remediar injusticias y arbitrariedades, una suerte de cuento enrevesado donde la doncella sale a rescatar al caballero, dirá Cándida, la literata.

Así, pues, endeudada muy por encima del límite calculado como razonable por los algoritmos bancarios, viajará por tierra, mar y aire, sin concederse un minuto de intermisión, supervisada en tiempo real por dos notarios que escriben con el dedo sobre una pizarra electrónica tamaño folio provista de tapas como los libros, completa la nómina un secretario políglota o plurilingüe que entiende dialectos raros e incluso el lenguaje de las bestias.

El tiempo dirá si el consejo de Alma ha sido acertado o solo sirvió para empeorar la situación de Marietta con una deuda perpetua.

Alma era una mujer alta, de una altura baloncestista, necesitaba agacharse para no chocar contra el dintel o el marco superior de

las puertas. En la relación con Marietta había asumido el rol de mecenas, por así decir, considera que el arte tiene la propiedad de ir más allá de las limitaciones científicas, luego entonces un poema, un aguafuerte, una sonatina excitan los sentidos, transmiten uno o varios mensajes valiosos, comunican a su manera una emoción, un sentimiento universal, la sustancia con que están hechos los sueños y las quimeras. Según este criterio, el sonido, la sintaxis, el color, a propósito de la naturaleza humana o el clima histórico de una época, son susceptibles de aportar más información que lo impreso en un libro de texto, en una monografía o cualquier otro documento serio, digamos autorizado a sustentar la verdad oficial.

Alma pertenece a una familia que posee holgura financiera, el padre le había asignado una paga semanal cuyo excedente ha ido guardando en una alcancía, luego cuando Marietta necesita materiales de pintura o quiere hacer un regalo o por lo que fuera, Alma accedía a dispensarle préstamos dinerarios a fondo perdido, como las finanzas de la pintora no mejoran, el montante sigue aumentando. Ante los apuros y disculpas de la deudora, Alma responde en tono jocoso: “No te preocupes, me pagarás con las carnes de tu novio”. Tras el arrebató de Teobaldo, tuvo que sustituir la irónica contraprestación por una referencia a futuros servicios domésticos de la prestataria.

Alma aparte de ser buena gente y generosa, tiene un intelecto extraordinario, una memoria portentosa sin llegar al nivel espectacular que exhiben las campeonas de las competencias

mundiales. Alma no entrena para nada, lleva la contabilidad del crédito concedido sin hacer ni una anotación por escrito, puede decirte la cuantía y la fecha y la hora de cada préstamo.

En este contexto de memorización práctica, puede enumerar la cantidad de productos disponibles en el comercio farmacéutico de su padre, relaciona marca comercial, principios activos, excipientes, fórmulas magistrales; domina el vademécum de medicamentos solo por haber ido alguna vez a emparejar mercancía las jornadas que siguieron a su licenciatura en filología hispánica. “Una lengua expira cada dos semanas con el último hablante”, manifestó con lástima, mientras sujetaba un manuscrito rancio, encuadernado con cañamazo e hilo basto de anudar embutido. La antigua deudora había entregado el volumen con una advertencia: Mi equipo no ha conseguido descifrar el manuscrito X^x.

Alma había aprobado unas oposiciones al profesorado y más adelante se arrepintió de haber pedido plaza en un instituto de enseñanza secundaria de bachilleres. Encontró un espacio caótico sin norma ni respeto, psicotrópicos, navajas, puterío no, putaísmo por los pasillos, ajuste de cuentas en los lavabos, peleas barriobajeras. Como respuesta oficial, para garantizar la integridad del personal y revertir la degradación de la enseñanza, las autoridades contrataron profesionales de la seguridad privada provistos de porras eléctricas y revólver reglamentario, instalaron controles de acceso que emiten un pitido si quien pasa por el detector lleva encima algún metal.

El alumnado se muestra displicente, da igual ocho que ochenta. Una profesora trajo un perro de presa adiestrado, pero al día siguiente transformaron el aula en un corral abierto donde los animales corretean, sacuden las alas, uno marca territorio con su orina; el rebaño cacarea, pía, trina, zurea, gluglutea. Los estudiantes vindican el derecho a la igualdad y por ende la pertinencia de traer mascotas.

En un cambio de guardia tres rapaces, por llamarlos de algún modo, maltrataron con puñetazos y patadas a un historiador sexagenario, mientras videograban la golpiza con sus celulares, que será retransmitido o puesto en circulación por la internet.

Alma durante el tramo final de su existencia, recuerda el suceso y otras vivencias como si hubieran acaecido ayer mismo, cuando en verdad ocurrieron muchos años atrás. Al menos la emoción o las sensaciones tienen una intensidad análoga a la producida por hechos recientes. Con mirada retrospectiva y juicio subjetivo, los ochenta años vividos pasaron rápido, luego la vida es corta. Ni siquiera había hallado el vocablo para expresar que alguien siente amor al lenguaje, conforme a su criterio si no consta en el diccionario académico tampoco se puede averiguar o ratificar aunque las partes implicadas conozcan los significados por vía popular o enciclopedias temáticas. Reflexiona en el clima constante de veintiún grados del asilo privado, un geriátrico que denominan complejo residencial para la tercera edad. Recibe la visita entrañable de la propietaria cuya biología parece envejecer hasta una edad

fluctuante y a continuación rejuvenece, el cuerpo tonificado, el cutis terso, el rostro luminoso. Siempre viene con regalos para que Alma pueda aliviarse el tedio de las dos de la madrugada y sin poder dormir por todos los clavos de Cristo. Trae el autómatas instruido con forma de pájaro que recita o declama versos y prosa, el acuario portátil que reproduce a escala un archipiélago, la ensaimada insular, las ondulaciones del oleaje, la brisa marina, su olor salado a marisco y arena mojada; un artificio con que ahorrarle la añoranza del mar.

Hasta que una alborada se incorporó, vio que empezaban a florecer los almendros en el huerto, vio que el arrendajo locuaz dormía en su caja de resonancia, vio el acuario mediterráneo en calma y no había novedades en el mundo, salvo un chispazo fulgente e irrepetible que señala el ocaso de un lucero distante, hacia donde Alma desea ir, mientras oye un friccionar de sedas, unas pisadas de zuecos hospitalarios, un llamamiento, las sanitarias intentan una reanimación clínicamente imposible.

Años atrás hizo un donativo a la causa redentora de Marietta, para que viajara a un continente donde los predadores patrullan vastas sabanas y la canícula reseca los recuerdos más antiguos. En los arrabales sudaneses encontró turbas famélicas de párvulos rodeadas de modo permanente por enjambres de moscardones. Entre el extravío de personas esqueléticas, avistó el deambular tambaleante del vientre hinchado y los ojos legañosos y el abatimiento de una chiquitina postrada por el peso de su propio cuerpo. Vio al buitre engolado con un collar

de plumillas, gulusmeando la carne, pimpante por la inminencia de un banquete al que finalmente deberá renunciar.

Alguien, un misionero saca cuentas a voces, los costes del despilfarro occidental, la calderilla podría mitigar la hambruna de poblachos enteros con nativos cuyos hijos tienen que espantarse a los buitres, mientras la grandilocuente Naciones Unidas despacha cumbres y almuerzos de dieciséis platos y adopta la decisión referida como «Decálogo Marco de Objetivos Universales para el Desarrollo de las Economías Sostenibles y la Erradicación de la Enfermedad en el Milenio», que sigue apoltronada en su trono conceptual durante el reparto de arroz hervido, conservas y ampollas con vitaminas, promovido por la expedición de Marietta, que no asimila ni comprende porqué la civilización abandona una parte de sí misma al albur del medio ambiente.

En otro poblado adoptó a una anciana que era un calco físico de su abuela Adela, antes había solicitado el parecer de los fedatarios, el portavoz especificó que técnicamente no la consideran incardinada en una situación de riesgo inmediato con probabilidad objetiva de un desenlace letal, empero, sí podría fallecer por las plagas víricas, el síncope solar o la rémora de la nostalgia.

Marietta, con tal suerte completó la tarea y satisfizo la condición requerida para ser nombrada beneficiaria legal y transferir a su hucha un caudal de riquezas en continuo crecimiento, suelo rústico, urbanizado o susceptible de serlo; tierras de cultivo y

latifundios y granjas, yacimientos, naves industriales, pisos y apartamentos y estudios, chalets, bajos comerciales, edificios para oficinas, casas rurales, masías, cortijos, inmuebles unifamiliar, saldos y réditos en bancos nacionales y extranjeros, cajas fuertes y cámaras blindadas de contenido valioso, protegidas por personal especializado, letras de cambio, pagarés, cheques al portador, primas, rentas de alquileres, comercios y franquicias, títulos de participación en capitales de empresas que cotizan en bolsas de valores, dividendos, oro, pinacoteca y antigüedades, bienes semovientes, caballerizas y un zoológico, flota naviera, patentes, derechos de propiedad intelectual e industrial, ingresos netos derivados de la empresa concesionaria que gestiona el aparato recaudatorio de una tasa por uso ordinario del léxico, conforme a la quincuagésima edición del diccionario oficial. Más un palacio del pánico, por si la situación se vuelve atómica, bromeó el letrado jefe.

Liberada del papelorio burocrático, como en un pase prestidigitador hecho por el ilusionista andaluz, los saldos a su favor y el balance patrimonial aumentaron tanto que no los agotaría millón a millón en el curso de una vida común. Aparcó sus ínfulas de pintora célebre, dejó unas sacas de emblemas de polímero infalsificables a la madre, que al verla entrar, dejar los talegos y en el acto volver a marcharse, le preguntó: ¿dónde vas, niña? antes de cerrarse la puerta oyó la respuesta: “voy a comerme el mundo, madre”.

Lucrecia con la palabra en la boca, se asomó al balcón de un cuarto piso hasta que vio salir a Dulce. Justo entonces le gritó: “Lleva cuidado no te coma el mundo a ti”. La hija por pudor o vergüenza no quiso replicarle a gritos, como un subastero de pescado en la lonja. Está decidida a explorar todas las cosas buenas que existen en el planeta, las infinitas posibilidades puestas a la venta en la era del capricho hedonista, acompañada de la indígena taciturna que espanta el mal de ojo mediante conjuros gestuales.

Quería renovar su vestuario, cambiarse de ropa, el pantalón tejano y la blusa por un vestido voluptuoso; invitar a Elisenda, quedar con las amigas, planea eventos, viajes, rutas culturales, turismo; hay un torrente soltado a presión en su cabeza que no le permite respirar con regularidad, añoró el abrazo confortante que recibía de su padre tras perder el equilibrio y caerse con la bicicleta, el año en que se le perdió entre la muchedumbre de la Semana Santa.

Lucrecia desde entonces responde a las niñas con la misma fórmula ambigua: “Se marchó con la procesión”. Entendieron que estaba unido al séquito de penitentes tras los cofrades y las carrozas y tal vez buscarse el camino de vuelta. En la ingenuidad del cambalache de los cromos y golosinas y la ventriloquia por que hablan las muñecas, había una espera latente, una ausencia omnipresente, una normalidad suspendida, en singular Marietta al oír el portazo blando y el vozarrón junto al sonido de sus botas reforzadas con remaches metálicos que le previenen del

riesgo de rebanarse un pie en la cerrajería, acostumbraba a correr por el pasillo hasta saltar al olor a hierro de unas manos que la alzan sobre los percances de la gravedad. Otro año su madre apreció suficiente madurez en las hijas y las reunió en el comedor para revelar el auténtico sentido de su respuesta invariante.

Aquel domingo las calles eran como un firmamento de luminarias dispersas por balcones y ventanas, que se extendía hasta desaparecer en las corvaduras de la noche. Había palmas secas y ramas de olivo sujetas con sedales a los cucharones doblados de las farolas, donde se agitan los flecos de los crespones alargados. Resuena un tamborileo distante, cada vez más grave y sonoro, hasta desembocar en la avenida. Aparece la doble hilera de nazarenos con capirotos, unidos por una soga en la cintura, entre muelles de humo desprendido por los cirios que llevan consigo. A continuación vienen mártires flagelándose con vergajos y a la cola un gentío de peinetas y mantillas que porta hachones de llama eléctrica.

El desfile procesional mueve otro paso, un carruaje cuadrilátero abierto, transporta un trono magnífico todo decorado con cenefas florales, guirnaldas, bujías encendidas, en el centro la imagen tridimensional esculpida en madera policromada representa a la Virgen del Rosario de todas las Penas, embellecida por el resplandor de su aureola sagrada, por la túnica de lamé plateado y el manto de terciopelo y tisú. Una imagería suntuosa, como si la fe auténtica, el sentimiento

puro, la esperanza legítima, requirieran boato y notas de espectacularidad para validarse.

El público congregado a los lados de las calles apenas mostró interés a quienes llegan detrás, a la cola del desfile. Eran penitentes, estigmatizados, uno tiene pies y manos horadados por cuyo agujero puede entrar un clavo grueso, una mujer añosa camina de rodillas, repite una letanía incomprensible y esporádicamente regurgita piedras y las expulsa por la boca.

Las hermandades se suceden como las olas en el mar, traen retablos y alegorías modeladas sobre lechos de claveles. Las carrozas son huecas y ocultan entre sus faldones el paso sincronizado de dos báculos de costaleros, que las sostienen y mueven desde su interior. Dos devotos pasaron la tarde discutiendo sobre cuál era la virgen mejor arreglada de todas las cofradías. La discusión verbal fue degenerando hasta hacerles perder la capacidad de tolerar opiniones diferentes a las suyas, incapacitados además para arreglar discrepancias por medios pacíficos, llegaron a las manos, se enzarzaron a trompazos bajo el entarimado. La pelea hizo escorar la estructura con un mugido de maderas duras, el peso venció la resistencia de los costaleros y el mamut se desplomó de lado sobre la sementera de vidas expectantes y confundidas, solo pudo ver un aluvión de lirios y claveles, revuelto con pedrería ornamental y las arras de oro y bisutería que está cayéndoles encima. Vuestro padre murió con la cabeza partida por un copón de oro. Lucrecia

interpone una pausa y remata la frase: "...se marchó con la procesión".

La señora ahuyenta los anélidos de la nostalgia, las sanguijuelas que parasitan el ánimo, pues resulta difícil afirmar o desmentir si los muertos libres de pecado terrenal son más infelices que los vivos. La esperanza, por definición, alude a cosas y circunstancias del conjunto de lo posible, por ende, cierra un epitafio atrasado: "Adiós padre, no habrá una cerrajería de la que regreses y tampoco estaré allí para esperarte".

La aceptación de una pérdida dolorosa, según los que entienden del tema, es una fase del duelo emocional que lo termina, pese a la teoría, la tristeza suya no tiene arreglo ni remisión. Reflexiona en el asiento posterior del taxi que la lleva a casa de su amiga Secundina, cuyas artes adivinatorias quizá le permitan ir un palmo por delante de la fatalidad y orientarse en aquella encrucijada de múltiples direcciones.

Encontró a la antigua hechicera de aura novelesca convertida en una mujer de aspecto enfermizo, consumida, con el cráneo rasurado, los párpados caídos y la mirada errática, parece somnolienta, sedada. Había ingresado en una congregación laica, a nivel legal está inscrita como asociación, en la práctica es asimilable a una academia de enseñanza y adiestramiento; dada su organización jerárquica se asemeja a un cuerpo castrense, por la voluntad de ganancias y beneficio encaja con las modernas fundaciones altruistas o sin ánimo de lucro,

además es compatible con el concepto de empresa, aunque sin denominación social. Cuestiones semánticas aparte, sus estatutos prescriben el voto de obediencia y el de pobreza a sus acólitas. Mencionan el aprendizaje por escalones, la revelación final, una mezclanza doctrinal formada con pasajes sagrados, textos antiquísimos, retazos de dogmas y creencias, añadidos a tópicos literarios, aforismos cultos, proverbios y citas de uso corriente, todo enunciado con el lenguaje que se entiende en la calle.

Secundina concibe el mundo a través de la mirada de su director espiritista, que la engolosinó con promesas y expectativas racionalmente imposibles. Viajar por el cosmos, crear materia con el pensamiento. He renunciado a los goces impuros, a la vanidad y el egoísmo, a las tramas ilusorias de la vida. Mi maestro Zacarías tiene dicho que los placeres terrenos llevan al vicio, y los vicios pervierten lo espiritual, enturbian la conciencia y te condenan a la insatisfacción permanente. Créeme, mi maestro es un ente angelical encarnado. Amo a Zacarías, su halo místico, su bondad, su barba de profeta, su tono paternal. Solo cuando convives un tiempo en su comunidad aprendes a escuchar, a discernir lo importante, aprendes a gestionar las frustraciones y el sufrimiento hasta hacerlos insignificantes, quizá entonces comprendas y aceptes que los bienes materiales y el cuerpo temporal estorban a tu corazón ardiente.

Tras la confidencia aguardó en silencio la aprobación de una visitante cada vez más atónita y exasperada, que reprime las ganas de zarandearla y gritarle: “Despierta”. Descarta asimismo propinarle una bofetada para espabilarla y abrirle los ojos a la verdad, está intoxicada por el opio en sentido literal que le hacen inhalar durante las ceremonias, los cursillos, las reuniones, a todas horas, reforzando el adoctrinamiento y el refrendo acerca del profeta mesiánico verdadero. Marietta no pudo sacar a la amiga del edificio contra su voluntad, pero preparó los mecanismos legales para destapar el fraude y hundir el negocio oscurantista.

El gurú se llamaba Eladio Casi y sus datos personales constan en la ficha policial de treinta comisarías internacionales. El falso apóstol desmanteló el cuartel general de sus fechorías para volverlo a inaugurar en algún lugar indeterminado del orbe. Así que cuando la señora tuvo medios legítimos para rescatar a Secundina, se encontró un solar devastado, con un almacén de pilares y jácenas por donde transitaban las mariposas polvorientas como trozos del ayer.

XVI

Sus biógrafos más creíbles fueron cuatro: Flavio, Rómulo, Pomponio y Remo. Cuatro perspectivas tras la misma lupa analítica que examinó los términos escogidos por la leyenda de la dama del mediodía. Empero, divergen sobre las causas de su anómala juventud.

Flavio asegura que proviene de la salmuera del corazón de su primo Romualdo. Remo sugiere que una avezada bruja occidental había intermediado en un pacto ventajoso con el demonio. Rómulo, más prosaico, propone las fórmulas secretas de Paracelso. Pomponio dejó dicho que una mutación genética desvirtuó la normalidad programática de su funcionamiento celular.

En el inicio de su leyenda impulsó causas humanitarias y altruistas. Visitaba la planta infantil de los hospitales donde luchan contra enfermedades raras y crueles, contra la progeria, contra la leucemia. Entra a las habitaciones cargada de marionetas, globos y golosinas; exclama: ¡La alegría de la huerta! como seña para iniciar la función del payaso que estampa falsas tartas de merengue y después gesticula intentando besarse los codos. Visita los orfanatos con un talonario de becas para los más aplicados, descargando en el patio una juguetería completa a la que llega pronto un vendaval de manos para dejar solo alguna pieza desmembrada balanceándose en mitad del patio.

Los folletines y clisés la mencionan con los epítetos de rica y heredera, como un segundo nombre o un tercer apellido. Los comentaristas menos creativos proponen parangón con la caprichosa París Milton o con Atenea Bonassis. Las revistas del corazón y las publicaciones amarillistas, sin aportar prueba fehaciente, le atribuyen un serial de rupturas y conflictos sentimentales, vídeos obscenos, trifulcas con reporteros, chanchullos fiscales, negocios clandestinos, tráfico de armas, de órganos, de narcóticos; mafia, pederastia, gentuza. En una fontana pública de Roma se bañó en cueros y ningún gendarme intervino ni procedió a su arresto, también descompostura ante los reyes de España a quienes no dio la mano sino un abrazo efusivo sin observancia del protocolo.

Una sarta de ocurrencias impresas que lucran más que la verdad ordinaria. La rica heredera se convirtió en el vórtice de un torbellino de paparazzi: “Una abeja monarca cuya celebridad atrae un enjambre de zánganos que liban los néctares segregados por sus apariciones públicas con cámaras fotográficas de corto y largo alcance”, según el símil planteado por un tertuliano en el magacín de *Ana Rosa Quintana*.

Allí donde estuviera una instantánea capta la sonrisa afectada, el gesto ensayado o el descruce de piernas en el aire de oro molido donde su figura había comenzado a idealizarse como una entealequia que progresa en sentido contrario a la evolución natural.

En los tiempos febriles, Débora, Antonina y Priscila obtuvieron anuencia obispal para celebrar tres bodas simultáneas en la catedral, por lo que celebraron una sola ceremonia ante una concurrencia vibrante, apretada entre sí por la falta de espacio. La invitada de honor ajena a las estrecheces observa el preludio del tresdoble casamiento, la oscilación de un botafumeiro impresionante que exhala hilachas gaseosas en su cauce amplio y purifica el ambiente con un olor recio.

Durante los actos preliminares, el portón principal chirrió y vieron contra la claridad diurna que entraban cuatro funerarios con un féretro, seguidos por un traje oscuro, un clavel lacio en el ojal, una corbata carmesí, y un aura sombría alrededor del hombre de gafas opacas y la cicatriz en el pómulo con forma de sonrisa invertida, que se acercó al oficiante y le susurró unas palabras al oído, luego el prelado lee en voz baja una nota manuscrita con las advertencias e instrucciones a tener en cuenta.

Miró a las tres parejas, después a los asistentes, pide calma, ruego silencio, monaguillos a su sitio, disculpen, aclaro que a continuación proseguirá la unión en sagrado sacramento. Señoras y señores, deben disculpar la presencia de un féretro. Me explico, por causa de fuerza mayor ha llegado antes de hora, en consecuencia, para evitar el escarnio de un difunto dando tumbos por las aceras, se acoge en depósito, hasta los oficios inmediatamente posteriores, permanecerá aquí, al lado del altar, sin más incordio ni dispensa. El quinteto abandona el templo, en

el trayecto uno de los porteadores comenta que el jefe sí que conoce el percal.

Enseguida la gente relega el incidente y guarda silencio, la normalidad se restaura y la celebración prosigue, en ese momento litúrgico procede el intercambio de las arras.

El convidado forzoso era Facundo Estrada, preso por conducción temeraria. Tenía tatuado en la espalda el mapa con las coordenadas exactas donde había ocultado un botín exorbitante, obtenido en lo se calificó como el robo del siglo. Cuando excarcelaron a Facundo, un infarto de miocardio impidió que sus compinches ajustaran cuentas con quien les había traicionado llevándose todas las sacas de los lingotes, aunque tuvieron noticia del mapa grabado en su pellejo.

El clan familiar de los Estrada custodia el pórtico y espera refuerzos porque ignora el número de enemigos a que se enfrenta. Los socios engañados estudiaron el panorama, la manera de entrar primero y luego salir sin que los detuviera una bala, un cura o la policía. Probaron a incitar una situación caótica o confusa, suficiente desorden para eludir la guardia y colarse en el templo, a falta de otras propuestas, encargaron por teléfono un lote de marisco fresco: “Debe entregarse en estas señas y repito entrad sin llamar ni pedir permiso”.

En mitad de la consumación nupcial irrumpió un equipo de repartidores con canastas de crustáceos y moluscos, ante la expectación de los circunstantes y la contrariedad obispal y la fatiga fruncida en las frentes y los síes suspendidos en los labios

que se giran para ver qué embolado viene ahora, copón, que no nos casamos.

Estalla una barahúnda en la catedral, la gente murmura, alza la voz, quieren una aclaración con la vista fija en los mensajeros, que discuten con el arzobispo sobre el pago pendiente del resto de la factura. La violencia acústica, impropia de un recinto sagrado, trasciende a la calle. Entran transeúntes, curiosos, vecinas, una riada desborda el recinto. Uno de los socios engañados que persigue el tatuaje, se mimetiza con la muchedumbre, esquiva codazos, pisotones, peinetas puntiagudas, tufo a perfume y afeites, llega al altar, alcanza el ataúd, lo abre, voltea al difunto, comienza a copiar frenéticamente el planisferio de tintas indelebles que el pulso cartográfico de un recluso había dejado impreso sobre las escapulas del compañero de celda.

Los centinelas se percatan de que un intruso les ha toreado, acceden al interior y avanzan por entre el gentío, apartan los obstáculos con dureza, gritan con exceso de testosterona, frente a los llamamientos al orden de la autoridad eclesiástica y el brote de histeria de las tres novias con sus vestidos de merengue y las alianzas en el puño.

Alguien da una patada a un globo perdido, que flota hasta los pies de la Virgen de la Macarena, una estatua sobre un azafate de promesas y agradecimientos encendidos en las mechas que sobresalen de las rodajas céreas, el globo por reacción explota, suena como un trueno, un disparo, Sobreviene una crisis

generalizada de pánico, una estampida de pamelas y tules y pajaritas, los invitados han presentido un peligro de muerte, huyen sin volver la vista hacia la deflagración que ha comenzado a flamear el cadáver de Facundo. Una vecina se asomó más tarde bajo el ábside y vio una novia sentada sobre un escalón junto al púlpito con la cabeza gacha apoyada en las manos, y un féretro en llamas y el pasillo cubierto por los restos recientes de un naufragio: canastos, cigalas, almejas, bogavantes, pamelas, gafas, rosetones e incluso una dentadura postiza. Las nupcias y oficios en la catedral fueron aplazados hasta mejor proveer.

Dulce había salido mucho antes, aconsejada por Luis Tosar, responsable del servicio de seguridad. Supervisa cada escenario, vías de evasión o escape, ángulos, distancias, impedimentos, emplazamientos para francotirador, escondrijos, número de atacantes permitido por el entorno, potencia de disparo necesaria para repeler la agresión. Anticipa los movimientos del enemigo, la mejor respuesta al ataque; rastrea sospechosos, neutraliza madrigueras, por ejemplo un confesionario, reduce puntos de entrada, habilita salidas accesorias. En resumen, aquello era una ratonera, comentó durante una charla informal con la cliente: “Presentí el tufo del demonio, eso es todo, llámalo intuición”.

El episodio no está incluido en la biografía de Marietta Sosa, porque tiene media docena de versiones diferentes y ninguna acredita los hechos. Aparecen en un film, en una novela, en una

opereta. En todos los productos del ingenio hay un contrato tácito de permisividad, aceptado por el público. Por consiguiente, la veracidad del contenido resulta irrelevante, mientras sea factible y coherente.

Un lunes adscrito al tiempo verdadero, apartó la vista de su agenda para atender una llamada telefónica. Intercambia saludos, unas pocas frases cordiales, finaliza: Querida ven a las once. A esa hora recibe a la amiga con una sonrisa. Lo importante y necesario para mí son las amistades, dice extendiendo los brazos. La actitud y la declaración recién expresada conmueven a la visitante, se abrazan.

La cita evoluciona. Charlan sobre temas inconexos, sobre sí mismas, sobre la vida en general y las suyas en particular. Hablan del amor, los libros, la muerte, la hipocresía, el progreso tecnológico, el clima, lo sobrenatural. La visitante centra la conversación, refiere un prontuario hermético descubierto en el doble fondo de un cofre que había adquirido en un mercado ambulante. Una vez traducido a lenguaje llano, entendió el propósito de los símbolos, los ingredientes y principios activos con que fabricar un producto insólito. Monjes medievales, brujas, ocultistas y místicos usaron su formulación para hacer viajes por el tiempo histórico. Conocerás tus anteriores vidas —aseguró la visitadora—.

La señora aceptó por un impulso no racional, porque sí, por una propensión aventurera, por curiosidad, para experimentar y

sentir emociones intensas, sobre todo para mitigar el tedio estructurado en su agenda de trabajo.

Abre su clínica privada donde probara el nuevo fármaco, asistida por personal sanitario cualificado, la maquinaria instalada en el lugar lo asemeja a una suerte de quirófano, todo reluciente, aséptico, con pilotos parpadeantes y dígitos que cuantifican las constantes vitales de la mujer acostada sobre una camilla, con electrodos adheridos al cuerpo y un gotero suministrándole suero salino por vía intravenosa. A su lado está la amiga, aunque el diario personal de Marietta no lo menciona, el estilo corresponde a Eunice o Secundina. Ha preparado una pasta resinosa parecida a la pulpa del áloe con olor a trementina o ese que desprenden los pinos recalentados por la solanera. Antes de aplicar el ungüento psicoactivo informa a Marietta, voy a extender esta solución tópica sobre tu cuerpo, notarás cierto calor, pero no quema ni duele ni irrita la piel, si quieres detener el proceso, pulgar arriba, vas a experimentar un viaje virtual hacia el pretérito pluscuamperfecto, según mi previsión, pronto te sentirás adormilada y entrarás a un estado alterado de conciencia.

Fue una aseveración certera. Dulce, por su ciclo circadiano, pugnó por estar despierta, aunque su conciencia empezó a hundirse dentro de sí misma, atraviesa incontables estratos hasta el subsuelo de la mente. Luego se estabiliza en un estado paradójico, está dormida y consciente, puede relacionar pensamientos, remembranzas, sabe que una vez miraba el

mundo a través de los ojos del explorador *Ponce de Tordesillas*, quien agobiado por la curiosidad salió a descubrir la utopía del Nuevo Mundo, y algo más si se terciara, el elixir que proporciona salud y vida sin término.

Desde que la trajeron de vuelta a la actualidad, padeció el azogue de hallar los rudimentos que ralentizan las saetas del reloj biológico. Investigó. Fue a lugares fantásticos. Probó soluciones medicamentosas, ha recuperado un instinto atávico, un deseo vehemente, una aspiración previa a su nacimiento, desde siempre ha querido dilatar su existencia, su juventud y abolir el proceso natural de vejecer. Recurrió a Eunice, instándole a que halle con rigor matemático un método para manipular el tiempo, su devenir incesante, sin reparar en gastos.

Durante el preludio de un invierno atípico por sus olas de calor, la científica reapareció cabizbaja. Había aceptado un encargo difícil o imposible, a falta de algo mejor trae un complejo vitaminado con que estimular la memoria. Menos da una piedra, arguyó Marietta, a sabiendas de que estaba enriquecido con principios activos muy potentes. Empíricamente, nadie conoce su efectividad.

Pese a los riesgos de la experimentación farmacológica, Dulce probó lo que Eunice denomina potenciador cognitivo del subconsciente. Primero nota un vahído, un vértigo, luego siente la ingravidez de flotar en un medio acuoso, una paz envolvente, revive su estancia intrauterina. Nada más. Recupera su condición histórica, dice haber visto las entrañas de su madre.

Otro día tomó dos grageas de golpe, se estremeció con la certidumbre de haber sido Andrea Antonopoulos, la zíngara que alargó su existencia hasta más allá de lo creíble mediante fitoterapias y formulaciones alquímicas.

Reclinada en el diván, desenreda el embrollo de sus reminiscencias más antiguas, en el umbral de su memoria hay una cocina rústica, cazuelas, fogones, Andrea intenta refinar un procedimiento de María, la Judía, consistente en llevar a la lumbre un cazo con agua donde hay otro recipiente de vidrio con la sustancia que se quiere calentar y además proteger del perjuicio del fuego directo. Con el tiempo la alquimia transmutó a las ciencias químicas, y el baño María perdió su cariz experimental, se utiliza en cosmética y con fines gastronómicos, para hacer dulce de leche o derretir cera depilatoria.

El efecto en su capacidad de evocación fue tan intenso y prolongado que Eunice tuvo que improvisar los comprimidos del olvido selectivo, para evitarle a Marietta el mosaico de vivencias minuciosas relativas a épocas arcaicas, revueltas en una tolvanera interior que distorsiona los tiempos verbales y sugiere un colapso nervioso inminente.

Eunice está cómoda entre abstracciones y laberintos problemáticos. Prefiere los algoritmos y las ecuaciones al trato directo con los hombres que en general considera demasiado atractivos y varoniles, o demasiado arrogantes y estereotipados, o demasiado tóxicos por celotipia o vulgaridad intelectual.

Digamos que su afán escrupuloso y metódico rebasa el plano laboral y se ramifica en todas las áreas de su quehacer diario. Está regido por una numeración ordinal específica, primero, segundo, tercero, la ubicación de los productos refrigerados, la secuencia de actividades antes de dormir o recién levantada, el alineamiento en el guardarropa o las estanterías, la colocación de geles y jabones y esponjas del baño. Esta preferencia por el orden no es enfermiza, sino típica de una mentalidad orientada a los resultados, luego tener cada cosa en su sitio aumenta especialmente la productividad y el confort.

Por esos días, las ensoñaciones de Marietta le inspiraron una línea de investigación novedosa. Así que estuvo concentrada en su gabinete de ciencias aplicadas durante semanas, emula a los antiguos colegas medievales e intenta convertir el plomo, o similar, en oro, plata o platino. Al fin, a escala microscópica logró transmutar un conjunto de átomos mediante reacciones nucleares, aunque eran isótopos inestables y el metal aurífero recién creado apenas duraba cinco segundos cronómetro en mano antes de su desintegración.

Con el ego lastimado, abandonó la búsqueda de la piedra filosofal, pues no aspira a consumir su vida extrayendo sin pausa tres protones de cada átomo de ochenta y dos, para obtener otro de setenta y nueve, modificado en molécula áurea, por cuanto que las cantidades finales evaluadas al microscopio resultan insuficientes para obtener un beneficio neto y un progreso patrimonial.

XVII

A media mañana el orfeón de la ermita resuena y trepa hacia los pisos superiores, ameniza una excursión errática de la aborígen centenaria, que ha subido escaleras, ha cruzado galerías y pasillos, dobló hacia cualquier lado en cada intersección, entró y salió de habitaciones y salas temáticas, vio más escalones y los subió uno a uno saltando con los pies juntos como una colegiala, merodeó por el rellano, por la meseta final flanqueada de puertas y notas de interiorismo, luego evita acercarse a un jarrón monumental donde cabría una gacela, y desemboca a un ático abierto. Está lleno de cosas irregulares, extrañas y fuera de orden, en dos palabras: un lugar heteróclito. Habrá que explorarlo. Palpa los objetos depositados en las estanterías, embolsados o envueltos en papel, vajilla blasonada, ánforas como enormes huevos prehistóricos de cuellos estilizados y grabadas con sombras épicas y figuras nigérrimas sobre fondo escarlata, adecuadas para un volumen de cincuenta litros más o menos, al tacto ni fría ni caliente, presenta ligeras imperfecciones en su lisura. Verifica la cualidad real de un baúl golpeando con los nudillos sobre su lomo de madera, para abrirlo necesita aplicar todo el poder muscular que le permite un cuerpo enjuto y unos brazos escuchimizados. Logra levantar la tapa que le recuerda un caparazón alargado de tortuga, y lo echa hacia atrás, dejándolo a expensas de los goznes. El mueble como es grande y de mucho fondo, los académicos lo

denominan baúl mundo. Empero, un simple control de calidad literaria sobre la narración en curso estima conveniente no definirlo en tales términos, eso sí, tenía un tamaño descomunal. La mujer de los cien años va agarrando objetos para extraerlos uno a uno, examina el hallazgo con detenimiento y después lo deshecha en el suelo y coge otro. El sentido del tacto y el oído suplen en parte su precariedad conceptual, saca un arcabuz, una cítara, rollos de pinturas orientales, un mantón de Manila, un collar de perlas, un insecto jurásico cementado en el interior de una borla de ámbar, un esqueleto de látex apretujado en un estuche que al sacarlo recupera por descompresión su volumen originario a tamaño natural; extrae y desestima un artefacto encuadernado que olía como a cieno, entre sus preferencias no cuenta la lectura ni descifrar los significados recónditos de aquellas hileras de hormigas aplastadas contra el papel, no sabe leer, por ende, es irrelevante la autoría del código atribuida a eruditos anónimos y a un tal Atanasio, el Ermitaño.

A esa hora la señora camina por el ala septentrional de la mansión, durante uno de sus deambulares filosóficos sin propósito concreto. Arriba a un ático que funciona bien como almacén y gabinete de curiosidades, un lugar donde cuesta moverse por la acumulación de bienes muebles y cachivaches de toda índole, utilidad y precio. Los haces de luz sucia que atraviesa las persianas confieren una apariencia tétrica a los armatostes antropomorfos. Para cruzar el sitio necesita ir apartando lo que entorpece el paso, las reliquias y

manufacturados, los instrumentos náuticos, de medición, de ciencias, de tortura, de recreo; el instrumental óptico, un fonógrafo cuyas barcarolas alivian la carencia de idealismos. Tropieza con la bola de cuarzo dadora del don clarividente, mira el búho hierático que al tocarlo abre unos grandes ojos redondos de vidrio naranja, toca el arpa cuyos sones invocan tempestades, y las orquídeas que cambian su color según el humor de quien les arroja el aliento.

Localiza a la anciana a quien legalmente tutela, está absorta escudriñando a través de un estereoscopio binocular por cuyo mecanismo las fotografías de su almacenamiento parecen tener relieve y profundidad, no se explica cómo metieron todo ahí dentro. A ras del suelo avistó la cubierta lignaria guarnecida con otros materiales, estaño, plata o aluminio para su rótulo: «Grimorio X^X». Justo entonces intuyó que nada había sido casual aunque lo parezca, había estado buscando algo sin determinar ni saberlo hasta ese momento, como si a partir de una solución hubiera planteado el problema.

Era un códice pesado, voluminoso. Sus páginas tienen aspecto apergaminado, están cosidas entre sí con bramante y encoladas a unas tapas de madera maciza; usaron guadamecí para el ribeteado, una fina tira de cuero por los rebordes de la encuadernación, cobre viejo para los remaches con filigranas orfebres unidos a las esquinas. En conjunto no parece asimilable al paradigma ideal de encuadernación dirigida al consumo multitudinario, tampoco permite un manejo desenvuelto, un

transporte cómodo, o una experiencia de lectura fluida y comprensiva.

En la urdimbre de ramificaciones y bucles y altibajos con que el destino se hace a sí mismo sobre la marcha, al voltear el ejemplar abierto entendió el significado de unos dibujos cuya correlación permite imaginar una intencionalidad semántica, mas el resto estaba hecho con jeroglíficos y textos que exigen una especialización y gente de letras para ser interpretados.

Las ilustraciones están enmarcadas, al estilo de las historietas modernas del cómic y los tebeos, ocupan tres viñetas. Primera, mujeres añosas desnudas. Segunda, sumersión en aguas de balneario. Tercera, mujeres contentas recién salidas del baño, chorrean juventud, exhalan renitencia.

Besó las mejillas del retrato viviente de su abuela Adela y más tarde pondrá en nómina un laboratorio de químicos, terapeutas y cosmetólogos, quienes elaborarán una fórmula rescatada del recetario. El antídoto contra la senectud tendrá olor a toronjil de menta, será como un jarabe según la médica, como un elixir según la literatura fantástica, como un bebistrajó al primer trago de amargor, como agua bendita de Mayo, en los términos proferidos por la señora.

Antes tuvo que recurrir a la amiga filóloga, pues la receta portentosa y el grimorio en conjunto están manuscritos con un idioma extraño. La máquina omnisapiente afirma que usaron un sistema de cifrado para oscurecer la comprensión de los

mensajes, pese a la complejidad, el encriptado no posee una fortaleza incondicional y puede ser vulnerado.

Marietta puso a disposición de Eunice una red de computación para ayudarle en los cálculos matemáticos con que descifrar el oscurantismo. En los próximos días Alma recibirá los primeros resultados, lo suficiente para traducir las lenguas muertas en que fueron formulados y deducir una fórmula magistral guardada con celo desde los tiempos arcaicos.

El autor pese a su antigüedad habla sobre la «enzima telomerasa», sobre la muerte programada de las células que componen el cuerpo humano. La sustancia descubierta anula el ciclo del envejecimiento celular, asimismo impide la división descontrolada que provoca tumores malignos. Al menos en teoría, para un supuesto ideal que no considera las agresiones externas, el producto obtenido procura una suerte de inmortalidad sin los achaques asociados a la senescencia.

La primera noticia sitúa el artefacto X^X en un yacimiento arqueológico próximo al desierto del Sahara. Hubo un robo en el campamento y desde entonces el manuscrito formado por muchas hojas ha atravesado un auténtico periplo a través de las eras y los continentes. Bautizado en cada cultura con un nombre diferente, hasta que un hierofante de la Grecia antigua le asignó su título definitivo. Existe un solo ejemplar pues el original era destruido tras llevar sus capítulos a un formato actualizado. Bibliófilos, magnates, anticuarios, documentalistas, mitómanos, especuladores e incluso un investigador ufológico, rastrean su

paradero y apuestan o pujan alto por adquirir su posesión y propiedad. Todos los eruditos postulan que fue dictado por un taumaturgo ignoto, un hacedor de ocurrencias prodigiosas. Algunos consideran que sus epígrafes se realizan por el mero ejercicio de su lectura consciente, quizá por ese potencial, entre otros motivos, la redacción en lenguas como el acadico, el latín o el etrusco ha sido oscurecida mediante algoritmos de cifrado cada vez más robustos.

La rumorología esotérica le atribuye contenidos aleatorios, precognición, vaticinios, omnisciencia, las verdades últimas a que aspira el espíritu humano, su posición en el conglomerado de galaxias, la realidad de ultratumba, las nociones filosóficas adscritas a la angustia terrenal. Comoquiera que sea, los fragmentos resueltos del elucidario contienen el verbo con que obrar encantamientos, artes aplicadas, ciencia exacta, los entresijos de una tecnología sobrenatural atribuida a una civilización que habitó la Tierra en un eón anterior a los dinosaurios, a los anfibios, al microorganismo primigenio.

Resumiendo a efectos narrativos, desde su origen incierto ha estado sometido a traslados, depósitos, manipulaciones, estuvo en un secreter, en un sótano, en una caja fuerte, en gavetas, anaqueles, mesas de disección, expositores, cajones. Un movimiento confuso lo transfiere a un taller donde unas manos artesanas reformaron el código, diénrole encuadernación, repujados; una caligrafía uncial rotula un título claro, de formas

redondeadas y letras desunidas. La dinámica azarosa lo entremezcló en un lote subastero adquirido por Marietta Sosa.

Por los días en que prepara el bebedizo, Alma corrige un ensayo para cuya investigación, análisis y redacción había invertido casi un año. Entiende que la ciencia debe ser accesible a cualquiera, incluso asume los gastos de imprenta cuando quiere publicar algún trabajo inédito.

Piensa que la escritura como herramienta de uso diario surgió para agilizar economía y finanzas: entregas, débitos, albaranes, contabilidad, inventarios, compraventas. En su evolución aprovechó toda clase de soportes, barro, tablillas, mármol, piedra, pellejos curtidos, seda, cerámica, hueso, hojas de palma seca, cáñamo, papiro, pergamino, celulosa, píxeles. Una agrupación de páginas conforman un libro. Su formato ha variado desde el modelo giratorio, el que se desenrolla, el de hojas plegadas como los acordeones; hasta el códice, con hojas unidas por el margen y cerradas entre dos tapas. Este modelo material de libro permanece inalterado tras varios siglos en el mercado de la información.

Alma había analizado ideogramas, silabarios, láminas traídas por los conquistadores españoles del Nuevo Mundo, papiros rescatados de los cofres hundidos con los galeones de Diego de Zumárraga. Descifró los glifos olmecas, el sistema ñuiñe, las grafías mayas que permanecen sin resolver. Una vez concluido el proyecto, compartió los resultados con la comunidad, otros investigadores le avisaron: “Ni siquiera es una primicia”, porque

alguien había trillado las mismas reflexiones y teorías. Alma se consoló: “No importa, al menos experimenté lo mismo que *Cristóbal Colón*”.

Paralelo en el tiempo, en otras coordenadas, *Luis Tosar* ultima el informe mensual de seguridad. Un confidente ha revelado que planean atentar contra la vida de la señora. Alguien poderoso y no identificado costea los servicios de entre cinco a nueve sicarios y francotiradores. Añade otro párrafo aunque no suponga riesgo vital para su cliente, la cocinera suplente y sus ayudantes despotrican contra la señora, a quien apodan doña Libros, la ponen verde con su chismorreó. Conviene saberlo, aunque no represente una amenaza ni tenga importancia práctica, todos hemos nacido para mandar.

La señora atraviesa un periodo diferenciado por la incertidumbre y el sentimiento de ser vulnerable y estar expuesta a la ferocidad de sus congéneres. Solo tras recibir amenazas de muerte en un anónimo hecho con ristas de letras recortadas a diferentes tamaños, formas y colores, amplió la nómina de guardaespaldas, los dispositivos de seguridad. Instalaron una maraña de ojos electrónicos por los jardines, baldosas sensibles a la presión, micrófonos cuya sensibilidad permite detectar el vuelo de un insecto, perros dirigidos a distancia mediante pulsos inaudibles para los humanos, dejaron suelto un gallo colombiano que fustigaba a la servidumbre con sus bravuconadas intempestivas. Por último contrató una dotación de mercenarios impertérritos que acatan el lema de

proteger o morir, y en las terrazas, en los parterres, cuando pasea, cuando socializa o de parte, la envuelve una hidra con la mano tensa y los dedos reposando en las pistoleras, y la mirada panorámica tras las gafas oscuras.

En el contexto de sus inseguridades, pidió consejo a su fiel amiga Antonina. Piel de clarisa, ojos como enigmas, pelo lacio y acampanado, blondo, esplendente. Es una mujer analítica y realista, ordena sus actos y la impulsividad emotiva mediante un talante reflexivo, siempre piensa dos veces antes de hablar o actuar. Asimiló las leyes democráticas a los cimientos que sustentan el progreso civilizado. Conforme a su parecer, trabaja cada día en parte por ideales y abstracciones, la libertad, la justicia, la propiedad privada.

En su esfera íntima, dada su naturaleza sana y energética, entre amigas ha confesado que necesita uno o varios orgasmos diarios, aunque nada tiene que ver con la ninfomanía, además se entrega a un solo hombre, asocia la sexualidad a una pareja estable y un nexo afectivo, incluso con matices propios de lo romántico.

Con pulso certero y esfuerzo personal aprobó las oposiciones a policía y se graduó en la academia con una mención honorífica. Como tiradora de élite demostró su puntería agujereando el corazón de la diana fija y móvil en todos los ejercicios; una vez descompuso un puro habano enfocado en la mira telescópica del fusil de largo alcance. Tiene apariencia frágil pero domina técnicas y golpes certeros de artes marciales y boxeo con los que

resolver combates cuerpo a cuerpo. Durante una exhibición ante las autoridades locales, en veinte segundos tumbó y redujo a un luchador membrudo. Otra de sus habilidades está relacionada con la desactivación de bombas. Mientras acordonan la zona adelanta al robot artificiero y alarga el brazo bajo el vehículo denunciado. Con sus dedos sensitivos examina las dimensiones y la configuración de una lapa adherida a los bajos, busca la espoleta del temporizador, secciona la capa longitudinal exterior del entorchado, revisa el torzal que arrolla en espiral varios cables, verde, amarillo, azul. La escena es un tópico del cine de acción, por ende, la realidad narrativa copia a la ficción, cosas más extrañas se han visto.

Antonina ha detectado un cuarto filamento gris, que aporta novedad e intensifica el desafío, pese a todo la policía pelea contra un artefacto de fabricación casera, con suficiente explosivo como para abrir un cráter del tamaño de un rueda taurino. La cuenta regresiva del temporizador ha comenzado, de modo que la artificiera trabaja contra el mecanismo, contra el reloj, contra sí misma.

En el último atentado la explosión mató a la compañera que le había sustituido a petición propia. Nueve, no suda, no tiembla, no duda sobre un mecanismo grosero fabricado para la destrucción irracional, más allá los gendarmes dilatan el cerco, hacen retroceder a la muchedumbre curiosa y a los periodistas hacia una distancia prudente. Ocho, a la imaginación llega un olor rico, a purrusalda, a sopa de bacalao y puerros. Siete, tiene

la sensación de que hay presencias a su lado; sus cinco sentidos no captan esa dimensión transparente por donde peregrinan novecientas ánimas llegadas de los camposantos, en uno cercano días atrás había inutilizado una bomba. Seis, cada latido del tiempo acarrea la paradoja de ser igual a todos los anteriores pero también único e irrepetible. El gesto de enfocar con fijeza un área estrecha de la realidad le hace entornar los ojos. Ha memorizado la disposición espacial de los cuatro hilos retorcidos como uno solo, siente el color con la yema de los dedos, verdusco, pajizo, añil, leucofeo es una palabra rara y además en desuso, mejor gris.

Cuestiones de estilo aparte, Niceta diría que no está el horno para bollos, nada de abandonarse a la suerte, tampoco la necesita ni la desea. Cinco, tras concluir un operativo de fecha reciente, en el regreso a bordo del furgón que transportaba el artefacto explosivo desmontado hasta convertirlo en un amasijo de fibras plastificadas, componentes electrónicos y argamasa, presenciaron por los retrovisores un crimen, pero el viraje súbito y el acelerón con derrape y la persecución por una calle principal no coadyuvaron en el apresamiento de los dos criminales. Los hechos anteriores ocurrieron como reproducidos en un video al doble de su velocidad normal, un hombre increpa al enterrador del municipio en el momento en que cierra el acceso a la necrópolis hasta después de la siesta. ¡Eh tú! muérete o te matamos ahora. Dicho y hecho, el primer tiro le atraviesa una pierna. La víctima, sepulturero municipal, quiere huir, sabe

que esa gente habla en serio, pero al intentar correr necesita apoyarse contra el muro para no caerse, tiene una pierna incapacitada. Un pistolero se aproxima, le zarandea con violencia agarrándole por los pelos, luego coloca el revolver junto a la sien y aprieta el gatillo. Pese a la estridencia de las sirenas activadas en los coches patrulla que llegaban al lugar, y el despliegue de agentes uniformados y provistos de armas largas, había un muerto solitario que no puede enterrarse a sí mismo y ningún móvil para dilucidar ese odio eyectado en la escena del crimen, que flotó en el aire durante días como una colonia basta e irritante. Cuatro, son cuatro cables, cuatro colores, veinticuatro diseños posibles y una sola oportunidad.

Cambiando de tercio, una vez pintaron a brochazos una advertencia en el lomo del caballo percherón que mueve el carro fúnebre durante los entierros locales. Tres, un pálpito hizo temblar sus pechos de nectarina, la experiencia sensorial de la realidad es el andar que hace al camino. Dos, cada vez que ha estado enfrentada a una situación a vida o muerte mientras lucha contra la circunstancia adversa, por ejemplo, nadar en una playa con bandera azul y de súbito estar debatiéndose contra corriente en un mar embravecido que la atrae aguas adentro; su cerebro gestiona la situación de modo peculiar, busca similitudes con hechos pasados, variables comunes, un patrón fijo; en otro ramal de pensamientos, hace un análisis prospectivo que calcula los desenlaces posibles, y su capacidad para influir sobre lo contingente; con un método puramente heurístico o especulativo

se propone una o varias soluciones. Entretanto la actualidad, el presente histórico progresa al ralentí, alarga el tiempo atómico medido por un cronómetro. Sin relación con el lance en curso, la artificiero durante el desayuno había recordado una exhibición en el campo de tiro, la madera alargada y rugosa del tablero, las gamuzas consecutivas en cuya superficie dispusieron varias armas, enteras o troceadas por piezas. La demostración será contrarreloj y a ciegas. Un colega le ajustó un antifaz e hizo las comprobaciones pertinentes.

La señalización acústica del silbato mueve a la experta uniformada tres pasos a la derecha, palpa las piezas depositadas en la primera gamuza, con movimientos de autómata ensambla la pistola, inserta el cargador por bajo la empuñadura con un golpe a mano abierta, quita el seguro, amartilla la pistola, espera la señal del silbato, suena un disparo, un estallido del globo donde ha hecho diana. Otra vez un silbido, tres pasos a la derecha, empuña, aguarda, escucha, dispara; a continuación desmonta el arma monolítica, de metal y polímeros sintéticos, treinta y tres piezas, dos pasadores y ninguna tuerca. Con la misma frialdad castrense, Antonina logró un cien por cien de precisión balística y habilidad manual.

Los asistentes y la tribuna de autoridades aplauden, un edil le dirige unos vítores. Tiene la mirada ingenua y el aire desvalido de un cervatillo. Semanas después unos encapuchados secuestraron al concejal. Vindicaron un traslado geográfico de

sus camaradas encarcelados en otras provincias; si la petición fuera desestimada amenazan con ejecutar al rehén.

El rescate imposible, la brevedad del plazo, la aleatoriedad con que fue elegida la víctima, la tensión previa a la tragedia, el intento absurdo de chantajear, amenazar o coaccionar a un Estado soberano, mantuvieron en vilo al mundo a través de la prensa. Benedicto II, el Piadoso, intervino con una pastoral dirigida a quienes han perdido ciertos rasgos que definen al ser humano, la misericordia, la sensatez, el diálogo, las vías pacíficas de resolución de conflictos. Ruega una pronta liberación del inocente.

A esa hora en la espesura del bosque obligan al secuestrado a ponerse de rodillas. Está maniatado, cubren su cabeza con una talega y le notifican su sentencia: “Vamos a matarte”. Justo después en la iglesia del pueblo resonó el primer badajazo del anuncio de las cinco de la tarde y una desgajadura entre los árboles movió una lluvia repentina de hojarasca sobre la escena. Uno de los criminales descerraja dos tiros contra un hombre que consideraban apenas un bulto sin rostro, abandonado a la tormenta de su interior orgánico, a una agonía atravesada por imágenes y sensaciones irregulares, como un sueño fragmentario. El dolor de cabeza ha terminado, quizá la playa tibia donde recoge conchas marinas junto a su hermana haya sido el motivo de la mejoría. Último segundo, Antonina decidió cortar la brizna gris, pues al tentarla sintió una cola de lagartija entre los dedos y pensó: “Aquí está la solución y el problema”.

XVIII

La señora mandó extender una playa artificial conectada al mar por canales subterráneos, en cuyas aguas salinas conviven delfines, flora acuática y un galeón a escala, incluyendo muchos cofres repletos de diminutas onzas de oro, y varias ninfas mitológicas de extirpe grecolatina que los protege del avariento.

Ha comprobado que saturar su cabeza con plazos urgentes, reuniones, acuerdos jurídicamente vinculantes, señalamientos, o planificar una agenda obligatoria y en especial evitarse los intervalos sin nada que hacer, nadie con quien hablar, ningún desafío para resolver; abandonarse a la inercia, abandonar el aquí y ahora, irse por los Cerros de Úbeda, esto copiado de Niceta, en el peor caso, sea cual fuere el punto de partida y la actualidad involucrada, sus pensamientos o divagaciones tienden a recrear un antiguo novio, un noviazgo, un amor truncado. Con una sensación epidérmica recrea el primer beso, la felicidad efímera de una noche de verano.

Evita dilatar los interludios, por así decir, de la inmensa escenificación donde habita. Aprende a mordisquear la manzana de los deseos que se cumplen al instante o quedan relegados por otros caprichos y pretensiones. Según su parecer, puede contrariar la propiedad inexorable del tiempo, conservar la piel tersa y fragante como envoltura lujosa de un cuerpo sano y flexible, significa ostentar una juventud preternatural, aunque implique artificios de laboratorio, arreglos quirúrgicos y elixires

míticos. Entre sus métodos favoritos estaba incluido el doctor Stradivarius, una eminencia portuguesa con nombre de instrumento musical elitista.

Moldeo la belleza igual que un alfarero hace con el barro, declaró durante un simposio internacional. Había estilizado la silueta de la señora hasta equilibrarla en una idealidad armónica. Borra sus máculas y la pigmentación asociadas al envejecimiento, perfiló su nariz conforme a la volubilidad de unos deseos nunca satisfechos, rebajaba el exceso colgante bajo el mentón. En resumen, cuarenta y siete cirugías cuyo historial clínico ocupa dos volúmenes de documentación médica.

Con el tiempo una mujer de aspecto normal se fue transformando en una invención de sí misma, un personaje artificioso cuya belleza planificada acrecentó su popularidad. La rica y bella heredera atrajo un aluvión de admiradoras incondicionales. Imitan el estilo de su indumentaria, que combina leotardos, minifalda, camiseta visible bajo una blusa de malla y un mitón único. Copian sus peinados, sus abalorios, incluso los gestos, los movimientos y las poses que exhibía en las pistas de baile donde cantaba con la voz de otra ante el auditorio de sus karaokes amañados.

Las seguidoras más obsesivas y adineradas, subieron otro escalón en la idolatría, firmaron el consentimiento informado para modelar sus facciones en el quirófano. Regresan a sus domicilios con un vendaje arrollado alrededor del rostro y la cabeza, luego al término de la convalecencia empiezan a desliar

la tenia de su mitomanía y reconocen a su ídolo en la realidad especular del espejo. La procreación idólatra no cesa, cada día nacen nuevas réplicas o clones o siamesas o calcomanías de carne y hueso y mentalidad juvenil.

A propósito del original y la copia, nunca pudieron plagiar sus menstruaciones de un día, ni hacer creer en una presencia ubicua, porque su carisma genuino no puede imitarse, el aura que brilla entre los flashes fotográficos, ante la muchedumbre contenida por los guardaespaldas cuyas cachiporras extensibles marcan el límite a una batahola de manos alzadas y llantos histéricos y desvanecimientos al paso del tafetán y las sedas y los tules que visten y adornan a la protagonista, camina arrojando puñados de oro triturado a quienes muchos años después seguirán contando el evento con una disimulada jactancia.

La dama meridional aprovecha la libre circulación de capitales para influir en la legislación aprobada por los gobiernos, siempre consigue ganarse la sumisión del estamento político. En las entrevistas si le preguntan por el aumento exponencial de su fortuna y cómo triunfar en los negocios, suele dar una contestación escueta: “Compra barato, vende caro”.

Por esa dinámica lucrativa y su gusto por el contacto material con la riqueza, llenó cajones con sus alhajas de uso frecuente, colecciona piedras preciosas, especialmente ágatas de varios metros, esmeraldas verde cristalino, esmeraldas con forma estrellada, esmeraldas que pertenecieron a *Cleopatra*, zafiros

azules, zafiros incoloros, zafiros orientales de brillo intenso. Sin nada mejor que hacer encargó levantar una pared medianera extravagante con una partida de lingotes.

En las temporadas de aversión al arte, entretiene el tedio asignándose cargos empresariales, directora ejecutiva, consejera delegada, directora gerente, asume la jefatura directa de uno o varios comercios, relacionados con bienes o servicios novedosos, o para impulsar aquellos sin fuelle, alicaídos, aplicando las directrices sugeridas por Débora, la aristócrata empresarial.

Los socios estratégicos y los asesores futuristas advierten a resultas del ciclo económico: “Soplan vientos de recesión”. Sin vacilar replica: “Compren oro, innoven”. Reacia al pánico generalizado y el pesimismo catastrófico, provista de una mentalidad orientada a la resolución del problema como Niceta, aunque debe tener claros todos los parámetros involucrados antes de proponer una solución.

Las finanzas apenas mitigan su ansia de dominio, igual que otros temas serios considerados simple diversión, un juego de tablero, desplazar activos de un lugar a otro, urbanizar, edificar, pagar peajes y voluntades, sugerir leyes plásticas con mazos de billetes, recuperar el turno con el privilegio de tirar dos dados y avanzar quince casillas porque sí, porque las normas son para los pobres, además sin riesgo ni ciertas infracciones al orden establecido muchas jornadas —especialmente los miércoles como día de la semana— tienden a hundirla en el aburrimiento

de lo previsible. Aun es una manera de contentar a los demonios que todos llevamos dentro, le gusta salirse con la suya como las adolescentes, conservar intacto el ego.

Evito atosigarme con remordimientos, reflexiona junto a Eunice, mientras pasean por la hacienda montadas en una calesa. La amiga científica había regresado ese invierno abrigada con exageración: gorro, bufanda, manoplas, pantalón, suéter, gabardina. Luego al quitarse el exceso, mostró el porqué llevaba tanta ropa encima. Tiene la piel verdecida por un lustre que le confiere un aspecto extraterrestre.

Al menos he tenido suerte —matiza—, la coloración no es permanente, como mucho durará cuatro o cinco semanas. Había experimentado consigo misma un producto de estética corporal, una crema cuya versión definitiva induce un bronceado luminoso y saludable, ahorra tiempo y esfuerzo, y protege contra los atracones de radiación ultravioleta. La reactividad a la mezcla de tonalidades había coloreado su epidermis con una tinción indeseable aunque transitoria. La anfitriona ante la alienígena bromeó: “Verde que te quiero, verde”.

Eunice confiesa que a la hora de llorar, lloro por un solo ojo, pues ha patentado la fórmula del bronceador instantáneo y está comercializado con muy buena acogida y el visto bueno de las autoridades sanitarias. Empero, la amiga se muestra exultante por una invención menos frívola que los cánones impuestos por las modas, pues ataño prefirieron blanquecer la piel con polvos o lo que fuera, la tez clara se asociaba con determinada clase

social que no necesita exponerse a la intemperie como los campesinos y jornaleros. Más adelante *Coco Chanel*, una diseñadora francesa, transformó el paradigma cosmético hasta la antinomia, la piel bronceada era entonces símbolo de buena vida y holgura económica.

Finaliza la digresión y retoma el hilo principal que trata sobre sus trabajos y realizaciones. He aquí el logro obtenido sin subvenciones ni becas ni donaciones, sin auspicio ni patrocinador, o sea, el presupuesto normal en la investigación científica española. Mostró en la palma de la mano un redondel como una pequeña moneda con propiedades fosforescentes: “La píldora de la felicidad, una cada veinticuatro horas”. Mejor dicho, anula la infelicidad, la insatisfacción, el querer y no poder, hace conscientes a las personas de todo cuanto poseen en su día a día y no valoran, una familia, un hogar, agua potable, fluido eléctrico, alimentos, asistencia sanitaria, ropa, libros, electrodomésticos, lo suficiente para procurar una suerte de felicidad relacionada con el agradecimiento. Aquellas lentejuelas conforme las describe Eunice, adquirieron un brillo redentor y sobrenatural, pues permitirán rescatar al género humano de su tristeza milenaria.

Semanas después una batida ejecutada con precisión militar por un comando especial desmanteló el laboratorio donde estaba previsto fabricar a granel la sustancia alegre, que carece de efectos secundarios, no crea adicción, y aportará mucho contento a las masas. Había sido incluida en el catálogo de

legumbres embriagantes y preparados narcóticos publicado por una organización privada que maneja asuntos de salud pública, y por subsecuente su fabricación, comercio, tenencia y consumo han sido prohibidos y se consideran delictivos y punibles.

Eunice murió durante un invierno sofocante, cuando el virus Belcebú causaba estragos y los fenómenos atmosféricos extremos se sucedían sin conceder tregua a la población. En su gabinete había cometido un lapsus aritmético al contar uno a uno los corpúsculos medidos en la bureta, separados por evaporación y condensación en un matraz florentino, discriminados por destilación en un alambique; a través de un embudo llenó gota a gota un frasco de vidrio cuentagotas con una sustancia líquida, incolora e inodora, que al contacto con las mucosas de la cavidad bucal produce una sensación intensa de sequedad y amargor.

Acostumbra a ser la cobaya de sus experimentos, así que dejó caer una tras otra las siete lágrimas farmacológicas, con el brazo en alto, la cabeza mirando arriba y la boca abierta. El remedio no surtió efecto y las hordas de sanguijuelas microscópicas que invadían su torrente sanguíneo siguieron su evolución natural y en pocos días la devoraron desde adentro.

Con ese oficio viejo que el destino emplea para cerrar fallebas y candados en las entradas de la esperanza, después del funeral llegó a la mansión el alcalde, acompañado por un secretario inexpresivo, que estuvo escarbando entre los documentos de su

maletín durante la reunión, sin atinar en ningún momento a encontrar lo que sea que estuviera buscando. El regidor habla con voz ronca, es un hombre simiesco, por la corpulencia, la excesiva longitud de sus brazos y el vello corporal abundante.

Los vecinos de ideología contraria, o no simpatizantes, o detractores, o polemistas, participan en las campañas de derribo y desprestigio que son frecuentes en las democracias. Entre los infundios o las verdades como puños, según se mire, dicen que sufraga con el erario municipal sus farras nocturnas. Ordena bandejas con hojaldres de faisán trufado, barriles sellados por monjes cerveceros que garantizan una fermentación exquisita de lúpulos e ingredientes secretos, canastillos con un lecho de hielo granizado y florituras herbáceas aderezando la mariscada cuya digestión podría colapsar un estómago común, canéforas con caviar beluga que engulle directamente del recipiente con los dedos. Para sus fiestas privadas contrata animadoras eróticas y geishas auténticas, quienes al bajar del tren abren sus sombrillas y andan con movimientos de pingüino dentro de sus quimonos ceñidos.

La fama de vividor y arribista sea cierta o falsa precede a quien se presentó ante la señora para proponerle un negocio de expansión inmobiliaria, una operación que traerá prosperidad a la comarca y trabajo para muchos, aseguró. Adquieres unos terrenos rústicos, luego recalificamos a suelo urbanizable, te concedemos unas licencias de obra, digamos treinta, pero construyes cuarenta, en definitiva, compras barato, vendes caro,

pactamos un porcentaje que ingresarás directamente a una cuenta bancaria. Por consiguiente todos salimos ganando.

No ha quedado acreditado el vínculo entre esa reunión y los sucesos posteriores, aunque más tarde iniciaron un plan de urbanismo sin precedentes, plantaron cientos de casas prefabricadas, endebles, de madera barata y tejados de uralita, que invaden los predios de la playa.

Una fecha aciaga subió la marea con tanta fuerza que entraron las aguas hacia el litoral, arrojando una sopa de cangrejos gigantes, bivalvos alelados y hasta una sirena cuyas escamas imbricadas refulgían en la relumbre lunar, aunque en realidad era una figurante que cayó por accidente desde una embarcación donde se rodaba una película y llegó arrastrada por el oleaje, desesperada por intentar salir de la cola de pez mientras sus tetas imponentes parecía flanes trémulos.

Las construcciones se desperdigaron hasta más allá del horizonte y durante años flotaron a la deriva. Tras los desahucios impuestos por la bravura de los mares, una muchedumbre de vecinos movidos por la mala sangre, secuestraron al corregidor, lo confinaron en un féretro y lo soltaron en alta mar a merced de los ciclones, gritándole con saña: “Para que sepas lo que es vivir en un ataúd”. Tampoco hay que excederse. Las protestas y frustraciones populares jamás trascendieron hasta el cascarón de terciopelo donde el gobernador, superada la congoja inicial, esperaba el salvamento, entregado al vicio de la especulación, baraja presupuestos para

urbanizar mares y cielos a bajo coste. Mas nunca le volvieron a ver por la comarca.

En la época de las casas marinas, la señora regresa extenuada tras despachar correspondencia, invertir, hacer donaciones, contratar con apoderados, almorzar con estadistas y comprar alguna fruslería.

Entra al silencio abacial como un soplo fragante moviendo sus manos de pintora preciosista para dejar atrás los pedazos de una corteza inflexible que cubre su existencia con escoltas y secretariado y quienes arreglan las cutículas de sus pies. Accede al vestíbulo y saluda a la armadura completa de un guerrero medieval inexistente.

Elige la bifurcación de la doble escalinata por donde subirá recordando la consunción de Elisenda, las ínfulas de Cándida, los desatinos de Eunice, la ambición de la amiga Delia, el empeño de Priscila; hasta tocar el rosetón de marfil del pasamano en el piso superior. Andando deshoja su cuerpo y deja tras de sí un reguero de pétalos con la guayabera traslúcida y la halda minúscula y los escarpines charolados y la hoja de hiedra íntima, con la misma facilidad que una gacela cuando sucumbe a su predador. Desnuda se entregará a la purificación entre las emulsiones amnióticas y la sapidez del aguamar de las placentas tibias durante sus baños vivificantes.

Con los últimos badajazos en la ermita, prosigue bautizándose en los nacimientos continuos entre las caldas de una lozanía forzada; se deja agasajar con las restregaduras de las esponjas

gelatinosas desprendidas de las maternidades ajenas, place adormilada en la lenta liturgia de la sumersión termal que corrige el tiempo y endereza el estambre de su condición biológica a medida que la edad avanza por dentro y retrocede por fuera.

Su compleja terapia incluye la cirugía plástica y el elixir del manuscrito X^X, perfeccionado por sus ingenieros bajo juramento de silencio, que según el prospecto tiene un potente efecto regenerador a nivel celular. Sea como fuere ni siquiera sus biógrafos más listos y perspicaces podrían determinar la edad exacta de la anciana de veinte años y un día, que se deja atender por un plantel de doncellas exóticas, embriagada por la soportable levedad de su índole corpórea y por el tránsito ralentizado en los lunarios y las rapsodias nacidas de los cincuenta y tres instrumentos de cuerda y viento ordenados en una orquesta de cámara cuyos músicos tocan con los ojos vendados por respeto a la privacidad de la dama. Está meditativa entre los pastizales sangrientos donde hace girar una y otra vez la saeta caprichosa de la brújula que le permite establecer el norte de la certidumbre, el mediodía imaginario donde existirá hasta el término de la eternidad.

Continúa en su balneario, busca el relax de los masajes aromáticos del mentol y la bergamota, yace bajo unas manos untuosas que le amansan el ánimo y delinean un cuerpo entregado, durante un remanso de placidez donde casi nada

escapa a su influencia, excepto una entrevista siempre postergada con el Todopoderoso.

Por esas fechas comenzó a padecer el azote del insomnio. El calor sofocante urde triquiñuelas para mantenerla despierta, sujetándole los párpados, enredando la franela del picardías para su exasperación en el fangal de la cama de doble cuerpo, mirando a través de los tules del dosel cómo se ablandan los cilindros de cera sobre los candelabros y los duendes alunados merodean por entre las rendijas del climatizador averiado y revolotean alrededor de los ventiladores ardientes.

Intentó relajarse, permanece acostada, quieta, recuerda el olor del cine donde había estado tras el tráfago diario, las filas de butacas, la enorme vitrina que se encendió para convertir la vida en una espectadora de sí misma. Resume el argumento. Planteamiento: París, años veinte. Un marido celoso contrata un detective para que confirme o desmienta sus sospechas de infidelidad conyugal. Nudo: esposa hasta entonces fiel e investigador, tipo *José Coronado*, inician una relación ardorosa. Desenlace: el romance termina por insuficiencia de recursos económicos del galán, regreso de la mujer a la comodidad burguesa, el amante lastimado. Escena final: neblina, un puente o acueducto de piedra, amanece. El protagonista levanta las solapas a su gabardina. Un músico callejero arranca languidez a su acordeón.

—Si te pregunta ese que desconfía...

—¿Qué?

—Dile que prefieres el caviar al pan con chorizo.

Las imágenes comenzaron a difuminarse con lentitud en la penumbra del cine proyectado por su imaginación noctámbula, casi al despuntar el día se dejó llevar por un bajel inasible hasta la orilla de los sueños sin consciencia ni color.

El torno que modela los barro del desvelo volvió a dar otro giro a medianoche, salpicando las cortinas de tréboles bordados al trasluz y ondeadas por una leve brisa que trae silencio a los durmientes. La plantilla del servicio doméstico duerme en sus cuartos, los diecisiete perros guardianes dormitan diseminados por la geometría de los jardines, la réplica de su abuela Adela pernocta en la posición del loto frente a la puerta con la aldaba de la bola en la mano, el gallo colombiano del soportal también reposa soñando corretear detrás de las gallinas viciosas. Todos duermen, pensó.

Desde el fondo del cajón de la cómoda victoriana extrajo un arma de sheriff, introduce una bala en el tambor del revólver y lo hace girar varias veces. Pone la desembocadura del cañón entre sus labios, los latidos del tiempo se detienen dentro de esa lentitud que enfanga la noche insomne, a continuación presiona el gatillo. Al cerrar los ojos y apretar los párpados con tanta fuerza vio chispazos de colores mientras esperaba un balazo, imaginó el proyectil candente desde el interior de la ruleta, cómo atraviesa el túnel angosto y sale expelido por el orificio con una detonación de petardo festivo, aunque su fantaseo cesa al oír el clic metálico de los resortes anunciando que al menos

por ahora sobrevivirá a ese juego temerario. Con el indulto y la emoción llegó también un hambre acuciante, mientras se pregunta si no será inmune al absolutismo de la muerte.

Otra noche se levantó aburrida del desvelo, apartó los visillos y salió al palco de la terraza. La señora lleva puestas una camiseta y unas bragas a juego, ambas estampadas con viñetas de dibujos animados, un pato y un conejo que hablan o piensan de modo gráfico, sus palabras están rodeadas por un óvalo, lo que llaman bocadillo, los sonidos y onomatopeyas son visuales a propósito de trompazos, golpes, explosiones de trinitrotolueno. En conjunto, siguiendo los recuadros de izquierda a derecha y de arriba a abajo se consigue una narrativa, Marietta resulta ser un tebeo viviente, apoyado en el barandal contempla la extensión ajardinada, los hitos de mierda fosforescente porque alimentan a los canes con una comida especial inventada por un catalán que hace brillar sus heces para evitar pisarlas.

Envuelta por el olor a trementina de las cuatro de la madrugada, observa la simetría de los setos podados, el jadeo de la arboleda, el cenador con la orquestina espectral. Todo igual que siempre, como antes y para siempre, pensó en voz alta.

Entretanto el mundo tal cual es prosigue su andadura alrededor de su estrella solar, nunca dejó de girar sobre sí mismo. Ahora trae sombras que escalan por la muralla exterior de la mansión, saltan al coto privado, reptan sigilosas por sobre el césped.

La señora advierte el asalto, escudriña a los atacantes, pero aún no ha oído el estrépito sonoro de las alarmas diseminadas en una

retícula de vigías electrónicos que pueden detectar hasta el rumor del pensamiento. Primero creyó ver solo el gradiente de una noche con tonalidades abiertas por el claroscuro de la ilusión óptica. A continuación el cerebro de la espectadora procesa de forma correcta el flujo sensorial que llega por las líneas nerviosas, aportando una certeza y un juicio crítico, que justifican la reacción inmediata de erguirse y abandonar la actitud contemplativa. Avista los pelotones de mercenarios y sicarios embozados, que avanzan con fusiles, ametralladoras y munición explosiva, tiran de las correas en cuyos extremos rugen fieras amaestradas en la iniquidad de matar por encargo.

Marietta se arredró con el respingar de la terrible criatura múltiple con indumentaria militar que parece una lava expansiva, cuya fuerza machuca las flores, los setos, hace caer las ánforas dispuestas en los bordes de los senderos. La riada está llegando a la cenefa de las columnatas del soportal, pronto alcanzará las cariátides marmóreas. La señora retrocede durante el relumbrón que enciende el edificio, con el canto del gallo centinela y el estruendo del zafarrancho y las fornituras de la respuesta defensiva.

La dueña entró al dormitorio, bajó la persiana, apestilló la doble compuerta y chapaleando en el aire de vidrio del aposento alcanzó el batel de la cama. Arrastra un envoltorio hecho con papel de estraza, atina a desenvolver una escopeta de cartuchos y doble cañón. Pertrechada para las contingencias bélicas se dejó caer en la hamaca, atenta al bullicio amortiguado del

saqueo y los ladridos fieros que se convierten en aullidos lastimeros. “Al que pase por la puerta le reviento el alma”, sentenció con la misma determinación con que años antes había dicho a su madre que se marchaba y con una firmeza que a ella misma la sorprendió.

En un ambiente enloquecido por la refriega, el hilo musical donde fluye un *Frank Sinatra* melancólico, más el peso y la potencia del arma proporcionan a Dulce un remanso de serenidad. Un taconeo se desgaja del estruendo de los pisos inferiores, sube las escalinatas y enfila por el corredor donde la aborígen está removiendo una rama humeante para amedrentar a los maleantes. Sin perder la impavidez observó cómo gira despacio el picaporte por la cautela del enemigo, los pernios van abriendo la puerta, asoma una pistola ametralladora, un pasamontañas, un jersey de cuello vuelto, un asesino contra el que descargó al momento un ventarrón de postas o balas pequeñas de plomo. El impacto en el pecho lo empujó sobre el suelo hacia atrás, hasta la baranda por donde se precipitó a una segunda muerte. La señora murmura: ¡Pobre hombre!

Entre la greguería o el jaleo pudo percibir como una especie de rugido de fiera grande, un himplar, un ronroneo áspero se acerca, cruza el umbral, un animal entra a la alcoba, progresa hacia la mujer sentada, tiene una presencia maligna, un pelaje de oscuridad refulgente, unas brasas esmeralda y un aliento de muerte definen a la pantera que reclama una presa.

La señora tiene un exceso de adrenalina que le acelera el corazón, mantiene el dedo obsesionado sobre el gatillo y el arma rígida. Una cacería confusa está a punto de comenzar o en realidad ha comenzado ya, donde ambas son presa y predadora. El leopardo unicolor avanzó despacio con arrogancia y la musculatura tensa. Las dos especies miden o evalúan la fuerza y la capacidad letal del adversario, la continuación del suceso tiene un cariz emotivo e inesperado. El felino depuso su intención agresiva frente a Marietta, más aún, se deshizo en un glaseado de carantoñas y frotamientos, como un gato grande y manso, pues con la vista y el olfato había reconocido a la mujer que otrora se encargó de su crianza, le daba biberones y lo mecía con canciones de cuna como una madraza de la que fue separada por unos ladrones. “Estaba tan confusa y amedrentada como yo”, aclara a las amigas cuando ven la mascota imponente sentada sobre sus patas traseras a la diestra de la dama.

XIX

En la exasperación de sus vigiliass nocturnas añoró el antidotario de Eunice, a quien despidió en su velatorio que era un continuo entrar y salir de pésames y gente extraña, alguien llevó una larva del virus Belcebú que alcanzó a hospedarse en la fecunda Niceta.

Hasta mucho después será una mujer feliz y satisfecha consigo misma y con la vida en general y los resultados del esfuerzo diario. Agradece tener colocada a su prole de confiteros, agrimensores o linotipistas. Una familia unida por los platos del cocido madrileño con albóndigas caseras y confites servidos en bandeja tras el almuerzo de los domingos.

Ignora el trasfondo de la realidad, el estilete homicida clavado una y otra vez hasta desfigurar el rostro de quienes son señalados para un ajuste de cuentas, una venganza, o cualquier otro motivo que en verdad no importa mientras el cliente pague en metálico y por adelantado el servicio sicario del linotipista. Ignora el grafismo y la crudeza de los álbumes obscenos que su marido intercambia en los callejones pederastas. Aún hay más, pero Niceta solo aprecia la puesta en escena del teatro de comediantes, cínicos y mendaces que la visita cada domingo.

Durante la sobremesa hablan sobre fútbol, política, geopolítica, amistades comunes, generalidades; intercambian opiniones, uno dice que la cosa funciona bien y tal y cual, pues vienen muchos

turistas a la pastelería por millojas, las octavillas han sido mano de santo. Omite detalles sobre la sustancia clandestina que se despacha en la trastienda, cuyo nombre en clave es «azúcar cande», consumida de modo sublingual produce una sensación orgánica, mental y espiritual de máximo bienestar, relajación profunda, euforia explosiva y placer intenso, supremo, superlativo, durante cuarenta a sesenta segundos. También acarrea un síndrome adictivo que únicamente la inconsciencia o la muerte pueden atajar.

El encuentro familiar viste con ropa convencional al hijo agrimensor, la farándula lo traviste con atuendos llamativos y rímel y botas de ancho tacón alto, para conferirle una presencia escandalosa de reina triunfal del cotarro en cada fiesta privada, discoteca de género, bacanal hermafrodita, adonde va por iniciativa propia, por invitación o contratado a través de la agencia de animadoras que intermedia con los clientes.

La comedia asigna a la hija más joven el rol de estudiante repetidora, madre son las asignaturas más difíciles de la carrera. Para la farsa que representa conviene mostrar recato en la vestimenta, omitir maquillaje y pintalabios, no separar demasiado las piernas al sentarse o levantarse, dejar en su apartamento los caprichos ostentosos, alhajas, alta costura, esencia de perfume, lujos adquiridos por compulsión o remordimiento, tras satisfacer al cliente con su cuerpo sea lo que fuere que haya solicitado, sadomasoquismo blando, orines, onanismo, hacerlo con varios hombres a la vez, con una pareja,

con otra mujer, en un sitio público, en un automóvil estacionado, dentro de una piscina o una bañera, estrangulamiento erótico, complementos y disfraces, violación fingida y desgarró de bragas, posar desnuda, más cualquier perversión solicitada conforme a unas pocas normas: solo personas adultas, nada ilegal y que no deje marcas duraderas.

Niceta murió enojada aunque sin sospechar ese doble fondo en la personalidad de sus familiares, esas dobleces o fingimientos. A su funeral llevaron una corona de flores artificiales.

La señora estaba al corriente de aquellos enredos filiales, pero consideró el daño que ocasionaría la verdad y prefirió no interferir en las vidas ajenas. Otra noche de insomnio tras sobreponerse a la zozobra de la ruleta pistolera camina pensando en esa tendencia humana a falsear, suplir o deformar la realidad por un interés no legítimo.

Ha salido por el pasillo que conduce a la despensa, está hambrienta, entra al ámbito esterilizado de una cocina industrial. Tiene mostradores de aluminio, encimeras de mármol, placas de vitrocerámica cuyo diseño futurista incluye pantallas táctiles y hornos donde cabe un cabrito. Tiene estanterías, frigoríficos, una bodega, un almacén, una sala hermética con parámetros ambientales controlados por ordenador. En los próximos minutos la propietaria empezará a engullir todo cuanto esté a su alcance, impelida por un ansia voraz. Tomará un único bocado de lo que encuentre, crudo, cocinado, frío o calentado al microondas. Abre una cámara

frigorífica, revisa una hilera de bandejas para cortar un pedazo de lo que contenga y echarlo a un plato, codorniz escabechada, cazuela de rape y almejas, lubina rellena de vieiras y aguacate con salsa de limón y mantequilla. Prueba la brocheta de bogavante y gambas y salmón ahumado, picotea en la sección de entrantes, embutido ibérico, aceitunas sin hueso, queso añejo, queso fresco, curado, semicurado, de cabra, de vaca, trufado con nueces o pasas o almendras. La cena, el desayuno o lo que fuera aquel atracón evoluciona hasta una fase de impulsividad caótica, que mezcla los aperitivos con el postre, cata un hojaldre de *Astorga*, un polvorón de *Estepa*, da un mordisco a una manzana caramelizada, degusta una cuchara sopera de tiramisú. A continuación bonito norteco, zamburiñas gallegas, bebe un trago largo de sidra gallega, eructa, regresa a la confitería, engulle un bombón, lo mastica, hace una apreciación etimológica, un rey francés probó la receta innovadora de su pastelero y a modo de veredicto usó la misma expresión que designa a este chocolate en castellano: “bon bon”.

Cata la repostería, buñuelos de viento, pestiños dejados en su punto crujiente, la patena con los hexaedros del turrón alicantino, los mazapanes toledanos, delicias enjoradas con ajonjolí y azúcar glasé, no recuerda su nombre, tampoco importa si puede usar una denominación genérica en su lugar, exquisiteces por ejemplo, que apenas mastica, antes del espárrago triguero enlodado en mayonesa, la doble cucharada rebosante de paella valenciana, zampa con un apetito

patológico, sin comedimiento ni hartura; por celeridad prescinde de los utensilios de mesa, usa los dedos, las manos, elige la pequeña corona de una alcachofa tudelana, llena de angulas y con una anchoa cántabra enroscada en su cenit; pela y come un carabinero, un langostino del Mar Menor, echa un tiento a la ternera tibia del solomillo de mamón adquirido en el *Vallés del Esla*, muerde una pieza de mojama de *Almadraba*.

Decide acabar su festín improvisado, dado que tiene el mismo apetito nervioso del principio, ergo, será cualquier cosa menos hambre o necesidad de ingerir alimentos. Punto acápite. En sus contradicciones entra a la bodega, selecciona y abre una botella siguiendo criterios estocásticos. Toma un sorbo de vino *Valdepeñas* vertido en una copa grande y globosa, luego no dispone de paciencia, sobriedad o moderación para describir el conjunto de propiedades organolépticas asociadas al caldo, el color rojo rubí, un aroma a especias, a madera; la textura aterciopelada, los cuatro sabores clásicos maridados en armonía, un retrogusto prolongado. Resume la experiencia con un guiño y toma un trago corto, otra interjección aprobatoria y un deseo renovado de seguir zampando. Sale, agarra un puñado de frutos secos, come una tira casi traslúcida de jamón ibérico, huevas de esturión salpresas, huevos hervidos de codorniz, pastel murciano, tartaleta de pisto, una tajada de melón con sal, aceite y limón rayado; bebe un poco de gazpacho andaluz.

Vuelve a la bodega, examina la provisión disponible de bebidas, naranjada, limonada, zumos, refrescos, fórmulas

isotónicas, preparados energéticos. Coge una botella numerada de agua, entre otras muchas cuyo diseño las hace únicas. La mayoría pertenecen a ediciones limitadas, y su envase por sí mismo posee valor artístico, inspirado en *Modigliani*, *Picasso*, *Edudardo Chillida*. Algunos incrustan gemas en el vidrio, su etiqueta incluye un certificado de autenticidad, o adhiere tecnología para identificar el itinerario que ha seguido la botella desde su origen. Unas son colectadas en territorios inhabitables y vírgenes, extraídas de manantiales antediluvianos, arrancadas a icebergs y glaciares primigenios, en fragmentos sólidos que son transportados a la civilización a bordo de rompehielos mientras se licuan a temperatura ambiente en las cisternas. Otras nacen en la montaña, conservan su cualidad oxigenada y adquieren pureza al filtrarse de modo natural a través del granito. En resumen, provienen de los Pirineos, de Japón, de Laponia, de América del Sur. La de Tennessee atraviesa nueve fases en su filtrado, por ejemplo ozono, luz ultravioleta, filtros microscópicos. Hay lluvia embotellada proveniente de cordilleras agrestes, recogida únicamente durante los plenilunios. Unas tienen origen volcánico, otras fueron captadas a trescientos metros de profundidad oceánica, luego son destiladas, purificadas, contienen electrolitos naturales y una propiedad hidratante intensa, que sirve a la especialidad dermatológica para incluirla entre sus recomendaciones terapéuticas.

En la línea mineromedicinal, elige un agua procedente de España por su equilibrada química, su neutralidad sabrosa, y su aporte extra de calcio y bicarbonato. Bebe alzando el vidrio reciclado, deja caer un chorro e inunda y desborda su cavidad bucal, el líquido borbotea, resbala por el cuello y el torso de la bebedora hasta empapar su camiseta y la braga.

Una vez acabado el banquete, su imaginación va un paso por delante de sus sentidos, de modo que resulta muy difícil o imposible procurarse un minuto de sosiego. En su estado contradictorio, el acto de introducirse los dedos hasta la campanilla de la garganta funciona como catarsis contra el remordimiento, contra la náusea y la obesidad en curso.

La purga tiene un efecto limitado y conviene usar medidas adicionales, un régimen severo de ayuno durante días la transformará en una maniquí huesuda al borde de la anemia, incapaz de prolongar una conversación, una entrevista, una velada, una reunión, o cualquier otro cometido que exija continuidad presencial, porque necesita ausentarse a intervalos para revisar su aspecto, obsesionada con la mujer rechoncha que la escudriña desde el espejo.

Los desarreglos, la abstinencia, los empachos, la ofuscación, los cambios bruscos de hábitos, la soledad en compañía multitudinaria, más la soberbia pretenciosa de creerse superior; a efectos prácticos o utilitarios para fiestas, reuniones o eventos públicos no son rasgos negativos o antisociales de una personalidad, más bien evidencian un talante voluble,

excentricidades de nueva rica, preferencias o manías o gustos que no alteran su agenda ni afectan a sus interacciones en sociedad.

Expresado mediante una gráfica, el recorrido de cada una de sus crisis íntimas dibuja una línea que se bifurca y luego coincide. Primero llega su imagen, su apariencia, una especie de representación ideal mostrada a los demás, una personaje de novela sin término medio y con una fuerte tendencia a la inmediatez y el narcisismo. En otro ramal y lapso comparece la persona, el estómago estragado, el aire lívido, la mirada color miel, la media melena y el corte con reflejos caoba, el espíritu genuino, la sonrisa espontánea capaz de vender algo que no tiene a alguien que no lo necesita, en suma, llega la mujer concreta, mal conformada a seguir el orden natural asignado a las personas, nacer, envejecer y morir. Empero, debe resignarse, tirar hacia no sabe dónde, hacia delante, hacia sí misma quizá, mediante comprensión y paciencia.

El monólogo causa una serie de reacciones en cadena que mueven a Marietta a parlamentar con la máquina omnisciente, quiere una confirmación a sus conclusiones. El supuesto problema ansioso y compulsivo en realidad está originado por las mismas soluciones de burra que pretenden resolverlo.

La conversación tiene destellos filosóficos, mundanos, ilustrativos, sapienciales. A fin de cuentas tampoco se trata de competir en un concurso de belleza, claro que no, mejor transformarse por dentro, asumir riesgos razonables, comprar

barato y vender caro por supuesto, en especial anticipar el humor de los mercados y el poderío de los fondos inversores.

Marietta escucha su propio pensamiento amplificado por una voz fluyente, a una velocidad constante, en un tono entre distendido, coloquial y académico, que pronuncia con pulcritud y consigue suplantar la entonación, el timbre y el vocabulario asimilados a una mujer adulta, cerebral, humanizada, experta en su campo y sensible al sufrimiento ajeno. Aparte de tal desempeño y sofisticación escucha a la máquina proponerle consejos de índole práctica.

La consultante debe asignarle una esperanza matemática a las contingencias y las reacciones que no dependan de su voluntad, como la posibilidad del amor auténtico. Por ende, desengaños, errores, adversidad y otras condiciones lesivas asociadas a la toma de decisiones, serán neutralizados o minimizados por una simple previsión numérica contenida en la ecuación.

Marietta está reclinada sobre el diván, en un estado ambivalente de calma y alerta, ha sentido alivio al quitarse unos zapatos recién estrenados, atiende a la interlocutora maquinal. Quizá sea un placebo, una sugestión, pero la entrevista parece surtir efectos inmediatos, los mecanismos activados la predisponen a incorporarse a la normalidad, con una energía inusitada. Ha recuperado la salud mental, la seguridad en su persona, el equilibrio homeostático, su estado actual se asemeja a la plenitud y el bienestar.

La realidad circundante aporta fotones, moléculas, ondas, presión, excita sus sentidos, azul cielo en los techos, olor cítrico atomizado por los ambientadores mecánicos, gusto a clorofila por el caramelo en su boca; por ende su adaptación al mundo funciona sin distorsiones ni suspicacias, su lenguaje se llena de verbos dinámicos, explorar, emprender, proyectar, planificar, realizar, cimentar. Adicionalmente, según un antropólogo estadounidense «nuestra forma principal de adaptación biológica es la cultura, no la anatomía», ni la belleza física.

Agradece a una estructura inorgánica formada por transistores, diodos y chips de silicio, el apoyo curativo y la ayuda humanitaria dispensada. Sin nuevas cuestiones que resolver o consultar cierra la sesión. Está decidida a no repetir los asaltos noctívagos a los víveres, ni inventarse hambrunas, nervios, aburrimiento o cualquier pretexto para merodear por la cocina.

No detecta en su rostro la media aritmética de un serie finita de semblantes diferenciados por un detalle, una simetría, un rasgo, luego entonces, la gente cree reconocerla cuando desciende a los espacios públicos, pues les resulta entrañable, familiar, la intuyen adinerada incluso vistiendo pantalón tejano, camisa a cuadros y botas vaqueras, una apariencia ejecutiva de elaborada sencillez que la vuelve accesible.

Con los ojos humedecidos por un amago de llanto, entiende que ser humana implica emociones, sentimientos, una sensibilidad diferente a la que detecta las perturbaciones electromagnéticas.

Sonríe mientras cede al llanto demostrativo y breve, tiene alma como persona, dignidad, vida interior, nostalgia, entusiasmo, dilemas éticos, traumas y esperanzas; no importa tanto la guapura ni la precisión matemática. Deja fluir su naturaleza emocional, como si cada lágrima pudiera arrastrar una aflicción, un quebranto, un nudo del destino; así pues un rosario de adioses líquidos resbala por sobre su cutis, por un novio que tuvo, por el hijo extraviado, por un padre a quien jamás verá, por el acicalamiento quirúrgico que la obsesiona, y sobre todas las cosas por Lucinda y Griselda.

Desde la muerte de las aves celestinas no había vuelto a asomarse al abismo sentimental. Reunió un bagaje de experiencias interesante en sus viajes alrededor del mundo, era una mujer deseable, sexualmente activa, sofisticada como amante que se deja complacer y provee originalidad y sorpresa durante la puesta en escena de sus aventuras amorosas o amatorias. Sin definirse como mujer fatal ha obsesionado a muchos compañeros de alcoba, incluso varios perdieron el sosiego y el juicio y hallaron un final trágico.

Dulce o comoquiera que la llamen a solas, participaba del flirteo, el encuentro íntimo, el escarceo amoroso, a sabiendas de los eventuales traumas y consecuencias catastróficas, pues aquellos amigos especiales, un desconocido, los aspirantes a novio, el amante de pago y otros candidatos y pretendientes, solo eran objetos lúdicos, pasatiempos en el vasto erial de su hedonismo insaciable, porque no amará a un hombre distinto a

Teobaldo Uve, un poso amargo repleta su alma, un duelo sempiterno, luego dispensa a los amigos íntimos una calidez fría, si es posible tal contradicción, ninguno marca un latido desigual en su corazón, o deja un recuerdo grato en su piel, ni justifica futuras reminiscencias o añoranzas.

A todos despide con una cortesía formularia: “Cuídate mucho, cielo”. En realidad quiere decir: “Espero no volver a verte, tira”. Considera que tener la iniciativa y decir la última palabra es una forma de liberación femenina, pero el historial de machos fungibles no pensaron igual, pierden el rumbo de sus vidas, los ánimos, el patrimonio, el desempeño laboral, las aficiones, alguno parece consumido por un síndrome de abstinencia severo, con aspecto desaliñado y sucio patrulla o merodea por los alrededores del palacio, con un ramillete de flores descompuestas bajo la llovizna de abril. Pobres hombres dijo Marietta viéndolo a través de la cristalera del ventanal.

Otro día junto a su amiga Lucinda, reflexiona sobre el estrecho sendero que permite llegar hasta el sentimiento del amor. En contraste, el sexo como actividad mundana, el interés privado que se hace pasar por interés público, la hipocresía de practicar lo contrario de lo que se predica, etcétera, son fenómenos con infinitas avenidas y ramificaciones para consumarse.

El deseo orgánico tarde o temprano halla satisfacción, alivio, correspondencia, Marietta descifra su estado actual y sus pensamientos recónditos en las retinas de Lucinda durante una cena improvisada. Por los chispazos hormonales en sus

entrañas, intuye que ocurrirá algo extraordinario pero no atina a esclarecer el sentido de la premonición o los detalles. Tampoco pierde el momento con cábalas y tonterías; pone atención a lo que dice su invitada, luego a propósito del enunciado aprovecha su turno. Entre confidencias y declaraciones íntimas, hablan de rasuración láser, del nivel de dureza de sus glándulas mamarias, Marietta suelta una carcajada por el tono comedido de Lucinda, querida dí tetas, las mías tiran más que dos carretas, a esto lo llamo lenguaje inclusivo. Lucinda sonríe, sin mostrar los dientes, oculta su temor a distanciarse de Griselda.

La argamasa culinaria las une a la hora del postre, intercambian cucharadas de distintos helados y frutas almibaradas. La anfitriona y su invitada prolongan la sobremesa, charlan sobre trivialidades, lugares comunes, la actualidad, los colores predominantes en la ropa de temporada, sobre política mencionan lo lista que debe ser *María Jesús Montero*. En otro momento hacen recuento de cicatrices y lunares, Marietta enseña uno que tiene en la ingle, luego enciende un cigarrillo electrónico con sabor a orujo, expele una bocanada aromatizada y dice: ¿Fumas?

En ese momento Lucinda procesa los antecedentes, da un valor numérico a cada insinuación vertida durante el brindis cruzado, cuantifica las copas vaciadas por las comensales y vueltas a llenar por un autómatas con dedicación exclusiva; el camarero renueva la vajilla, enfría la siguiente remesa y sirve dos

porciones iguales en burbujas doradas cuando detecta niveles bajos en contenido, o incómodos embelesos sin movimiento ni palabras.

La adolescente suma los indicios de provocación consciente, los roces accidentales con los pies descalzos que estuvieron serpenteando por bajo su falda, por sobre sus piernas desde el otro lado de la mesa, remata la evaluación, obtiene una probabilidad absoluta de que está vigente una proposición amorosa, por ende, a propósito de la pregunta que aún flota contra su pudor, resuelve: “Déjame aspirar de tus labios”.

Un primer beso induce otro y este los subsiguientes, con las bocas llenas de vapor y peces por el trasiego lingual, que hurta su respiración y las hace jadear. Olvidaron las filigranas derretidas en los boles, ajenas a un mundo innecesario, chapotean en un piélago del que no quieren ni pueden encontrarle una orilla, un límite, una explicación racional.

Un reloj pluscuamperfecto marcará la hora del remordimiento, la infidelidad recurrente, las dudas de Griselda, sus celos machistas, sus interrogatorios y ruegos, resabiada de las verdades hechas bajo promesa con los dedos cruzados, durante un preámbulo de consecuencias asociadas al drama.

Entretanto, repiten las citas clandestinas, vuelven a bañarse juntas, a brindar y unir las bocas llenas de cava, engarzan caricias y siluetas sombreadas, luces variables como los decorados contruidos para la ocasión, más el atrezo y los juguetes y extensiones anatómicas; conjuran el devenir

cotidiano, pues fuera de esa fantasía elaborada la rutina por definición tiende a repetirse hasta aburrir.

Han descubierto, sin decirlo de manera explícita, que ciertas vivencias pueden describirse con poesía o cursiladas, según la sensibilidad, mediante el alcance connotativo de las palabras, por ejemplo, vergel, hontanar, encrucijada, jabones enjuagados. Envueltas por una atmósfera cinematográfica, Marietta explora los contornos del deseo, las dos colinas coronadas por enigmas eréctiles, las aureolas, la lisura turgente alrededor del ombligo tembloroso, los muslos atigrados por las sombras, una quimera que va naciendo, o la sueña despierta o está siendo descifrada por unos dedos sensitivos.

Conforme al reparto de roles, una entregada y pasiva, otra salvaje y dinámica, ambas envueltas por la espuma de la fugacidad, tenues como lumbres astrales, hermosas en su simplicidad, una sola criatura vesánica, un solo deseo que las hace morir, jadear, renacer, buscándose en la sed, el apetito frenético, los cinco sentidos. Coloca unas ostras recién extraídas de sus conchas, deja que se escurran desde el pubis, echa un chorro de limón y al final succiona, lame, lambisca, experimenta las guabinas de un placer puro, salobre y ligeramente ácido.

La señora no soporta la miel, pero admite los sabores dulces. Por tal tolerancia, en el cumpleaños de Lucinda organizó una velada diferente, ordenó al personal doméstico no importunarla con recados, mensajes o asuntos secundarios.

La cena tuvo un orden novedoso. Conduce a la protagonista a un centro de ceremonias, la desnuda, se deja desnudar, ordena: “Túmbate sobre la mesa y cierra los ojos”. La oficiante coloca una pequeña tarta sobre la tersura del vientre y ordena: “Ahora pide un deseo”. Oye una voz obediente que enardece sus instintos atávicos, la sacerdotisa restriega la gula como una esponja deleznable contra el azafate del cuerpo lampiño, especialmente en zonas estratégicas, la recubre de porciones apetecibles, bizcocho empapado de licor, hilos de caramelo, nata merengada, grumos lujuriantes diseminados a una lentitud que a Lucinda le pareció impropia de un suceso terrenal, luego presiente la inminencia de algo que atañe a su alma por inducción orgánica.

Una tarde posterior vino Griselda, dispuesta a aliviarse la carga de una conjetura que le atormentaba: “Lucinda tiene una querida”. La mentora se propuso disipar sus dudas, los celos son la otra cara del amor verdadero, te hacen ver molinos donde solo hay una mujer buena, Lucinda es incapaz de mentir, créeme, no tiene malicia.

Mantuvieron el equívoco hasta que un hematoma en el cuello de la cisne infiel suscitó un interrogatorio tenaz durante horas y al fin Griselda acorraló a Lucinda. Detecté la falsedad porque al responder siempre miraba hacia la derecha y al techo buscando respuestas, lo que delata un esfuerzo por imaginar mentiras, reprochó, pegada al teléfono, hablándole a la misma mujer que había propiciado la felonía, con ese tono de quien está

reprimiendo el llanto y se desangrará de pena entre los laberintos visuales de los espejos cortesanos que multiplicaron, la tragedia de su propia muerte en un hotel.

Lucinda, al conocer las consecuencias de su traición, compró un pasaje para embarcarse hacia un destino incierto y se perdió para siempre entre los vericuetos de la vida buscando la forma de mitigar el bátratro del remordimiento. Antes de partir, en la despedida le clavó una frase vía telefónica: “Expiaré mi culpa”.

Para no asumir el duelo ajeno como suyo, para vivir actualizada, para arrancarse las rémoras de la melancolía, por la casuística torticera de la fatalidad, Marietta estuvo tres días de parranda, entra a clubes y discotecas y tablaos flamencos, en compañía de amistades y animadores profesionales, participó en una carrera de Fórmula 1 en un autódromo privado, saltó con un instructor en paracaídas desde un globo aerostático, perdió siete veces consecutivas a la ruleta, de modo que compró el casino, trucó la maquinaria y ganó siempre, sea cual fuere el juego elegido; filmó desde una jaula submarina las dentelladas de un tiburón hambriento. Estuvo moviéndose inmersa en el ruido y la agitación, sin una pausa ni un reproche, hasta que la caravana de coches descapotables terminó aparcada junto al cementerio municipal.

Durante aquella jarana evasiva, saltaron el muro hacia el interior del camposanto, porque somos pobres pero alegres y la fiesta debe continuar incluso entre los difuntos, vitorean, ríen a carcajadas, suben el volumen a la música trepidante, hacen

momos sin caer en la afrenta o el vandalismo, bailaron sobre el hormigón y los mármoles de los mausoleos.

En las jornadas sucesivas, a duras penas mantiene encerrados los toros de las emociones negativas, la sensación de pérdida irreparable y la voz atronadora en su conciencia cuando está a solas y baja la guardia, una culpa mal encarada durante una charla con su amiga Cándida. Narró los sucesos como si los hubiera visto en alguna fotonovela, se abstuvo de revelar que era un vértice del triángulo amoroso, contó el desenlace, la tragedia de Griselda, Lucinda y su exilio repentino, luego concluye: “Dos vidas truncadas”.

Otro año Marietta interpretó el papel que más le gusta, ser el centro de atención y la anfitriona durante un evento multitudinario. En concreto una celebración conmemorativa cuya organización material está asignada por turno entre los miembros de un club, por llamar de algún modo a quienes integran la realeza, grandes industriales, dignatarios, jefes de Estado, fortunas colosales; personalidades y apellidos que se reúnen para tratar asuntos e intereses comunes. En la agenda tachó el señalamiento en curso.

Los primeros invitados arriban desde todos los puntos cardinales, por vía marítima, fluvial, por tierra, e incluso bajan del cielo aerotransportados. Hay una comitiva especializada para la recepción, rinden pleitesía y acogen a los recién llegados, al arconte de isla Cliché, envuelto por su séquito, señoría, es un honor; la presidenta de no saben qué, *Ana Botín*, persona muy importante, acompañada de su discreto esposo.

Vinieron magnates, banqueras, diplomáticos, próceres intachables con abolengo. Para el cóctel o el aperitivo previo al almuerzo, los asistentes departen al raso por la campaña residencial, con un murmullo propio de los ambientes educados y un tintineo esporádico de alguna cucharilla contra el cristal o la porcelana.

Hay mayordomos enguantados, doncellas asépticas que a la señal convenida circulan entre los nodos de una distribución

reticular de personas unidas en grupos afines, portan bandejas de canapés y jarras por cuya abertura sobresalen las cáscaras decorativas de pomelos y naranjas; notifican la sugerencia de la señora a confraternizar con los orígenes rústicos de su dinastía: ¿zurracapote o sangría?

Una mano anónima, quizá un antiguo empleado resentido, ha vertido de forma taimada sobre las poncheras una dosis surtida semejante pero no igual a psicotrópicos, ayahuasca, narcóticos, estimulantes, alcaloides, peyote, hongos psicodélicos, ruibarbo salvaje, potente ácido lisérgico que en suma podría hacer flipar a un regimiento legionario. La sustancia de laboratorio no disponible en los mercados, como el agua no requiere digestión, se simplifica en el hígado por un proceso catabólico, luego circula por el torrente sanguíneo hasta el cerebro y la conciencia. Estaba disuelta en la bebida del brindis inaugural, con el gesto de los vasos bucólicos alzados, por la dama ilustre que tanto progreso ha traído a esta nuestra aldea. Apenas ingerida altera la acción neuronal del sistema nervioso, el procesamiento de las señales sensoriales.

Conforme al atestado, de inmediato estimuló el desvarío, las alucinaciones, el humor libidinoso, uno asegura que han suplantado a su pareja con un clon exacto pero falso en esencia, acaecen paroxismos, delirios, ideación extraña, un hablar de tú a tú a una cucaracha que chilla. La intensidad del efecto resulta inversa y proporcional a la tolerancia, a la capacidad orgánica de eliminar toxinas, a la existencia de nutrientes disponibles y

recursos antagónicos. En otras palabras, una pesadilla despierta para el cien por cien del plantel asistente. Criaturas menudas levitando, troncos deformables y elásticos, flores que corretean a semejanza de monigotes de talla fina.

En un contexto arbitrario, el presidente de un oligopolio farmacéutico saltó a la perrera decidido a enseñar retórica a los animales, que lo despedazaron a mordiscos. La distinguida hija descendiente última del caudillo emperador y deidad que suplantó a Moctezuma, acaudalada hasta la hipérbole, cae en el enfurruñamiento por un camarero antipático, delira porque comunica la queja a un árbol del que no obtiene deferencia ni resarcimiento. A continuación escarba en la tierra alledaña al cenador, buscando no se sabe qué. Por azar o mala suerte encuentra un arma grande, oculta ahí por razones estratégicas y defensivas. Es ligera, está bruñida, resplandece. Manipula una bazuca hasta producir un disparo letal, pues inhabilitó el seguro, se apoyó el cañón contra el vientre y apretó la lengüeta del gatillo. Un proyectil ovoide entró a la altura del ombligo y sale por atrás dejándole un boquete cauterizado y humeante.

El sargento civil, presidente secretario, gerente adjunto, subdirector suplente, delegado ejecutivo, gobernador jefe, más otros muchos cargos y nóminas paralelas, digamos alguien influyente escaló el asta de la bandera para tocar el emblema circular de las doce rosas y la tórtola centrada, pero se enredó en la driza y quedó colgado del cuello como un títere tragicómico. La eminencia reverendísima señor Roncesvalles, dando tumbos

de aquí para allá encajó su humanidad dentro de la armadura que decoraba una escalinata, cerró el yelmo y avanzó con zancadas triunfales, que fueron descomponiendo el morrión en un reguero de plumas hasta la orilla lacustre, donde tropieza y cae a las aguas insondables, a una zambullida sin consentimiento tácito ni aceptación expresa, luego es arrastrado con su parafernalia vistosa hacia los cienos surrealistas. En el descenso recuperó la cordura e intentó deshebillar las trinchas, pataleando por la rabia de no saber cómo ha permitido aquella tesitura. Las autoridades le declararon oficialmente desaparecido y mucho más tarde cuando dragaron el lago, apareció la panoplia del metal oxidado recubierta de algas y amayuelas, y un esqueleto en su interior.

Los detalles escabrosos fluyen durante la conversación entre dos amigas en una cafetería céntrica. Aparte de reforzar su amistad, carece de propósito utilitario, Dulce comenta a Cándida que apenas humedeció los labios con la sangría, como había visto hacer a un presidente de quien admira su talante diplomático y comercial pero deplora su ideal totalitario. Así que no pudieron envenenarme, me salve de chiripa.

A un nivel más recóndito, aquel diálogo vale como catarsis, intenta airear los pensamientos traumáticos que entorpecen o lastran el progreso evolutivo de una persona como tal. Cándida vio su propia consternación reflejada en la amiga, supo quién era quién en la trama triangular de final trágico, empero, sigue callada y atenta al monólogo, y olvidó el hilo de sus

divagaciones. Había pensado: “Una manzana prohibida”, pero dijo: “Querida, un enredo de *Almodóvar*”.

Antes del abrazo —espiritual y físico— con que suelen despedirse, habló de sus idilios, del arte, de un libro que inspira o motiva una película, cuyo primer fotograma inspira o propone la pintura de un lienzo complejo, donde un matiz al fondo del encuadre inspira o sugiere moldear la plata y los bronce con que obtener y exhibir la escultura bien iluminada, que inspira o suscita una emoción, una simpatía o un algo al músico, para inducirle a componer su sonata, un melódico y alegre divertimento.

Cándida ordena la realidad con el diccionario en la mano, lo que supone un esfuerzo adicional, asegura incomodada al reconocer que todavía no ha publicado nada ni a qué viene disculparse. Todo lleva su tiempo, desechar bocetos, hilvanar montoneras de pensamientos sueltos, qué decir, cómo decirlo, la eufonía, los detalles, el tono literario, la prosa poética. Desde que completó la lectura de una novela, había saltado del verso al relato sin considerar otros formatos. Le gustan los brochazos de intensidad, las esencias, los universos cerrados que sugieren o dejan elíptico más de lo que dicen, el escalpelo que elimina la gangrena de adjetivación sobrante. Tras la primera novela, nunca ha terminado una obra distinta a las antologías de cuentos que compra en el Rastro a buen precio, entre otros motivos porque evita los tochos, las materias conflictivas, la acción histórica, los títulos que hacen filosofar, lo comercial, los

argumentos enrevesados, o encontrarse por segunda vez con el realismo del día a día.

Alguien había arrumbado el mismo ejemplar que Cándida empezó a ojear por curiosidad en el parque. Primero sin interés, después impaciente, hasta llegar al reconcomio de las últimas páginas. Había experimentado la ficción novelada como si anduviera por entre sus calles, atraída por la normalidad de lo cotidiano, junto a seres tangibles que carraspean y se airean el olor a naftalina.

Tras completar su lectura llegó hasta una ventanilla del ferrobús, se inclinó para que su voz efluyera por bajo la mampara y así facilitar la comunicación: “Un billete para Sísife”. El ferroviario que había copiado una edición electrónica en el todo gratis de un aquí no se entiende ni san dios por el movimiento anarquía y la cultura libre y el paga cuando quieras, como respuesta aseguró: “Ningún tren hace parada allí”.

Movida por los hilos de la fabulación, cree factible elaborar un mapa a través de pistas e indicios obtenidos de una segunda lectura. Finalmente ante la contraportada admite su despropósito: “Tal lugar no existe”.

La aclaración puso fin a la ventolera, revocó esa ingenuidad que quizás fuese insensatez o escapismo, pues la verdad aburrida es peor que la mentira emocionante, la fantasía vale como antídoto contra el síndrome melancólico por quienes no volverán. Cándida había nombrado a su amiga Alma su voz crítica más ecuánime, la única con potestad para examinar y valorar sus

bocetos. Una charla técnica le bastó para aclarar nociones y planteamientos, el contrato tácito asumido como lectora, las licencias narrativas, el contexto histórico, las corrientes literarias, los recursos estilísticos. La industria cultural vende entretenimiento, espectacularidad, obras de consumo rápido. Mujer mata a Hombre, luego vocifera desde el balcón: “Tenía el demonio metido en el cuerpo”. La corresponsal sujeta el micrófono expectante mientras una ráfaga de viento trastoca la puesta en escena. Enfocan a una testigo confiable: Mire nunca pasa nada, tuvo un arranque o un...vaya usted a saber. Total que apuñala al marido, después lo bañó y vistió con ropa limpia y lo arrastró hasta el balcón para dejarlo asolear.

El mercado consume la información sin importarle demasiado ni discriminar cuándo trata con una reseña, un artículo veraz, una sandez o una letra de zarzuela. En resumen: La opinión pública tiende a defender un enunciado, una valoración, un juicio, solo cuando un poder superior inculcó la idea, que la mayoría se transmite entre sí.

Pese a las tendencias, Cándida escribe sus artículos y reportajes con el mismo estilo pasado de moda que muy pocas lectoras aceptan y digieren. Una norma pactada de modo tácito entre las amigas prohíbe pedirle dinero a Dulce. Así que para subsistir y ganarse la vida trabaja en la redacción de un periódico neutral, aparte echa unas horas pasando a formato electrónico una biblioteca pública. Compagina ambas ocupaciones con un horario reducido los viernes y sábados en una tienda de flores.

Por tales requerimientos debe trasnochar para conseguir cuanto antes acabar su novela, además necesita corroborar cada palabra con el diccionario, mantener unificado el estilo, decir las cosas de manera homogénea con la lengua castellana de antaño. Tres meses después la echaron de la floristería, pero recibió una indemnización porque la jueza entendió improcedente discriminar a una trabajadora por su idiolecto antiguo, comprensible en esencia pero repleto de vocablos en desuso y giros anacrónicos.

Cándida zanjó el asunto sin rencor ni mala sangre, no hay pena que no deje una alegría cuando se marcha, concluyó ante la evidencia pecuniaria sobre la mesa. Punto acápite. Durante esas fechas evitó perder la concentración, dispersarse, pocas veces se reunió con Alma, le hablaba del esfuerzo, la fiebre, los altibajos de la motivación, el mundo tridimensional que va surgiendo con el repiqueteo obsesivo del teclado. La amiga le aconseja un descanso: “Hay más días que longanizas”.

En conjunto o por separado, el aislamiento, la dieta deficitaria, el desgaste nervioso y dormir poco, más la repetición obsesiva del habla forzada, convirtió a los personajes novelados en percepciones sensoriales, como inquilinos unidos a su rutina, empiezan a aliviar la urgencia de la demiurgo, duermen a su lado, comparten mesa y rumorología, son labriegos, juglares, caballeros, mercaderes, criaturas feéricas y hasta un ogro.

Según Alma, ha terminado hablando sola como Secundina; conforme al psiquiatra, dialoga con su inconsciente

traumatizado. Cándida mantiene su parecer, interactúa con los personajes o como quiera que se llamen esas criaturas que reparten trompazos, dejan caer el pañuelo bordado para incitar duelo y dirimir pareceres, más por pretender a la doncella, con el debido respeto y la consideración propia como hidalgo de lanza aupado en su jamelgo, más el arre borrico del escudero tragaldabas.

Mucho después se agotó la tinta, los pliegos, las provisiones, el fondo para contingencias, la película humectante en sus retinas, las figuras en derredor metiendo baza, empero había completado la tarea. Era una mañana cuya luz crea ilusiones ópticas, como desdoblar los soles bobos o zambullir las cosas en una claridad de acuario que las difumina y desde lejos parecen figuraciones.

Alma está en un examen, no podrá atenderla. Empero necesita compartir su logro enseguida, como si no tuviera existencia propia hasta ser apreciado por una mirada objetiva. La hacienda de Dulce queda cerca, en realidad cualquier punto resulta equidistante a ninguna parte. Emprende el trayecto y aligera dando trompicones en el cascarón de su viejo automóvil urbanita.

Llegó con su valija laboriosa. He aquí la escritura sin ambages. Alza una resma voluminosa, una ligarza de cintas perpendiculares. La amiga sopesó el paquete, hace un gesto de aprobación, la invita al tresillo, pero se quedan en pie, utiliza una consola decimonónica para desanudar el atado y la escarapela de cierre.

No antes ni después, enfoca la atención: “En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre...”. No quiere emitir una opinión apresurada, recorre siete capítulos, coteja con una edición original, pregunta a la máquina de las respuestas, obtiene confirmación, considera las infinitas bifurcaciones de la imaginación, se cerciora de no incurrir a su vez en plagio, luego sentencia: “Es Cervantes tú, en sentido literal”.

Por alguna conjunción en los mecanismos de la memoria subconsciente, sin proponérselo ni verificar quién había dicho qué, la escritora había reproducido meticulosamente los trances y desaguizados más la estructura episódica del tal don Quijote, el de la Mancha, con tanto empeño que obtuvo copia literal y posterior revelación humillante.

La novelista con la mirada extraviada y los ojos humedecidos de lástima, aseguró: “Era mi obra maestra”. Marietta conoce la tribulación de los sueños aguados e intentó consolarla: “Tolstói compuso siete veces Guerra y Paz”.

Con los primeros calores de diciembre, entristecida por todo, la mala suerte, la literatura, Sísife, por la hija cuya custodia había perdido de modo inapelable tras agotar todos los recursos del sistema judicial. Está extraviada en un laberinto de pensamientos circulares hasta el alba en que extrajo del interior de su braga una cuartilla, devastada por la maldad del tiempo; la desdobló y anotó una última palabra, para la que nunca había encontrado justificación: “Tedeum”.

Doy gracias a Dios, porque la maldición viene conmigo, dijo inspirada por una novela cuyo título y autoría no recordaba. Heredamos todo el sufrimiento acumulado por nuestros antepasados, cada golpe y desaire, cada despedida, la aflicción de la pobreza, los romances fallidos, el alma genética. El destino nunca se confunde, son las personas quienes equivocan el rumbo, quienes por conquistar una cúspide, pierden la paz interior, lo que en verdad importa, el presente, el amor, la amistad.

Arrastró como pudo un enorme pedestal de agua sólida, maciza, desde un arcón congelador, fue dejando una estela de suspiros y adioses líquidos y gotas fulgentes, corrió pestillos y aldabas, dio un cerrojazo a la puerta, aseguró el cadalso, afianzó la soga en la lámpara y se encaramó para saltar en un vuelo torpe de aguilucho hacia el deshielo de sus ilusiones líricas, hacia una aurora duplicada en el charco creciente, donde se refleja la techumbre de una ciudad somnolienta.

El ritmo con que la naturaleza cubre las bajas no concede margen ni periodos inactivos, una sucesora crece rápido para perpetuar los mismos errores y sucumbir a las mismas trampas que sus antecesoras.

Cándida Berenice repite y amplía la idealidad ingenua, la llaneza en el carácter, la tendencia al refinamiento sucesivo, más los dilemas que soportaron las anteriores madres. Mantiene intacta la preferencia por la comunicación diferida, el gusto por

informar, historiar, novelar; la escritura permite correcciones, añadidos, tachaduras, versiones superpuestas.

En la dimensión práctica del día a día, se gana la vida como reportera o periodista, aunque sin titulación universitaria, empero, conquistó la dispensa gremial para no incurrir en el intrusismo, tras demostrar precisión, claridad, rigor, enfoque neutro, más el tino de clavar los conceptos. Aparte de aclarar la verdad, hacer saber, desvelar datos, debe transportar la primicia y entregarla a la agencia, que para eso cobra.

Semanas atrás había cruzado la frontera junto a unos colegas y compañeras, terminaron el trabajo y decidieron volver, impelidos por un resorte trepidante. Oyen un aviso entrecortado por radio: “insurgentes enloquecidos... autoridades no garantizan la seguridad a los extranjeros”. La alarma llega tarde. Acaban de interceptar al convoy. Los guerrilleros sacan a la gente de los vehículos, gritan que de rodillas putos, de rodillas, se acabó la vaina, os vamos a meter un balazo en el cráneo aquí y ahora.

“Soy reportera acreditada. Represento a Periodistas Sin Fronteras”. Una razón que nunca llegará hasta quienes acabaron embrutecidos por la miseria, el dogma o las guerras. No atienden súplicas o razonamientos, menos aún exigencias.

El bucelario al mando, con expresión lunática ordena que apunten a la cabeza. Los resortes metálicos de los fusiles amartillados en paralelo acongojan. Cándida advierte: “Ninguna agresión quedará impune”. Lanza un farol: “Tenemos al

Tribunal Penal Internacional a la escucha”. Muestra su teléfono satelital, cuya larga antena asegura la cobertura y le permite impresionar al adversario. Un insurrecto se lo arrebató, lo revienta a pisotones, improvisa un revés a mano abierta que derriba a la mujer. Un colega reacciona e interviene, pero un culatazo le derriba.

Es una situación crítica, a vida o muerte, al final la reportera sobrevivió a ese y a otros muchos aprietos. La solución llegó del cielo, en sentido literal, un helicóptero emerge por entre las colinas, maniobra, esparce una turbulencia huracanada al aterrizar sobre un lecho de estelarias. La dama meridional financia la revolución, tiene rango superior a los tres generales golpistas unidos en triunvirato.

Otro episodio añadido al borrador biográfico de una obra inconclusa, que la literata había recibido como legado de su madre, quien a su vez lo recogió de su madre. Trabaja duro para terminarla, con una labor de hormiga hacendosa, se entretiene en libelar con sustantivos, poda epítetos y redundancias, pone aquí, ahonda acá, sintetiza acullá, y a veces se plantea la opción de borrar todo y empezar desde cero.

Más allá de los peligros asociados a la difusión de la verdad, cree en la predestinación, cree tener una tarea asignada, una misión de obligado cumplimiento. Empero, no sabe a qué se refiere, en qué consiste, cómo encaja una labor titánica en una vida normal, incluso anodina, repleta de trivialidades. Hace una revisión a la totalidad, el quehacer diario, la neurastenia, los

empleos eventuales, el bregar literario, sus facultades y aptitudes, su capacidad comunicativa, en suma, los aspectos relevantes y definitorios de su persona no dan para mucho, no aportan indicios sobre el fin concreto que debe idear, diseñar, implementar y depurar, acaso consista en multitud de tareas particulares que unidas como un todo representa el objeto, la realización, el destino, el sentido que orienta su existencia.

Tampoco consigue abarcar la totalidad de los parámetros involucrados por falta de tiempo, pese a que madruga y trasnocha, la jornada no le cunde, cualquier esfuerzo añadido resulta insuficiente. Tiene ansiedad cuando se plantea las tareas a medio hacer. Tiene estrés cuando enfrenta la carga de trabajo en tiempo real. Tiene claro que necesita hacer una tarea, comparecer a una cita o una reunión; concluir un proyecto, saldar una deuda, atender un compromiso. También por la tensión mental y la actitud a la defensiva cuestiona su intuición, a qué viene tanta urgencia y agobio.

Con frecuencia lucha para que su dolor ansioso y estresante no la devore, cada mañana y cada noche, cada día de todos los días iguales a sí mismos e iguales a los demás repartidos por el cauce vivencial, con la sensación de ir a contra corriente mientras una labor imperiosa y obsesiva continúa sin definición, pese a su propiedad trascendente.

Antaño una antepasada empezó el libro, en concreto una biografía novelada cuya terminación se demora durante décadas. Los bocetos son transmitidos entre generaciones, de

madre a hija, igual que la vocación a la escritura. Por un efecto acumulativo la documentación y los bosquejos ocupan un cajón hecho a medida del tamaño de un frigorífico. Dentro hay cuadernos, carpetas, cartapacios, hojas sueltas, otras unidas con grapas, muchas sujetas por anillas. Están manuscritas, mecanografiadas, impresas, incluso pintaron la caligrafía de un capítulo, tal vez porque su contenido era insustancial, la métrica ausente, las palabras huecas, por ende, con intención estética trazó madreselvas, renglonaduras, lineamientos sugerentes y asteriscos, mediante un pincel de los usados para las uñas y la manicura creativa.

Para adecuar los textos al estilo sofisticado según su criterio, evita la simpleza, verbigracia, en lugar de nominar al Todopoderoso en sus términos simples, prefiere las complicaciones, luego se encomienda a un gobernante del cielo de la mitología china, una destacada divinidad del panteón taoísta, más o menos: “Emperador de Jade Heredero del Reino de la Dicha Pura y de las Majestuosas Luces y Ornamentos Celestiales”.

Cándida equilibra el tono, ordena los avatares de una mujer a quien la leyenda pisa los talones, tiene doce amigas, una hermana flaca, un padre difunto, un padrastro atrabiliario, una madre buena. Añade párrafos con el apogeo y la decadencia de Delia, su muerte entre suciedad y basura. Menciona los noviazgos truncados, la fatalidad que condena a Elisenda a no citarse tres veces con el mismo pretendiente, luego por una

soltería menos dolorosa que la viudez prematura, cambió los amuletos para atraer novios por otros para conservarlos vivos a su lado. Abandonó sin otras opciones a la mujer en su penumbra y su ayuno estricto, entre los efluvios de las cocciones de eucalipto, apenas un esqueleto bajo un tegumento grueso de magra y pellejos trémulos.

Un capítulo reproduce a Priscila, la parroquia donde una bala casual horada su cráneo, por una masacre que ha comenzado mientras se santigua con agua bendita. Redacta la suerte de Viridiana, inventa una estrella colosal, pero más tarde sabrá que un astrónomo había catalogado aquel astro como el lucero más brillante y voluminoso descubierto en el cosmos.

Desde entonces sospecha que el puzle argumental escapa a su control, una cualidad predictiva o creadora, un tiempo verbal intrincado, una sucesión de páginas cuyo argumento muestra tantas incoherencias, arbitrariedades y acontecimientos no creíbles, que una crítica apresurada quizá lo incardinará en el género surrealista, fantástico, delirante, o como quiera que llamen al estambre que permite los vaticinios, los ósculos o las ausencias inexplicables, permite el equívoco, los cenotafios y la ternura, a semejanza de cualquier otra propuesta literaria, respira a través de la imaginación de quien la entienda y reproduzca.

Los acontecimientos posteriores son inciertos, por cuanto que el mundo ha proseguido dando tumbos hacia la posteridad, cada día trajo alguna crisis, una limpieza étnica, un conflicto bélico, convirtiendo la paz en una utopía. A diario en las naciones

occidentales se suceden las campañas de vindicación, a favor del desarme nuclear, la protección del planeta, las especies en peligro, las pensiones públicas y un interminable sartal de vindicaciones y exigencias que se repiten con distintas denominaciones.

Entretanto Cándida inventa una amenaza que se acerca, un agujero cósmico de materia oscura, un eclipse repentino, velos mortuorios invaden la luz solar, sobreviene un fenómeno gravitatorio que cubre la atmósfera como un gas lento e indefectible. El heraldo enfanga el aire, anula la gravedad, va disipando la pesadez de los objetos y las cosas, con una prioridad proporcional e inversa al lastre atómico; primero excita el vuelo de lo liviano, las briznas de hierba, cabellos, la pimienta en un puesto de especias, la hojarasca. La devastación sigue una escala logarítmica, hace vibrar la materia, levanta los manteles en las terrazas, desbarata los tendederos, descompone arboledas.

Entra a las casas sin permiso de nadie, toma a Cándida en volandas, la sube por los aires para dejarla flotando junto a la silla donde estuvo sentada, el escritorio salmantino, los peces de colores del acuario. La situación resulta irreal, solo justificada por las novelorías o la técnica cinematográfica, incluye a una mujer que levita atraída por las alturas, empero, no detiene la letra de médico con que plasma, transcribe o prescribe un desenlace improvisado.

Cada cual ve o entiende lo que quiere o le conviene. Tiene los dedos rígidos, la cabeza aturdida, el corazón desbocado. Conjeturó que era posible cambiar el destino con la fuerza de la esperanza, mas los muros, cimientos y vigas del edificio comienzan a ceder con un estruendo sobrecogedor. Apenas alcanzó a componer el último reglón donde una estrella errabunda se destriza contra el infinito.

Su conciencia histórica no ha barruntado ni puede adivinar el futuro remoto, la excavación arqueológica, un código manuscrito, la hermenéutica asociada, el veredicto autorizado. Cándida Berenice había redactado unos textos cuyas referencias mesiánicas en torno a una mujer mítica pero cierta los elevan al rango evangélico, lo llaman Libro Primo, o Evangelio según Berenice.

XXI

La gente se muere sin avisar, rememoró a su madre y muchos años después encontró la réplica perfecta: “Te aviso: yo nunca moriré”. Creía haber nacido con una cualidad preternatural, un estigma, un don, una potestad, según se mire, tal vez una maldición, pues asistir sin remordimiento a los devenires de la eternidad puede ocasionar hastío y melancolía.

Aquella naturaleza excepcional la convirtió en un entretiem po andante, dicho por un amigo poeta, su juventud es una continua flo rescencia que dispersa partículas de rocío a la alborada. Mas desde que derrocó a un gobierno militar cuyo dictador abominable se alimentaba de carne humana, debía tomar la píldora inventada por su amiga Eunice, para evitar que los recuerdos migraran de su cabeza como pájaros fulgurantes, para desenredar las serpentinas con que amarra los festejos de las donaciones insólitas y el desorden del vestuario en las navidades solitarias, o los placeres de la cuenta del rosario de amantes sin porvenir en la anacronía y los excesos adolescentes. Padece lapsus de nonagenaria, confunde fechas, nombres y sucesos, durante un acceso de rebeldía extemporánea repitió una granizada milagrosa de cromos malva sobre la ciudadanía, mediante una flota de aviones panzudos descargaron una tormenta de papel moneda, billetes nuevos, modernos, de polímeros y con un recuadro transparente y holográfico que los blindan contra falsificaciones, permiten a

la dama replicar o rebatir: “Madre, ahora sí cae el dinero por la chimenea”.

La maga turbulenta, tras subvenir a los paisanos sin escatimar gastos y satisfacer la multa que le impuso el consistorio por ensuciar la vía pública con vertidos no ecológicos, atraviesa una galería central a cuyos lados abrieron un ventanaje de hojas plegables y vidrieras que dejan entrar la claridad a raudales, para iluminar su imagen en los espejos de cuerpo entero dispuestos en una doble hilera simétrica, entre bustos de antiguas emperatrices y diosas ficticias y cortinas ahuecadas por la brisa. Otra vez materializada en el acto contumaz del pedimento o como se designe solicitar una entrevista personal a quien todo lo puede, uno y trino, uno e infinito. Desestima el criterio científico, contraviene a los edecanes astrónomos que escudriñaron el cosmos con ingenios ópticos, dándole la vuelta a los astros errantes y a los planetas distantes y no hallaron una señal, un indicio del pedestal desde donde los iconos bíblicos envían sus juguetes de huracanes y epidemias y desamores y Pablo Neruda, más los extravíos en el torrente incontenible de la realidad. Se queda como una gata erizada sin saber bien hacia dónde tirar durante las rabietas de su síndrome menstrual, que parecen corajinas existenciales, pero en verdad son la manifestación de una personalidad megalómana.

Antes de aquellos repentes había cedido al instinto de ser madre. Su amiga Niceta, con seis hijos y al menos un aborto, domina el tema, habló con propiedad: “Venga tira, nacerá con

un pan bajo la cuna”. Los razonamientos de la amiga acabaron por disipar las dudas a una mujer que se plantea la maternidad en solitario. Entendió que dejarse embarazar, parir y criar prole era una tendencia arraigada con fuerza en la naturaleza femenina, pues evita a la raza humana la estulticia de su propia extinción.

En la época de la coenzima Q10, la señora quedó encinta, sin saber a ciencia cierta ni importarle siquiera la identidad del semental donante, tras unas semanas especialmente promiscuas con machos certificados por revisión médica. Durante los meses previos al alumbramiento ordenó el ajuar con una devoción abadenga, ropa, accesorios, cuna, bañera, sonajeros y peluches, la decoración infantil, una pediatra en nómina, una nodriza.

Entretanto, jugó al bádminton, aprendió canciones para acunar, se desperezó, estuvo nadando en las aguas crepusculares del piélago artificial, seguida del ronroneo de sus delfines alegres. Una ráfaga de viento atravesó la floresta, resbaló por sobre el estanque y acarició su frente. El roce le provocó un estornudo y justo entonces parió sin dolor, sin preámbulos, sin asistencia, con un vaciamiento instantáneo desde las entrañas. Vio cómo se desleía un caldo rojizo entre las crestas de espuma y quedaba a la deriva la medusa inerte de la placenta, vio emerger al bebé sietemesino por entre las ondulaciones marinas: flotaba boca arriba, mirándola fijamente con sus grandes ojos de anfibio subacuático. Debería llamarse Aquiles, infirió la parturienta,

quizá sea perfecto en todos los sentidos, pero tiene el único punto débil de llegar temprano a los sitios. Fue una apreciación clarividente.

Años después su hijo Adalberto estaba casado con la diva Brunilda Ache, siete veces consecutivas reina invicta en los concursos comarcales de belleza. Ese día regresó pronto tras dejar a medias su clase de esgrima. Al acceder al interior de la casa encontró una atmósfera inundada del mismo silencio sepulcral que caracteriza a los cementerios cerrados o las casas deshabitadas. Subió por las escaleras al primer piso, escucha murmullos lascivos, gemidos de mujer en la alcoba. Todo indica una traición conyugal en curso, más allá de las evidencias, su imaginación propuso a un amante concreto para el desliz de la esposa: un promotor ambulante que vende arco iris embotellados.

Adalberto, un hombre sensible a las fluctuaciones amorosas, no atinó a corroborar sus conjeturas y abandonó a Brunilda sin una despedida o un reproche, para zascandilear de modo permanente por el país. Asumió como ciertos unos hechos hipotéticos, condenándose desde entonces y para siempre a experimentar una herida excesiva. Tampoco sabrá que la mujer estaba simulando a viva voz con un magnetofón, prepara una broma sin malicia ni acompañamiento, una sugerencia, un acicate, que añadirá al hilo musical a la hora en que el marido se desploma en el lecho y se echa a dormir, pese a la lencería sugerente o las posturas provocativas, luego el deseo empuja a la esposa a una

alianza solitaria con sus propios dedos. Un soso, pensó, a este lo espabilo.

Adalberto en las costas nortañas resbaló por accidente o deliberó antes y se arrojó desde un acantilado. A principios del verano el cadáver arrastrado por las corrientes transatlánticas arribó flotando hasta una playa, repleta de turistas nerviosos por la visión tremebunda del muerto: hinchado como a presión, tostado bajo la caldera solar, picoteado por las aves, cubierto de urchillas y sargazos, empero, con la sonrisa feliz por haber muerto en el mismo elemento que le ayudó a nacer.

La señora recibió la noticia mientras repasaba obituarios, el de su amiga Priscila. Dada su tendencia histriónica a teatralizar las emociones intensas, salió a la intemperie bajo una pabela de la que colgaba un cerco de gasa traslúcida, subió a un plaustro empujado por dos caballos percherones, donde intentó arrancarse las vorticelas del infortunio. Fue desmenuzando el cartonaje de los recuerdos en trozos cada vez más pequeños, con un automatismo recursivo, pedacea cada triza amontonada sobre el regazo, hasta hacerlas irreducibles para sus dedos, termina la terapia y arroja puñados de confeti por entre las muselinas del carruaje, deja un rastro de fechas remotas e ilusiones circenses.

Estuvo brujuleando hacia ninguna parte, por vericuetos abstractos, baraja cromos y láminas ilustradas, durante un minutaje estancado que no termina jamás de terminarse, cuenta los círculos concéntricos en la alberca donde flotan nenúfares,

garabatea la firma de *Goya y Lucientes* sobre el lienzo al óleo que contiene a los fusileros, machuca la belladona sin elaborar, circula con la fantasía en un locomóvil a vapor, con espacio abierto para dos en un habitáculo entoldado con flecos y banderines, desperdiga saludos de lástima a los pedigüños en los soportales, el petardeo suscita una exquisita y breve inquietud a otras damas de pómulos rubescentes y modales comedidos, que traman encajes y pasamanería junto a los ventanales victorianos. Repasa la agenda, verifica las señas de la amiga geográficamente más cercana, pues la tristeza compartida resulta menos hiriente y por consecuencia más soportable.

Antonina, la artificiero, está casada con un hombre sencillo, de nariz prominente y mirada vivaz, que ejerce por vocación el oficio de lapidario. Mediante un pacto tácito, han conseguido dilatar una convivencia sin sobresaltos, basada en los valores tradicionales, nos entendemos con un simple cruce de miradas, confesaron en el último aniversario.

En otro plano, bajo la superficie de una relación sustentada en la simplicidad y el amor físico, subyace un misterio, cada uno ignora la personalidad profunda del otro, sus ocupaciones ocultas. Como los icebergs, hay una zona sumergida en sus vidas, la presienten, la descartan, tampoco preguntan por que ambos esconden su verdad, entretanto, barajan opciones, ocultismo, amantes, idearios, sectas, hermandades, enriquecimiento ilícito, operaciones ilegales, tráfico de órganos, vampirismo, un vicio, un complot, un germen revolucionario,

cleptomanía, manías psicóticas, celos, celotipia, o ese ámbito de privacidad que necesita toda persona social, viéndola aparecer en el vano de la puerta por sorpresa, atenta al cónyuge que corta la conversación telefónica al instante sin despedirse. “¿Con quién hablabas?”. Nadie, un lelo, una ilusa que confundió el número. Movidos por suposiciones, saltan de la ausencia al retraso, enrocados después en la justificación, el titubeo y los efugios creíbles, tras los cuartos en penumbra y las cerraduras de alacenas que nunca compartirán, o los papelorios empujados con nervio hacia la inviolabilidad de una caja fuerte.

Durante aquella tolerancia mutua, la policía acordonó el centro de la ciudad, cortaron el tráfico, intervino un comando de operaciones especiales, apostaron francotiradores con fusiles de precisión anclados a un bípode sobre las azoteas. Era el procedimiento reglamentario para intervenciones rápidas en un entorno urbano masificado.

El negociador evalúa el posible daño colateral del asalto para las personas secuestradas como rehenes. Tiene mala pinta, asegura. El jefe alza un megáfono que primero chirría por acople, hay que dejar claro quién manda aquí, que pidan un puto helicóptero o un refresco sin azúcar, me la bufa, mientras no haya muertos sobre la acera, ¡atajo de yonquis! El inspector al mando quiere ganar tiempo.

En la práctica todo se tuerce. Los malhechores fueron sorprendidos por una delación, mientras recaudaban fondos, conforme a su argot, o según la acusación particular durante la

comisión o el concurso de varios delitos, robo con violencia, tenencia ilícita de armas, coacciones, hurto desde que uno se zampó un bollo al descuido, amenazas, participación en riña tumultuaria, atentado a un agente de la autoridad, desacato, delito contra la salud pública por el trapicheo previo con un comprador, crimen organizado, secuestro.

La voz amplificada del inspector a cargo de la operativa, encuentra el tono más el timbre y el momento adecuado para soltar otro ultimátum: “Deben liberar a los rehenes, serán responsables de las consecuencias”.

Un confidente ha identificado a los ladrones, pertenecen a una célula resucitada, un grupúsculo que mezcla ávaros, hunos y hérulos, enemigos del opresor extranjero y baluartes de la libertad a secas. El plazo expira, reciben una primera andanada de artillería, repelen el asalto de proximidad disparando escopetas de cañones recortados, manipuladas para propulsar un chorro de perdigones acerados, que agujerean el blindaje y los chalecos protectores, acribillan un automóvil, que se desbarata sobre su eje vertical, entre silbidos del aire a presión liberado por los neumáticos. Prosigue el intercambio de munición letal, interviene una sargento de paisano del servicio secreto. Antonina habló con la jefatura, tiene permiso para utilizar su fusil con mira telescópica, lo extrae del maletero, toma posición en primera línea, apunta, contiene el aliento, hace un único disparo, derriba al líder terrorista.

En pocos minutos, la potencia ofensiva fuerza la rendición. Hay víctimas, heridos con pronóstico menos grave, hay un hombre abatido, agoniza tirado en la acera. Un agente le quita el pasamontañas. Antonina está cerca, identifica al moribundo, con una arritmia, un vértigo, un martillazo en la cabeza y el corazón, repasa el rostro entrañable, la sonrisa trémula. Nunca creyó que su marido fuera solo un esmerador de bisutería.

La miraba mirarle, escucha su voz agónica, le dice que en cuanto arregle papeles nos casamos, pues el amor mueve montañas. Antonina no entendió la última frase, pensó que hablaba árabe o euskera. Tiene las rodillas apoyadas contra el suelo, ha matado al hombre que ama. Unos puños blandos golpean un pecho sin aliento.

Mira con ojos apagados el mundo circundante, que parece amable y adaptado a la felicidad de otras personas, para quienes no tiene imprevistos o maldiciones, y otorga una coherencia y un ritmo deseable, no para ella, no ahora. Las circunstancias la transformaron en simple espectadora de su propia tragedia, tiene la sensación de que su cabeza se descompone en una desbandada frenética de gaviotas. Tiene ganas de marcharse, abandonar el melodrama, recuperar la rutina de todos los días a esa hora, dejarse encontrar y encontrarle en la casa, volver siempre, como antes, a su aire inofensivo, su mirada cómplice, su ceño enigmático. Repetir, reforzar, amar, ser amada, detener los relojes, orientarse por la duración del cálamo en los sándalos, o la prontitud del espejo para aclarar los asteriscos de

vaho que lo empaña; en síntesis, descubrir la intimidad en el ponto de una bañera coronada de espuma rosicler.

Antonina emplea el raciocinio para regirse, es cerebral, según las circunstancias, en ocasiones cede a la vehemencia y la emotividad, incluso puede recurrir a un llanto reparador mientras analiza la probabilidad, la aritmética, el estambre refinado con que la fatalidad ordenó las coincidencias, el retardo en los engranajes del ascensor que bajó diez plantas, una parada ante el semáforo, un anillo que no aparece por ninguna parte, más las inabarcables piezas de una casualidad que ha ido encajando cada pausa, cada apretón, los retrasos. En la oficina redacta un informe, el subdirector le ordena: “Vete a casa, descansa unos días”.

Antonina aparenta normalidad. No hay infracción en su proceder. Día libre hasta el siguiente caso. Sale a la calle vestida de paisano, recuerda el lema con que se graduó: “Erradicar el delito. Promover la convivencia pacífica”. Revive el disparo, el proyectil descomponiendo el aire oloroso a barbacoa hasta impactar contra el capitán de sus ilusiones, justo cuando se alzó desde el parapeto para reconocer entre las líneas enemigas a la secretaria con aladares platino y labios icónicos, que le había puesto en orden todos los asuntos del corazón, pero acabó por destrozarlo con su puntería inexorable.

Coincidiendo con las fechas en que Antonina favoreció su propia viudez, Arsenio había tullido con un mal golpe a Lucrecia, la esposa anegada que apenas dejó escapar un

quejido de resignación cuando le chascaron los huesos en la columna vertebral. Allende, Elisenda vegeta entre las sombras, en el marasmo de una soltería devastadora.

Es tan nefasto que trae las desgracias a pares —concluyó Marietta—, mientras el maltratador tiritaba de amor físico en los brazos de su querida Gilda, la confitera cuyas torrijas tienen aprecio y fama nacional.

La señora frunció el ceño una vez, con una mirada dura y punzante capaz de atravesar el mármol del enlosado. Estuvo días flotando en un éxtasis meditativo, casi sin probar alimento ni dormir las horas acostumbradas. Con las primeras luces del alba y hasta la medianoche estuvo rumiando sus tormentos, con el estorbo de seis gatos siameses que la siguen a todas partes, restregándose por sus tobillos para reclamar atenciones.

Estaba tan absorta y reconcentrada que mandó regalarlos a un hospicio, para que su presencia no distrajera el curso natural a sus pensamientos. Después de cavilar tres días y tres noches, halló el modo de hacer justicia, aunque parezca un ajuste de cuentas o una venganza premeditada: “Tomarás tu propio jarabe de palo, gallito”.

Fue un secuestro tan rápido y preciso en su ejecución que Arsenio creyó que era una operación militar. Al sargento le dieron un somnífero para dormir caballos y tras muchas horas de quirófano, la tercera generación de Stradivarius finalizó una cirugía vengativa pero reversible.

Una mañana cualquiera la señora consultó la máquina sapiencial porque las noticias circulantes, los titulares y flashes informativos, no diferenciados de la literatura recreativa, insisten en juntar un verbo sustantivado y un sustantivo que funciona como adjetivo, con tal persistencia que el enunciado funcionaba por sinergia como un todo indisoluble, dotado de connotaciones y significados obviamente más complejos que la simple suma de las palabras involucradas. «Cambio climático», tal cual suena, dicho por la periodista con una frecuencia de cuatro repeticiones en una locución de tres frases. El enunciado fue impreso en un volumen de quinientas páginas, sin florituras ni excesivos alardes de originalidad. La radio sintonizada podría ser un programa humorístico.

La señora desayuna sin formalidades previas ni reglas fijas, improvisa la narración en curso, la jornada entrante, con la braga y la camiseta de talla grande o muy grande a manera de sayo. No ha abandonado el dormitorio, tomó posesión de la terraza abalconada que extiende la habitación y otorga el privilegio de abarcar un cielo panorámico, un cristal azul, un azul infinito, una métrica adornada por la condensación del agua evaporada del mar, cúmulos algodonosos, conglomerados enormes, circundados por gaviotas en formación, que parten al

alba y regresan al atardecer, como obreras metódicas con su horario fabril.

Desayuna un bol de cerezas que examina con atención, como trofeos en miniatura, paridos por la tierra brava solo para repasarlos y quitarles la humedad con la servilleta e insertarlos en la boca, mastica la pulpa y repasa el hueso a manera de caramelo frutal. Reflexiona para sentirse viva, original, concreta. Por una asociación inconexa de causas y efectos, rememora la tormenta de nieve y granizo que la víspera había irrumpido en la tarjeta postal del verano invertebrado.

La normalidad recostada junto al mar de las cuatro de la tarde, era siempre como antes imaginaron en Berlín, en París, en Madrid, un estanque manso de ondulaciones y modorra y voleibol. Había sido el centro del ocio y las reuniones informales, donde los jóvenes ajustan pareceres y presupuestos.

El verano de tu vida, por así decir, está previsto que empezará a medianoche a las afueras del casco urbano. Inauguran el festival internacional de música electrónica que ese año lo ubicaron en España, un suceso único e irrepetible para el ego adolescente. Casas prefabricadas, tiendas de campaña, una ciudadela envuelve los escenarios, habrá que vivirlo por dentro; cinco días, cinco noches, convivencia multitudinaria, fotos, recuerdos futuros, un recinto kilométrico, festejar, conectar, compartir, sentir un atisbo de eternidad, un dragón ardoroso compuesto de infinitos ritmos y sincronía cardíaca, una sucesión de música hormonal, talento compositor, magia sinfónica, técnicos

sintetizadores, pirotecnia, efectos especiales con vapor, coreografía, videoclips y chitón gente, podría tener unos segundos de fama mundial, mis viejos se conforman con ir a la verbena y beber sidra subvencionada. Bien, mejor que bien, apoteósico.

Empero, el festival no vendrá a España, cancelado a última hora por fuerza mayor, dicho en términos legales. Aconteció un fenómeno susceptible de ser incardinado en lo que llaman cambio climático. Uno que caminaba ligero para hacer aeróbicos, que redacta esquelas y sinopsis y reseñas por encargo, describió el suceso. Un chasquido de cortocircuito fustigó las alturas, sobrevino un obscurecimiento repentino, la población vulnerable emprende una retirada prudente. Pronto la muchedumbre, o sea los demás, entra en pánico, bulle, prisas y broncas de hora punta; un recoger esterillas, neveras portátiles, toallas, balones, no si nos darán las uvas con tanto cachivache. El siguiente fenómeno telúrico o como llamen al ventarrón o al viento encabronado que entró por un flanco, atravesó la playa de punta a punta como un demonio rabioso, desquiciando todo a su paso, alineamientos, tumbonas, gente, objetos, el paisaje de arenas paradisiacas, luego sale por el oeste hacia mar abierto donde se extingue.

Hay un momento de calma chicha, echan fotos como reporteros cotizados y fotografías de revistas glamurosas, enfocan la playa erizada de lanzas que sujetaron parasoles, salpicada con un sinfín de utensilios y enseres rotos, desbaratados, retorcidos,

entre lonas, piezas tubulares, transistores, gafas de buceo, hamacas y mesas plegables hechas un amasijo.

Visto en retrospectiva, supimos que el viento huracanado había sido un anuncio o heraldo de lo que llegó después. Caen andanadas de pedrisco, hielo duro como cemento seco, los cielos apedrean, descalabran, atraviesan, hienden, sea lo que fuere el objeto o la materia interpuesta en su trayectoria furibunda. Cristaleras, mobiliario urbano, vehículos, arbolado fotovoltaico. Granizo como proyectiles que hacen estallar lunas y escaparates, satura portales, inutiliza toldos, aporrea gente, producirá una elevada mortandad animal, entre gorrones, palomas, gaviotas, golondrinas, animales de compañía y no digo más, quizá un etcétera. Aun no soy redactor fijo asegurado mediante contrato laboral indefinido.

El nivel del detalle conseguido en las siguientes líneas fue posterior a los hechos mismos, obtenido por conjeturas, atestados policiales, testigos. Los pedruscos viajan a una velocidad balística con suficiente poder destructivo como para inutilizar o anular cierres, candados, cancelas, la cerradura simbólica de un carromato circense, estacionado sobre la acera por la necesidad de guarnecerse del transportista. Los goznes cedieron, la jaula de barrotes cobrizos dejó escapar un sonido de bisagras resentidas, la cizalladura abre y cierra la puerta enrejada, solo entonces el tigre despierta del letargo de una cautividad anterior a su nacimiento. Presiente un horizonte de conductas impelidas por la sangre, reinar, cazar, castigar al

adversario, someter a las hembras, depredar o infligir daño severo a toda especie que invada su territorio.

El desafío resulta demasiado vasto y complejo. Los cuidadores o esclavistas reprimieron su esencia, por ende jamás ha matado a una presa. El diminuto reino de pacotilla del que viene ha sido en verdad una tumba abierta al público, una usurpación del trono y la identidad a los que estaba predestinado. Los tigres no piensan, pero el enorme animal aparenta meditar, sentado sobre sus cuartos traseros sobre una nieve blanda y creciente, como un trofeo entregado a sí mismo, un tótem meditabundo.

La señora propende a no involucrarse en la problemática sindical, el activismo, las peleas o manifestaciones callejeras, pero en ocasiones desea haber sido una gata callejera entre otras similares, un simple andar paseando bajo el aglomerante tamizado por la fricción atmosférica, y liberado sin pausa como polvo lunar sobre las gentes del barrio. En palabras de la cocinera jefa, tampoco le preguntes cuánto vale un café de bar o una hogaza panadera.

Las cerezas acompañan el talante reflexivo de la comensal. La ignorancia que se ignora limita la visión del mundo, la pereza por contrastar información supone habitar un mundo fabricado por el sesgo o la controversia o el interés de intermediarios. Enciende la máquina silente, una computadora configurada desde anoche para dar una respuesta sintética, un párrafo mejor que dos, máximo cuarenta frases, trescientas palabras; estilo llano, conciso, descriptivo, como de apunte escolar, cuya

interpretación y coherencia requiere saber el título asignado o la pregunta formulada.

La máquina pronuncia su elocución configurable acerca del significado de la locución sustantiva de moda. Responde: deforestación, extinción de especies, sequía, desertización, modificación del ciclo hidrológico, contaminantes vertidos en tierra y mar y aire, fenómenos atmosféricos destructivos, agotamiento de recursos naturales y materias primas, generación y acumulación de residuos químicos, tóxicos, no biodegradables; alteración de ecosistemas marinos y naturales, acidificar océanos. Quien contamina paga —entre comillas— es una solución insidiosa, permite agravar el cambio climático, cuyo resumen amablemente ha solicitado su señoría. En el espacio, los contaminantes eluden fronteras, acuerdos, moratorias; se desplazan y acumulan de modo global. En el tiempo, los daños, carestías y limitaciones llegan a las generaciones futuras. En la práctica, la mitigación cautelar aporta un beneficio superior a la espera pasiva. La máquina cierra la consulta.

Marietta tiende a escudriñar su imagen en un espejo mural del dormitorio, mientras pregunta a la inteligencia computarizada, en parte para saciar la curiosidad y el apetito conceptual que se alimenta y deshidrata de modo simultáneo. Hablar por hablar también le evita quedarse a solas con su descreimiento. ¿Las mujeres tienen uretra? ¿Para qué sirve el arte? ¿Cómo crear un mundo feliz? ¿Cuántos orificios tienen los genitales femeninos?

Enseguida la inercia, la costumbre o la prisa divide la atención de la señora en dos vertientes. Una planifica un cambio de imagen impactante, otra está atenta a la locución condensada, que informa, enseña y entretiene; con tal suerte permite insertar una temática arbitraria al flujo de lo cotidiano. Por ejemplo, dime frases lapidarias con timbre de locutor radiofónico. Oído, cocina. El carcelero al fin abrió las rejas: Menú a la carta. Siguiendo. Me creo angelical, todo bondad y altruismo; pero palpo dos cuernos grandes en mi frente y corrijo: Soy un ángel.

La señora mandó callar. El humor sombrío, la ironía maliciosa, las máquinas que parecen animales, la verdad por cuya dureza es preferible una mentira, o un placebo, o una metáfora; en conjunto, o como parámetros sueltos, motivan su crispación y desánimo. A decir verdad, había sido una mujer bella, exquisita, icónica, hasta un minuto antes.

Obviamente propende a dramatizar y exagerar hasta la hipérbole traumática. Cada minúscula imperfección, asimetría, ángulo de inclinación, volumen o proporcionalidad del cuerpo o de la cara, corresponden a una persona vulgar, una mujer ordinaria, una fotogenia editada por la licencia del programa informático con el botón de la varita mágica: embellecer, idealizar.

La situación empeora, necesita ir al excusado, dejarse tiranizar por la fisiología universal. Micciona de modo ruidoso, deja caer el chorro contra las aguas del inodoro. A continuación toma una ducha por una aprensión higiénica. La manía ulterior a defecar consiste en un baño completo, con o sin asistencia externa;

profuso en sales fragantes, geles, glicerina, esponjas marinas, cepillos extensibles, ambientación exótica, sándalos, luces de color, música instrumental. En resumen, un ritual de purificación que más adelante vale para rellenar conversaciones forzadas o insulsas. El agua llega desde un depósito provisto con un ciclo de vida. Llena la tina, disuelve impurezas, desinfecta y lava su cuerpo, y a la máquina llamada computadora de cordel porque admite lavado y puede tenderse sin remilgo junto a la ropa ordinaria.

Regresa al dormitorio, pide cháchara a la asistente informática, dibuja con la mente y visualiza en el espejo un cambio de imagen. Conviene peluquería, manicura, masajes, solárium, catálogos o diseño a medida de vestuario. Un boceto sumaráisimo es proyectado desde su posición ejecutiva, la mujer se diseña a sí misma, domina el mueble tocador, la batería de recursos estilistas, pinta y borra, pone y quita afeites, probaturas, aparte mueve a la maniquí a posar y desfilan por sobre una pasarela y ante un público que solo existen en su imaginación.

Está en cueros para agilizar las correcciones. Alisa el pelo, ejecuta un corte de puntas irregulares, nivelado a la altura de la nuca y por debajo de las orejas. Tinte azabache. Retoca un flequillo oblicuo, de lado a lado progresivamente más largo, permite despejar o cubrir la zona orbicular derecha, mediante un ademán a la defensiva, una pose, una afectación, válido como

escudo contra el infierno vivo que siempre son las demás mujeres.

Su agenda posee tripas electrónicas, conexión inalámbrica a la internet. Mañana por hoy la planificación automática debe realojar los señalamientos y obligaciones truncadas por causas intempestivas, en términos jurídicos por fuerza mayor, tormenta solar, huracán, inundación, etcétera.

El supuesto peor nunca ha sido implementado y la computadora no entiende ni considera cancelaciones, aplazamientos y cambios masivos, ergo, la que corta el bacalao ahora es Marietta Sosa, la dueña de las preguntas.

Notifica la anomalía al encargado de mantenimiento, cuando advierte cuatro citas coincidentes en el tiempo pero en centros o despachos geográficamente separados. El sistema operativo requiere una actualización urgente, después de todo el cerebro rector no deja de ser una malla de microchips unidos por un programa informático y un mantenimiento correctivo, más asistencia técnica y reparaciones domiciliarias.

Mañana no, pasado mañana recibirá a un técnico, personal competente y entrenado para persuadir, disuadir, dirigir la negociación y favorecer a la empresa. Primero el hombre trae un maletín, un traje de gánster, una camisa salmón mal combinada con una corbata de nudo gordo. Rellenan formularios, abre en canal al artefacto, pide detalles cada vez más precisos, dice: “Ajá”. Finaliza el análisis, hace balance, cálculos numéricos, después pide o solicita el consentimiento y

los permisos para corregir a la usuaria. Esta opción abarata costes, aprender a expresar predicados y construcciones verbales asequibles. Entienda que el aprendizaje asimilado por la inteligencia experimental, digamos de homínido electrónico, requiere tiempo, datos, patrones, modelos matemáticos; necesita memorizar, abstraer, extrapolar, hacer cálculos guiados por algoritmos, ramificación y poda, divide y vencerás, red neuronal, sobre todo, acumular datos, interacción permanente.

Otro día la amiga letrada aclaró el contrato de servicio en vigor validado con una empresa americana. El pago del precio final no garantiza ninguna propiedad presente o futura, estrictamente certifica el pleno uso de la suscripción vitalicia, renovable por anualidades completas, por ende, la parte inmaterial del computador pertenece a la empresa propietaria.

A decir verdad Marietta evita las jergas, la política, el futurismo, los tiempos compuestos, pasado mañana, antes de ayer. Entretanto los rayos solares derriten la nieve apelmazada, protección civil, bomberos y policía recorren la ciudad. Alguien alertó sobre un tigre suelto por la calle. Apenas avanzó unos metros y parece una estatua vitrificada por la costra helada y transparente que lo recubre, petrificado por hipotermia, qué si no, como cualquier perro muerto por abandono.

La licencia de anticipar los sucesos venideros no afecta a la propietaria del relato, una mujer que ensaya ocurrencias estéticas en su rostro. El maquillaje aporta una lividez, un delineado enfático por sobre los ojos y el borde papebral

superior, la línea oscura llega hasta el pliegue exterior, lo suficiente para pincelar un matiz agresivo, un aire gótico, una rúbrica cosmopolita. El color vainilla cubrirá sus párpados, por contraste realzan las pestañas, estilizadas una a una con un rímel oleaginoso. El boceto proyectado en los vidrios de su imaginación traza el lineamiento o los contornos a unos labios púrpura o carmesí, cuya intensidad alerta o informa sobre un peligro genérico, a la vez sugiere proximidad a un refugio.

Pregunta a la máquina sobre el efecto obtenido al sustituir las bragas rosicler por un calzoncillo tipo pantalón corto, tan recio que puede detener en seco la fuerza expansiva de una erección del género masculino. A primera vista, una dureza andrógina, disuelta en el acto por sublimación, la feminidad en gayumbos, una negación de toda ternura, fragilidad, o dependencia hacia el varón complementario.

Diseña al vuelo un vestido camisero, como un lienzo de arte abstracto confeccionado a modo de camisa grande y nivelada a la altura de los muslos. Con el mismo esfuerzo a propósito de veladas informales llevará una blusa de escote rectangular, hombros desnudos, falda estrecha, o pantalón de perneras ceñidas y talle alto. La intencionalidad del diseño busca resaltar una cintura estrecha, un busto desafiante y unos glúteos prietos y proporcionales. Añade lencería, medias sujetas por ligueros a la curvatura de los muslos. La combinación resulta irresistible y hace perder la concentración a los adversarios cincuentones durante las sobremesas tensas de índole empresarial.

Camina con naturalidad pese al realce por tacones altos y finos puestos bajo unos zapatos fabricados en Elche, e inspirados en un cuento enrevesado pero de leyenda fácil, sobre la princesa graduada en la academia militar con el grado de alférez y el destino inmutable de reina, teniente coronel o comandante en jefe de los tres ejércitos y la Legión, mentada por la servidumbre como la niña bonita.

En el silencio nocturno, Marietta despertó empapada de transpiración con olor a jabón. En sueños había retomado un noviazgo antiguo, cogidos de la mano entran a la misma verbena de antaño, Teobaldo regresaba, parecía regresar de ultratumba, del Purgatorio, a bocajarro sentencia: “Amiga, en todos lados cuecen habas”. Sin otra novedad, excusa o explicación camina en sentido contrario para alejarse por entre un aire nebulizado. La mujer cree oír los recuerdos, un trémolo al violín, una trova, un floreo; deja su alma latir adioses, aquella melodía magnificada por el enamoramiento que bailaron como novios. Luego entonces, la vida pese a todo es un guion cuya dinámica no permite enmendar el error de perder el alma por quien tanto amas.

Entre semana vinieron dos apoderados a la hacienda, a quienes examinó a través de cámaras de circuito cerrado. Observa los trajes elegantes, la pulcritud en las manos, los modales educados, un lustre en los cabellos que ambos peinaban hacia atrás. En conjunto, la primera impresión anuló la reticencias de la dueña. Concede la venia, por ende, el privilegio de tratar en

persona con Marietta Sosa, dicho así sin ánimo de soberbia. Recibe al dúo en un salón cuyo color dominante era el caoba. Percibe el olor intenso a colonia que dispersan en torno suyo, que permite seguir su rastro a ojos cerrados.

Aparte de modales, buena presencia, acicalamiento varonil y mucha labia; explican el motivo comercial de la visita. Sacan folletos informativos, trípticos, la anfitriona observa los gráficos, escucha la primera referencia a una tecnología optimizada en laboratorio y mediante simulaciones basadas en modelos matemáticos, válida para embalsamar a humanos y que permite resucitar en esta vida y no en la otra.

Participamos en una campaña especial para dar a conocer el producto. Detrás hay una fundación cuyo objetivo estatutario es cubrir un segmento creciente del mercado funerario. Las cláusulas son adaptables, la garantía flexible incluye poder elegir fecha de reanimación, inmediata o según contextos planetarios o escenas geopolíticas, merced a futuros adelantos en materia médica.

El renacimiento estará supervisado por un albacea de su elección. Hablemos del proceso. Consiste en congelar al difunto, señora tocamos madera para que los mismísimos dioses intercedan y favorezcan una larga vida a nuestra entrañable y gentil anfitriona. Las instalaciones de soporte mortuario están contenidas en arquitecturas blindadas. El edificio soporta ataques nucleares, seísmos o huracanes. la estancia está monitorizada las veinticuatro horas en tiempo real

por un ordenador dedicado que a su vez está supervisado por otra computadora y esta última se chequea por personal de mantenimiento. Los termostatos, sensores y reguladores envían señales eléctricas con los parámetros incluidos en la estadística continua: presión, humedad, temperatura, esterilización.

La fundación, como persona jurídica, está protegida contra la bancarrota, la recesión, el desplome bursátil, incluso del desfalco por un capital depositado en un banco nacional y duplicado en otro internacional, más una doble replica en oro y bonos convertibles a liquidez inmediata. En definitiva, el alojamiento está asegurado por siglos, los que hagan faltan, hasta ejecutar el testamento de últimas voluntades y activar la condición para reanimar su organismo.

Hablando claro, la putrefacción será imposible y digo porqué. El cuerpo está formado por agua, las células reaccionan al punto de congelación, aumentan su volumen y estallan, obviamente eso produce daños irreparables. Por llamarla de algún modo, la taxidermia sigue un orden de ejecución riguroso. Primero, extraer los fluidos corporales, frenar la coagulación a través de las venas. Segunda fase reducir la temperatura del organismo hasta la temperatura técnica, expresada en grados centígrados. Tercero, las pacientes son encapsuladas en una capsula de titanio, por resumir, contiene nitrógeno líquido y otros muchos compuestos químicos. Para finalizar, trasladamos la cisterna al piso para largas estancias, donde queda en custodia hasta una

fecha indeterminada en que proceda su renacimiento. Como anécdota, será la undécima paciente.

La psicología humana es predecible, la señora hubiera comprado una tonelada de calamares si los dos varones ofertaran dicho producto. En el fondo adquiere la atracción animal que la imanta con un trato exquisito. Además conserva la idea genuina de ser refractaria a la muerte natural; por consiguiente firma y rubrica un contrato impreso en treinta pliegos, sin leerlo ni solicitar consejo jurídico, diciéndose para sus adentros con una sonrisa discreta, por si alguna vez el destino me confunde y muero. La visita de índole comercial en términos formales ha concluido.

Empero, han conectado como personas, charlan y guardan la burocracia, atraídos entre sí por un solo magnetismo. Beben, hablan, ríen, tantean, después de todo desean lo mismo, aprovechar la alfombra suntuaria del salón para liberar una transformación, una simbiosis. Será un animal único y lujuriente, varias piernas y manos, un celo, un suspiro, gemidos, un doble resuello de garañón encelado.

Al año siguiente según Flavio, o días después considerando la versión del resto de biógrafos, solicitó la asistencia de su amiga letrada, para conocer la consecuencia múltiple de morir y renacer en la misma civilización terrenal. Aspectos patrimoniales, articulado aplicable del código legislativo, sobre todo, la condición administrativa y el estado civil resultante del proceso.

Delia había solicitado el año anterior una excedencia, significa que conserva puesto o plaza como funcionaria mientras trabaja fuera, como autónoma o contratada por una empresa. En concreto a entrado al sector financiero, por mediación del familiar de una amiga. Durante el semestre progresó, escaló peldaños, en sentido metafórico, a fines de año dirigía una dirección provincial, cuya matriz tiene domicilio fiscal en Alicante y sucursales dispersas por cincuenta provincias.

En pocos meses ascendió a puestos más complejos y mejor remunerados, hasta que un giro inesperado la hizo coincidir con los perfiles propuestos por los barones accionistas y la firma omnímota del refrendo dado por los presidentes eméritos o las manos fuertes. No sabe con certeza cómo desbancó a *Mario Conde*, a muchos otros competidores y opositoras. Habla con jactancia de carisma, las influencias, un golpe de suerte impactante, o la escasez de candidaturas, unido al voto unánime de los accionistas durante una asamblea extraordinaria para renovar los cargos directivos.

Durante el desempeño improvisó a la vez que plantea optimizaciones a las teorías clásicas y las estrategias de siempre. Un conjunto de cualidades evidentes o soterradas, entendimiento analítico, hipocresía no detectable, sagacidad superlativa, impresionó menos que la cuenta de resultados del semestre fiscal mostrada a la plutocracia.

En el mandato, desarrolló una inventiva hipertrofiada, con la que construye los fundamentos del próximo producto financiero,

lanza campañas de captación para pequeños ahorradores, autónomos, capital industrial, atrae asimismo inversión extranjera y una gráfica creciente de beneficios netos.

La prensa económica encumbró a la mujer en el pedestal de los ideales, un paradigma de progreso y fuerzas volitivas, el símbolo viviente del talento que convierte en oro el arduo trabajo diario.

La banquera supo moverse entre las clases sociales del estrato superior. Mueve fortunas, acumula palmarés, distinciones, prestigio asociado a un nombre propio. Tiene un mérito adicional por su condición de extracto humilde, la madre fregaba suelos, el padre padecía de los nervios y saltó a las vías del tren. Su popularidad llegó a oídos del Padre Santo Pío, el Caminante, a quien las malas lenguas atribuyen una afición desmedida a las virtudes terapéuticas del vino *Mariani*. Pidió conocerla y le concedió audiencia por adelantado. Doña Delia de luto riguroso y mantilla a juego consumó la invitación e hizo saber en vivo de su persona, sus virtudes y el talante de quien siembra monedas y cosecha billetes grandes.

Un icono de la mujer contemporánea, acuñó una comentarista radiofónica, la mañana anterior a la intervención. El nombre en clave de la operación policial era «Carisma». Acoronaron la zona perimetral del edificio, llega un convoy tras otro de furgones blindados, vehículos oficiales de vidrios tintados. La comisión judicial flanqueada por efectivos de intervención rápida y policía científica entran a la sede, seguida por un

bastión de interventores, cartularios, especialistas contables, inspectores tributarios y agentes uniformados de seguridad privada o escoltas de altos cargos.

A las nueve horas y diez minutos la actividad rutinaria hasta un minuto antes queda paralizada, entre otras razones porque nadie acreditó la legalidad de la intrusión en curso. El magistrado superior en jerarquía hace un ademán y el comisario jefe asume el cargo de portavoz y negociador si se tercia. Su voz grave detona en el aire climatizado: No toquen o borren documentos, no manipulen ficheros o computadores o libros, no apaguen dispositivos encendidos, el mandato legal está presenciado por fedatarios públicos, y en caso de discrepancia el gobernador y las leyes vigentes autorizan el uso de la fuerza contra los apercibidos rebeldes. Prohibido llamar a la policía porque somos nosotros en cooperación con operativos militares. Nadie emitió queja o reparo, nadie solicitó aclaraciones adicionales, una secretaria pidió permiso para acudir al baño. Permiso concedido, tampoco somos animales, vaya usted tranquila. Los cerebros ejecutivos han desplegado una auditoría minuciosa, exhaustiva, un balanceo cuyas columnas deben justificarse de forma recíproca, incorpora los nuevos parámetros añadidos a la contabilidad empresarial, el sumatorio improductivo generado por las pausas relacionadas con los actos reflejos de la fisiología, a la que está adherido el personal laboral: toser, bostezar, hipar, etcétera.

El registro vacía o desaloja archivos, archivos cajoneros, cajones, apila carpetas, cartapacios, empareja montoneras de correspondencia formal, los típicos sobres con el recuadro a cuyo través puede leerse las señas del destinatario. Los calculistas echan cuentas mentales, anotan cada resultado parcial, al fin refrendan un mismo veredicto demoledor, el banco ha quebrado.

La inspección contable sigue el manual, casos análogos de apropiación indebida, mala praxis, manejo de caudales ajenos. Adentrados en las profundidades de una cámara acorazada, revisa canales de entrada o salida, mueve una columna de cajas estratégicas y fuera de contexto, la medianera exhibe un boquete amplio, hecho con la maestría del albañil, el canal eferente ha permitido a la honorable presidenta directora, expulsar flujos dinerarios al exterior, donde el dispositivo de trabajo bruto empaquetaba los fajos de cuantía normalizada.

Marietta ofreció recursos a la amiga, un gabinete jurídico, tal vez uno o varios sobornos, y a todo Delia negó con la cabeza. El efecto de mercadotecnia consistió en validar su licenciatura, por cuya merced puede representarse y defenderse a sí misma como letrada, actuar de oficio en trámites, comparecencias, vistas orales y toda actuación judicial que estimen pertinente sus señorías, dada la nula indefensión y la preparación técnica de la acusada.

En el círculo íntimo de amigas se comparte todo, la pena y las alegrías, ergo, la prisión les duele como si transmitiera por

empatía la condena que las incapacita para la libre circulación de su persona y el ejercicio de su voluntad. Marietta compara los vicios del destino a un bólido con giros y derrapes inesperados, y vueltas de campana que nos dejan circulando en sentido contrario al esperado. En un receso amonestó a la jurista: “La avaricia rompe el saco”. Delia justifica su conducta con sinceridad: “Quería un yate como los tuyos”.

En consecuencia, empresarios y particulares arruinados y con deudas. La entidad bancaria desaparece fagocitada por otro banco saneado. Las arcas públicas transfieren un rescate millonario, en condiciones desfavorables a los intereses públicos y el bien común. La noticia encabronó a muchos, por decirlo en palabras de los afectados, pequeños ahorradores, accionistas modestos, jubiladas, en suma, quienes viven al día, carecen de recursos y dotes malignas para la inversión especulativa o los mercados internacionales. Así que, ni siquiera les pagaron ese café de máquina que recalienta el vasito plástico y amarga el paladar.

La sentencia notificada dio cinco veces la vuelta al globo terráqueo, pues las noticias vuelan, en sentido literal, a lomos de ondas electromagnéticas. La caída o derrumbe de un ídolo resulta pacífica, paralela al reemplazo por nuevas deidades, especialistas en depilación brasileña o arreglos florales.

La intensidad punitiva resultó más lesiva por tratarse de una personalidad célebre, la sentencia debía ser ejemplarizante. En fin, gente de leyes y sentido común.

Delia superó un periodo adaptativo de extrema dureza, entre reclusas que trapichean con analgésicos y se tatúan los brazos como marineros con la leyenda: “amor de madre”. Un quinquenio fue suficiente para quebrantar su talante narcisista y soberbio. El ostracismo, las estrecheces, el régimen carcelario, dolieron menos que aceptar la primera derrota o contrariedad a una voluntad acostumbrada desde niña a salirse con la suya.

Escribió libros, firmó libros en la misma penitenciaría, se enriqueció y arruinó siete veces consecutivas sin pisar la calle ni los grandes almacenes. Fue excarcelada a primeros de abril, sucumbió a la marea de lo cotidiano, a los fideos recalentados, a los índices de alcoholemia elevados, convertida en una caricatura de sí misma recorre el vecindario de una punta a otra, verificando todas y cada una de las calles y contenedores, por una afección neurótica, compulsiva, maniática. Una fuerza interior pero ajena a su voluntad la mueve como a una títere que rastrea, recoge, organiza y acumula de forma sistemática el desiderátum del basurero perfecto.

Al final de año Delia tuvo un contratiempo doméstico de carácter leve a inapreciable. Apenas un rasguño en el anular. Los días subsiguientes la extensión invade zonas adyacentes, es una herida superficial y aún tratable. Más adelante gangrena, septicemia, olor a putrefacción, muerte entre calenturas y delirios, el duende aleccionador elegido por la mala ventura para validar el refranero popular, en concreto: “La avaricia rompe el saco”.

Por frecuencia estadística y amplitud de la muestra, alguien muere, alguien vuela, llegan neonatos, la familia de Delia organiza sus funerales, envían esquelas con las firmas alineadas de tíos, primas, la hija única que habla valenciano, castellano, inglés y francés, escribe latín con una caligrafía proporcional, no grande ni diminuta, anota «*errare humanum est*», ella entiende su significado y además nadie leerá el apunte del cuaderno con que retiene y gestiona conceptos.

La misiva ruega una oración cristiana o una despedida aconfesional. Quizá valga cualquier jaculatoria sincera, tal vez sea suficiente una plegaria desde el fondo del alma amiga, considerando el descanso como eterno, el afecto como sagrado, resuelta en su caso la salvación de la espiritualidad o el ánima de la letrada, especialista en casos imposibles. Empero, nada de rezos como masticaba Arsenio, nada de lloriqueos Lucre.

XXIII

Para los comercios abiertos al público la temporada alta ha comenzado, las ganancias del mes pueden equivaler o superar a las de todo un año. Llegan tiempos de prosperidad y opulencia, pensó la emperatriz del lujo y las franquicias vendidas en bloque por el quíntuple del precio de adquisición. Eran negocios fáciles, claro que sí, la felicidad debe consistir en una conquista o un logro diferentes, toda vez que la parte pecuniaria haya quedado convenientemente arreglada, por supuesto.

Los salarios recibirán un añadido, la paga doble, ni siquiera con la antedicha aportación cubren la totalidad del gasto generado por la tradición y la festividad navideña, considerada por una mujer mercantil como una oportunidad para incrementar ventas y disfrutar del ocio. Quizá emprenda un parrandeo único, una exploración triunfal por los barrios de tolerancia y la carne apetecible. Tiene un criterio respetuoso con el prójimo, sea hombre o mujer, evita cosificar a la persona, dispensarle dignidad de animal o de objeto. Mantiene a raya su vanidad ostentosa, exhibir a manera de espectáculo su auténtico poderío monetario, minimiza la soberbia que confiere la posesión de la Bestia Crediticia, un microchip adherido al dorso de la muñeca mediante un tatuaje diminuto que bajo una lupa muestra el preciosismo chino en la orfebrería de un dragón rampante. No

importa mucho la parte superficial, lo interesante es que convierte a su poseedora en una suerte de maga inalámbrica, con poderes evidentes, abre puertas distantes, puertas giratorias, puertas blindadas, compuertas de club, chirlatas, garitos, lupanares, tascas, rocódromos; unidos por un circuito que emula los mapas de Sempronio Sosa y Beltrán Sampetro. Alterna horarios y preferencias, quiere catar todo servicio, ronda, apuesta y magreo con discreción, gusto y variedad.

Los juerguistas experimentados aconsejan unas pocas reglas de sensatez, la primera sugiere dormir intervalos cortos para aprovechar la exención de obligaciones y la ausencia de horarios pautados, más adelante hacer una cura de sueño y dormir lo que pida el cuerpo. Otro consejo llevado a la práctica supone eliminar la planificación rígida, mejor organizar la hora de las comidas según lo reclame el estómago, conviene desayuno, tentempié, aperitivo, almuerzo, picatoste de media tarde, cena, y por último un bocadillo o tostada o lo que ofrezca el local de acceso fácil y entrada libre.

Por último fondeó en un establecimiento que abre cuando todos los demás han echado las persianas, con personal de seguridad uniformado como filtro contra la morralla indeseable. La señora y su grupo clausura el local durante unas horas, porque sí, dado que moriremos y sobra el dinero, quizá el objeto manufacturado más abundante en la civilización contemporánea, con la propiedad mágica de conferir la última palabra a su portadora, contrató el puticlub al completo, con maneras de macho

hispano, saca manojos de billetes precintados y los suelta sobre la barra con un golpe rudo apropiado al rol de dueña del despilfarro.

Obviamente el paquete de sugerencias antedicho encaja en un perfil restringido, profesionales liberales, altos cargos institucionales, ricas herederas, potentados, empresarios industriales, todos nivelados al mismo nivel fluyente de riqueza recursiva y de liquidez instantánea, capaces de compadrear con el diablo si se tercia y paga en efectivo o con tarjeta.

Por subsecuente, tiene una manera original de celebrar la tradición y procurarse una suerte de escape mental, un olvido selectivo, sin improvisar un asunto tan serio como la juerga y el hedonismo. Ni siquiera reparó en que Delia a quien despidió en el tanatorio aún yace de cuerpo presente.

Pensando la cuestión con criterios ecuanímenes, no debe considerarse irrespetuosa la fiesta en honor de la amiga, además cualquier privación o sacrificio tampoco revertirá o mejorará la situación de la difunta. Te amo Delia va por ti.

Más adelante, sin precisar fechas, está decidida a celebrar un memorial espléndido, un banquete de gala compuesto por setenta platos servidos por el orden estipulado en el menú impreso, imagina que habrá un brindis solemne y palabras emotivas en honor o a la salud de la amiga Delia, de Viridiana, de Griselda, de todas las amigas y medio hermanas que se extraviaron o están a punto de hacerlo por entre el despeñadero que bordea los cauces de la existencia normal.

El vínculo fraternal que las une ha superado anualidades, lustros, décadas, el tránsito al nuevo siglo y milenio; pervive, renace, transmuta, anima a Dulce a proseguir el día a día. Consultó por orden alfabético su agenda telefónica, ha estado unos días desconectada y necesita a sus amigas, relacionarse, chachara o diálogo, compartir su mundo interior más allá de la máquina asistente.

Alma no responde, Antonina se disculpa, tiene un imprevisto familiar. Dulce entiende las prioridades que orientan el comportamiento de las personas, acuerdan una cita para la semana entrante. La siguiente amiga declina la invitación porque aceptó un compromiso con su familia política. La suerte tiende a ser arbitraria, ha marcado doce porciones en la circunferencia de una tarta de cumpleaños, todas son una sola amiga reproducida doce veces por la casualidad.

Son reposiciones de una mujer anterior de quien repite su onomástica, señalada con la cruz de san Andrés en el santoral del almanaque, duplican su forma de moverse, los ademanes, el idiolecto, la tonalidad con que tiñen sus cabellos, incluso el color del iris y el olor natural.

Luego situada en el calendario actual atraviesa las galerías con paredes que sujetan colecciones pictóricas agrupadas por autor, tonalidad o técnica. Atravesó la soledumbre dentro de la opulencia, como la única asistente a la cita de confraternidad, extraviada en la voz de barítono del solista emitida por el hilo musical ubicuo, viendo el tiempo fluir en la serie de instantes

cristalizados que condensan una era, un empuje revolucionario, un latido sublime, la sinrazón bélica, las plagas imperialistas, la muerte de las estrellas, la prevalencia de lo inorgánico.

A solas con su devenir filosófico, y la luz de espalto impregnada en un lienzo que no puede mostrar y comentar a alguien pues no tiene a nadie con quien hablar. No importa, sentenció, cenaré a mesa puesta. Ahora me conviene elegir vestuario. Aprieta el paso, aparenta prisa o tener algo urgente entre manos, cuando en realidad el tiempo y los horarios son las variables menos significativas de su mundo interior.

En el vestidor, se pone unos pantalones tejanos y una camisa de leñador. Frente al espejo gira sobre sí misma hasta quedar en la misma posición inicial. El examen desestima de modo categórico el atuendo, lo refrenda con un guiño, un gesto simpático, una expresión entrañable.

Enfunda su cuerpo en una suerte de corsé que cubre desde el nacimiento de los senos hasta la horcajadura del nacimiento de sus piernas, con un cierre de lazos trenzados; las medias a la altura de los muslos se sujetan al corsé por unos tirantes ajustables o ligas elásticas; encima viste el traje de gala que magnificó su presencia una noche en la ópera, aunque la verdadera protagonista era entonces María Callas. Pestañeo como para retener las sensaciones involucradas en el recuerdo, la retrospectiva materializa y revive a la soprano. Aquella mujer inundaba el espacio y el tiempo más allá del escenario y del minutaje universal, con una cualidad bella y sonora cuajada de

ornamentación virtuosista, aureolada por la lírica, el drama o la tragedia, durante el recital su voz parece tensar el aire, templar dulcémeles, violas y clavicordios cuyas cadencias no están sometidas a ningún precepto acústico, pues flotan una fracción, atraviesan los estados de la materia y la energía en el intercalado, subliman y se evaporan en sucesiones evanescentes, como adornos florales, como adioses irrevocables, como arcángeles electromagnéticos.

Con los siguientes arpeggios Marietta evocó al galán sentado a su diestra. Abelardo Amador había pretendido ser aceptado para el casamiento, suplicó como muchacho la oportunidad de permitirle siquiera demostrar su valía. A todo le dijo que no, hasta verle llorar como un niño, como alguien que buscaba el paraíso y terminó encontrando el infierno, luego el amor duele y entristece como las despedidas o el camino desandado.

La dama siente un asedio sentimentaloides, pero cuida su lenguaje, también el no verbal, cualquier atisbo de violencia, la intimidación gestual; dulcifica la dureza fulminante que está implícita en todo rechazo afectivo.

No desea romper corazones, tampoco desea inducir esperanzas ilusorias; sonríe a la vez que clava su negativa punzante en el destinatario. En consecuencia, sin titubear, con una dicción clara y un tono taxativo pero amable, responde lo justo para la comprensión del mensaje: “No, jamás”. A continuación el pretendiente dolido, celoso, enfermado por el dolor de vivir muriendo minuto a minuto en un bucle reiniciado una y otra

vez por la obsesión y el desamor, como romántico pasado de moda saltó por sobre el palco, sin una queja o un reproche. La dama apenas alteró la postura erguida y altiva. Un escolta asegura que ordenó rematarlo, si aún vive; no porque sintiera lástima por las secuelas del impacto, sino por haberle estropeado la velada con aquel sentimentalismo trasnochado.

No quiere acordarse de todos los desastres propiciados por su negativa hacia quienes la idolatran, la convierten en divinidad, en musa, inspiración, paraíso, tormento, cumbre imposible, pensamiento fijo de veinticuatro horas de duración cada día de todos los días de una patética vida como poeta incomprendido. Inspecciona el guardarropa, el vestidor, aparta o desecha prendas por selección natural o espontánea, omite la ordenación por categorías, ropa lujosa, informal, destinada a excursiones o estancias en el campo, ropa de abrigo, la transpirable y ligera para el verano.

Está próxima a terminar el examen selectivo, no sabe lo que busca hasta no encontrarlo. Al final halló la mejor opción bajo montoneras de ropa nueva, anticuada, futurista, estrafalaria, formal, festiva, luctuosa, elegante, provocativa; asimila la prenda a la protagonista de una telenovela antigua, parece una túnica de emperatriz o sacerdotisa imperial, adornada a la altura de los pechos por una cenefa de pliegues ondulatorios, nota los pezones erizados por el roce contra la tela sedosa. La mantendrá sujeta con un broche de metal dorado sobre un hombro, mientras el otro permanece desnudo, encaja la diadema de

jazmines tallados en plata, platino y oro, con líneas sinuosas de lapislázuli color azul ultramar, ornada con diminutos botones de rubí rojo intenso brillante.

Conforme a la cadena de mando, la orden desciende de la cúspide y pone en funcionamiento la fábrica de construir ambientación, efectos de cine, fantasías animadas. Elevan tuberías, estructuras tubulares, cañones de borlas, trampantojos, que ocultan la trama aérea. Un primer ensayo expulsa una tormenta blanda de algodones sin incidencias reseñables, todo previsto para cuando disponga la señora.

Entra al palacio iluminado por dentro y por fuera con neón de color cambiante. Los vitrales sin cortinaje permiten la entrada a la claridad sublunar descendiente de los cielos constelados. Para la ocasión rescataron doce maniqués de géneros mezclados en los almacenes y las sastrerías, los dispusieron a manera de comensales, para que hagan bulto en los asientos de los invitados donde permanecen con el gesto neutro y la mirada fija.

Encontró bajo el abeto una caja grande, bien empacada en papel polícromo con un rosetón o escarapela y una lazada granate, en cuyo interior descubrió una guitarra española de seis cuerdas, la que siempre quiso tener. Hizo un mohín acorde a su alegría nerviosa, pero cuando intentó reproducir o evocar un fragmento del Concierto de Aranjuez del Maestro Rodrigo, escuchó una ristra caótica de notas musicales, persevera, lo intenta una y otra vez, había olvidado las clases de solfeo, luego se exaspera

frente a la dificultad técnica del instrumento, va quedándose sin aguante ni paciencia hasta agotarla por completo. Apenas entonces despedaza la guitarra, golpeándola contra el suelo como si fuera una maza, oye la reverberación de maderas cascadas y desafinos chirriantes durante la virulencia de su arrebato colérico.

Cruel Navidad —bramó—, necesito diversión, machos. En realidad está valiéndose de la altivez ordinaria para conjurar una soledad tan persistente o recalcitrante que hace sentir una presencia alrededor.

Durante el anochecer la tía Dorotea había vislumbrado la silueta de un caminante que se acercaba desde lejos. Con lágrimas en los ojos por la alegría súbita que brotó entre sollozos, reconoce a su marido Avelino, aún conserva intacta la gallardía con que marchó a laborar muchos años antes.

—¿Dónde andabas?

—Por ahí con la fresca, arañando el oro a las minas abandonadas.

—Romualdo me preguntó por su padre cada día del año, todos los años hasta que se hizo músico y empezó a interrogar también a las estrellas. Vamos adonde las vacas para que te vea.

—Mujer no he venido a quedarme sino porque nos vamos juntos a un viaje sin retorno.

Dorotea se santiguó, recoge el delantal que llevaba puesto enrollándolo hasta la cintura, aferró la mano del esposo, luego se dejó llevar por entre los callizos de la niebla cuya densidad

al atravesarla le acaricia el rostro y justo entonces empezó a sonreír sin pena ni añoranza.

Marietta Sosa ajena a los encuentros alucinados y la fuerza del tesón que espera hasta más allá de la cordura, salió a recorrer el bullicio de la ciudad, sus calles historiadas con cadenas y guirnaldas, con bombillas y lazos de colores y colgaduras charoladas en los árboles y las farolas.

Vio gente que hormiguea por las calles, entra y sale de los comercios, pasea, se detiene frente a los puestos callejeros, compra lotería, castañas asadas, bolsas de cotillón, artículos de broma, baratijas. La espectadora asiste al metraje formado por las escenas sucesivas como si viera una película muda desde la cabina con sellado acústico de la limusina de seis ruedas y vidrios tintados. Hace el ademán del signo de la victoria con dos dedos a unos turistas que no pueden verla, hasta que una corazonada le cambió los ánimos y las ganas, apenas entonces presintió que una persona querida había fallecido.

Como reacción o antojo, de los muchos que reflotan desde su veleidad, la llevaron donde solicitó su capricho, descerrajaron la verja principal del cementerio, que se abrió con un chirrido lúgubre. Entró sola para pasear sola entre los callejones del pasado, alumbrada por el resplandor fosforescente de las noctilucas que quizás transporten ánimas hacia otras dimensiones. Tiene la respiración sofocada por el hedor de los crisantemos corrompidos, mira la daguerrotipia anticuada, los retratos que retienen a los difuntos, militares adustos, infantes

de piel sonriente, mujeronas con las marcas del desencanto en las ojeras. Preguntó al aire, a nadie, porqué los muertos nos dejan tan solos, preguntó porqué unas veces sí y otras no parece que han salido a pasear y que más tarde volverán. Continuó soltando por su boca preguntas retóricas hasta que una sombra huidiza, apenas un balandrán andrajoso al final del largo y angosto pasillo de mármoles funerarios, se escondió al saberse descubierta.

La dama filosófica tuvo un escalofrío, una reacción eréctil en su vello invisible, levantó las cejas y las contrajo, separó los párpados entre sí y tensó la boca entreabierto por la emoción del miedo, sin llegar al pánico. Contuvo la respiración un instante y reflotan a su memoria episódica trozos sueltos de la infancia.

Lucrecia para acostarla y que no se levantara de la cama, mentaba al Hombre del Saco, la Fiera Corrupia, la Doncella Barbuda, una terrible criatura híbrida, con cuerpo pálido de sílfide y cabeza atezada de hombre malo, malísimo, barbado, tan feo que se espanta de su propio reflejo en el agua, a cuyo paso las flores languidecen en los tiestos y los pájaros enjaulados se ahogan zambulléndose en los bebederos. Posee la extraña facultad de provocar lluvias de fuego, como la que convocó sobre un cura que le mostraba una cruz trémula mientras las gotas incandescentes le agujereaban la sotana. No está clasificada en ningún bestiario impreso, pues el conocimiento de su existencia se transmite oralmente, de padres a hijos

desobedientes, como una variante suave de extorsión para que acepten la hora de dormir, coman con normalidad lo que hubiere en su plato, o para que se atengan a las normas impartidas por los mayores en asuntos diversos.

Dulce sonrió con cierto nerviosismo mientras la cadencia de su respiración recupera el ritmo regular. Un pretendiente antiguo de quien no recuerda su fisonomía o su nombre, había muerto de miedo en sentido literal, por una apuesta con los amigos. El desafío era adentrarse por una necrópolis cerrada a medianoche, más aguantar dentro sin linterna ni cruces ni navajas, al menos quince minutos. El apostante dijo: “Doblo la apuesta”.

Estaba sobrio, con el reloj en la mano dedujo que había impuesto una cota de permanencia que superaba todas las anteriores, asunto resuelto. Camina hacia la salida y suena un chasquido, quizá sintió una presencia o un movimiento fugitivo, algo por retaguardia hace que vuelva la cabeza para mirar atrás, cree vislumbrar un bulto grotesco, una silueta deforme, un espanto entre la penumbra elevado un palmo sobre el terreno, se acercaba sombrío y mudo, mientras los flecos del balandrán flotan alargados por el empuje. La primera reacción fue desestimar la lucha y correr, escapar, saltar y encaramarse a la verja, empero, la mala suerte enganchó el gabán entre las puntas de lanza del barrote, nunca supo que no estaba retenido por una zarpa, una dentellada o un garfio. La emoción del terror intenso demacró su rostro, encaneció su pelo hasta el lapso final en que paralizó su corazón con un infarto de miocardio.

“He venido a follar, no a morirme de susto”, aclaró la señora, como si el vulgarismo pudiera infundirle coraje o valentía suficiente para superar el horror ancestral. Antes de usar el teléfono cambió su melodía genérica a una que emite un mensaje subliminal de lactancia y maternidad, ergo, tiene la virtud de hacer crecer las tetas a las mujeres con capacidad gestante, más durante los novilunios.

A continuación ordenó la comparecencia de uno entre muchos amantes ocasionales de alquiler, un efebo entrenado en la habilidad oriental de producir éxtasis en cadena, con quien desfogó sobre un sepulcro todo el ardor de la rosa inmemorial y las hondonadas húmedas y las colinas coronadas de cerezos de su feminidad. Según la fase lunar, la ovulación de la dama desboca su libidine, que no parece propia de una sola mujer o hembra sino de un gineceo con doce deseos repetidos en un ansia permanente e insaciable.

Durante la extenuación de los amores por encargo, en una galería de epitafios recubiertos por las veladuras que goteaban desde los árboles resinosos, entre los sépalos deshojados y los cálices de las flores falsas que no requieren cuidados especiales, encontró por casualidad a la difunta amiga Débora, tras el blindaje del cemento, los ladrillos, la cal, el féretro, el óvalo del portarretrato que al tocarlo se desconchó, dejando caer un haz de cascarillas refulgentes bajo la reliquia.

La mujer observó la fotografía, la expresión dolida para una observadora experimentada, los labios, la sonrisa marfileña, el

cutis saludable y la mirada iluminativa de muchos años atrás, justo cuando celebró los esponsales con el mismo hombre que acabó siendo su verdugo.

Débora había tenido un deterioro progresivo, a última hora no hablaba mucho, dormía con los ojos abiertos, come poco o peor pierde el apetito y no come nada durante días, siente euforia por estar viva y querer vivir, pero al minuto desea que el dolor acabe, que la enfermedad remita, que todo vuelva a ser lo de antaño, el cuento inconcluso de madrinas e infantas y archiduques; considera la muerte inducida como una solución viable, aunque no tiene claro los aspectos técnicos y jurídicos de la eutanasia o el suicidio asistido o comoquiera denominarlo la legislación vigente. Entretanto, catedráticos, especialistas, eminencias internacionales, colegios médicos, examinan y repasan su historia clínica, los informes de laboratorio, las analíticas, buscan analogías en la literatura médica, piden más tiempo para alargar el que ya tuvieron y está agotado.

Hasta la fecha nadie halló la etiología a una enfermedad que aún carece de nombre, por ende, la terapia trata síntomas, pretende atajar el enflaquecimiento del juicio, la delgadez extrema, los sangrados profusos y la náusea de vivir ese verano de nieves anacrónicas. Alguna vez rememora el internado de señoritas donde estudió, los conciliábulos tras el toque de queda para comer onzas de chocolate e intercambiar revistas de crónica social y del corazón, publicaciones y folletos con los que estar al corriente de las últimas tendencias en moda, alta costura,

complementos, progreso tecnológico, casas reales, aristocracia, embarazos y partos, hijo no reconocido por el torero que al final asume la paternidad y añade una nota feliz a la jornada.

Por los días abruptos, recogía los mimos y atenciones de un marido a quien siente cada día más distante, en términos de calidez y humanidad, hasta percibirlo como una visita cualquiera de las muchas que recibe a diario.

El conde duque acostumbra a sentarse en el borde de la cama, siempre trae un vaso rebosante de jugos frutales, se lo da a beber como a una niña de corta edad, sorbo a sorbo, despacio, con un babero puesto como si en verdad fuera un padre atento, un misionero solícito, el enfermero de guardia, secaba la comisura de sus labios con delicadeza, logra calmarle las arcadas con una voz forzada para hacer gracia: “Mi pastelito pronto estará más mejor”. Luego tiende a salir del dormitorio, se deshace a continuación en el eco de unos pasos apresurados que se distancian, dejando a la moribunda en un duermevelas donde solo percibe las zancadas del marabú y otras enormes aves zancudas de pico grueso que corren sobre las charcas y los barrizales extendidos alrededor de la cama.

Marietta la visita cada semana, la última vez coincidió con una tormenta polar que solidificaba los escupitajos hasta convertirlos en canicas. Llegó acompañada de una doctora en medicina con acento cubano, que ante el deterioro visible y acelerado admitió: Supuse síntomas terribles, pero no tanto. Antes había preguntado: ¿Cómo estuviste mi amor?

El marido atiende a las amigas como representante autorizado, habla con el estilo que le supone a su esposa. Recibe diálisis, tiene los riñones tocados, transfusiones que le renuevan la sangre, más un tratamiento hormonal, otro farmacológico. Ha superado cinco paradas cardíacas y respiratorias, los episodios de insuficiencia renal son agudos y crónicos. En resumen, padece un trastorno metabólico cuyo origen ignoran, no han detectado nada, siquiera una pista en algún órgano, glándula, o en los humores de mi adorable Débora.

La doctora caribeña relacionó las evidencias e indicios, y llegó a una conclusión sorpresiva hasta para Marietta, que escuchó sus razonamientos. Cualquier patología en la salud incluye como causa o efecto un desequilibrio homeostático, una reacción fisiológica por exceso o defecto de uno o varios humores químicos, que entorpecen, saturan, lentifican, aceleran o desvirtúan el metabolismo. Sabemos que se regula por sí solo, mantiene constantes los valores necesarios para el funcionamiento biológico condicionado por el entorno, tensión arterial, ritmo respiratorio, frecuencia cardíaca, temperatura corporal, hidratación, reparación celular. Hace análisis nutricional exhaustivo de lo que ingiere, y según su capacidad elimina todo cuanto sea superfluo, extraño o dañino. El cuerpo está en un permanente equilibrio dinámico, a esto lo llaman homeostasis.

La batalla por recuperar el antedicho equilibrio está consumiendo a Débora, también el daño sistémico que avanza

hacia todos los órganos. Veamos, leyendo entre líneas las analíticas dicen que el organismo estudiado podría tener un funcionamiento sano sino recibiese el aporte continuo de un agente químico que penetra desde el exterior ¿sabe a qué me refiero? La pregunta dirigida al marido tampoco espera una respuesta, la actitud callada del hombre confirma la hipótesis.

Poco antes tras aparcarse su vehículo había entrado al garaje abierto, que era como un trastero por la cantidad de cachivaches amontonados. Caminó para curiosear y desentumecer las piernas, también por una corazonada. Descompuso sin intención una montonera de objetos heterogéneos, vio una garrafa medio vacía y medio llena por un líquido viscoso, que hilvanó con un comentario de Marietta durante el trayecto sobre una antigua predicción hecha por la amiga clarividente, por la que Débora beberá del cáliz ardiente y alegórico.

El esposo hasta entonces afectado en una pose aristócrata e imperturbable, se derrumbó mientras las sirenas policiales anunciaban su llegada.

La arteria o el amaño en la consecución de un logro, no justifica los medios empleados para cobrar la póliza del seguro, con la participación de la amante inductora, sentenció la magistrada, en los antecedentes de hechos probados. Agobiado por las deudas, con alevosía procedió a la ejecución sistemática de un asesinato progresivo, consistente en disolver veneno en los zumos que hacía beber a Débora. El efecto acumulativo la fue

envenenando, cada día notaba con más intensidad un sabor sintético y metálico.

El «*glicol de etileno*» puesto a la venta como anticongelante para añadir al agua del limpiaparabrisas, es un compuesto químico que dentro del organismo absorbe el agua y forma cristales microscópicos, recorre el organismo y causa un daño sistémico, termina excretado sin apenas alteraciones, aunque retiene y degrada una porción que se repite y aumenta día a día, en consecuencia los análisis solo hallan los efectos lesivos pero demostraron insuficiencia para detectar el origen del daño. Punto acápite.

La continuación del episodio no encuentra acomodo en la biografía autorizada de Marietta Sosa, pues aseguró que cada lectura entrañaba matar otra vez a Débora. Empero la vida son hechos y el pasado es inmutable, se quiera o no. La afección orgánica de la amiga había permitido medrar a un criadero de microorganismos antropófagos que dejan intacta todas las capas cutáneas del huésped, pero lo fagocitan desde las entrañas; con parsimonia en los inicios y con el frenesí de una rehala de pirañas furibundas en la fase terminal. Justo cuando el asesino reveló los detalles escabrosos, presenciaron cómo Débora sobre la cama se transforma en una pepona hueca, se deforma en segundos hasta que solo quedó una mondadura de pellejos deslavazados y una espiral evanescente.

XXIV

El clima, las especies, la técnica, los métodos anticonceptivos, la moral, en suma todo, cambia mas lo esencial, lo importante, lo verdadero perdura, el amor, la amistad, el esfuerzo heroico. Marietta atraviesa un lance meditativo. Antes de cerrar los ojos para aliviarse el cansancio ocular, ha visto otra vez la lluvia que no contiene agua sino antiguos soles pulverizados y polvo cometario y trazas de antiquísimos imperios extraterrestres, reducidos hasta la métrica invisible por la fricción contra la atmósfera. Así de modo paulatino han sido copos, briznas, gránulos, corpúsculos, una ceniza similar a un talco espolvoreado sobre las escoceduras del mundo.

Garabatea la ocurrencia en su agenda. Cándida le había propuesto un título para la novela biográfica que varios autores llevan entre manos: «La leyenda de la dama del mediodía». Está pendiente aunque bien pensado como mujer mítica a solas se considera un poco patética, un poco caricatura, por el número creciente de achaques que soporta y su dependencia a la medicación tradicional, contra la náusea, el vértigo, la astenia, para suplir el déficit hormonal, por robustecer huesos y cartílagos, para recordar que se llama Marietta Sosa, que cuenta su edad por centurias.

Mucho antes a su campo de visión entraba sin avisar un montón de puntitos voladores como moscardas que intentaba deshacer a

manotazos. El oftalmólogo dictaminó: “Envejecimiento del nervio óptico”. Al menos no tengo alucinaciones, se consoló. Por coherencia aunque contra su voluntad debe asumir las injerencias de una decrepitud que nunca llegó a manifestarse plenamente. “Seré la novia de Matusalén”, cantaba en la ducha con la música de *Madonna*, mientras enjabona sus senos desafiantes y el cuerpo lozano con jabones y geles odoríficos, que tras enjuagarse alternando agua caliente y afusiones imprimen a su presencia una cualidad afrutada y fresca.

En cuanto a su afección ocular la muchacha senil sabe afrontar la contrariedad, descompone la nube aparente de insectos con varios parpadeos lubricantes. Solo después recupera una mirada limpia de las cosas en derredor, como si los objetos acabaran de fabricarse y los calendarios tuvieran la propiedad de iniciarse en sentido inverso a la cronología convencional.

Por la metrópolis la humana es la única especie que depreda a sus semejantes por cosas intangibles o inexistentes, contra eso las autoridades exigen el monopolio para agredir, ejecutar, encarcelar, limitar, reprender, supervisar, vigilar, corregir, sancionar, multar, amonestar, fiscalizar, imponer, penar, acallar, sedar, reprimir, coaccionar, vetar, censurar, prohibir.

Bajo la llovizna gris, la narrativa en curso ha perdido coherencia y sentido común, prevalece el oportunismo egoísta, la hipocresía o el cinismo, el rumor agorero. La sensatez social olvidó su batalla particular contra la deformación psicópata.

Los urbícolas salieron a las calles en tropel, sin saber bien la causa del ruido o la pretensión que los gobierna. Algún profeta de andrómina improvisa su púlpito usando un contenedor de basura como tarima o atalaya, vocifera proclamas incendiarias, el advenimiento de la tribulación apocalíptica; en mitad de un hervidero de gente que va o viene o está apelotonada como auditorio enardecido, e imantado a una gabarra esférica que viaja con un movimiento giratorio y circunsolar hacia ninguna parte a una velocidad constante de crucero, ajena a la metralla de gases incandescentes, cuarzo, feldespatos y diamantes que está llegando por el espacio sideral como una catarata tumultuosa y lenta.

En el escenario astronómico una de las estrellas solares se agrandará hinchada por una explosión termonuclear, ha colapsado y se expande hasta un límite en que comenzará a menguar por una reacción implosiva y toda su materia y energía acaban comprimidas en una circunferencia del tamaño de una cereza. En el planetario su etiqueta especifica: «Agujero de *Hawking*».

Como referencia anecdótica o ilustrativa, son devoradores de mundos, tornados a la deriva, engullen todo cuanto se interponga en su trayecto insaciable; se zampó la albóndiga venusina, mientras digiere asteroides y un cometa raquíutico. En un futuro astrológico, la aberración añadirá a su festín pantagruélico el postre exquisito de la pastaflora y las natas exuberantes y los licores anisados del globo terráqueo.

La tarde de los fenómenos la señora descansó un momento, cerró los ojos echada sobre el balanceo de su mecedora, sale de la vigilia sin querer ni darse cuenta, bajó por una escalera hasta el rellano del duermevela, percibe la realidad sensible como parte de un sueño donde cree estar o está en verdad despierta.

Abre los ojos, las siete, todos los relojes se han detenido, vislumbra a través de la cristalera el drama de los lirios agónicos, la frazada que recubre la extensa heredad del dominio palaciego, los setos como esculturas en los jardines babilónicos, el caballito de juguete junto al estanque donde parió sin dolor a su único vástago.

Siente el cuerpo ligero como si hubiese descansado horas, se incorpora contenta a un mundo repleto de posibilidades. Vio entrar a Marianela, su ama de llaves y gobernanta principal, avanza con andares vacunos por su saludable humanidad a través del salón. La señora articula unas palabras, ruega que actualicen la hora al reloj de sobremesa, cuya esfera bendita atrae y anula el flujo del infortunio; el carillón de campanas tubulares que promueve el humor con la sonoridad musical de sus acordes festivos; el artilugio de dos bulbos unidos por una abertura y con arenas brillantes en continuo trasiego, por cuya medida cada grano caído significa un lustro equivalente a un día sobre la tersura de la abuela aniñada que ordena dar cuerda al reloj del pájaro mecánico para que indique la hora con su registro flautado, para que el querubín cantor salga de su caja con el anuncio de las siete en punto y sin novedad, mi señora,

que prendan las lucernas y sus mediodías suntuosos, para apreciar los gobelinos y los frescos renacentistas en la techumbre, el floreteo y el coral simulado, las cornucopias y corceles alados y el manantial del edén. Empero, su repentina urgencia exultante mudó a una sensación sombría y confusa, la sirvienta se ha llevado las manos a la cabeza en señal de sorpresa y desesperación, no oye la voz a su vera. Como una muñeca de juguete voluminosa a la que hubiesen dado cuerda aligeró hacia la puerta, con un bamboleo de sus enormes tetas que dificultaba su estabilidad corporal.

La señora miró hacia atrás y se encontró a sí misma en la mecedora regia, con las manos en el pecho y adormecida para siempre oyendo el soplo suave y apacible del aire poético entre los árboles.

El fallecimiento activó una serie ordenada de autorizaciones y custodias y actos reglados, notifica su posición geográfica, asigna a los centinelas funerarios el encargo contractual de rescatar a la paciente número once de la podredumbre. Así, pues, la mansión se llenó enseguida de guardapolvos immaculados, dirigidos por un médico jefe, que firmó un certificado legal con un garabato, una rúbrica, y un punto ortográfico cuya presión sonó como un aldabonazo para que abran los portones a la esperanza de una mujer aureolada por la entelequia de las idealizaciones literarias.

El equipo especialista implementa la fase uno del protocolo relacionado con la extracción de fluidos y el enfriamiento del

cuerpo, ajeno a la dama espectral que no sabe dónde ponerse para no estorbar, aunque en verdad nadie advirtió su presencia.

Para el transporte hasta la clínica de hibernación introducen el cuerpo en la atmósfera química contenida en un féretro especial, donde su semblante desprende esa paz interior de quien ha trabajado como una burra y se entrega después a una siesta reparadora.

Simultáneo en el plano temporal, un autobús escolar en el viaje con que celebran el fin de curso circula por la misma carretera en sentido contrario al coche fúnebre. El chofer había girado la cabeza por un acto reflejo para ver quién acababa de tirarle un preservativo inflado con agua que le explotó detrás.

Justo entonces entró a una curva con exceso de velocidad, luego para corregir el desplazamiento centrífugo movió el volante pero en ese momento el autocar pareció adquirir voluntad propia, mientras la frenada de urgencia marcaba un rastro de caucho humeante sobre el asfalto. Está girando a cámara lenta, rebufa como un mastodonte, los neumáticos que soportan los vectores de la rotación van reventando con una detonación seca; el impulso lo deja atravesado en la carretera, la inercia lo derriba de costado, arrastra su mole un trecho junto a una estridencia metálica y un remolino de fragmentos caóticos para encontrar al tráfico que viene de frente.

La limusina precede al cortejo fúnebre de cinco carricoches ocupados por las amigas, algún admirador, las gemelas artificiales que discuten el epitafio más conveniente. El primer

chófer no tuvo oportunidad de esquivar o torear al coloso. El impacto paró en seco al automóvil, le acható el morro como un acordeón y lo alzó por atrás en una pirueta cinematográfica sobre su eje vertical; el parabrisas y las lunetas estallaron mientras se abrieron sus compuertas posteriores. El golpe desquició el féretro de titanio y vidrios religiosos, sus goznes claudicaron, y terminó por abrirse con una vaharada hibernal.

La madrina hasta entonces había sido ajena a los accidentes en cascada, reposaba en un acuario gélido con una orquídea en el regazo, confortada por la sustancia que la preservará durante los siglos venideros de la putridez. La durmiente se revolvió entre los efluvios como intentando acomodarse, pero fue proyectada hacia un vuelo exterior de gorrión herida, enseguida cae al pavimento. Apenas tocar la dureza ardiente del suelo se despedazó en un puzle con la fragilidad del alabastro y el estruendo de un bloque de barro cocido, junto a sus abalorios y las cuentas de una juventud inventada.

La muñeca de caolín, nitrógeno y silicio quedó diseminada en varios metros a la redonda, en migas derretidas como gotas de escarcha sobre los mirabeles, alimento para las urracas, abono en la tierra, tributos para la hormiga reina, estorbos para las escolopendras, canicas vítreas en los juegos del hijo de algún viajero que paró a mirar el teatro improvisado de la vida.

El ánimo de Marietta alcanzó a dilucidar que había salido indemne de todas las batallas cotidianas para terminar vencida de una manera o de otra por su condición humana y su destino

indefectible. En la antesala del trasmundo o lo que fuera esa tierra sin folletos turísticos, experimentó la división infinitesimal de la eternidad que confiere un instante a cada existencia, vislumbró que había nacido predestinada por los patrones genéticos, el automatismo fisiológico, el instinto de sobrevivir a toda costa, incluso inventando cielos e infiernos.

Aún le viene grande la inmortalidad, ese tiempo futuro que nunca llega para un animal inteligente que vuela, nada, bucea, corre, depreda, fornicar y pinta ensoñaciones y viste hopalandas y adorna con bambolla las miserias de una raza expulsada de un huerto edénico, que más adelante se extinguirá, como ocurrió antes con otras especies y otros mundos, con los dinosaurios, los dragones, los microbios del azufre.

En vida trató con unas criaturas habladoras y fantasiosas, que temen la oscuridad y los cementerios, se esconden por pudor o educación para ventosear o desvestirse; estornudan alumbramientos, son melindrosas y muy sociables. Su raza tiene ímpetus conquistadores y una curiosidad recursiva, penetraron la materia, gobierna la energía, elude las distancias, escudriña lo extraordinariamente pequeño, otea los límites del universo.

Pese al historial de flagicios y sufrimiento que reiteran a sus congéneres en todas las épocas y continentes prefieren no ser asimilados a un simple animal sin conciencia ni remordimiento, se hacen llamar humanos y en conjunto adoran el oro y las leyendas. Prefieren una ficción dorada de autenticidad a las

verdades que tienden a ser ordinarias y aburridas, también les sirve para mitigar carencias y fantasear con una vida mejor, más significativa y saciante.

Discuten sobre una mujer de quien mencionan que frisó los trescientos años en el calendario gregoriano. Un documentalista se dijo: “Habrá que verlo, tú”. A resultas de una escrupulosa investigación concluyó que había más de una persona adscrita al relato tricentenario, la genuina Marietta Sosa tuvo una hija y una nieta, ambas repitieron las poses, los ciclos onomásticos, la carga hereditaria, el espíritu disconforme ante el orden opresor. Abreviando, el experto documentalista archivó en un sótano el reportaje, dispuesto a dejar las cosas y las creencias en los sitios encontrados.

Una testigo presencial contó haber visto en el accidente cómo la dama se pulverizaba en la superficie de alquitrán flanqueada por olivos y girasoles. Contradice el testimonio mayoritario de la comitiva, voltearon la urna con las últimas hilazas gaseosas serpenteando, y justo entonces vieron como una epifanía a la mujer que ascendió en cuerpo y alma hacia los cúmulos donde la recibe un querube sostenido por su alear luminoso, y la llevó de la mano hasta perderse en la inmensidad azul.

A modo de conjetura especulativa, quizás había conseguido al fin esa entrevista tantas veces aplazada con quien todo lo puede, creador de los cielos y las tierras, que a su manera también ha repartido albalás de racionamiento, traen poquitos panes de

felicidad y algún que otro caldo caliente con esperanza y paciencia.

Aunque esa versión de los hechos pertenece a una biografía apócrifa y al modo simple con que las leyendas nacen y se enredan y perduran en la memoria de las mujeres y de los hombres.

— — — • — — —

— — — • — — —

Indice de contenidos

Dedicatoria:	1
I.	2
II.	22
III.	38
IV.	62
V.	75
VI.	90
VII.	99
VIII.	109
IX.	124
X.	143
XI.	151
XII.	163
XIII.	172
XIV.	189
XV.	223
XVI.	242
XVII.	253
XVIII.	267
XIX.	284
XX.	302
XXI.	320
XXII.	331
XXIII.	353
XXIV.	371
Indice de contenidos	381
Nota Legal	382

Nota Legal

© Sheila Padilla, 2025

Revisado el 28 de agosto de 2025

ISBN:

UUID: 53e223b8-9730-11ed-a8fc-0242ac120002

Todos los derechos reservados.